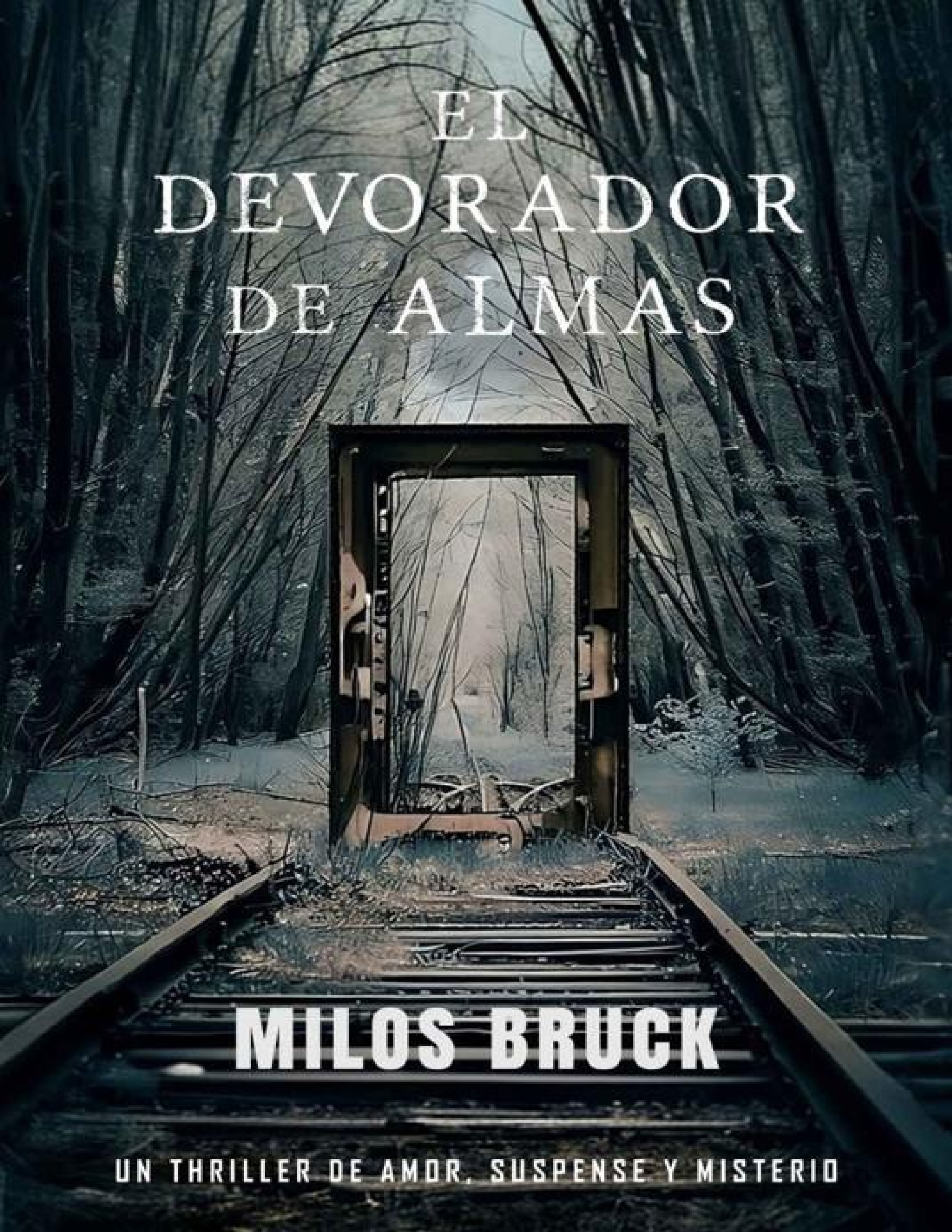




EL DEVORADOR DE ALMAS

MILOS BRUCK

UN THRILLER DE AMOR, SUSPENSE Y MISTERIO

EL DEVORADOR DE ALMAS

Milos Bruck

*A mis amados hijos,
el regalo máspreciado que la vida me ha dado.
Siempre juntos, siempre en mi corazón.*

Capítulo 1

Pablo. El sueño

04 de julio de 2019. Zoroita

Un sueño no es más que un anhelo, un deseo inalcanzable que toma forma en nuestra mente y que, al abrir los ojos, se desvanece hasta desaparecer.

En la televisión, un hombre de aspecto amable, ataviado con un delantal blanco y un gorro de cocinero, mostraba a la audiencia las bondades de lo que, a simple vista, no dejaba de ser un cuchillo bien afilado. No se trataba del mejor de los programas, ni siquiera le interesaba la cocina, ni mucho menos los utensilios que se utilizaban en ellas, pero Pablo se aferraba a cualquier cosa que lo mantuviera despierto.

Hacía apenas unas horas, en su despacho y medio adormilado, había vivido un sueño profundamente realista y perturbador. No podía apartar de su mente cada uno de los detalles que aparecían en él, buscando con insistencia una respuesta que se le resistía.

En el sueño, se hallaba de pie en el andén de una estación de tren, encajada entre dos muros que se elevaban varios metros sobre las cabezas de la gente. Entre ellos reinaba un mutismo absoluto, solo alterado por el martilleo de un viejo reloj de agujas situado a sus espaldas y que no dejaba de recordarle que el tiempo se le agotaba.

Algo no iba bien. El ambiente era sofocante y estaba impregnado por un repulsivo olor a óxido que se colaba con cada bocanada de aire hasta empapar cada rincón de sus entrañas.

Buscó entre los pasajeros que había a su alrededor una explicación de qué pasaba allí, pero lo único que encontró fueron caras inexpresivas y carentes de vida. Parecía que todo el mundo hubiera perdido la capacidad de sentir, sumidos en un vacío tan profundo que ya nada los unía a este universo.

El llanto desconsolado de un bebé los hizo reaccionar. Todos se giraron a la vez y miraron desafiantes a la madre. De sus bocas emergió un sonido ensordecedor. Un chillido siniestro que retumbó con violencia entre los muros del andén. Pablo cerró los ojos mientras se tapaba con todas sus fuerzas los oídos. Las voces cesaron de repente. Al abrirlos, descubrió que ya no quedaba nadie, solo montones de ceniza en el lugar que habían ocupado aquellos seres hacía un momento, elevándose desde el suelo como una sutil polvareda de humo. Todo había terminado envuelto en una niebla negra, tan espesa que el aire se había vuelto irrespirable. Las diminutas motas de polvo golpeaban con la dureza de un proyectil cada centímetro de su cuerpo, a la vez que le susurraban de manera delirante la misma palabra una y otra vez: «sálvala».

—¡Basta! —gritó exhausto.

El silencio sobrevino de golpe. Las partículas quedaron suspendidas en el aire durante un instante, para después generar siete cascadas de polvo fluyendo en armonía, una al lado de la otra. La energía que manaba era descomunal, y flotaba en el ambiente un resplandor cegador que impulsaba su cuerpo hacia ellas. Veía como esa lluvia opaca formaba sobre el suelo una palabra, la misma que le habían susurrado hacía un momento: «sálvala».

El ruido de un cristal roto estallando en mil pedazos lo alertó. Justo al otro lado del andén,

una puerta de madera descolorida y agrietada permanecía entornada. Un pequeño vaivén producía un crujido siniestro, ahogado por los gritos de unos adolescentes armados con aerosoles de pintura. Pasaron cinco jóvenes a toda velocidad. Estaban asustados y huían de algo. Sin embargo, el último, el más alto y desgarrado, se detuvo justo delante de la puerta. Agitó con energía el bote que llevaba entre sus manos y empezó a garabatear sobre la madera desvaída. Al terminar, lo arrojó contra las vías y siguió a sus compañeros, convertidos en sombras furtivas que desaparecieron en la distancia. No podía distinguir con claridad lo que había escrito. Desde su posición, le parecía una enorme mancha roja que lloraba formas indefinidas entre los surcos que dibujaba la madera. Se levantó del banco, donde había permanecido sentado durante todo ese tiempo, y se acercó hasta el borde del andén. Sus ojos se tornaron rebeldes, incapaces de distinguir un solo carácter. Afiló cuanto pudo la vista, guiándola con esmero entre las letras hasta conformar una palabra, un mensaje: «sálvala».

Sintió como si algo estirara de él y lo arrastrara hacia aquella puerta. Se agarró a una pequeña estructura rectangular que sobresalía unos metros del suelo, pero la atracción era tan fuerte que no pudo evitar caer indefenso en medio de las vías. Otra vez, el olor a óxido lo invadió todo. La gente se amontonaba en el corredor de acceso, llevados por el miedo y la histeria descontrolada, atropellándose unos a otros a empujones. Acorralados, intentaban alcanzar la boca de salida de la estación. El techo abovedado cedió de repente. Tras un rugido estremecedor, dejó sepultada bajo los escombros a aquella marea humana. Un niño de apenas dos años lloraba desconsolado, enfundado en una capa de polvo, mientras cientos de gemidos y gritos de ayuda se colaban entre los bloques de hormigón esparcidos por el suelo. Intentó moverse y correr hacia el pequeño, pero algo le sujetaba al suelo. Una especie de masa viscosa de color negro trepaba por sus piernas. El dolor era gigantesco. Notaba cómo cada músculo de su cuerpo quedaba atrapado y comprimido, mientras se encarnizaba de manera cruel con él. Hundido hasta el cuello, sintió cómo se le escapaba la vida. Roto y sin fuerzas, pensó en dejarse ir. Cerró los ojos y por fin pudo ver.

De pie, ante la puerta, sabía que al otro lado encontraría la respuesta. Agarró con firmeza el pomo y tiró hacia él. Ignorante ante lo que le esperaba al otro lado, decidió dar un primer paso de fe que lo arrojó con violencia hasta la oscuridad de un funesto túnel.

El parpadeo de una luz anaranjada le mostraba diminutos destellos del lugar. Unas vías de tren, con las traviesas carcomidas por el paso del tiempo, yacían expectantes, acompañadas por el silencio sombrío que asomaba vigilante y solo quebrantado por ínfimas gotas de agua que resbalaban rebeldes desde una tubería agrietada e invadida por el moho. Unos metros más abajo aguardaba un extenso espejo de agua, en el que el rostro oscilante de Pablo quedaba desfigurado tras estallar cada lágrima en el epicentro del charco. Una voz distorsionada por el eco impactó en él como un puñal. La reconoció al instante. Era ella, aunque sonaba distinta. Un mejunje de desesperación, miedo y tristeza enjuagaba sus gritos, ocultos en la profundidad de aquel lugar. Intentó contestarle, pero no consiguió arrancar ninguna palabra de su boca. Una y otra vez se esforzó en pronunciar su nombre, pero algo se lo impedía. Pensó en correr hacia ella. Dio un salto sobre la vía, pero la madera podrida cedió y se hundió en lo más profundo de un agujero enorme. Luchó con todas sus fuerzas por volver a la superficie.

Cuando pensaba que todo se había acabado, exhausto y derrotado, alguien le tendió una mano desde el exterior. Tumbado en la vía, sin aliento, sintió cómo unos pasos se alejaban tras él. Abrió los ojos y rebuscó entre las sombras, pero no encontró a nadie, solo un mensaje grabado en la pared: «sálvala».

Capítulo 2

Javi y Claudia. La inocencia

02 de julio de 2019. Zoroita

La inocencia es la pureza del alma. Un lugar dónde uno se puede sentir vulnerable sin reservas y entregarse sin miedo a lo desconocido.

—¡Por favor! Dos cafés solos, tres cortados, un cruasán, un bocadillo de jamón, dos de queso y una magdalena de esas que llevan azúcar por encima.

—Enseguida, señora. Deme un segundo para que anote todo el pedido... solo un segundo — respondió Javi con determinación.

Javi era el hijo de la señora María, aunque todos la conocían por Mari. El mismo nombre que figuraba en el rótulo que colgaba en la entrada de su cafetería, situada en una de las zonas con más tirón de Zoroita; gracias a la inmejorable ubicación que ocupaba, entre la calle mayor y la plaza del Ayuntamiento. Era el lugar de moda entre las amas de casa que, una vez habían dejado a sus hijos en el colegio, se reunían allí a modo de centro de mando. Inundaban el local de gritos y risas, a menudo resultando insuficiente para albergar toda la demanda ingente de bollería, infusiones y cafés. El olor a pan recién hecho dejaba escapar una mezcla de aromas a tostado con matices de malta que, con una sutileza exquisita, no solo permanecía en el ambiente del local, sino que envolvía toda la calle con cierto aire hogareño. El resultado no era otro que constantes colas de personas, inmersas en medio de un trance hipnótico, que aguardaban para entrar a saborear las delicias que se servían en el café.

El chico solo tenía catorce años, pero durante los meses de vacaciones y los fines de semana ayudaba en el negocio familiar. Acababa de terminar tercero de la ESO con unas notas espectaculares y su gran afición no era otra que el baloncesto. Todo giraba en torno a ese deporte y el sueño al que aspiraba desde siempre, como no podía ser de otra manera, era jugar algún día en la NBA.

—Pero ¡chico! Te has quedado embobado... ¡¿Hola?!

Le pasaba a menudo. Un mundo de *flashes*, autógrafos, canastas en el último segundo, portadas en los periódicos, gente que gritaba su nombre... Era famoso; el jugador franquicia, una estrella del baloncesto.

—Discúlpeme, señora, enseguida le traigo lo que me ha pedido.

Esos días parecían interminables. Café tras café, bocadillo tras bocadillo... Pero al final de cada uno de ellos, como la primavera después del invierno, la campanilla instalada en lo alto de la puerta sonaba con un timbre discreto, casi imperceptible. Tras el último tintineo, surgía la magia y aparecía Claudia, con las tazas y cucharillas que habían utilizado para el encargo de la peluquería.

Ese momento era cuando la palabra *belleza* cobraba un nuevo significado, materializada en una sonrisa plagada de matices, acompañada de una mirada inocente y cálida, teñida de un azul tan intenso que podía fusionarse en un solo parpadeo con el cielo de Zoroita.

Claudia era de ese tipo de chicas que, al verlas, resultaba imposible apartar la mirada. Su

cabello de color cobrizo dejaba a su paso una fragancia tan dulce como una gota de miel en la punta de la lengua. Cada día al cruzar el arco de la puerta, el contraluz de un sol apagándose dejaba entrever una figura delicada, de contornos suaves y una piel clara que se volvía aún más radiante.

Javi no podía dejar de observarla. Al verla entrar su corazón daba un vuelco, mientras el resto del cuerpo quedaba paralizado por completo. Se mantenía cerca del mostrador, haciéndose el remolón con el resto de las clientas e intentando aparentar cierta indiferencia. Esperaba el momento oportuno para entablar conversación con ella, cualquier tema servía, eso era lo de menos. Lo que de verdad importaba era hablar con ella; estaba enamorado. Ese día, su voz le jugó una mala pasada. Al intentar hablar, apenas logró articular una sílaba antes de que se desvaneciera en un sonido ahogado, como el de un juguete que se queda sin pilas. Su discurso se entrecortaba de manera graciosa, para acabar enmudeciendo cada vez que sus miradas se cruzaban.

—Ho... Ho... ¡Hola, Claudia! —tartamudeó, mientras un rubor creciente teñía de un rojo intenso su cara.

—¡Buenas tardes, Javi! —Lo miró, intentando averiguar qué le pasaba—. ¿Te encuentras bien? Parece como si tu cabeza fuera a explotar.

—¿¿Qué?! ¡Ah, claro...! Es... es que aquí dentro hace muchísimo calor y no he parado un solo momento... Entre atender las mesas y aguantar a mi madre, estoy al borde de la locura.

Claudia sonrió, dando por buena la respuesta y añadió:

—Te traigo la bandeja con las tazas de esta mañana y el dinero para pagarte.

Javi extendió la mano para agarrar la bandeja que sostenía Claudia y la deslizó con suavidad por la base de metal circular, hasta encontrarse, sin esperarlo, con la mano de ella. Los nervios y las gotas de sudor que traspiraban de las palmas de sus manos hicieron el resto. Un estruendo ensordecedor resonó en todo el local. Tazas rotas en mil pedazos que bañaron en restos de café a la clientela. Una cucharilla de pequeñas dimensiones rebotó hacia el ojo de una mujer, provocando que soltara un terrible alarido, causado más bien por el sobresalto que por el dolor del propio impacto. El sonido de la bandeja repicando contra el suelo se perpetuó durante un buen rato, mientras su madre se lamentaba desde la terraza del local. Al ver girar aquel disco metálico, sintió cómo se resquebrajaba cualquier oportunidad con Claudia. Estaba acabado. A partir de ese momento, sería la comidilla de todas sus amigas. Con el corazón en un puño, se agachó para recoger la bandeja, por fin inmóvil en el suelo.

—¡Arggh! —se quejó dolorida Claudia, mientras se llevaba la mano a la cara.

El semblante de Javi era de absoluto desconcierto. No se podía creer lo que acababa de pasar. Cuando se inclinó para recoger la bandeja, estaba tan abrumado por la situación que no reparó en que Claudia estaba haciendo lo mismo y, por accidente, le propinó un cabezazo en la frente.

—¡Perdóname, Claudia! —suplicó desconsolado.

La estampa era una oda siniestra a la fatalidad. Claudia estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, frotándose la frente como si de esa manera el dolor fuera a desaparecer. La clienta del golpe en el ojo estaba furiosa, blandiendo la diminuta cucharilla como si fuera un arma, y había suficientes posos de café en la ropa de la gente como para leer el futuro en todas ellas. Por si fuera poco, su madre despotricaba a lo lejos con tanta intensidad que se le olvidó respirar y acabó sobre una silla, mareada y sin aliento.

Claudia empezó a llorar, al principio no fueron más que unos leves sollozos, pero poco a poco la intensidad fue en aumento. Intentó decir algo, pero la voz se le quebraba una y otra vez. Javi

se acercó a ella, listo para escuchar una larga lista de reproches.

—¿Te he hecho mucho daño? —se lamentó avergonzado. Solo quería saber cuál era su estado. El mundo idílico que había construido en su cabeza naufragaba en la tormenta más estúpida que se podía haber imaginado.

Después de unos segundos, Claudia pareció calmarse un poco. Retiró despacio las manos de su cara hasta encontrarse con la mirada devastada de Javi. Entonces, no pudo contenerse y volvió a estallar en... ¡carcajadas! Siempre habían sido carcajadas. El espectáculo increíble que acababa de presenciar le pareció de lo más gracioso y la torpe inocencia de aquel muchacho resultó encantadora.

Capítulo 3

Taller de ferrocarriles. Caos

02 de julio de 2019

Cualquier acto conlleva consecuencias.

La actividad era frenética. Aparte de las revisiones programadas, una serie de averías en diferentes vagones y máquinas habían saturado el taller. Las inspecciones y peritajes se hacían a velocidad de vértigo; junto a su lavado, desacople, desmonte, enganches, asientos y un sinnúmero de elementos que revisar.

Antonio Alonso, jefe de taller, andaba como loco. No daba abasto a solucionar las quejas constantes de los supervisores. Los retrasos eran continuos y, encima, era verano, lo que significaba que la mitad de la plantilla se encontraba de vacaciones y los sustitutos en su mayoría eran más un estorbo que una ayuda.

Se había creado una situación caótica en todo el sistema ferroviario a nivel nacional, debido a que el número de billetes vendidos superaba con creces el parque ferroviario en activo. La única solución pasaba por acelerar el mantenimiento de los vagones, aunque fuera implementando turnos triples y sin descanso. Ante esta situación, el jefe de montaje, Juan Mercader, tenía la responsabilidad de revisar y dar el visto bueno a cada uno de los vagones y locomotoras con la máxima celeridad.

—Juan, tenemos que acelerar de inmediato los mantenimientos y revisiones de los trenes —advirtió Antonio Alonso en un tono poco amigable—. Si en menos de veinticuatro horas no me tienes listo un convoy, van a rodar cabezas.

—Pero, Sr. Alonso, debe comprender que no podemos realizar las revisiones a la ligera. Cualquier defecto de supervisión, anomalía pasada por alto o un simple tornillo mal colocado puede provocar un problema enorme o, lo que es peor, un accidente.

—Venga, no se entretenga con discursillos para la parroquia y apriete, como dice usted, todos los tornillos. ¡Lo quiero para ya!

El jefe de montaje evaluó el estado en que se encontraban los diferentes mantenimientos. Aunque había manifestado sus dudas sobre acelerar los procesos de revisión, tenía órdenes y pensaba cumplirlas. Después de valorar diferentes alternativas, se decantó por el E155. Se dirigió sin vacilar a la vía de mantenimiento V5, donde Víctor Ramírez supervisaba a un equipo de operarios que trabajaban en la puesta a punto de un tren de larga distancia. En concreto, se disponía a revisar todo el sistema hidráulico de enganche de los vagones, así como los mecanismos de seguridad. Sin darle demasiados rodeos al asunto, le encomendó que ventilara con urgencia el convoy. Necesitaba que antes de acabar el día estuviera disponible para circular.

—Pero, jefe —suplicó Ramírez—, es imposible que mi equipo acabe todas las comprobaciones en menos de doce horas. Corremos demasiados riesgos; el más mínimo error de cálculo y será peor el remedio que la enfermedad.

—Me da exactamente igual. Alonso quiere un convoy para ya, y eso es lo que va a tener. Cuando finalice las labores de mantenimiento, acuda de inmediato a mi despacho para que

podamos firmar la autorización correspondiente.

Las siguientes horas fueron frenéticas. El equipo de trabajo de Ramírez no recibió ninguna ayuda adicional. Solo dos mecánicos, un ingeniero, un informático y él mismo para acabar la puesta a punto. Lo único que podía hacer era dejar de lado lo que quedaba de revisión y verificar los controles de puesta en marcha del tren.

Exhausto y con cara de pocos amigos, después de haber trabajado dos turnos seguidos sin descansar ni comer, Ramírez enfiló las escaleras que llevaban hasta la zona de administración. Durante todo el día, como si fuera un dios en su olimpo, Juan Mercader lo había estado observando a través de los cristales tintados de su oficina. Las manecillas de su reloj parecían avanzar más rápido de lo normal, llevadas por una especie de entusiasmo que no comprendía del todo. En algún momento, los nervios se apoderaron de él, por lo que se instó a sí mismo a relajarse y permanecer varios minutos en una sala contigua, equipada con un pequeño sofá y una máquina de bebidas calientes, de las cuales era un fiel adicto. Al regresar a sus dominios, siempre montaba el mismo escándalo: si descubría que algún trabajador había cambiado de ubicación y no lo localizaba, empezaban los exabruptos. Agarraba el teléfono y hacía patente su fastidio ante Ramírez y su falta de profesionalidad, aunque lo único que provocaba era poner aún más de los nervios al pobre hombre.

Cuando llegó al despacho, una placa en la puerta anunciaba «Jefe de Montaje». Sin tiempo para girar el pomo de la puerta, oyó cómo desde el interior la voz de Juan Mercader le apremiaba para que entrase. Lo esperaba sentado en el extremo de una pequeña mesa, diseñada para acoger las reuniones mensuales que mantenía de manera habitual con los cuatro jefes de turno. Sobre ella, un amplio expediente con multitud de documentos que dejaban a la vista, con poco disimulo, la última página donde se recogían las firmas.

—¡Pase y tome asiento! —dijo de manera autoritaria Mercader.

La cara de Ramírez era un poema, aunque agradeció la oferta dejándose caer como un peso muerto sobre la silla. Después de espirar de forma profunda, sacó el portátil donde almacenaba todos los detalles de la revisión. Tal y como marcaba el protocolo, se disponía a realizar la evaluación final junto al jefe de montaje.

—¿Qué está haciendo, Ramírez?! —espetó de malas maneras, mientras giraba las palmas de las manos hacia arriba, solicitando una respuesta.

—Suponía que quería repasar las incidencias que... —No pudo acabar la frase.

—Usted lo único que tiene que hacer es firmar en esta hoja y ya está. —Señaló el expediente que tenía preparado sobre la mesa desde hacía más de cinco horas.

—Sí, pero...

—Déjese de peros y firme de una vez.

Sin cruzarse una sola vez la mirada, firmaron los dos el acta de revisión y la autorización para su puesta en circulación. A los pocos minutos, se preparó el tren para su traslado a la estación de San Sebastián, donde al día siguiente se haría cargo de la ruta norte.

Capítulo 4

Pablo. Plenitud

03 de julio de 2019. Zoroita

El hogar es el refugio del alma, cimentado en cada uno de los sentimientos que conforman lo que nos hace humanos.

Nada más abrir la puerta de su casa, con ese primer paso hacia el día que despuntaba, una bocanada de aire inundó el lugar de multitud aromas, tan cautivadores como únicos. Entre todos ellos, la sal del mar que, aunque parecía siempre igual, la brisa vespertina se encargaba de otorgarle un sabor mágico, como si cada partícula de sal guardara un secreto inconfesable. Pablo era un amante de la naturaleza y se sentía afortunado de vivir en las afueras de Zoroita, al borde de un acantilado bañado por el mar Cantábrico.

Uno de sus grandes placeres, cuando el tiempo lo permitía, consistía en acomodarse en la hamaca que tenía en el jardín, una de esas que se colgaban entre dos árboles y cuyo balanceo se eternizaba con cada movimiento, mientras saboreaba con todos los sentidos el aroma de un café recién hecho.

Enfrente, el mar embravecido. Colérico y feroz escupía a los intrusos de sus tablas de surf colándose furtivo entre las grutas imposibles, golpeadas una y otra vez por una furia descontrolada; emanando de su interior un baño de melodías que el viento entonaba jugueteón desde lo más profundo de sus laberintos. A su izquierda, se extendía un prado verde intenso, transitado por un único camino sin asfaltar, y a su derecha, Zoroita, una villa vasca preciosa que vivía entre dos mundos antagónicos. Por un lado, los astilleros, una reliquia del pasado cuya fundación precedía incluso a la existencia misma de la villa, testigos, con el paso del tiempo, de cómo otros astilleros de la zona desaparecieron y se volvieron obsoletos ante las constantes innovaciones y el profundo proceso de renovación tecnológica, comercial y organizativa que demandaba el sector.

Junto a las dársenas emergía el núcleo urbano, repleto de bares y tabernas donde las parrillas exteriores inundaban las estrechas calles de olores y sabores, deleitando paladares y estómagos sin poder evitarlo. Todo en aquel lugar adquiría un matiz sosegado y cautivador. Las pulsaciones de propios y extraños se ralentizaban sin remedio. Se podía advertir en cada lugareño una agradable sensación de tranquilidad que los convertía, a ojos del visitante, en milagrosas formas de entender la vida. Postales en blanco y negro sacadas de una caja de recuerdos de los años sesenta; cercanos y amables, donde la sencillez se erigía como su principal virtud.

Al otro lado del prisma, un mundo de turismo abarrotaba la Villa: sus bares, sus calles, su pequeño paseo marítimo... Todo se encontraba repleto de gente que, sin poder evitarlo, quedaba enamorada de ese pueblo; hasta el punto de que el equilibrio entre los dos universos, a veces, resultaba complicado de sostener.

Era lunes y por fin libraba después de dos semanas eternas, aunque cuando uno era inspector de policía en Donostia, los horarios venían marcados por los delitos. Los días libres rara vez se extendían más allá de unas escasas horas, perseguido por las llamadas acuciantes del comisario

Fuentes.

La noche anterior estuvo trabajando en un caso hasta bien entrada la madrugada, pero como un reloj, a las siete en punto abrió los ojos. Su primer pensamiento fue de rabia.

«Es mi día libre, ¡joder!, quiero dormir un poco más», se lamentaba, incrédulo y cansado de que siempre le pasara lo mismo. A pesar de que hacía más de media hora que Ana se había marchado al periódico, su lado de la cama aún conservaba el vestigio, casi imperceptible, de la pasión desbordada de la noche anterior. Atraído por su presencia efímera, alargó los brazos en busca de su calidez. Acarició con sus manos cada pliegue de la sábana e inhaló, como una droga, la fragancia que aún destilaba. Su cuerpo quedó sumido de nuevo en una especie de letargo hasta quedarse dormido, envuelto en una especie de espiral mística que lo retuvo prisionero en sus redes. Un par de horas más tarde, volvió a abrir los ojos perezoso, esta vez sintiéndose reconfortado y satisfecho.

Mientras saboreaba el primer café del día, consultó los horarios de tren en su móvil para asegurarse de la hora de regreso de Ana. Tenía un plan orquestado para aquella noche, y nada podía fallar. Cuando dio el último sorbo, regresó a la habitación y revisó los bolsillos de sus pantalones. Necesitaba confirmar una vez más que estaba allí, que no la había perdido. Entre sus manos sostenía una caja de pequeñas dimensiones con forma de corazón. La abrió expectante, como si no supiera lo que contenía, derrochando ilusión por todos los poros de su piel.

Capítulo 5

Amador. Transformación

La amistad es un tesoro que nos acompaña a lo largo de nuestras vidas. Un lugar donde podemos ser nosotros mismos, sin miedo a ser juzgados.

Lo que Pablo sentía por su amigo Amador transcendía la simple amistad. A lo largo de los años habían compartido todo tipo de experiencias, aunque no siempre fueron del todo cordiales. Como la manera en que se conocieron, un tanto violenta para aquellos dos adolescentes de instituto saturados de hormonas y de una creciente arrogancia juvenil. Solo bastó un ligero empujón inocente para desencadenar una oleada de reproches e insultos, acompañada de varios gestos amenazantes. Alentados por un público igual de irracional que ellos, se embarcaron en una ridícula lucha de egos, tratando de aparentar una falsa superioridad frente a los demás. Una hora después y confinados en el aula de castigo, se fraguaron los cimientos de lo que sería una gran amistad, auspiciados por la presencia casi fantasmal de un veterano profesor, más ensimismado en la lectura de un periódico deportivo que en vigilarlos. Solo unos minutos más tarde, debatían sobre cuál era el mejor juego en las máquinas recreativas; después vino el fútbol, chicas, música... Cuando acabó la hora de castigo, el profesor les recriminó su actitud y los amenazó con correctivos más severos la próxima vez. Los dos chicos se miraron con sorna hasta el punto de estallar en carcajadas.

—¡No se preocupe, profesor, somos colegas! —dijo Pablo, luchando por reprimir la risa sin demasiado éxito.

—¡Sí, sí, colegas! —repitió Amador con disimulada hilaridad.

La cara de incredulidad y asombro del maestro se transformó en cuestión de segundos en una expresión menos afable. Daba señales de un incipiente enfado y el tic nervioso de uno de sus ojos, que se abría y cerraba de manera descontrolada, les dio la inconfundible señal de alarma. Los chicos no esperaron a que les dijera nada más y se escabulleron por la puerta.

Amador le propuso ir hasta su casa. Hacía poco más de un mes que sus padres le habían comprado la última consola de Sega, y estaba como loco por enseñársela y echar unas partidas. Cogieron el autobús atiborrado de adolescentes enfundados en chaquetas y pantalones a juego, que se paseaban con pasmosa altivez por delante de ellos, derrochando, en la misma proporción, una cantidad insolente de estupidez y soberbia, fruto de las boyantes cuentas bancarias de sus progenitores.

Entre todos los muchachos, hubo uno que, auspiciado por un par de amigos, miró a Amador desafiante, a la vez que apuntó con su dedo índice los sitios que ocupaban.

—¡Estáis sentados en nuestros asientos! —Exclamó el chico.

—En ningún lado pone que esté reservado para el primer idiota que se suba al autobús —respondió Amador con expresión seria.

—¿Me estás vacilando? ¡Te voy a romper la cara!

Amador empezó a reírse. No podía parar. El pasaje entero se giró alertado por las risas, incluso los chicos que les amenazaban no pudieron evitar sonreír con socarronería, atónitos por

lo insólito de la situación. Pablo observaba incrédulo, sabedor de que aquello no era más que una artimaña orquestada para ganar tiempo y distraerlos. Unos segundos después, Amador enmudeció de golpe, dio un brinco hacia su agresor y con suma habilidad deslizó el filo de una navaja sobre la garganta del chico, acariciándola con la suficiente presión para que brotara de ella una finísima gota de sangre.

Mientras le dedicaba una mirada gélida, su voz, firme y autoritaria, le sugirió que se buscara otro asiento y dejase de molestar. Todo pasó tan rápido y fue tan intenso... sus corazones latían con una fuerza inusitada. Se sentían más vivos que nunca, capaces de cualquier cosa.

Después, cuando comentaban lo sucedido, una mano le dio una palmadita en la espalda a Amador. Se giró expectante, un tanto receloso, pensaba que el triunvirato había vuelto con ganas de jarana. Su cara se tornó en una mezcla de asombro y fascinación, con la boca abierta y sin capacidad para articular palabra alguna. El rostro que estaba contemplando era el de un ángel; el más bonito que había visto nunca y... estaba hablando con él.

—¿Hola?... ¿Me oyes?

—Eh... sí, sí... perdona —respondió Amador. Un nudo en la garganta lo mantuvo paralizado, mientras las pulsaciones se le multiplicaban sin control. En su interior se había declarado un incendio y ardía sin control.

—He visto lo que has hecho con el imbécil de Jorge y... solo te quería dar las gracias. Necesitaba que alguien le parara los pies algún día. —Extendió su mano hacia él.

—Tienes razón. Es un completo idiota, pero me da la sensación de que a partir de hoy se lo pensará dos veces antes de amenazar a nadie más. —Alargó la mano hacia ella para estrecharla —. ¡Me llamo Amador!

—¡Yo, Aida! —repuso regalándole una sonrisa con la que conquistó al instante su corazón.

A partir de ese día, Aida y Pablo se convirtieron en el centro neurálgico de la vida de Amador. Abocados sin remedio a la amistad más intensa y sincera que habían tenido nunca ninguno de los tres.

Amador encarnaba el tipo de persona autodidacta, pragmática y resolutiva, en marcado contraste con Pablo, un soñador romántico. Este bromeaba a menudo, diciéndole en tono jocoso que algún día añadirían la palabra *Amador* en el diccionario como definición de alguien impulsivo y cabezota. Se trataba de la persona más resuelta en el arte de la vida. Cualquier cosa, por difícil que pareciera, si alguien podía conseguirla, ese era él. Alto, de cuerpo atlético a pesar de sus cuarenta y ocho años, pelo oscuro y ondulado, de ademanes bruscos pero un gran corazón. Enamorado hasta la médula de su amada Aida y de su retoño Dari que, con tan solo dos añitos, se había convertido en el núcleo de sus existencias.

Nada más acabar la carrera de empresariales, se decantó por el mundo de la economía. Trabajó durante un tiempo en varias entidades financieras y, a medida que se fue labrando una reputación, su cartera de clientes subió como la espuma, así como los beneficios de sus inversiones. Sin darse cuenta, se convirtió en un hombre de negocios de enorme poder y gran influencia al más alto nivel. Hoy en día, era el director general de un importante fondo de inversiones, aunque sus negocios abarcaban una red muy extensa en diferentes sectores y actividades. Algunos lo denominaban el Gurú de Zoroita, gracias a los enormes beneficios que reportaba a sus accionistas, pero, sobre todo, por los que se reportaba a sí mismo.

El tiempo, al igual que un río, transcurrió arrastrando su amistad hacia lugares desconocidos. Poco a poco, el distanciamiento se hizo evidente. Trabajos antagónicos, con vocaciones tan distantes que los alejaban por completo el uno del otro. A la larga, el lugar que ocupó Pablo

desde la adolescencia quedó relegado por Aida y, como si no hubiera espacio para nadie más en su corazón, aquella devoción que sentían el uno por el otro desapareció con los años; convertida en el poso amargo de una felicitación navideña o el mensaje impersonal y frío de un aniversario.

Capítulo 6

Ana. La redacción

21 de enero de 2018. Donostia

El lugar donde se confunde lo real con lo imaginario es el escenario en el que las leyendas cobran vida y se entrelazan con la fantasía, desafiando los límites de la realidad y transportándonos a mundos mágicos y misteriosos.

El periódico era un hervidero de noticias contradictorias. Los redactores no sabían qué hacer ni qué escribir. Cada cinco minutos, una noticia nueva pisaba a la anterior, y todo lo que se había informado previamente quedaba desfasado. El sonido estridente de teléfonos fijos y móviles se había apoderado de la redacción, creando un caos ensordecedor. Sin embargo, entre todos los ruidos perturbadores, hubo uno en particular que solo Ana escuchó: un pitido discontinuo y molesto procedente del fax, anunciando un atasco.

—¡Otra vez este maldito chisme! Estoy hasta las narices de los puñeteros recortes —maldijo Ana.

Después de toquetear los botones durante un buen rato, no pudo más y, tras asegurarse de que nadie estaba pendiente de ella, agarró con ambas manos el aparato y lo aporreó sin piedad.

—¡Mano de santo! —sentenció.

Y, como por arte de magia o, mejor dicho, de mala leche acumulada, el dichoso dispositivo volvió a funcionar.

El fax solo era una máquina, pero parecía resentida por los golpes que acababa de recibir. Su particular venganza se materializó en una lluvia demencial de papeles, arrojados con una irreverencia absoluta que parecía surgir desde lo más profundo de sus entrañas. Sus hojas, como el llanto de un recién nacido, repetían agonizantes, una y otra vez, la misma palabra: *Zezengorri, Zezengorri, Zezengorri...* Quizá era un aviso sobre algo, o bien, alguien se había confundido de número. Al principio, no le prestó demasiada atención; sin embargo, gradualmente una sensación enormemente familiar se apoderó de ella, hasta que finalmente cayó en la cuenta. Estaba segura de haber oído aquella palabra hacía muchísimo tiempo en boca de su abuela, cuando ella no era más que una niña, pero no lograba recordar su significado. Arrastrada por la curiosidad, se sentó frente al ordenador e indagó en diferentes páginas de Internet. Hubo una que le llamó la atención y le provocó de inmediato una ola de recuerdos fugaces, tan lejanos que se confundían entre lo real y lo imaginario. Era un vocablo vasco que significaba *toro rojo*: referencias mitológicas envueltas en un halo de misterio, un cuento para advertir a los niños de los peligros que acechaban escondidos en el bosque. Ana se quedó extrañada. Pensaba que no podía ser más que una broma de algún gracioso, y decidió dejar de lado el asunto para centrarse en algo mucho más importante en aquel momento. Hacía tan solo media hora, unos excursionistas habían descubierto el cuerpo sin vida de un individuo en el Parque Natural de Pagoeta, y todo apuntaba a que había fallecido en circunstancias, como mínimo, sospechosas.

Compañeros de las radios locales habían abierto con la noticia en sus programaciones matinales. Todo el mundo hablaba de ello, aunque nadie sabía con exactitud qué había sucedido;

solo rumores sin ningún tipo de respaldo contrastado. Alguien mencionó que se trataba de una persona muy conocida en Donostia, sin detallar ni siquiera si era hombre o mujer. El periódico no podía quedarse atrás. Era el titular del día y todavía no se había desplazado nadie hasta allí para cubrir la noticia. Sin pensárselo un segundo, agarró la grabadora, el bloc de notas y se dispuso a salir hacia el parque. Mientras se abrochaba el abrigo, el teléfono de su despacho comenzó a sonar insistentemente. Decidió ignorarlo y salió apresurada. El tiempo se le estaba echando encima y no podía permitirse el lujo de ser la última reportera en llegar a la noticia. Cuando llevaba varios metros recorridos se paró de golpe. Una mezcla de sentimientos contradictorios y de ávida curiosidad la obligó a deshacer sus pasos y volver a su despacho. Al llegar y ver el teléfono, pensó que realmente debía de ser importante; quien llamaba lo hacía con una perseverancia imposible. Decidió descolgar y llevó el auricular al oído:

—Ana Torres, jefa de sección, ¡dígame!

Nada. Ninguna voz. Solo el rumor envolvente de un teléfono con poca cobertura. Presionó el teléfono contra su oído e intentó discernir entre la mezcla de ruidos e interferencias algún tipo de señal que le fuera familiar. Distinguió un ligero golpe en el aparato seguido de una sutil exhalación, más propia de quien se dispone a iniciar una conversación con toda naturalidad, que la de una persona alterada y falta de aire.

—¡El fax, lea el fax! —La voz era la de una mujer, y su tono de voz transmitía firmeza y credibilidad, a pesar de ser solo unas pocas palabras.

La comunicación se cortó en ese mismo momento. Embebida por el mensaje que acababa de recibir, quedó aletargada durante unos segundos, mientras seguía comprimiendo su oído contra el auricular del teléfono. Solo el ruido intermitente del pitido que salía por el receptor la despertó de aquel trance inanimado. De manera intuitiva, volvió la mirada hacia las hojas que contenían impreso el mensaje, apiladas sin ningún tipo de orden sobre un puñado de papeles dispuestos al lado del fax. Agarró todos los folios y echó un vistazo rápido. Releyó cada una de sus palabras, pero siempre era la misma secuencia de letras repetidas hasta la saciedad. Allí lo único que decía era: «Zezengorri».

Capítulo 7

Pablo. La muerte

21 de enero de 2018. Parque Natural de Pagoeta

El que arrebató una vida se adentra en el abismo de la culpabilidad y sus oscuras consecuencias.

El inspector Pablo Artuña, con veinticinco años de carrera a sus espaldas era, sin lugar a duda, uno de los mejores inspectores de todo el cuerpo de policía. A sus cuarenta y siete años había adquirido el don de la perspicacia y la paciencia y, allá donde otros sucumbían desesperados, él conseguía esclarecer muertes misteriosas, robos de guante blanco o cualquier delito por difícil que pareciera.

A las siete de la mañana, el inspector recibió la notificación de un posible homicidio en el Parque Natural de Pagoeta, ubicado a apenas media hora en coche desde Donostia y a diez minutos de Zoroita. Se trataba de un lugar plagado de excursionistas y familias que, en su mayoría, solían acercarse los fines de semana para disfrutar de un entorno natural. Pequeños valles de hayas y robles se conjugaban con restos antiguos de presencia humana, como las antiguas ferrerías del siglo XVIII, que aún hoy se podían ver en funcionamiento.

El mensaje llegó justo después de que diera el primer sorbo hirviente de una taza de café americano. Resignado, la dejó sobre la mesa, consciente de que intentar bebérselo de golpe le chamuscaría la lengua. Malhumorado por tener que salir apresuradamente de casa con el estómago vacío, tomó las llaves del coche y se dirigió a toda prisa hacia el parque.

Faltaba poco para que despuntaran los primeros rayos de sol, pero aún reinaba la oscuridad. La carretera se extendía ante él, prácticamente desierta. Solo de vez en cuando, se cruzaba con algún que otro coche, que le despertaba de sus pensamientos más íntimos, esos que llamaban temerosos a su puerta, después de recibir el aviso de la muerte de una persona. Como policía, era capaz de imaginar mil maneras diferentes de morir asesinado, pero jamás había logrado entender el porqué de un acto tan despreciable e irracional. En los informes y estadísticas oficiales, nunca se contemplaba el dolor que provocaba entre la familia y amigos de la víctima, esa otra muerte en vida que arrastraba a los que tenían que seguir con su día a día. Padres, madres, esposas, hijos... Todos ellos con nombre y apellidos, atormentados por los actos brutales y deshumanizados de un monstruo. Lo único que podía hacer por todos ellos era atrapar al culpable, mirarlo a los ojos y buscar respuestas.

Al llegar al aparcamiento de Pagoeta, tuvo la extraña sensación de ser el último humano en haberse enterado de la noticia. Había coches patrulla por todas partes, dos ambulancias, furgonetas de televisión, radio y periódicos, e incluso la comitiva judicial, a la espera de que la científica acabara con los preliminares. Rápidamente, la subinspectora Ainhoa Muñoz, con quien compartía despacho contiguo desde hacía más de diez años en la comisaría de Donostia, vino en su busca.

—¡Buenos días, inspector! Te estábamos esperando —apuntó inquieta—. Los de la científica están a punto de acabar y la juez está que se sube por las paredes.

—Muy bien, compañera, empecemos desde el principio y poquito a poco. Sin mi dosis de cafeína matutina me cuesta concentrarme y procesar la información.

—De acuerdo, jefe, enseguida le consigo uno de esos cafés aguados que tanto le gustan —contestó condescendiente la subinspectora Muñoz y añadió—: El cuerpo se halla a unos trescientos metros del sendero que conduce al molino, en un bosque de robles. De momento no tengo mucha más información. Hay avisos por lluvia o nieve y todo el mundo se ha puesto las pilas antes de que se estropee la escena. Lo mejor será que nos apresuremos antes de que todo esto se convierta en un barrizal.

—Pues no perdamos más el tiempo —señaló Pablo.

Se movían a paso rápido y firme por los caminos de Pagoeta. Un espectáculo de colores, olores y sonidos dejaba atónitos todos sus sentidos. Un verde intenso envolvía el lugar y camuflaba con disimulo todo tipo de árboles estrangulados por enredaderas y una red de lianas que tejía un enorme mar de savia a lo largo de todo el bosque. Puentes empedrados y cubiertos de capas de musgo flanqueaban caminos plagados de leyendas. A lo largo del sendero, como un perro fiel, los acompañaba un arroyo juguetón. Atrevido e irreverente, serpenteaba entre rocas ancestrales, formando pequeñas cascadas que entrecortaban el sonido de las ramas azotadas por un viento gélido. Solo el café humeante, rodeado por las manos de Pablo, era capaz de reconfortarlo escasamente de aquel frío intenso.

A medida que se aproximaban a la escena del crimen, se adentraban más y más en las profundidades del bosque. Los árboles, más altos y frondosos, atrapaban toda la luz exterior y sumían el entorno lleno de vida hacia un momento en un lugar sombrío. Un escalofrío recorrió su cuerpo; ya no se oía ningún sonido. Los pájaros, que hasta hacía un momento invadían de cantos las copas de los árboles, ya no se escuchaban. Un aire siniestro empapaba el ambiente de una oscuridad funesta. Incluso el riachuelo aguardaba en silencio, expectante bajo un manto de hielo sobre el que comenzaban a resbalar diminutos copos de nieve.

Aceleraron aún más el paso. Las condiciones meteorológicas eran desafiantes y cualquier cambio en la escena podía arruinar toda la investigación. Tras una pequeña subida final, Pablo fue vislumbrando paulatinamente el cuerpo tendido junto a un imponente árbol. Al llegar, exhaló un suspiro de cansancio que se convirtió al instante en una fina cortina de humo blanco. Después de eso, el tiempo se detuvo. Una oleada de recuerdos y momentos vividos atraparon a Pablo de manera implacable. Sintió como si le acabaran de arrancar el corazón y lo hubiera lanzado a las brasas. Su cuerpo se rindió, vencido al más grande de los vacíos, cayendo de rodillas y abatido por su propia angustia. Ainhoa se acercó a él desconcertada. No entendía qué le estaba pasando.

—Inspector, ¿te encuentras bien?

Roto y con la voz quebrada solo pudo pronunciar una palabra:

—¡Amador!

Capítulo 8

Javi. Los nervios

02 de julio de 2019

La verdadera grandeza está en ser dueño de uno mismo. Mantener la calma y la serenidad nos hará ser libres.

La cabeza le iba a estallar si seguía dándole vueltas y más vueltas. Su cama se había convertido en una prisión sin barrotes. Era una auténtica pesadilla. Cerraba los ojos y se repetía a sí mismo «relájate y deja la mente en blanco, re-lá-ja-te», pero... nada de nada. Los nervios le impedían conciliar el sueño y ninguno de los trucos que utilizaba cuando no podía dormir parecía funcionar. Mañana iba a ser el día más importante de su vida. Un equipo de baloncesto de Donostia se había puesto en contacto con él y le querían hacer unas pruebas. Se trataba del mejor club de la zona, con equipo en la mismísima ACB.

Lo tenía todo calculado. Cogería el tren a las siete y cuarenta y cinco de la mañana y llegaría a las ocho y veinticinco a la estación central de la capital. Allí tomaría la línea veintitrés de autobús que, tras una media hora, lo dejaría justo a las puertas del pabellón de baloncesto más emblemático de la ciudad. Calculaba que para las nueve de la mañana ya estaría en su destino. Había quedado a las diez por lo que, incluso si surgía algún imprevisto, tendría tiempo suficiente para resolverlo antes de la cita.

Ya no podía más. Su mente estaba al borde del colapso. Tanto pensar en horarios, tiros a canasta, jugadas magistrales... todo se entremezclaba en un torbellino agobiante. La noche era sofocante y el calor incrementaba la sensación de agobio. Se levantó de la cama hastiado, subió la persiana y abrió la ventana todo lo que pudo. Aunque la luz de las farolas, amiga inseparable de los cánticos y voces de los chavales que volvían de fiesta era un incordio para dormir, necesitaba respirar. No soportaba más aquella sensación de claustrofobia. Se apoyó en el marco de la ventana, observando la calle oscura y vacía de vida en aquel momento. Eran las dos de la madrugada y todos dormían. Unos metros más arriba podía distinguir el Café de su madre, iluminado esporádicamente por la bombilla agonizante de una farola que proyectaba un juego improvisado de sombras a las que la imaginación de Javi no tardó en darles vida propia. Una forma antropomorfa se movía anónima tras cada parpadeo que, como un faro, iba y venía y se escondía entre sus rincones más oscuros. Los párpados empezaban a pesarle y decidió volver a la cama. Al cerrar los ojos, en sus pensamientos la noche se hizo día y la sombra cobró vida por un momento. Era Claudia, llevando la bandeja repleta de tazas y entrando al café. El roce inesperado y furtivo por debajo de la bandeja, las miradas de complicidad tras el aparatoso golpe entre sus cabezas, que no supo interpretar, y su sonrisa, que le atrapaba por fin en una cálida sensación de serenidad y lo acunaba hasta quedarse dormido.

Capítulo 9

Ana. El amor

03 de julio de 2019. Donostia

El amor es la fuente de la que todos bebemos. Sin él, nuestras vidas permanecen vacías, sumergidas en un desierto árido y desolador. Es un sentimiento que nos nutre y muestra el verdadero sentido de la existencia.

Ana era de ese tipo de mujeres que cogían el toro por los cuernos y eso, en un mundo como el del periodismo, constituía una virtud. Siempre al pie de la noticia, día y noche, laboral o festivo. Continuamente dando el callo y, claro, su carrera profesional había progresado en consonancia con ese entusiasmo desmedido. Llegó a ser jefa de sección en tan solo cuatro años desde su incorporación al periódico. Querida y respetada por sus compañeros, la parte más humana y sensible predominaba siempre por encima de la meramente profesional. La palabra *no* desapareció por completo de su diccionario, y en su lugar agregó otras como *inténtalo* o *adelante*, lo que le otorgaba un nuevo significado a la expresión *trabajo en equipo*. Los compañeros se enorgullecían de la sección de sucesos como si de una competición se tratase y cada titular en portada se celebraba como una victoria, porque detrás de todas y cada una de las letras que componían el artículo había un conjunto de personas que lo había hecho posible.

El día estaba resultando bastante tranquilo, nada fuera de lo común. Un par de atropellos, una pelea con arma blanca, varias decisiones judiciales polémicas y la muerte por sobredosis de un adolescente. Nada realmente llamativo con lo que abrir portada. Abstraída en la lectura de unos informes sin la más mínima trascendencia, comenzó a pensar en Pablo. Recorría con su imaginación cada recodo de su cuerpo, deteniéndose de forma traviesa sobre aquellos labios carnosos y húmedos, rebosantes de una sensualidad que se le antojaba irresistible. Al llegar a sus ojos, una sensación electrizante la alcanzó de lleno y le provocó una mezcla de calor sofocante y un posterior sudor frío. Su piel se transformó en una fina capa de vello erizado al recordarlos, bañados en un singular color pardo avellana con claros tintes de ámbar. Llevada por una excitación creciente, se imaginaba deslizándose sus dedos a lo largo de su cabello, ondulado y desordenado mientras jugueteaba con cada uno de sus mechones. Abrumada ante aquella cascada de sensaciones, le asaltaron a la memoria multitud de recuerdos vividos durante el último año y se sorprendió de cómo se habían precipitado los acontecimientos en cuestión de meses, ocupando en su vida un lugar que hasta ese momento había permanecido vacío. Nada en el mundo podía superar lo que sentían el uno por el otro. Vivían su idilio con auténtica pasión, aunque al principio fue con pies de plomo. Era demasiado bonito para ser verdad y no quería dejarse llevar por unos sentimientos que crecían de manera exponencial segundo a segundo.

Las experiencias anteriores de Ana en el mundo del amor se podían resumir en una sola palabra: *desastre*. En ninguna de ellas sobrevino el enamoramiento y, en consecuencia, sufrió un derroche de esfuerzos inocuos condenados al fracaso. Siempre era igual. Durante los primeros días o en algunos pocos casos, las primeras semanas eran fantásticas, siempre envuelta en un entusiasmo arrollador. Sin embargo, el problema venía después. A medida que pasaba el tiempo,

caía en el desencanto y descubría consternada aspectos de sus parejas que detestaba o incompatibilidades imposibles de reconciliar; tan alejados el uno del otro que parecía una auténtica quimera encontrarse en algún lugar del camino.

Su última relación fue un tanto turbulenta, llena de desconfianzas y reproches mutuos. Él se llamaba Antón. Era abogado en un prestigioso bufete de Donostia. Su gran pasión, lejos de ser Ana, era alimentar su propio ego y, con cada juicio ganado, la distancia entre ambos se hacía más insalvable. Las pocas horas que compartían intentaban rellenarlas con fiestas de postín o aburridas veladas en el club de golf, en todo caso, siempre rodeados de su peculiar circo de amigos que, de alguna manera, servían como escudo entre ellos dos. Ana se lamentaba y se repetía entristecida: «tan cerca, pero tan lejos a la vez». Hasta que se dio cuenta de que aquello no era lo que buscaba. Era una relación tóxica. Sin amor, sin pasión, sin deseo..., que no conducía a ninguna parte. Se había convertido en un sueño que quizá no alcanzaría nunca, pero estaba dispuesta a luchar por el amor de su vida, escondido en algún lugar, esperando a ser descubierto.

El sonido inquisidor de su teléfono la hizo abandonar sus pensamientos. Era un mensaje de Pablo diciéndole que hoy la recogería en la estación de Zoroita.

Capítulo 10

Pablo. El crimen

20 de enero de 2018. Parque Natural de Pagoeta

Los muertos también hablan, solo hay que saber escucharlos.

A menudo pensaba en la vida y en lo que nos sucedía con cada uno de nuestros actos y sus consecuencias. Era como el agua que fluye por un río sorteando cada uno de los recodos y piedras que se encuentra a su paso. Un futuro incierto, pero que, con la suficiente perspicacia y diligencia, uno podía reconducir y hacer que derivara, en algo similar a sus sueños.

Pero, ¿cómo podía explicar una muerte más allá de los hechos? ¿Cómo darle sentido a algo que nunca lo tuvo?

Al contemplar el cuerpo inerte de Amador, despojado de todas sus alegrías y penas, de su amor incondicional hacia su hijo y su esposa, de sus sentimientos y recuerdos..., se juró a sí mismo que averiguaría qué había sucedido y, lo más importante, por qué.

A medida que se acercaban al cadáver, la cara de Ainhoa languidecía como si una ola de horror hubiera invadido su ser. Un frío gélido recorrió el cuerpo de los dos cuando observaron la escena de cerca.

—Subinspectora Muñoz, ¿alguien ha contaminado el lugar del crimen?

—No, inspector. Todo está tal y como lo encontraron los excursionistas.

—Pues algo no encaja. Fíjate, las únicas pisadas en tres metros a la redonda son las del... sujeto. —Tragó saliva y evitó mencionar el nombre de su amigo—. Acerquémonos y veámoslo más de cerca —dictaminó.

El cuerpo yacía en posición fetal, desnudo y con las manos cerca de la cabeza, pero los dedos, en vez de estar contraídos, permanecían extendidos. Dibujaban formas imposibles, lo que venía a indicar con toda seguridad que estaban rotos. La expresión de su rostro, que siempre estuvo llena de alegría y entusiasmo, ahora se encontraba apagada, palidecida y salpicada por la sangre. Sus ojos, de un azul intenso, se habían ennegrecido y habían perdido toda su vitalidad y fuerza. El cuerpo presentaba arañazos y heridas superficiales en todas partes, excepto en el tórax, donde alguien se había ensañado con él y había cincelado a cuchillo una palabra que en ese momento no supo interpretar: «IELTXU».

Nada de lo que veía le indicaba una causa clara de la muerte y, aunque la herida en el pecho era importante, no era suficiente. Continuó escrutando el cadáver, y justo al lado de su mano derecha, observó unos surcos grabados en la tierra que formaban unos extraños garabatos que tampoco logró comprender y que prefirió dejar a la científica para su estudio. Había algo que no encajaba en todo lo que veía: ausencia de pisadas sin ningún tipo de objeto que sirviera de arma para perpetrar el crimen, ninguna herida lo suficientemente seria como para provocar la muerte de un hombre, el cuerpo completamente desnudo en pleno invierno y ningún vehículo abandonado en las inmediaciones del parque. Demasiados interrogantes para un simple asesinato.

Sumido en un mar de dudas, observó con detenimiento cada uno de los indicios susceptibles

de engrosar la ya inaudita lista de pistas y comprendió que la muerte de Amador no se debía a una simple casualidad. Todo cuanto rodeaba la escena estaba empapado de un profundo sufrimiento y de un odio marcado por el rencor.

Justo cuando se disponía a dar paso a la comitiva judicial, una nota aguda y chillona que se repetía con insistencia desde algún punto del cielo provocó que alzase la vista en busca de la procedencia de aquel sonido. Sobrevolando sus cabezas, cerca de las copas de los árboles, se podía distinguir la figura señorial de un halcón peregrino moviéndose con tanta agilidad que se hacía difícil seguirlo con la vista. Al final, el ave se posó sobre un imponente árbol a escasos metros de donde se encontraba Pablo.

Sin bajar la vista, giró de manera pausada la cabeza en su busca. Escudriñaba entre el camuflaje del follaje cualquier indicio revelador. Sin darse cuenta, como un hilo invisible, llegó hasta el árbol que daba cobijo al cuerpo de Amador. Miró repetidamente de arriba abajo, dando forma a la teoría que se le acababa de presentar. Unos metros por encima del cadáver, la visión de una rama resquebrajada a punto de desprenderse del tronco y la existencia de un solo tipo de pisadas lo confirmaban. Amador estaba huyendo de alguien. Asustado y agotado para seguir corriendo, sin tiempo para pensar, trepó por el árbol hasta una de sus ramas que, superada por el exceso de peso, acabó por ceder y, sin tiempo ni lugar a donde agarrarse, arrojó a su amigo contra el suelo.

—Muy bien, Ainhoa, ya tengo bastante. Encárgate de que la científica haga fotos de ese árbol, recoja muestras y que las analice. Quiero saber la causa de la muerte ¡ya!

—De acuerdo, jefe. En cuanto tengan algo, te lo comunico enseguida.

Pablo se alejó en dirección opuesta al camino por el que había venido; ausente, pensando en qué narices hacía Amador en Pagoeta y por qué acabó en lo alto de un árbol. Mientras hacía sus cálculos, el crujido inesperado de una rama cerca de él lo alertó. Paró de caminar, expectante. Investigaba con los sentidos cada sonido del bosque, desentrañando aquel ronroneo constante de vida que surgía por todas partes. Reanudó de nuevo la marcha. Solo deseaba perderse en aquel lugar para poder pensar. Tras recorrer unos pocos metros, volvió a escuchar un ruido muy similar al anterior. Ya no tenía dudas: alguien lo estaba siguiendo, sin embargo, decidió seguir adelante y no se detuvo hasta localizar la procedencia del sonido. Por fin, giró de golpe y corrió hacia él como un perro de presa. Saltó sobre unos arbustos y abatió sin vacilar a aquella sombra clandestina que lo había estado acechando.

—¡Arghh! —se quejó dolorida una voz que identificó como la de una mujer.

—¿Quién es usted y por qué me está siguiendo, señorita? —El tono era contundente e intimidador.

—Podría disculparse, ¡bruto! Me ha arreado un buen mamporro en la cabeza y encima con exigencias.

—¡Por favor, responda a mi pregunta! Soy el inspector Pablo Artuña y, si no me contesta de inmediato, tendré que detenerla por resistencia a la autoridad.

Los labios de la mujer se curvaron en una leve sonrisa y ahora, con una voz mucho más sosegada, contestó al inspector.

—Me parece bien, inspector, siempre y cuando el que me detenga sea usted.

En ese momento, Pablo se dio cuenta de que estaba encima de la mujer, con sus rostros a escasos centímetros de distancia. Algo en ella le resultaba extremadamente perturbador.

—Perdóneme. He sido muy poco delicado, pero... ¿quién es usted y qué hace en medio del bosque espiándome? —respondió en un tono más calmado, mientras se apartaba a un lado.

—Mi nombre es Ana Torres, jefa de sección del Diario de Donostia. Esta mañana recibimos en la redacción la información del hallazgo del cuerpo de una persona en extrañas circunstancias en el Parque natural de Pagoeta, y aunque hace un frío que pela, aquí estoy, cubriendo la noticia para el periódico.

—De acuerdo, Ana, pero ¿por qué me seguía? —inquirió Pablo.

—Estaba con el resto de los periodistas esperando alguna declaración en el área designada para nosotros, cuando lo vi pasar con su compañera. Me fijé en cómo todos los policías lo saludaban con diligencia, y entonces supuse que sería el inspector encargado de la investigación. Los seguí a cierta distancia y vi a lo lejos cómo examinaban el lugar del crimen. Después, enfiló en solitario el camino de vuelta, pero por un sendero diferente al de ida, y ahí fue cuando me dije... «esta es la tuya». Me dirigí hacia donde iba usted, dando un rodeo por todo el parque para no ser descubierta. Mi intención era simular un encuentro casual. Solo quería saber de primera mano qué había sucedido y pensé: ¿quién mejor que el responsable de la investigación?

Pablo se quedó... ¡fascinado! No podía dejar de asombrarse ante la determinación de aquella mujer.

—Venga, levante. —Extendió sus brazos y tendió sus manos hacia ella, agarrándola con firmeza para que se incorporara con facilidad—. Señorita Torres, como ya se imagina, no puedo revelar nada hasta que el juez decida levantar el secreto de sumario. Desafortunadamente, no sé de cuánto tiempo estamos hablando, pero le prometo que la primera en enterarse será usted —manifestó con tono complaciente.

Esa manera de contestarle le pareció un tanto condescendiente, pero, de alguna manera, sabía que podía confiar en él.

Capítulo 11

Claudia. La adolescencia

03 de julio del 2019. Donostia

Todos guardamos en algún rincón de nuestro ser ese preciado tesoro de rebeldía y emociones, que un día, sin que nos diéramos cuenta, parecieron desvanecerse.

Los miércoles habían acabado por desaparecer del calendario semanal y se habían convertido en una especie de día semifestivo en la peluquería. Con suerte, apenas acudían tres o cuatro parroquianas en todo el día. La clientela se dividía en dos grupos bien diferenciados: las que asistían el lunes o, a más tardar, el martes, con la intención de ponerse guapas para el resto de la semana, y las que preferían el jueves o el viernes, con los ojos puestos en los siguientes dos días festivos. Por lo general, estas últimas solían ser más jóvenes y con gustos más atrevidos. En la mayoría de los casos, ir a la peluquería se había convertido en un ritual obligado. Ya no era solo un lugar para cortarse el pelo, sino un punto de encuentro donde conversaban y se echaban unas risas durante un buen rato.

Aquel primer miércoles de julio no iba a ser una excepción, con medio pueblo de vacaciones, por lo que la jefa de Claudia le dio el día libre.

Era pleno verano y el calor golpeaba con fuerza. Una vocecita en su interior le suplicaba playita. Estaba como loca por darse un baño en la Concha e ir de tiendas por Donostia junto a su amiga Isabel. Quería aprovechar al máximo su día libre, así que cogió el primer tren de la mañana y quedó con su amiga en la parte trasera del emblemático Kursaal.

Las dos chicas habían superado con creces el umbral de la amistad, sintiéndose tan unidas como si fueran hermanas de sangre. Isabel, que vivía a caballo entre Zoroita y Donostia, dependía siempre de los turnos de la custodia compartida de sus padres. Esos días estaba en la capital, por lo que decidieron quedar directamente allí. La primera en llegar fue Claudia. Eran las diez de la mañana, pero las playas y el paseo ya estaban abarrotados de gente. Mientras esperaba la llegada de su amiga, una sonrisa se instaló de manera permanente en su rostro. Aquel aroma a mar que impregnaba el aire, el sol acariciando su cara, una indomable sensación de libertad... todo cuanto añoraba durante su cautiverio de rulos y tintes. Apoyada en un pequeño muro de piedra, se quedó ensimismada disfrutando de las fantásticas vistas, observando cómo docenas de grupos de surfistas se dirigían entusiasmados hacia un mar de olas.

Cuando por fin llegó Isabel, caminaron por el paseo hasta lo que ellas llamaban *su rinconcito*, una zona de la playa alejada del bullicio de las familias con niños y de los turistas, ávidos de conquistar cada centímetro de arena con sus sombrillas. Una vez allí, y bien untadas de crema solar, se recostaron sobre una toalla orientada estratégicamente hacia el sol. Cerró los ojos y al instante pudo sentir cómo el calor acariciaba su piel, arropada por una sutil brisa marina. Sumida en una creciente sensación de bienestar, se dejó llevar sin entregar resistencia a un plácido sueño.

—¡Ostras! —gritó Claudia, mientras daba un salto y se incorporaba de golpe.

La marea les había jugado una mala pasada, y en un descuido sin perdón para unas paisanas como ellas, el mar las vino a saludar sin previo aviso.

—¡Madre mía! —gritó también Isabel, brincando como un saltamontes.

Las dos amigas se miraron, todavía somnolientas y un tanto aturdidas por el calor sofocante. A medida que asimilaban lo que les acababa de suceder, sus rostros cambiaron de semblante hasta converger en dos muecas bufonas, tan graciosas que al principio no pudieron reprimir una pequeña risita juguetona, pero que después se convirtió en un estallido de carcajadas, tan ruidosas y contagiosas que media playa acabó riendo junto a ellas.

Tras pasar la mañana entera en la playa sin probar bocado, el estómago empezó a quejarse ruidosamente. Estaban hambrientas, por lo que decidieron dirigirse a un centro comercial no muy lejos de donde se encontraban.

Allí las esperaban dos amigas más, ansiosas por intercambiar los últimos cotilleos de su clase. Juntas, recorrieron planta por planta. Escudriñaron metódicamente todas y cada una de las tiendas. Se probaron ropa que con toda seguridad era demasiado cara para sus bolsillos adolescentes y se rociaron con multitud de fragancias, mientras atraían las miradas inquisitorias de varias dependientas.

Claudia estaba radiante, derrochaba un encanto adolescente difícil de superar.

Capítulo 12

Ana. El accidente

20 de enero de 2018. Parque Natural de Pagoeta

La vida no es más que un suspiro que se desvanece en la eternidad. Lo que realmente importa es como vivimos ese suspiro.

Aunque no obtuvo ninguna información acerca del cuerpo hallado en el Parque Natural de Pagoeta, Ana se sintió satisfecha. Por un lado, arrancó el compromiso del inspector Pablo Artuña de que en cuanto se pudieran hacer públicos los pormenores del caso, ella sería la primera en enterarse. Por otro lado, no pudo ignorar la intensa conexión que sintió entre ellos cuando él aterrizó sobre ella. Duró apenas un suspiro, pero pudo sentir los latidos desbocados del inspector chocando contra su pecho, entremezclándose y rugiendo sin control junto a los suyos. Con solo recordarlo, se le aceleró el pulso y con cada pensamiento creció dentro de ella una enorme sensación de calor abrasador, mientras repetía en un bucle infinito su breve encuentro y perpetuaba en su memoria cada centímetro cuadrado de Pablo. Aunque fugaz, aquella mirada intensa y poderosa no pudo ocultar otra más soñadora y misteriosa, rebosante de toneladas de ternura.

¡Ya lo estaba haciendo de nuevo! Solo hacía unos minutos que había conocido a Pablo y ya estaba dándole vueltas a la cabeza. «¿Y si resulta que es el hombre de mi vida? ¿Estará casado...? ¿Tendrá hijos...? ¿Qué edad tendrá? Y todas esas canas... Aunque... ¡a más canas, más interesante!». Así estuvo durante un buen rato, a pesar de que sabía que solo era un juego y que no debía tomarlo demasiado en serio.

Volvió por el sendero hasta llegar a la zona asignada a los periodistas. El clima entre ellos era de crispación y descontento. Estaban indignados por la falta de información que habían recibido por parte de las autoridades. Se podían ver caras largas, expresiones de frustración... y para rematarlo, una fina capa de nieve empezaba a cubrir el suelo, acompañada de un ambiente gélido que aumentaba la sensación de malestar. La espera de noticias se volvía cada vez más insoportable en esas condiciones adversas.

Ya no tenía ningún sentido quedarse allí, por lo que decidió regresar a la redacción. Cruzó un pequeño camino de tierra y llegó hasta el aparcamiento donde tenía estacionado su queridísimo SEAT 600 que, a pesar de carecer de las comodidades de un coche moderno, al poner las manos sobre el gran volante de baquelita y escuchar el ronroneo de su antiguo motor, experimentaba un placer que superaba con creces el de cualquier automóvil actual.

Arrancó el vehículo y se dispuso a regresar a Donostia. Las condiciones de la carretera eran bastante complicadas. Había llovido durante un buen rato y ahora, debido al viento glacial que soplaba del oeste, los copos de nieve inundaban el paisaje y dibujaban una estampa invernal perfecta, al menos así lo pareció a ojos de Ana. Tras recorrer un par de kilómetros, un animal se cruzó repentinamente en medio de la calzada. En ese momento, el 600 se encontraba en plena curva, y Ana, en un acto reflejo, accionó los frenos, lo que provocó, debido al hielo acumulado, que patinara hacia la cuneta, perdiendo por completo el control.

Cinco minutos más tarde abría por fin los ojos. Se había llevado un golpe tremendo en la cabeza al darse contra la ventanilla y, como ese tipo de coche no disponía de reposacabezas, un fuerte latigazo en el cuello. Estaba aturdida por el impacto y el monumental dolor de cabeza, tan intenso que le impedía centrarse en pedir ayuda. Nunca antes había tenido un accidente. Pensaba ingenua que esas cosas solo les ocurrían a los demás. Siempre había sido una conductora ejemplar: respetaba los límites de velocidad, no probaba el alcohol si tenía que coger el volante y señalizaba todas sus maniobras. Disfrutaba de la conducción, pero en el sentido más puro de la palabra. Amaba lo auténtico: sentir cada bache de la carretera en su pequeño automóvil, sin prisas, alejarse del estrés y de los insultos. Para ella, su parabrisas era como uno de aquellos pequeños visores panorámicos que servían para ver fotos y que la incitaban, kilómetro tras kilómetro, a deleitarse con las postales que le sugerían los lugares por donde circulaba. La libertad que le otorgaba aquella joya de coleccionista, herencia de su abuelo, tenía un valor incalculable.

—¡¿Hola?! ¡¿Hola?! ¿Está usted bien, Ana? —preguntó una voz que la sacó de su aturdimiento.

—¿Qué? ¿cómo...? ¿Qué ha pasado? —musitó Ana con voz temblorosa mientras se tocaba la frente, tremendamente dolorida.

—Tranquilícese, soy Pablo, el inspector Pablo Artuña. Ha tenido un accidente y se ha golpeado la cabeza contra la ventanilla. ¿Le duele alguna zona más del cuerpo?

—Estoy un poco mareada, pero aparte de eso, creo que estoy bien.

—De acuerdo, no se mueva por si acaso y déjeme a mí.

Pablo abrió con dificultades la puerta maltrecha y se inclinó hacia Ana, obrando con suma delicadeza en cada uno de sus movimientos, temeroso de que pudiera tener algún tipo de lesión que agravara su estado. Deslizó un brazo bajo las piernas y otro alrededor de los hombros, levantándola lentamente de su asiento. Mientras el inspector cruzaba con cuidado la carretera resbaladiza hasta su coche sosteniéndola en brazos, Ana pudo percibir otro tipo de dolor que se alojaba en su interior; extremadamente placentero y que le hacía hervir la sangre de una manera que no podía comprender. Recostó su cabeza sobre Pablo y se dejó ir, mientras sentía como se desvanecían todos sus pensamientos.

Capítulo 13

Javi. La prueba

03 de julio de 2019

Perseguir nuestros sueños es la gasolina que alimenta nuestra alma y nos impulsa a alcanzar lo inalcanzable.

Una melodía ochentera se había instalado machacona en su cabeza. Se encontraba en la pista de una discoteca, bailando a todo trapo junto a una atractiva rubia. El compás se intensificaba rápidamente. Notaba cómo le faltaba el aliento, su corazón palpitaba descontrolado mientras intentaba seguir el ritmo vertiginoso de la música. Algo no iba bien. De repente, cayó de rodillas en el centro de la pista, angustiado y exhausto. Miró a su alrededor, pero no había nadie. La chica había desaparecido y un silencio ominoso reinaba en el lugar.

Después de unos instantes de desconcierto, escuchó una voz a lo lejos. Al principio era débil y distorsionada, pero poco a poco percibió cómo se acercaba a él. No entendía qué estaba sucediendo y, de manera instintiva, se acurrucó hasta formar un ovillo. La voz ya estaba junto a él, gritando cada vez con más fuerza y con un deje de desesperación.

—¿Te has dormido, Javi?! Tienes que levantarte ahora mismo o no llegarás a las pruebas... ¿Me has oído? ¡Le-van-ta-te ya! —le reprochó su madre.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer, me he dormido! El día de las pruebas y me duermo.

Javi observaba incrédulo el radio despertador. Intentaba entender por qué no había funcionado. Un simple vistazo le sirvió para comprender qué había pasado. La radio funcionaba a la perfección, pero el volumen estaba tan bajo que era imposible que nadie lo hubiera oído. Tenía que reaccionar rápido o perdería el tren y, con él, la oportunidad de su vida. Se duchó, se afeitó, se vistió y salió disparado como un cohete en busca del tren.

Llegó a la estación jadeando, aunque la falta de aliento no le impidió cruzar como una bala la sala de espera y llegar a las taquillas.

—Por favor, un billete a Donostia para el tren de las ocho menos cuarto —pidió respirando agitadamente al final de la frase, mientras flexionaba las rodillas y se apoyaba en el mostrador.

—Lo siento, muchacho, pero el tren que me indicas acaba de partir hace un momento. Si quieres, te puedo vender un billete para el siguiente, que sale en media hora.

La cara de Javi era un poema, pero no podía derrumbarse. «Ahora no», se dijo. No tenía sentido preocuparse. El día anterior había hecho los cálculos necesarios para llegar con tiempo de sobra, precisamente, por si le sucedía algún tipo de imprevisto, así que no le dio más vueltas al asunto y compró el billete.

Al fin, el tren llegó, pero con diez minutos de retraso. Las continuas paradas durante el trayecto fueron minando sus cada vez más exiguas esperanzas de llegar a tiempo. Estaba absolutamente desesperado y su reloj se había convertido en un yelmo pesado y frío que avanzaba tenaz hacia un desastre asegurado.

Cuando llegó a la estación de Donostia ya eran las nueve y cuarto. Ahora tenía que coger un autobús que lo llevaría hasta el pabellón. El trayecto duraba una media hora, pero no perdía la

esperanza, estaba seguro de que lo iba a conseguir.

Se dirigió directamente hacia la parada del veintitrés, situada a unos diez minutos de allí. Al llegar, vio cómo una cantidad ingente de personas se apelotonaban unas encima de otras, malhumoradas y con caras de circunstancias. Aguardaban con impaciencia la llegada del siguiente autobús. No entendía qué hacía tanta gente allí, a no ser que...

—Perdone —se dirigió Javi a un inspector de la compañía de autobuses—. ¿Sabe por qué se agolpa tanta gente en la parada?

—¡Claro, chico! —contestó el revisor un tanto asqueado—. Hoy hay una manifestación de taxis en el centro de la ciudad y la circulación de todos los autobuses se ha visto afectada, con retrasos de más de media hora.

Javi sintió un pinchazo en el estómago que le hizo doblarse de dolor. Mareado y con la cara descompuesta, intentaba asimilar la noticia. Parecía imposible que le estuviera pasando todo eso. Llegó a pensar que era la broma de un *reality show* y él era el protagonista central sobre el que recaían todas las miradas.

Tenía que hacer algo con urgencia o pronto no habría vuelta atrás. Estudió todas las posibilidades, aunque no eran muchas. O bien se ponía a caminar, opción que descartó antes de acabar la frase en su cabeza, ya que calculó que tardaría una hora y media como mínimo yendo a buen ritmo; o bien cogía un taxi, opción que también descartó, dado que no tenía suficiente dinero para pagarlo. Al final, claudicó ante la evidencia y esperó la llegada del autobús.

Tras media hora de trayecto, el conductor del autobús se giró hacia donde estaba sentado Javi y le hizo señas con la mano para que se bajase allí. Al abrirse las puertas, un enorme chorro de calor lo golpeó con fuerza y le provocó en el acto una desagradable sensación de ahogo. A escasos cien metros estaba el pabellón donde se realizaban o, mejor dicho, se habían realizado las pruebas para entrar en el equipo el año siguiente. Eran las doce del mediodía y ya no quedaba nadie a quien suplicar una segunda oportunidad. Nadie a quien poder explicarle que su sueño siempre había sido jugar en ese equipo. Todas sus esperanzas se desvanecieron al comprobar que la puerta estaba cerrada. Llamó con insistencia pulsando el timbre decenas de veces. Aporreó la puerta, dio patadas, gritó... Era inútil, allí no quedaba nadie. Durante una hora permaneció sentado frente a la entrada. Suplicaba para que de repente se abriera y apareciera alguien de su interior. Al final, abatido y desconsolado, asumió la realidad. El calor apretaba y decidió regresar a la estación. Esta vez, no tenía ninguna prisa en volver a casa y explicarle a su madre el desastre de día que había tenido por culpa de un despertador.

Sumido en la más profunda aflicción y a modo de viacrucis, caminaba distraído por la carretera cuando el sonido estridente de un claxon lo sacudió de golpe. De un salto se apartó hacia la acera, justo en el mismo lugar donde se encontraba una señal de tráfico, con la mala fortuna de golpearse violentamente con ella en el hombro izquierdo. El conductor del coche, al percatarse del accidente, aparcó a un lado de la calzada y se preocupó por el estado de Javi.

—Chico, ¿te encuentres bien? ¿Quieres que te lleve al hospital? —preguntó el desconocido, con los labios temblorosos, evidenciando el nerviosismo que le había provocado el percance.

—No se alarme, solo ha sido un golpe y casi no me duele —respondió en un primer momento Javi—. Lo que acaba de pasar solo ha sido un triste episodio más de una larga lista. Soy un completo desgraciado, así que no le dé más vueltas.

—Tranquilo, muchacho. Cuéntame qué te ha pasado. Seguro que encontramos una solución.

Los dos se quedaron sentados sobre la acera, resguardados del sol abrasador bajo unas frondosas moreras. Durante un buen rato, Javi le relató la inverosímil historia que lo había

llevado hasta ese momento.

El extraño lo escuchó con suma paciencia, sin interrumpirle ni una sola vez. Era consciente de que necesitaba desfogarse y sacar todo lo que llevaba dentro. Después de todo, él se había convertido en el último eslabón de aquel relato descorazonador. Cuando la historia llegó al momento en que se encontró con la puerta cerrada del pabellón, su voz empezó a debilitarse hasta llegar a un punto en el que solo movía la boca sin emitir sonidos. Una lágrima chispeó de sus ojos y, antes de que le siguieran todas las demás, los dos se fundieron en un largo abrazo. En aquel momento, toda la desesperanza cultivada a lo largo del día se convirtió en la más tierna de las sonrisas por parte de aquel misterioso hombre.

—Dime una cosa, chico. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Javi, el *fracasado* —declaró, soltando un profundo aliento de desesperación.

—¿No serás Javier García? —le pregunto con cara de asombro.

—¡Sí! Pero cómo sabe mi...

Antes de acabar la frase, lo interrumpió, estupefacto, sin aún creerse lo que acababa de ocurrir.

—Perdona mi mala educación. Mi nombre es Iñaki Gastón, entrenador del equipo cadete. Te he estado esperando hasta el final del entrenamiento, pero al no dar señales de vida, te he llamado un par de veces al móvil y daba apagado. Estábamos muy interesados en verte entrenar y hablar contigo, pero, si te soy sincero, y después de todo lo que te ha pasado hasta llegar aquí y las grandes referencias que nos han dado de ti, te tengo que confesar que la plaza en el equipo es tuya. Me consta que tienes un talento innato para este deporte y un gran porvenir. ¡Qué me dices! ¿Aceptas?

Javi no se lo podía creer. Después de todo, lo había conseguido.

Capítulo 14

Amador. La leyenda

Noche del 20 de enero de 2018. Parque Natural de Pagoeta

Como un depredador invisible, el miedo habita dentro de nosotros, acechando en los rincones más profundos de nuestra mente y corazón.

El rugir de un motor a lo lejos desconcertó a Amador. No recordaba nada de lo sucedido, pero ese ruido estridente lo puso en alerta. No podía ser un coche. «Aquí no», se dijo. En medio del bosque no había coches; quizá un animal salvaje o su imaginación, demasiado propensa a fantasear cuando le invadía el pánico. Fuera como fuese, tenía que salir de allí, aquel lugar no era seguro.

De repente, una avalancha de sonidos amenazantes, crujidos y voces que le susurraban palabras que no alcanzaba a comprender acudieron a su encuentro, envolviéndolo por completo en la sibilina noche de Pagoeta. Creyó volverse loco. Sabía que todo aquello no podía ser más que fruto de su imaginación, pero era tan real... El eco de un rumor le susurraba desde todas partes; giraba y giraba en torno a él como un tiovivo estropeado y lo atrapaba en un delirio que acabó por dejarlo tendido sobre el suelo; inconsciente, entregado a la oscuridad.

Poco a poco fue recobrando la consciencia. A su alrededor, una espesa niebla cubría el bosque, impregnando la atmósfera de una serenidad inquietante. Se levantó, aturdido y desorientado, estaba perdido y no sabía cómo salir de aquel paraje. Al dar el primer paso, sintió un chasquido bajo sus pies, que inmediatamente dio lugar a un sonoro chapoteo. Quedó hundido varios centímetros en un pequeño charco de agua helada. Su mirada se desvió con sorpresa hacia los pequeños fragmentos de hielo que flotaban alrededor de sus extremidades, aunque su cuerpo desnudo se mostró insensible al frío gélido de aquella noche de enero.

Una ola de calor había estallado dentro de él y, como una bola de fuego, recorría cada centímetro de su organismo y le hacía hervir la sangre que emanaba de su pecho repleto de incisiones.

Inmune al frío y al dolor, comenzó a caminar sin rumbo, desorientado. Intentaba ver a través de los escasos hilos de luz que una niebla siniestra proyectaba aviesa, como si se tratara de en un tablero de ajedrez. Después de vagar durante un tiempo indeterminado, vislumbró lo que parecían unas luces cerca de donde se encontraba. Temeroso, se acercó a ellas con cautela, caminando sigilosamente sobre las puntas de los pies. Evitaba cualquier ruido innecesario y delatador que lo pudiera poner en peligro. La niebla, que seguía en todas partes, enturbiaba cada rincón de aquel lugar. Cambiaba a su antojo las formas y distorsionaba los sonidos que lo asaltaban con falsas ilusiones. A medida que se acercaba, una sospecha crecía en su interior. Las luces se habían convertido en dos intensos puntos rojos. Sus siluetas describían el perfil difuminado de unas llamas que ardían con intensidad. A escasos metros de alcanzar su objetivo, el crujido de una rama al pisarla lo dejó sin aliento. Durante unos instantes, permaneció inmóvil, sin apartar la mirada del resplandor; esperaba inquieto, sin pestañear. A los pocos segundos, el brillo se esfumó.

Aunque seguía clavado al suelo, su corazón latía con tanta intensidad que le pareció percibir su eco por todo el bosque. Parecía resonar desde todas las direcciones, tan fuerte que hacía imposible seguir oculto. Algo lo estaba acechando. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió a sus espaldas agitarse ligeramente el aire. Volvió la mirada, pero solo quedaba una frágil estela que se deshacía entre la densa niebla. A su izquierda, arbustos arrancados de raíz yacían esparcidos por el suelo. La atmósfera era rancia, casi irrespirable. Se tapó instintivamente la cara con ambas manos e intentó filtrar el aire viciado, cuando un sonido gutural y aterrador resonó desde todas partes. Los dos puntos de luz reaparecieron, esta vez más grandes y fogosos, tan simétricos como... Un halo de fuego emergió justo por debajo de ellos, como si las mismísimas puertas del infierno se hubieran abierto, liberando toda su furia acumulada. De entre las sombras, surgió la figura grotesca de una bestia con forma de toro. Bramaba enfurecido y probón. De su hocico brotaban cenizas incandescentes que ahogaban el lugar en una espesa nube de humo tan caliginoso que podía sentir el peso del azufre acumularse sobre su piel. El pánico se apoderó de él. Cada músculo de su cuerpo se paralizó, manteniéndolo prisionero de sus propios miedos. Aguardó resignado la mortal acometida. La bestia apuntó sus cuernos de fuego hacia él, impulsada por un odio sanguinario. Se inclinó hacia adelante y se lanzó enloquecida a por su presa.

—¡Zezengorri! —gritó aterrorizado Amador.

El animal se detuvo bruscamente. Reconoció aquella palabra maldita, fruto de leyendas y mitos. Parecía desconcertado y movía la vasta cabeza de lado a lado, como si quisiera sacudirse de ella aquel nombre prohibido. Por un momento, Amador se sintió a salvo y observó confiado los extraños movimientos invadidos por una rabia descontrolada. Aprovechó la oportunidad para escabullirse en silencio. Sus piernas ahora sí respondían y la niebla se había convertido en su aliada.

Después de recorrer unos metros, escuchó cómo una especie de silbido se acercaba a él a gran velocidad. Antes de que pudiera reaccionar, la onda expansiva de una explosión brutal lo arrojó a varios metros de distancia. Los árboles circundantes ardían con virulencia, formando a su alrededor un círculo infernal. Justo en un extremo, Zezengorri dejó escapar un aullido desgarrador. Amador se incorporó de un salto y empezó a correr aterrorizado. No necesitaba darse la vuelta para saber que el monstruo venía tras él. Sentía su aliento en la nuca mientras jadeaba descontrolado. La bestia escupía brasas a lo largo del bosque y martilleaba el suelo con sus colosales pezuñas. Corrió lo más rápido que pudo, pero la criatura se acercaba implacablemente.

Exhausto, con las fuerzas rozando el límite, se detuvo junto a un roble gigantesco y, sin dudar, trepó hasta colgarse de una de sus ramas. Su corazón latía sin control, oprimiendo su pecho con fuerza. El aire se había vuelto tan denso que lo ahogaba con cada bocanada que daba. Un sudor frío recorrió de manera funesta su cuerpo debilitado, mientras dejaba escapar una pequeña gota delatadora sobre el vacío de la noche. Allí aguardaba la bestia.

El olor a tierra mojada siempre lo había fascinado. Le producía una enorme sensación de bienestar y le evocaba aquellos largos paseos después de un día lluvioso junto a Pablo y Aida, mientras vivía con ellos los momentos más felices de su vida. En esos instantes finales, deslizó el dedo por la tierra húmeda, inmóvil y agonizante, acariciado por el vaivén intermitente de una suave brisa. Saboreó con calma cada recuerdo, para desgranar con devoción cada instante de felicidad. Después, sobrevino la oscuridad.

Capítulo 15

Pablo. La investigación

20 de febrero de 2018. Donostia

Las leyendas solo son capítulos de nuestro pasado que se confunden con la realidad y navegan entre nosotros, susurrándonos secretos olvidados.

Cada vez que cerraba los ojos, seguía viendo la mirada inerte de Amador.

Un cigarrillo humeante viciaba el pequeño despacho de Pablo. Cada rincón de aquel lugar estaba salpicado por ese olor a rancio y amargo que se impregna de forma viscosa a todo. Montones de documentos se acumulaban en dos sillas deterioradas por el paso del tiempo, mientras una lámpara de arco emitía un haz de luz anaranjada sobre una mesa descolorida que iluminaba lo único que le importaba en esa habitación: el expediente de Amador.

«Una vez más», pensó Pablo, mientras cogía con una mano el expediente y con la otra se frotaba la barbilla. Extendió sobre su escritorio todo lo que contenía: informes y exámenes de todo tipo. Esta vez se detuvo en el análisis de sangre y en la extraña mezcla de drogas que circulaba por sus venas en el momento de la muerte. Era una combinación explosiva de sustancias alucinógenas a base de dextrometorfano (DXM), muy popular entre los jóvenes con ganas de vivir una experiencia extrasensorial y que provocaba alucinaciones, pérdida del sentido de la orientación y del tiempo. También se encontraron índices significativamente altos de la droga conocida como dietilamida del ácido lisérgico (LSD), la cual alteraba el juicio y el comportamiento de las personas.

En el informe se detallaba como causa de la muerte un traumatismo craneoencefálico provocado por el impacto directo contra el suelo, con diferentes edemas y hemorragias, seguido de un paro cardíaco debido al consumo de estupefacientes.

Pablo gritó desesperado.

—¿Cómo puede ser? ¡Es imposible! ¡Nadie muere por dos causas a la vez! Primero, por un golpe en la cabeza, y luego resucitas para morirte de un infarto. Menuda panda de ineptos. Si por mí fuera, los despedía a todos.

En ese momento, alguien llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —contestó irritado por la intromisión.

—Buenos días, Pablo —saludó la subinspectora Muñoz—. Por fin tenemos los resultados de grafología. Por lo visto, les ha costado muchísimo descifrar el significado de lo que escribió. Varias letras estaban inacabadas y el surco que dejó al escribir sobre la tierra era muy poco profundo, casi inexistente.

—¡Ainhoa, por Dios! Dame el informe y aclaremos de una vez qué narices escribió.

La subinspectora acercó la documentación a Pablo con vehemencia; estaba tan ansiosa como él por saber qué quiso decir Amador.

—¿Zezengorri?! —musitó Pablo, de manera casi imperceptible y con cierto asombro.

Permaneció pensativo por unos instantes.

«Zezengorri, Zezengorri, Zezengorri...».

—¡Lo tengo! La leyenda del toro guardián de las cuevas del bosque. Pero ¿qué lo llevó a escribir esa palabra antes de morir? Es evidente que debe estar relacionado de alguna manera con su muerte, pero de qué forma.

Mientras repasaba mentalmente cada línea del expediente en busca de algún indicio oculto que pudiera relacionar con esa palabra, cayó en la cuenta de que en el informe forense no se había detallado ninguna clase de quemadura.

—¡Mierda! —exclamó Pablo.

—¿Qué pasa? —Se inquietó Ainhoa.

—La leyenda de Zezengorri... habla de espíritus que adoptan la forma de toros, protectores de tesoros escondidos en los rincones más remotos del bosque, casi siempre en cuevas camufladas por la vegetación. Atacan sin compasión si alguien trata de robarles y lo peor de todo es que te chamuscan con una enorme bola de fuego. Son como el perfecto perro guardián. —Vaya, no sabía que estuvieras tan puesto en mitología vasca —soltó irónicamente—. Pero... ¿qué relación guarda todo esto con el asesinato?

—Zezengorri solo es una leyenda; no hay toros en llamas paseándose por Pagoeta ni tesoros escondidos en cuevas siniestras. Amador jamás demostró el más mínimo interés por los cuentos de hadas ni los seres mitológicos, sin embargo, escribió esa palabra mientras agonizaba, después de caer desde lo alto de un árbol y sufrir un ataque al corazón. Quería decirme algo... Pero estoy seguro de que no tiene nada que ver con tesoros ni toros en llamas ni vacas voladoras —dijo con una mueca sarcástica.

—Entonces... ¿seguimos sin tener nada?! —exclamó con frustración.

—¡No es del todo cierto, Ainhoa! En el informe forense no se detalla ninguna quemadura que se pueda relacionar con un toro asesino imaginario. Sin embargo, sí que se mencionan las fracturas en seis de sus diez dedos de las manos y los cortes en el pecho, efectuados desde ángulos imposibles, todos con diferentes profundidades y trazos renqueantes e inseguros.

—¡Entiendo! El toro no es sospechoso —ironizó, tratando de comprender adónde quería llegar el inspector.

—Ainhoa, ¿no lo ves? El maldito toro es la clave de todo, aunque aún no sabemos qué significa. Amador, antes de llegar al monte, fue torturado salvajemente. ¡Seis dedos! Seis malditos dedos le costó confesar lo que ocultaba. ¿Te das cuenta del sufrimiento que eso implica?

—¿Y las heridas del pecho? —añadió intrigada.

—Obligado a autoinfligírselas, como muestra de poder y advertencia a los demás.

—Pero... eso es horrible. Nadie puede aguantar ese dolor... Seguro que ya estaba drogado.

—Creo que no, Ainhoa. Todo indica que era consciente de lo que hacía y que le movía algún tipo de amenaza, suficientemente importante como para clavarse un cuchillo en el pecho y grabarse la palabra «IELTXU».

En ese preciso momento, se percató de la conexión entre las dos palabras. No podía ser una mera casualidad. Durante todo este tiempo, había supuesto que «IELTXU» se refería al nombre de una persona, pero la revelación de Zezengorri, imprimida a duras penas antes de fallecer, le daba un nuevo sentido a Ieltxu. Según la mitología vasca, era otro ser de la noche, anónimo e invisible, que atrapaba a sus víctimas en la oscuridad y las llevaba en un estado de trance, hacia los abismos más profundos. Ambas palabras acababan de cobrar vida propia en la mente de Pablo. Aunque por el momento permanecían ocultas en algún lugar inhóspito, aguardando ser descubiertas.

—Algo se nos está escapando, Ainhoa. Investiga en todas las bases de datos, habla con expertos en mitología local y pregunta a todos los confidentes, a ver qué encuentras.

—¡Enseguida, inspector! —asintió con determinación.

Pablo volvió a sumergirse de lleno en el expediente, mientras se repetía una y otra vez aquellas dos palabras. Necesitaba comprender qué relación guardaban entre sí para llegar hasta el asesino de Amador.

Capítulo 16

Ana, Claudia y Javi. El destino

03 de julio de 2019. Donostia

Cada acción que realizamos tiene el potencial de cambiar el rumbo de nuestras vidas y abrirnos a oportunidades que antes parecían inalcanzables.

La imagen del E155 acercándose a la estación de San Sebastián impresionaba por la magnificencia del convoy. Se movía perezosamente, a través de diversos cambios de agujas, lo que hacía chisporrotear una vieja catenaria al compás del sonido estridente de las ruedas al frenar.

El viaje desde Valladolid había transcurrido sin incidencias, y desde la central ya se había validado la salida programada para las siete de la tarde.

Ana había estado cogiendo el tren desde que se mudó a Zoroita. Le resultaba mucho más cómodo que el coche, ya que la estación se encontraba a solo quince minutos de su casa y a poco más de diez de su lugar de trabajo.

Estaba muerta de ganas por regresar. Sabía que Pablo estaría esperándola y no veía el momento de volver junto a él. Desde hacía varios días, su comportamiento resultaba un tanto misterioso: desaparecía bajo pretextos poco creíbles y volvía con una sonrisa nerviosa en su rostro, tan poco convincente como delatadora. Sabía que tramaba algo, pero no daba con el qué. Sin embargo, lo que nunca desaparecía era aquella mirada de admiración y amor por ella, tatuada para siempre en su corazón.

Decidió que ya era hora de cerrar el ordenador y olvidarse de los problemas de la redacción. Cogió su amplio bolso de reportera y se subió el cuello de la camisa. Pensaba que así pasaría algo más desapercibida entre los compañeros de sección, apostados estratégicamente a lo largo de una amplia sala, ávidos de todo tipo de cuestiones y discutir por cualquier asunto; dispuestos a disparar sin piedad ante la más mínima posibilidad. Aunque escuchó pronunciar su nombre un par de veces, se hizo la despistada y fingió que hablaba por teléfono mientras se escabullía, no de manera tan discreta como había imaginado.

De camino a la estación, atravesó varias calles comerciales atestadas de todo tipo de tiendas, con decenas de escaparates exhibiendo las últimas colecciones de ropa. Un duendecillo interior no paraba de repetirle que tenía tiempo de sobra. «Párate, párate, solo será un momento» le murmuraba machacón y, aunque intentó ignorarlo, al final sucumbió resignada.

Solo fue un instante, o al menos eso le pareció a ella, pero fue lo suficiente para perder la noción del tiempo y darse cuenta de que no llegaría a tiempo si no apretaba el paso.

En cuestión de minutos, se encontró frente a la espectacular fachada de corte clasicista de la estación de Donostia, coronada por un enorme reloj que anunciaba indiferente que llegaba más justa de lo que pensaba. Eran las seis y cincuenta y dos de la tarde. Aceleró tanto como pudo, aunque sus elegantes zapatos de tacón alto y una falda entallada, justo a la altura de las rodillas, no le permitían moverse con la soltura necesaria. Atravesó a toda prisa las columnas que flanqueaban el pórtico y de un brinco llegó hasta la gran escalinata de entrada. Subió los

escalones de dos en dos, con la mala fortuna de que, al aterrizar sobre uno de ellos, el tacón de su zapato izquierdo se astilló y cedió al impulso, lo que provocó que su pie se doblase y espetase un alarido sordo de dolor. Sin tiempo para compadecerse, siguió renqueante hacia el andén de salida. El tren estaba a punto de partir, y no quedaba nadie para embarcar. Pudo escuchar el anuncio de la salida inminente. En un último esfuerzo tortuoso, acompañado de un grito de rabia, dio un pequeño salto apoyándose en su pie derecho y se encaramó en un ejercicio de equilibrio sobre la plataforma que daba acceso al último vagón.

Tras el encuentro fortuito de Javi con el entrenador, este último le propuso ir a comer a un restaurante cercano. Quería conocer un poco más de su nuevo y flamante fichaje, descubrir aspectos de él que no se veían en una cancha de baloncesto, para entender mejor de qué pasta estaba hecho, ya que era eso lo que definía la personalidad de cualquier jugador, tanto dentro como fuera de la pista.

Javi no defraudó en absoluto a Iñaki Gastón. Mantuvieron una conversación fuera de lo común para tratarse de un chico de catorce años. Hablaron sobre el colegio y de la importancia de los estudios, del trabajo que realizaba en el negocio de sus padres y de cómo eso fortalecía los lazos familiares. Incluso discutieron temas de política, medio ambiente y, por supuesto, baloncesto: entrenamientos, compañeros de equipo, la liga en que jugarían, las expectativas a largo plazo... Fue una charla a la altura de alguien tan especial y talentoso como Javi.

Después de la comida, se despidieron y, exhausto por los nervios que había pasado durante toda la mañana, se deshinchó como un globo. Con las pocas fuerzas que le quedaron enfiló el camino de vuelta hacia la estación de tren. Esta vez, sin prisas, llegó con media hora de adelanto. Mientras esperaba y lidiaba con el cansancio acumulado, se quedó medio dormido en un banco justo enfrente del expendedor de billetes. Poco después, una mujer que debía rondar los sesenta años se plantó justo en frente de él cargada con una mirada desafiante. Lo increpó de malas maneras por ocupar demasiado espacio y, lejos de mostrar un mínimo de empatía hacia Javi, le sugirió que si tenía sueño, se fuera a dormir la mona a la playa. Por un momento, estuvo tentado de responder, pero decidió que no valía la pena. Cerró los ojos un breve instante, se pasó la mano por el cabello y decidió no darle importancia. Moviéndose ligeramente su cuerpo para hacerle el suficiente espacio y que pudiera sentarse a su lado, aunque la mujer rehusó la oferta de manera estrafalaria. Indignada, se giró para alejarse en dirección al andén, contoneándose de manera ostentosa a la vez que maldecía a la juventud de hoy en día.

Al rato anunciaron la llegada del tren, y se encaminó hacia él. Cuando llegó al andén, a lo lejos, observó a la misma mujer que antes lo había recriminado, esperando al otro lado de las vías. Permanecía altiva y con aires prepotentes, sin prestar suficiente atención a sus pertenencias. En un descuido, un hombre se abalanzó sobre ella y se apropió de su bolso, en un acto imposible de repeler. Le propinó un leve empujón que, sin duda, aquel esperpento de mujer exageró todo lo que pudo, dejándose caer escandalosamente sobre el suelo, en una perfecta sobreactuación teatral.

Una sonrisa maquiavélica se instauró en el semblante de Javi. Aunque era consciente de que lo que acababa de presenciar era un acto absolutamente punible, un aire de satisfacción y de justicia eterna se apoderó de él mientras subía sin prisa los escalones del vagón.

Claudia llevaba un buen rato distraída con sus amigas, encantada con las novedades y cuchicheos que se habían contado, aunque un dolor de cabeza incipiente empezaba a asomar con un martilleo cada vez más continuo. En su espalda, parecía que el sol había tatuado el lomo de un cangrejo y renegaba con vehemencia por no haberse aplicado suficiente protector solar. Cuando se dio cuenta de la hora que era, su corazón pareció detenerse. Había olvidado por completo que tenía que regresar en el tren de las seis y cuarto, y ya eran las seis y veinte. Desquiciada y alterada, abrazó y besó apresuradamente a sus amigas y se despidió más rápido de lo habitual. Normalmente, el adiós implicaba un ritual mucho más largo repleto de decenas de besos, abrazos y alguna que otra lagrimilla.

Finalmente, llegó a la estación. El siguiente tren no salía hasta las siete, así que aprovechó para enviar un mensaje a su madre inventando una pequeña mentirijilla sobre una huelga de trenes repentina que provocaba innumerables retrasos. Satisfecha y creyéndose a salvo de la ira de su madre al regresar, se quedó embelesada mientras admiraba la enorme marquesina que daba cobijo a trenes y viajeros: una estructura de hierros y cristal que formaban una obra arquitectónica inigualable. Al contemplarla, una sensación rebosante de nostalgia la transportó décadas atrás. Por un momento, se imaginó a bordo del mítico Orient Express, resolviendo, junto al célebre detective Hércules Poirot, un misterioso asesinato; plagado de pistas falsas y personajes misteriosos, mientras advertía entre la gente que esperaba en la estación de Donostia a los protagonistas de su fantástica historia.

El ruido estridente de un altavoz, ubicado a pocos metros de su cabeza, ahuyentó de golpe todas sus fantasías. Era una voz metálica y carente de vida, incapaz de compadecerse de su dolor de cabeza. Anunciaba repetidamente la más que inminente partida del tren con destino a Bilbao. Cuando parecía que el estruendo provocado por aquel artefacto había finalizado, unos gritos desgarradores pidiendo ayuda al otro lado del andén, llamaron su atención. Una mujer de unos sesenta años yacía en el suelo y gritaba con insistencia que la habían robado. Entre sollozos y aullidos de dolor, señalaba en la dirección que había huido el ladrón. Claudia siguió con la vista aquel dedo inculpativo hasta alcanzar la figura fugaz de un hombre de unos treinta y tantos años, de constitución atlética y en un estado de forma excelente, que corría a toda velocidad ante la mirada atónita de la gente. De repente, dos guardias de seguridad pasaron corriendo en dirección al chico. Uno de ellos había logrado ver cómo se escabullía entre los vagones de un tren de mercancías, estacionado unas vías más allá.

Se desató un gran revuelo. La presencia de policías se hizo evidente en todas partes, mientras que unos sanitarios atendían con urgencia a la mujer, quien, a pesar de sus continuos sollozos, no parecía tener heridas graves. La escena hubiera sido de lo más común de no ser por el hecho de que el ladrón vestía un elegante traje gris, con una americana y un chaleco perfectamente ajustados. Algo no encajaba en toda esa situación. Un sinfín de interrogantes asaltaron su mente de manera incontrolada: «¿Cómo podía un hombre robar a una mujer indefensa? ¿Qué lo habría llevado a hacer eso? Si ese traje costaba como mínimo seiscientos euros... ¿lo habría robado también?» Las preguntas se sucedieron de manera inconsciente hasta que, sin saber muy bien cómo, se encontró sentada en el tren, escrutando cada rincón de la estación desde la ventana del vagón, en busca de algún indicio que la condujera hasta aquel hombre misterioso.

Capítulo 17

Pablo y Ana. La cita

20 de febrero de 2018. Donostia

La necesidad de liberarse y seguir los impulsos del corazón es fundamental para romper las barreras emocionales y lograr la plenitud en la vida.

Pablo

Mientras Pablo permanecía absorto, cavilando la relación entre Ieltxu y Zezengorri, su móvil le avisó de varios mensajes nuevos. Decidió ignorarlos y seguir con su investigación; sabía que en esas palabras estaba la clave para averiguar lo sucedido. No podía ser casualidad que dos leyendas basadas en el folclore y la mitología vasca se hubieran colado en un asesinato, y estaba decidido a encontrar la relación.

De nuevo, su teléfono móvil le advirtió de un mensaje entrante y así tres veces más durante el siguiente minuto. Comenzaba a ser irritante y, lo que es peor, perdió por completo la concentración. Harto de interrupciones, agarró el móvil y revisó los mensajes:

[Ana]

¡Hola! 18:35

¡Hola, hola! 18:35

¿Estás muy ocupado? 18:36

¿Te apetece tomar una cerveza esta noche? 18:36

¿Vas a contestarme? 18:38

☹ 18:39

[Pablo]

Hola Anita. Estaba liado con un caso. 18:41

Me parece genial tu propuesta. ¿Te va bien a las 20:15? 18:41

[Ana]

¡Estupendo! ¿Me pasas a buscar? Sigo con el coche averiado. 18:42

[Pablo]

¡Pues claro! un beso. Hasta luego. 18:43

Pablo quedó absorto ante aquellas letras diminutas en su móvil, desconectado de todo cuanto le rodeaba. Su cuerpo se había convertido en una fábrica de emociones que bombeaba todo tipo de sentimientos cada vez que aquella mujer se cruzaba en su camino. Era descarada, entusiasta y poseía un espíritu indomable que hacía que cada detalle, cada gesto, siempre fuera especial. Cerró los ojos brevemente y una imagen en blanco y negro aglutinó todos sus pensamientos en una sola fotografía de Robert Doisneau, en la que dos jóvenes se besaban apasionadamente en el

París de la posguerra, ajenos a todo cuanto les rodeaba. Esa foto tenía vida propia y a menudo la contemplaba recreándose insaciablemente en todos y cada uno de sus detalles. En ella reconocía la magia de lo cotidiano combinada con la pasión del amor. Aquella mezcla tan singular se materializaba en una Ana apasionada hasta la médula y un mundo que giraba ajeno a su alrededor, que la miraba de reojo, expectante y que trazaba el suave contorno de sus dos cuerpos deseándose. Ahora, eran protagonistas de una nueva foto, esta vez plagada de colores, ruidos y movimiento, y un beso... siempre eterno, captado en un instante y guardado en sus almas para toda la eternidad.

Una avalancha de sensaciones desconocidas se apoderaba de él cada vez que pensaba en ella. No podía esperar un día más para decirle lo que sentía. Necesitaba liberarse de ese yugo que lo mantenía prisionero de sus sentimientos.

«¡Hoy será el día!», se dijo a sí mismo con determinación, dando un golpe en la mesa.

Ana

Cada uno de los cinco días que permaneció en el hospital, tras el accidente de coche en las montañas de Pagoeta, los pasó en compañía de Pablo. Por las mañanas, antes de acudir a comisaría, aparecía con unos cruasanes escondidos en su mochila y un gran termo de café. A veces, la enfermera los sorprendía entrando de sopetón en la habitación y los cazaba *in fraganti*, en pleno acto delictivo.

—¡Otra vez comiendo! —refunfuñaba indignada, para añadir inmediatamente—: Sin haberme invitado.

Los tres se reían, disfrutaban y conversaban animadamente, mientras la bollería desaparecía sin dejar rastro. A media tarde, volvía para verla. Se notaba en él el paso de las horas; la vitalidad que desprendía por la mañana mutaba a un tono más sobrio, aunque también más dulce y sosegado. Los temas se volvían más serios, más profundos, aunque siempre dejaban a un lado los aspectos más personales e íntimos. En demasiadas ocasiones, Ana perdía el hilo de la conversación, atribuyéndolo al tremendo golpe que se había dado en la cabeza durante el accidente. Sin embargo, la verdad era que, embobada como una adolescente, una sensación de bienestar y felicidad se apoderaba tan intensamente de ella que perdía el sentido del tiempo y el espacio. Esas visitas fueron una auténtica medicina para Ana. Detalles de su vida que creía olvidados o que ni tan siquiera sabía que existían los fue recuperando y descubriendo hasta sentirse plena de nuevo. Se había lanzado a un lugar desconocido, donde la razón no tenía cabida y solo escuchaba a su corazón.

Estaba entusiasmada. Había quedado con Pablo para tomar unas cervezas. Sus pulsaciones se habían multiplicado por cien tras el último mensaje y apenas tenía una hora para arreglarse. Aunque estaba en la redacción, con el tiempo había aprendido que vestir con la ropa adecuada en ciertos eventos o situaciones podía abrirle puertas que de otra manera permanecerían cerradas. Por ello, provisionó el armario de su despacho con un amplio surtido de vestuario, ideado para cubrir todo tipo de acontecimientos. Tras las dudas iniciales, enseguida lo tuvo claro: el elegido fue el vestido que utilizó como enviada especial en el Festival de San Sebastián. Era elegante pero con un toque atrevido, que se ajustaba a la perfección sobre las curvas de su cuerpo.

Afuera, había anochecido hacía rato y el frío invernal, empapado de una lluvia fina, envolvía la ciudad en una atmósfera un tanto funesta. No se veía ni una sola alma; incluso el tráfico de vehículos era casi inexistente. Apenas quedaba nadie en el periódico. El guardia de seguridad de

la entrada permanecía enfrascado con una pequeña consola, intentando desactivar algún tipo de alarma que parpadeaba con insistencia y que llenaba la estancia de pequeños destellos rojizos. Unos espejos de grandes dimensiones recubrían casi por completo una de las paredes de la zona de visitas y reflejaban, como si de un carrusel de diapositivas se tratara, todas las emociones que transmitía el rostro de Ana. Al ver su imagen proyectada sobre ellos, no pudo evitar sonreír sorprendida; una figura teñida de un resplandor carmesí, casi infernal, esbozaba una Ana pícara, traviesa y peligrosamente seductora.

Capítulo 18

Amador. Desolación

05 de mayo de 2017

Existe una conexión invisible que nos une a todos aquellos a quien amamos y que, de alguna manera, nos mantiene a salvo de nosotros mismos.

La situación era desesperada para Amador. Parecía que todo el acierto y la buena suerte que había tenido en sus negocios durante los últimos años se habían evaporado de la noche a la mañana. Un conjunto de malas decisiones en la compraventa de las acciones de la SICAV había provocado pérdidas millonarias en sus inversores. Las participaciones en negocios y empresas que tenía desperdigadas aquí y allá eran una ruina, y las deudas con los bancos eran inasumibles. Sumido en la tarea de mantener a flote la sociedad, intentó por todos los medios conseguir nuevas inyecciones de capital, pero ya era demasiado tarde; se había convertido en un paria. Repudiado y marginado del entramado económico donostiarra, el gurú de Zoroita se había convertido en sinónimo de fracaso, arrastrando al descalabro financiero de media ciudad. El escenario en el que se movía era, sin lugar a dudas, complicado. Señalado por todos, no había un solo rincón donde no se sintiera observado y criticado. Mensajes amenazadores grabados en el contestador, pintadas en la fachada de su edificio que incluían la palabra «muerte» ... todo se había desmoronado en un abrir y cerrar de ojos. La situación había llegado a tal extremo que solo salía a la calle si no había más remedio, y siempre oculto tras los cristales tintados de su coche.

Aquel día no estaba siendo diferente de cualquier otro. El pequeño Dari y su esposa habían salido temprano de casa. Aida se había convertido en una abogada de renombre, ayudada por los contactos de su marido, que inevitablemente, ayudaron a allanar el camino. Estaba al frente de un despacho especializado en derecho mercantil y societario, y más allá de todas esas influencias, había conseguido labrarse un nombre y una reputación a base de esfuerzo y una trayectoria plagada de éxitos. La ciudad hacía rato que se había puesto en marcha, pero Amador, atrapado en una espiral autodestructiva, permanecía enclaustrado entre las cuatro paredes de su domicilio, inmerso en un pozo oscuro y frío. Al igual que en los días anteriores, deambulaba por la casa, desprovisto de esperanza, observando desde la ventana de su habitación el ir y venir de la gente, intuyendo en sus rostros sus alegrías y tristezas, dejando volar su imaginación y fantaseando con las vidas de esas personas. Finalmente, la ventana se convirtió en un reflejo de su propia angustia, mostrándole un hombre quebrado y atormentado.

El tintineo agudo de unos cubitos de hielo captó la atención de Amador. Como un estanque al amanecer, los destellos de color deslumbraron su mirada mientras un Macallan añejo de doce años teñía la copa con un ámbar intenso. De fondo, se podía escuchar una versión de *It's Been a Long, Long Time* cantada por Harry James y Kitty Kallen. Apoyado en sus labios, el humo de un cigarro vaporizaba en su mente toda la desesperación que sufría, sombreada por dolorosas pinceladas en blanco y negro. Solo la luz tenue de una lámpara de mesa iluminaba la habitación y dibujaba un juego de sombras fantasmales que avivaban su imaginación.

Cansado y sin fuerzas para seguir adelante, sintió cómo se apoderaba de él un profundo

abatimiento. Desde su estómago, una amarga sensación de tristeza golpeó sin compasión en lo más hondo de sus entrañas, y le hizo retroceder y doblarse de dolor. Su pecho, oprimido por la presión, le dificultaba tomar aliento con normalidad y ahogaba, no solo su respiración, sino también todos los pensamientos y sentimientos que lo mantenían cuerdo. Inclinado sobre la mesa del comedor, sin fuerzas para seguir adelante, una idea lo asaltó de repente. Solo duró un instante, pero fue lo suficientemente poderosa como para dejar a su paso un sendero de sombras. Tomó un sorbo del *Macallan* y todo se aceleró. No quedaba otra solución que desaparecer. Se dirigió sin vacilar hacia su terraza, situada en el décimo piso, y acercó una silla a la barandilla del balcón. Su mirada permanecía perdida entre las sombras de sus miedos, atrapada en un macabro trance que lo conducía directamente hacia la muerte. Apoyó los pies sobre la repisa exterior de la terraza y se quedó inmóvil. Justo en el momento en que se disponía a dar el paso hacia el vacío más oscuro, sonó un tono en su teléfono móvil, aquel que había asignado a su esposa. Fueron tres segundos de una melodía absurda, pero con la suficiente carga emocional como para despertar de la pesadilla en la que se hallaba inmerso. Dudó por un instante, pero al fin cogió el teléfono. Era un mensaje de voz. Acercó el móvil al oído y escuchó:

«Hola, cariño. ¿Podrías pasar por el colegio a recoger a Dari? No creo que pueda llegar a tiempo. Te prometo que te lo compensaré esta noche. Te quiero muchísimo».

Al escuchar esas palabras, el mundo se desmoronó a sus pies. No podía hacerle esto a Aida y a Dari; ellos no se lo merecían. Los quería tanto...

Esta vez, lágrimas encarnadas en el amor a su familia lo alejaron del abismo. Entre sollozos y rabia por lo que había estado a punto de hacer, agarró la copa de *whisky* y la lanzó con todas sus fuerzas hacia la pared, donde colgaba una reproducción de *El Grito*, de Munch.

Lo tenía claro. Haría lo que fuera necesario para salir adelante y proteger a los suyos, cualquier cosa, aunque eso implicara trasgredir la legalidad.

Capítulo 19

Pablo y Ana. Carpe Diem

20 de febrero de 2018. Donostia

El pasado ya es historia, el futuro es incierto, pero el presente es un regalo precioso, una oportunidad única que no se repetirá. No lo desperdicies.

Eran las ocho y cuarto de la tarde, y Pablo ya estaba estacionado frente al periódico de Ana. Había anochecido y comenzaba a lloviznar, pero nada podía apagar el fuego desbocado que corría por sus venas. La atracción que sentía por ella era tan intensa que se sentía abrumado y profundamente turbado. Era una amalgama de sentimientos que, lejos de asustarlo, le infundía una renovada sensación de esperanza al descubrir emociones que habían permanecido ocultas hasta ese momento.

El contraste térmico entre el calor de la farola y las frías gotas de lluvia al colisionar contra ella creaba un haz de luz similar al de una película de misterio, e iluminaba la entrada principal con un matiz anaranjado salpicado sutilmente por una ligera cortina de humo. La puerta giratoria del rotativo por fin se puso en movimiento mientras cada gota acumulada de agua salía disparada en forma de pequeños torbellinos. Al ver a Ana descender por las escaleras que conducían a la calle, todo ese escenario cobró sentido: la llovizna fina, la luz vaporosa de la farola, la noche sumida en su letargo invernal... todo estaba listo para converger en la figura de Ana. Brillaba con luz propia ante los ojos de Pablo, cautivado por aquel derroche de belleza.

—¡Hola, Pablo! —saludó Ana, mientras le daba un beso en la mejilla, humedecido por el agua de la lluvia.

—¡Hola, Ana! ¡Estás preciosa! —Le dedicó la más grande de sus sonrisas.

—Gracias. La verdad es que no salgo mucho. Me apetecía ponerme algo que no fueran unos vaqueros, así que... —Alzó los brazos con las palmas extendidas hacia arriba y agregó—: ¿Dónde me vas a llevar?

—¿Qué te parece si vamos a hacer unos *pintxos* por la calle 31 de agosto? Me han dicho que hay un bar nuevo y se come muy bien.

—¡Genial! Vámonos ya, estoy hambrienta.

Al llegar al restaurante, un camarero los acompañó hasta el fondo del local, donde encontraron unas mesas con sus taburetes, lo bastante altos como para que Ana se tuviera que remangar su estrecha falda hasta la altura de los muslos, detalle que no pasó desapercibido para Pablo. La barra estaba atiborrada de tapas y *pintxos*, una auténtica bacanal para sus papilas gustativas. Casi sin tiempo para sentarse, Ana se despojó ágilmente de su abrigo, y en ese instante fue cuando todo pareció detenerse. Se incorporó de golpe y se alejó hacia la barra, arreglándose con disimulo un mechón de pelo que le caía sobre la cara. Aunque el ruido era ensordecedor, Pablo dejó de escuchar todo cuanto lo rodeaba. Solo era capaz de ver los labios de Ana moverse al compás de una melodía que su estado de fascinación le impedía comprender.

—¿Quieres que te traiga alguna tapa? —preguntó Ana sin obtener respuesta. —¡Pablo! ¿Te pasa algo?

—Perdona, le estaba dando vueltas a un asunto de la oficina y se me ha ido el santo al cielo—
mintió.

—No me seas agua fiestas y olvídate del dichoso trabajo. —Le lanzó un beso al aire y desapareció entre la gente.

Pasaron la noche hablando de sus trabajos, exparejas, sueños... Todo parecía encajar entre ellos dos. A las tres de la madrugada, ya no quedaba ningún sitio a donde ir y decidieron regresar a sus casas. El frío era intenso y Ana empezó a temblar. Instintivamente, abrazó a Pablo por la cintura y acercó su rostro hacia su hombro. Después de eso, la pasión más intensa se desbordó entre ellos. Sin pronunciar una sola palabra, se quedaron mirando. Cada uno podía sentir el corazón del otro latir con fuerza mientras sus labios se acercaban lentamente y se rozaban al principio, saboreando de manera pausada cada rincón inexplorado, hasta chocar en una explosión salvaje. En un instante afloró todo el amor contenido desde el día que se conocieron.

Capítulo 20

Pablo y Ainhoa. Perspicacia

26 de febrero de 2018. Donostia

A menudo, olvidamos que la verdad está impresa en los detalles más insignificantes y sutiles de la vida cotidiana.

Pablo continuaba consumido por la muerte de Amador. Repasaba los informes forenses que detallaban las diversas fracturas en los dedos, rotos a propósito en un acto de crueldad sin límites. Era innegable que lo habían torturado durante un largo período y desgranado su alma como si fuera una margarita marchita.

Mientras tanto, en la sala de interrogatorios, la subinspectora Ainhoa Muñoz se encontraba con un camello habitual de la zona. Habían establecido como objetivo investigar entre todos los traficantes de Donostia la procedencia de las drogas que Amador había ingerido. Tenían claro que no era el cóctel habitual de pastillas, y que algo nuevo se estaba moviendo en el mercado.

La estancia estaba impregnada de un aire viciado, saturada por una mezcla de olores a sudor y tabaco. El ambiente era frío y lúgubre. Las paredes, pintadas de un gris monótono, carecían de ventanas, y una sensación claustrofóbica envolvía el lugar, ahogando en su interior cualquier rastro de esperanza. En un extremo, un espejo traslúcido permitía seguir lo que pasaba desde una habitación contigua, mientras que en el centro de la sala se erguía una mesa metálica, austera y anclada al suelo, flanqueada por dos sillas colocadas frente a frente.

Ainhoa llevaba cerca de cuatro horas interrogando al detenido y no había sacado nada en claro. El sospechoso tenía un historial delictivo extenso que incluía cinco causas abiertas por tráfico de drogas, dos por maltrato y agresión, otra por resistencia a la autoridad y una última por robo con violencia. La estrategia consistía en intentar llegar a un pacto con reducción de penas a cambio de información, pero el plan estaba resultando un completo desastre. Cada vez que se le formulaba una pregunta, el detenido caía una y otra vez en contradicciones respecto a sus respuestas anteriores. El interrogatorio estaba resultando ser un verdadero despropósito. Cuando entraron en la quinta hora, Juan Machín, conocido como el Balín, apodo que le pusieron de joven cuando se autoperforó por accidente parte de la oreja con una escopeta de balines, comenzó a mostrar signos visibles de síndrome de abstinencia: sudoración, pupilas dilatadas, palidez... Ainhoa decidió aprovechar la oportunidad que se le ofrecía y le propuso un *chute de caballo* a cambio de algún dato relevante. El balín aceptó en el acto. A los diez minutos ya tenía lista la droga. Las manos de Machín temblaban ostensiblemente mientras se alzaba las mangas de la camisa con enorme dificultad. Un sudor frío empapaba su frente y le dificultaba la visión, lo que ralentizaba aún más la maniobra. Poco a poco, fue dejando al descubierto el brazo izquierdo.

Ainhoa presenció la escena perpleja, abriendo y cerrando los ojos varias veces como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Lo había tenido tan cerca todo el tiempo... Salió apresuradamente de la sala y llamó a Pablo

—¡Rápido, Pablo! Creo que tengo algo. Baja enseguida a la sala número dos —urgió Ainhoa con voz apremiante—¿De qué se trata? —contestó alarmado.

—Tienes que verlo con tus propios ojos. No quiero adelantarte nada.

—Está bien, voy enseguida.

Al cabo de unos minutos, Pablo estaba enfrente de la sala dos. Llamó a la puerta enérgicamente y presta salió Ainhoa. Una marea de complicidad devino al cruzarse ambas miradas. La investigación estaba atascada y necesitaban algo, lo que fuera, que les sacara de aquel callejón sin salida. Ainhoa se acercó a Pablo y le dijo:

—Mírale el brazo izquierdo.

Sin mediar palabra, Pablo giró el picaporte y entró en la habitación. Caminó hasta la silla que permanecía vacía y se sentó. El Balín parecía haber entrado en una especie de trance. Sus ojos estaban en blanco y murmuraba palabras ininteligibles, completamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Pablo no perdió un solo segundo en contemplar al detenido y centró toda su atención en el brazo. Había varios tatuajes, pero uno en particular captó su interés. Estaba escrito con una caligrafía barroca y se podía leer claramente la palabra «Ieltxu». Era imposible que fuera una mera casualidad. Sin lugar a dudas, se trataba de la pista que tanto habían estado buscando, y ahora la tenían delante de sus narices. Ainhoa, que se había colocado detrás de él, observaba atenta cada uno de los gestos de Pablo. Satisfecha, saboreaba el placer de aquella pequeña victoria. Hasta ese momento, todo habían sido palos de ciego y por fin tenían algo a lo que aferrarse.

Decidieron que Ainhoa siguiera con el interrogatorio, pero esta vez Pablo se quedaría en la sala contigua, observando todo a través del cristal. Dejaron pasar un rato hasta que el Balín recuperó de nuevo sus sentidos. Ainhoa estaba ansiosa por conseguir respuestas, pero sabía que debía proceder con cautela. No podían dejar escapar esa oportunidad. Finalmente, entró en la sala. El Balín volvía a estar más o menos lúcido y, tal y como habían acordado, empezó a revelar información sobre trapicheos de poca monta y ubicaciones de puntos de venta. La droga había surtido efecto y hablaba por los codos. Después de un buen rato, cuando la intensidad del interrogatorio se calmó, Ainhoa, con tono distendido, le preguntó por los tatuajes de su brazo, apelando al excelente trabajo de sus creadores. El Balín reaccionó con orgullo y le explicó historias interminables sobre el significado de todos ellos, aunque hubo uno que obvió deliberadamente, por lo que Ainhoa tuvo que insistir.

—¿Y ese tatuaje de ahí? —le preguntó señalando la palabra «Ieltxu»—. ¿Qué significa?

El Balín palideció al instante. El labio superior le empezó a temblar descontrolado y, en un gesto de desaprobación, giró la cabeza hacia atrás.

—¡Muerte! —balbució horrorizado.

—¿Qué quieres decir? —insistió Ainhoa.

—Ieltxu es un fantasma. Nadie lo ha visto nunca. Algunos dicen que está en todas partes; lo ve y lo oye todo, dispuesto a arrastrarte hasta el mismísimo infierno si tratas de traicionarlo.

—¿Has dicho traicionarlo? ¿Cómo vas a traicionar a un fantasma?

—Ieltxu exige un pago. Solo así estás a salvo de su ira.

—¿Qué tipo de pago?

—Todo el mundo está en deuda con él. Cualquier mercancía que cambie de manos lleva su sello, da igual el qué; todo tiene peaje. No se mueve nada sin que él lo sepa, y si tratas de engañarlo, te arranca el alma.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Ya le he dicho que está en todas partes. Si lo ves, es porque tu muerte anda cerca.

—Una pregunta más —suplicó Ainhoa—. ¿Por qué llevas tatuado su nombre?

—¡No! Ya he hablado demasiado, déjeme en paz —pidió el Balín, mientras apoyaba las dos manos contra su frente sudorosa.

—Está bien —accedió Ainhoa resignada—. Pero volveremos a hablar.

Pablo estaba eufórico, por fin habían conseguido una pista tangible más allá de rumores y leyendas. Tenía claro que detrás de todo ese mejunje fantasioso había, como siempre, otro criminal de poca monta.

Capítulo 21

Amador. El trato

06 de junio de 2017

Los atajos suelen ser el camino más corto hacia el fracaso.

Había transcurrido un mes desde aquel momento de debilidad. Amador era consciente de la enorme dificultad que entrañaba revertir aquel descalabro financiero, pero como se dijo aquel fatídico día, estaba dispuesto a todo.

Un conocido de un conocido le puso en contacto con unos tipos dispuestos a liquidar todas sus deudas de manera inmediata. Sin embargo, a cambio, tenía que participar en una elaborada estafa relacionada con la venta y adquisición de acciones de empresas ficticias. El timo consistía en crear unos centros telefónicos desde donde contactarían con sus víctimas. Aprovecharían la enorme base de datos que había acumulado en sus años de trabajo en el sector, con nombres, direcciones, saldos de cuentas, propiedades... Un auténtico arsenal de información sensible que, utilizada de manera adecuada, podría abrirles innumerables puertas para realizar una estafa rápida y eficiente. Además, crearía una red de sociedades y cuentas bancarias ficticias e inundaría internet de informes de analistas falsos; así, el fraude resultaría mucho más creíble. Solo duraría unos meses y, después de ese tiempo, todo volvería a ser como antes.

Amador desvió por un momento la mirada hacia el único camarero del local. Se perpetraba detrás de la barra como un auténtico veterano de la Segunda Guerra Mundial, iluminada por unas cuantas bombillas andrajosas que colgaban del techo sin ningún tipo de orden aparente. Sobre su hombro descansaba un trapo mugriento y descolorido, que utilizaba de vez en cuando para limpiar los pequeños círculos que dejaban las bebidas sobre la madera desgastada. Parecía como si aquel hombre hubiera envejecido junto al bar y se hubiera consumido silenciosamente a lo largo de los años. Las paredes del local desprendían un olor insufrible a humedad, cubiertas de todo tipo de formas descoloridas y mohosas que ocultaban por completo su color original.

En su cabeza, no podía evitar rememorar sus inicios en el mundo de las finanzas. Recordaba cuando trabajaba desde una vieja habitación realquilada en un piso de estudiantes y formalizaba contratos e inversiones desde un vivero de empresas, donde podía arrendar por horas un despacho y una sala de reuniones. Ahora se encontraba en la misma situación, solo que las instalaciones, impolutas y modernas, se habían convertido en un garito raído. Sus clientes, lejos de ser aquellos viejos pedantes y adinerados con los que solía tratar, eran ahora dos sicarios que, por su acento, parecían venir de algún país del este; fríos y parcos en palabras, su sola presencia infundía verdadero respeto y pavor.

La apariencia ruda de Amador ante esos desconocidos le confería un aire de seguridad y confianza en sí mismo, pero un tsunami de dudas arrasó con él en ese momento. Todo en lo que creía y por lo que había trabajado durante esos años parecía desvanecerse por momentos. Si aceptaba el trabajo, el Amador que conocía dejaría de existir y, como en un bautismo de fe,

resurgiría de sus cenizas para convertirse en un hombre nuevo: un reflejo oscuro y sombrío de una vida que ya no le pertenecería.

Tras unos segundos eternos, se armó de valor y respondió.

—¡Acepto! —espetó, mientras exhalaba todo el aire que retenía prisionero en sus pulmones.

—De acuerdo. Nos pondremos en contacto con usted —notificó uno de los hombres, mientras le entregaba un teléfono móvil—. ¡Ah! Una cosa más. Si nos traiciona o se echa atrás, lo encontraremos y lo mataremos, pero antes verá morir a su mujer y a su hijo. A partir de ahora, pertenece a Ieltxu.

Capítulo 22

*Ana, Claudia y Javi. El tren
03 de julio de 2019. Donostia*

La vida está repleta de maravillosas coincidencias que nos conectan con el resto de seres humanos.

Poco a poco, el tren fue alejándose de la estación de Donostia. El traqueteo continuo parecía convertir a los pasajeros en enormes marionetas movidas por una mano invisible. A la derecha, un mar embravecido se teñía de azules y grises hasta donde alcanzaba la vista y topaba a lo lejos con un horizonte cobrizo que surcaba los últimos instantes del día. A la izquierda, montes, prados y bosques engullían el vagón en mil verdes distintitos.

«Tengo que apuntarme al gimnasio» se repetía una y otra vez Ana. El esprint hasta la estación la había dejado exhausta y sedienta. Su respiración se había vuelto tan sonora que se podía escuchar desde la otra punta del vagón. Trató de tranquilizarse. Los jadeos se fueron espaciando en el tiempo cada vez más, hasta convertirse al cabo de un buen rato en un ronroneo sutil. De repente, el sonido estridente de la bocina de un tren que circulaba en dirección contraria le provocó un enorme sobresalto y la despertó del trance en el que se encontraba. El cansancio y la sobreexcitación habían tenido un efecto balsámico sobre su pie, pero ahora un dolor pulsátil la oprimía con vehemencia dentro del maltrecho zapato. Se descalzó y apoyó con cuidado el pie en el asiento vacío frente a ella. Javi, que estaba sentado justo en la hilera de al lado, no dudó en ofrecerle su ayuda.

—¡Hola! Buenas tardes, me llamo Javi. He visto que tiene algún tipo de problema en el pie. Si quiere, le puedo echar un vistazo. En la mochila llevo un aerosol para golpes y algunas vendas.

Ana se giró asombrada al escuchar las palabras de Javi. No podía creer que aún hubiera gente en el mundo que se preocupara por el prójimo.

—Yo soy Ana. ¿De verdad harías eso por mí?

—¡Claro que sí! —respondió con entusiasmo, mientras rebuscaba dentro de la mochila todo el material.

Ana estaba encantada con la espontaneidad del aquel adolescente. En un abrir y cerrar de ojos, la roció con un aerosol que desprendía un olor intenso muy parecido a la menta. Al contacto con su piel, experimentó una sensación gélida pero agradable que le recorrió el pie. Después, Javi agarró con sumo cuidado su extremidad y, con una agilidad pasmosa, la vendó de manera impecable.

—¿Qué le parece? —Sonrió el muchacho, mientras se afanaba en recoger los trocitos de venda que habían caído sobre el suelo.

—Me parece que eres una especie de ángel de la guarda. ¿Te dedicas a ir por ahí con una mochila ayudando a todo el mundo? —dijo Ana, a la vez que le indicaba con la mano que se sentara a su lado.

—¡Qué va! Tiene una explicación muy sencilla. Soy jugador de baloncesto y siempre, antes

de salir a entrenar, me vendo los tobillos para evitar lesiones.

—Pues, ¡bendito baloncesto! —aseveró Ana.

Cinco asientos más atrás, Claudia movía a ritmo de *trap* cada centímetro de su cuerpo. Unos auriculares inalámbricos actuaban como escudo, creando una barrera imaginaria entre el mundo y ella, capaz de trasportarla a cualquier lugar y hacerla desaparecer. Absorta por la música, comenzó a tararear sin darse cuenta de lo alto que lo hacía. Aquel ruido estridente que provenía de su boca no era precisamente cantar. La gente cercana a ella empezó a murmurar y a quejarse del alboroto que estaba causando. Finalmente, un joven se acercó hasta el asiento que ocupaba Claudia y, con el dedo índice colocado sobre los labios, le indicó que guardara silencio. Sin embargo, Claudia siguió vociferando. Su canción favorita sonaba en ese mismo instante y, arrastrada por una euforia desmedida, había cerrado los ojos mientras evocaba el último concierto al que había acudido unos meses antes. Al ver que la muchacha seguía enfrascada en su particular festival de música, el desconocido decidió llamar su atención dándole suavemente unos golpecitos en el hombro.

—¡Ah! —gritó claudia, desconcertada—. ¿Qué pasa? Me has asustado.

—¡Perdón! —se excusó el chico, aunque no podía dejar de reír.

—No le veo la gracia. Ha sido una broma de mal gusto.

—No ha sido una broma. Estabas cantando muy alto y, la verdad, no demasiado bien. Solo quería avisarte para que bajases un poco el volumen.

—Ya, bueno... Quizá tengas razón. Disculpa.

—No te preocupes, son cosas que pasan —comentó sin darle más importancia, mientras daba media vuelta para volver a su asiento.

—¡Espera! —gritó Claudia, al ver que el muchacho se alejaba.

—¿Sí? —Volvió la cabeza.

—¡Yo a ti te conozco!

—No creo, no me suenas nada.

—Pero tú a mí sí. Hace un rato te he visto en la estación de Donostia y...

—¡Para, para! —suplicó, volviendo sobre sus pasos y sentándose junto a ella—. ¿Qué has visto? —mascullo el desconocido, a la vez que levantaba la ceja derecha formando un arco perfecto y dejaba ir una mirada inquisidora sobre Claudia.

—Lo he visto todo. Cómo robabas a una pobre mujer y huías a toda velocidad saltando las vías y esquivando a la policía —contestó sin amedrentarse un ápice.

—Es complicado, chiquilla. Reconozco que lo que viste puede parecer algo horrible, pero te aseguro que todo tiene una explicación.

Capítulo 23

Ana. La extraña.

Semana del 05 de marzo de 2018. Donostia

Ser fieles a uno mismo y vivir acorde a nuestras propias reglas marcan la estrecha diferencia entre una vida auténtica o una vida condicionada por las expectativas de los demás.

Durante las últimas semanas, un aluvión de muertes por sobredosis llenaba las páginas de sucesos. Parecía que nadie le daba la más mínima importancia, y eso le parecía inadmisibile a Ana. Decidió que ella misma se encargaría de hacer un reportaje. Era evidente que alguien debía darle voz a ese asunto y reclamar, a una sociedad que vivía de espaldas al problema, un mínimo de concienciación.

Habló con todos sus contactos relacionados con el mundo de las drogas, pero a cada puerta que llamaba, le seguía un sonoro portazo en las narices. Un enorme muro se había levantado en torno a esas muertes. La ley del silencio se había adueñado de la calle. Cuatro días más tarde, cuando ya no quedaba nadie a quien preguntar, recibió un extraño mensaje en el móvil.

[Desconocido]

Zezengorri 09:35

Si quiere respuestas traiga 500 € esta noche. Puerto de Pasaia. Zona de chatarra. A las 23:00H. Aparque, apague las luces y salga del coche. Yo la contactaré. 09:36

Rápidamente se dirigió hacia el fax que tenía en su despacho. No estaba demasiado segura de lo que estaba haciendo, pero recordaba haber leído algo similar hacía algún tiempo. Rebuscó entre todas las cajas que contenían faxes recibidos hasta que, de sopetón, varios folios con el membrete «Remitente Desconocido» aparecieron ante sus ojos. En todos se podía leer una y otra vez lo mismo: «Zezengorri».

Entonces recordó. Fue el día de la muerte de Amador, el amigo de Pablo. En ese momento, no le dio más importancia. Pensó que alguien se había equivocado o que le estaban gastando una broma. Fuera como fuese, era imposible relacionarlo con nada en concreto en ese instante; quizá fue una coincidencia, pero... ¿Y si tenía algo que ver con la muerte de Amador?

Se pasó el resto del día buscando información sobre Zezengorri, pero no encontró nada más que leyendas y cuentos para niños. Sin embargo, estaba convencida de que había algo más escondido tras esa palabra. Probó a escribirla al revés, combinar diferentes sílabas; incluso buscó en diferentes idiomas. A pesar de sus esfuerzos y tras un buen rato de conjeturas, un tanto absurdas, se dio por vencida y decidió esperar hasta la cita.

A las diez y media de la noche, salió de la redacción camino del puerto de Pasaia. Pocos minutos antes de las once, ya estaba aguardando en el lugar acordado. Pasó una larga y fría hora sin que nadie apareciera. Cansada y sintiéndose engañada, subió al coche y encendió el motor con la intención de regresar a casa. Justo en ese momento, divisó a lo lejos un resplandor fugaz. Algo se movía en la oscuridad, pero no podía distinguir de qué se trataba. A medida que se

acercaba, empezó a tomar forma: era una motocicleta. Circulaba sin luces y a una velocidad extremadamente reducida. Era evidente que el piloto escudriñaba el perímetro con cautela, evitando correr cualquier tipo de riesgo. Ana salió del coche de nuevo y empezó a mover los brazos de forma conspicua. La escasa luz que emanaba de una vieja farola oxidada fue suficiente para que la moto se percatara de los movimientos. En respuesta, le lanzó un solo destello de luz en su dirección, con el que le bastó para darse por aludida.

Al llegar a su altura, sintió cómo su corazón amenazaba con salirse del pecho. Toda la seguridad y valentía que había reunido para acudir a ese encuentro se desvanecieron en un mar de dudas. Sobre la moto, se podía intuir una figura alta y esbelta, con formas y curvas que dibujaban el perfil de una mujer. El rostro, oculto tras la visera tintada de un casco, no se dejaba ver. Tras asegurarse de que estaba sola, le alargó un casco y le hizo gestos con la cabeza para que se montara detrás de ella. Todas las dudas se desvanecieron, y en un acto de valentía, rozando la inconsciencia, se subió de un salto. La moto rugió ferozmente. Sin tiempo para pensar, puso las manos justo por encima de las caderas de la mujer y se agarró con todas sus fuerzas. En cuestión de segundos, estaban circulando por la carretera a gran velocidad. Unos veinte minutos más tarde, llegaron a una playa que no conocía. Estaba oscuro y desértico. La desconocida se quitó los guantes y levantó unos centímetros la visera; lo suficiente para seguir conservando su anonimato y evitar que el vaho inundara la cubierta. Finalmente, se encontraban una frente a la otra.

—¿De verdad era necesario venir hasta aquí? —se quejó Ana.

—Sí —contestó tajante la desconocida.

—Entendido, mujer de pocas palabras —murmuró para sí misma—. ¿Y tienes nombre o prefieres que te llame doña escueta?

—Puedes llamarme Blanca.

—De acuerdo, Blanca me gusta, aunque supongo que no debe ser tu verdadero nombre. Ahora dime, ¿qué puedes contarme sobre las muertes por sobredosis? ¿Hay alguna partida adulterada de droga en la calle? ¿Qué es Zezengorri...?

—Primero, el dinero. —La interrumpió, extendiendo la mano hacia Ana.

—Está bien, espero que lo que tengas que contarme valga la pena. —Sacó un sobre de su bolso y se lo entregó.

—Escúchame con atención, periodista. No se trata de una droga adulterada, ojalá fuera eso. Es mucho peor. Hemos introducido entre la gente más joven un alucinógeno potentísimo sin manual de instrucciones, con el que la línea entre el *chute* y la sobredosis es muy fina; tan fácil de traspasar que un pequeño exceso en las cantidades y... Cuando se lo meten en el cuerpo experimentan de todo. Visiones intensas y muy realistas que superan todo lo que se conocía hasta el momento. Entran en otro mundo, una dimensión tan real como el presente. Los efectos secundarios son terribles: pánico, paranoia, psicosis, alucinaciones, desorientación, amnesia, ansiedad, pensamientos suicidas... y, en último caso, la muerte.

—¡Dios mío, Blanca! ¡Esto es terrible! No solo mata gente, también los destroza por dentro. —Ana se quedó cabizbaja y pensativa, entonces dijo—: Has dicho «hemos introducido». ¿Estás involucrada en esta salvajada?

—Lo siento, ya he hablado demasiado, si se entera... me matará.

—¿De quién estás hablando?

—Hazme caso, no vale la pena que te juegues la vida por publicar una noticia que a nadie le va a importar. Me he equivocado al venir aquí. Olvídate de todo lo que te he contado, esa gente

no tiene escrúpulos... Ahora volvamos a la ciudad.

—Espera, dime una cosa más. ¿Qué es Zezengorri?

—Es la maldita droga. También la llaman ZZ. Son pastillas de color rojizo que llevan grabado en el centro el contorno de la cabeza de un toro. —A continuación, se bajó la visera por completo y giró hacia la moto—. ¡Vámonos!

Aferrada a aquella mujer, podía sentir cómo el aire azotaba sus mejillas. Una sensación de vértigo se apoderó de ella. La velocidad era aún mayor que antes. Un silbido siniestro resonaba en el interior de su casco. Cerró los ojos y apretó con fuerza la cintura de Blanca. Estaba tan cerca de sus pechos que podía sentir la fuerza de los latidos de aquella extraña entre sus manos. Era una sensación familiar que la transportaba directamente a su niñez, cuando los brazos de su abuelo la estrechaban contra su pecho y hacían que se sintiera a salvo de cualquier peligro.

Sin saber muy bien cómo, Ana se encontró al volante de su SEAT 600. Conducía en dirección al periódico, concentrada en el titular que abriría la primera página del rotativo. Todo aquello era una bomba informativa que estallaría entre los políticos y la policía en cuanto se supiera la existencia de la droga y la facilidad con la que se había propagado. Una revelación que salpicaría a Pablo y, seguramente, a la relación que mantenían.

Dio un volantazo hacia un lado de la carretera y frenó el coche en seco. En ese instante sonaba una canción de Barry White en la radio, mientras una fina lluvia salpicaba el parabrisas al ritmo de aquel *soul* nostálgico. Se sentía confundida. Amaba a Pablo y sabía que airear una noticia de ese calado sin hablar antes con él pondría en peligro todo lo que habían construido. Al mismo tiempo, la imagen misteriosa de aquella mujer repitiéndose en forma de fotogramas en su mente, y la falsa sensación de seguridad que sintió a su lado la habían desfondado. Algo no encajaba en su historia. Ese casco ocultaba mucho más que una cara atemorizada. Podía oler el miedo en sus palabras. Estaba atrapada.

Respiró profundamente, como si en ese acto reflejo del cuerpo, pudiera encontrar respuestas a todas las preguntas que la atormentaban. Fueron solo unos segundos, los suficientes para darse cuenta de que tanto Pablo como ella se merecían una oportunidad.

Capítulo 24

Amador. La estafa

10 de agosto de 2017

Las consecuencias de actos vacíos de significado suelen conllevar un alto precio difícil de reparar.

En tan solo dos meses, Amador había conseguido poner en funcionamiento una compleja red de empresas e inundado internet con toneladas de información falsa. Todo funcionaba a la perfección. Los inversores, cegados por la codicia, invertían compulsivamente. Se les entregaba el acceso a una página de internet donde podían seguir la extraordinaria evolución de los valores adquiridos. La parte más importante de la estafa consistía en hacerles creer que eran unos auténticos afortunados por poder adquirir esas acciones. Se les vendía exclusividad, la avaricia y la soberbia hacían el resto. El engranaje funcionaba a la perfección. Era una máquina de hacer dinero. Solo quedaba blanquearlo, mediante un entramado de sociedades interpuestas que realizaban operaciones entre ellas y emitían facturas falsas con origen en una sociedad con domicilio en un paraíso fiscal.

Cada quince días, realizaba un viaje a las islas Caimán, donde se encargaba de supervisar las operaciones bancarias y los centros desde donde se contactaba con las víctimas. En ocasiones, iba acompañado por Fran, un joven experto en auditorías de empresas reclutado a la fuerza por la banda criminal. Aunque Amador no conocía con exactitud cuál era el motivo, podía intuir una historia desgarradora. Sus ojos revelaban un dolor y un sufrimiento que, lejos de recuperarse, languidecían con el paso del tiempo. Era una figura ausente, perdida en algún lugar; lejos siempre de donde se encontraba.

Amador se consideraba un ingeniero financiero excelente. Ideó un entramado perfecto que solo conocía él en su totalidad, al cual agregó algunos puntos ciegos escondidos dentro del sistema. Un conjunto de algoritmos y fórmulas matemáticas le permitían desviar pequeñas cantidades de dinero sin llamar la atención, ocultas en el propio entresijo de empresas. Pensaba en una jubilación placentera para él y su mujer. Su hijo, aún pequeño, tendría asegurado un futuro envidiable. Estudiaría en los mejores colegios y universidades; jamás les faltaría de nada. Todo estaba meticulosamente planeado. No podía fallar nada.

Capítulo 25

El maquinista. El desempeño

03 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 19:15H

Dar un significado a nuestras vidas y descubrir el propósito que nos oculta es, sin duda, el viaje más emocionante que podemos emprender.

El trayecto discurría sin ninguna incidencia destacable. En el panel de control derecho, la única alarma referente a posibles averías, advertía de un problema en las lámparas de alumbrado exteriores.

Marcos García era el maquinista del E155. Con una experiencia de treinta y seis años en la compañía, se había convertido en uno de los empleados más longevos. Era cuestión de tiempo que lo jubilaran, después de que un problema de corazón le hubiera dado un pequeño susto. Sabía que no pasaría la próxima revisión médica y ahora disfrutaba cada trayecto como si fuera el último.

Solo había pasado un suspiro desde aquel primer día en que maniobró una locomotora quitanieves. Fueron unos inicios duros, donde la intuición y la profesionalidad del maquinista lo eran todo. El tren constituía una masa de hierro inquebrantable que alcanzaba lugares tan distantes que, sin él, hubiera sido imposible llegar tan lejos. Sin embargo, en ocasiones, se convertía en una herramienta sádica, en la solución más extrema e irracional de quien había renunciado a todo y se quería dejar ir.

Desde el primer atropello, Marcos se despertaba a medianoche atemorizado. Entre sus sueños se colaban sin permiso los lamentos de cada uno de los fantasmas que habían encontrado el final bajo las ruedas del tren que conducía. Podía oír el sonido sordo de sus huesos al quebrarse y cómo teñían su alma maltrecha con una pesada carga. Confuso y desubicado, encendía la luz de su mesita de noche y miraba tembloroso debajo de la cama. El miedo y la culpabilidad se habían vuelto demasiado poderosos y lo estaban consumiendo por dentro.

Toda una vida al mando de trenes. Él, como su padre y el padre de su padre anteriormente, había elegido una vida al servicio de los demás. Consideraba que la función del ferroviario iba mucho más allá del mero hecho de conducir una locomotora. Era una vocación que llevaba consigo la responsabilidad de transportar no solo personas, sino también un cúmulo de ilusiones y frustraciones que esperaban encontrar su destino final en cada abrazo, caricia, beso o lágrima en ese viaje hacia el reencuentro. Nada en el mundo le hacía más feliz que haber sido maquinista durante todos esos años.

Sentado ante el cuadro de mandos, permanecía atento a todos los indicadores. El tren circulaba en modo automático a una velocidad de 180 km/h. Una señal acústica indicaba la proximidad de un túnel. Solo un instante después, el panel de alertas empezó a parpadear. Multitud de avisos de avería inundaron la consola. A pesar de la situación, Marcos no perdió la calma. Supuso que debía tratarse de un problema informático y se dispuso a llamar a la central. Sin embargo, al apretar el botón de llamada, no obtuvo respuesta, lo intentó repetidas veces, pero finalmente optó por utilizar su teléfono móvil para comunicarse.

Mientras esperaba que le pasaran la llamada al jefe de ingeniería, las tres pantallas de la cabina se apagaron repentinamente. No había manera de controlar el tren de forma manual. El pánico se apoderó por fin de él. Con la llegada al túnel, la comunicación se perdió y una fuerte sacudida hizo tambalearse todo el convoy. Un estruendo ensordecedor lo dejó sin aliento. Pocos segundos después, y una vez hubo salido del túnel, se restablecieron todos los sistemas sin más. No salía de su asombro. En todos los años de servicio, jamás se había enfrentado a una situación tan complicada y extraña al mismo tiempo. Durante unos minutos pensó en lo peor. A su edad y con una enfermedad tan complicada, ya no estaba dispuesto a pasar más veces por ese tipo de sobresaltos.

Capítulo 26

Pablo y Ana. La cena

10 de marzo de 2018. Zoroita

El verbo amar debería convertirse en la fuerza motriz que impulsa cualquier acción en nuestras vidas, el único lenguaje universal capaz de conectarnos y transformar el mundo.

Pronto iban a ser las ocho de la tarde, y Ana llamaría a la puerta de su casa. La cocina era un caos: huevos por el suelo, humo saliendo del horno, la batidora girando enloquecida desde hacía diez minutos, un mejunje de color rosado que rebosaba de una sartén, el olor indeterminado del contenido de un recipiente de cristal y una alarma que aporreaba su ya debilitada paciencia.

«Dios mío, quién me mandaría a mí», murmuraba frustrado, mientras trataba de poner algo de cordura en aquel desbarajuste.

Unos días antes, sin pensarlo demasiado, Pablo invitó a Ana a su casa. Se sentía tan eufórico que le prometió una cena casera preparada por él, sin reparar en el pueril detalle de que era un auténtico desastre en la cocina. Ella, con una sonrisa cínica, aceptó la invitación a sabiendas de lo desmañado que era en el arte culinario. A partir de ese día, un recorrido incansable por libros de cocina acompañó sus horas libres. Una obsesión que se convirtió en una pesadilla que lo acompañaba a todas horas. Nada le parecía adecuado: o demasiado elaborado o demasiado simple. El desánimo se había apoderado de él. Sentía como si todo lo relacionado con aquel mundo compuesto por sartenes, ollas, espátulas, cuchillos... formara parte de una extraña secta misteriosa: oculta a los ojos profanos de la gente normal y reservada a unos pocos privilegiados.

El timbre de la puerta principal resonó por toda la casa, clavándose como una daga en lo más profundo de su orgullo maltrecho. Un sudor frío recorrió su cuerpo. Inmóvil, en parte por el pánico y en parte por una sustancia pegajosa que se había enganchado a sus pies, echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba patas arriba: comida humeante y carbonizada; un olor a frito que impregnaba su ropa y el suelo, decorado como un cuadro vanguardista, presidía lo que en algún momento había sido una cocina. En ese momento, lo único que deseaba era que la tierra se lo tragara.

El timbre volvió a sonar, Ana se impacientaba. En un segundo, barajó diferentes historias que contarle, aunque ninguna parecía lo bastante convincente. Derrotado, afrontó su destino con resignación. Se acercó a la puerta y la abrió sin más.

—Hola, Ana, estás preciosa. ¡Qué puntual eres! —espetó, dejando entrever cierto sarcasmo en sus palabras.

—Ya sabes, Pablito, la puntualidad es una virtud y, por lo que se huele desde aquí fuera, parece que la de cocinar no es la tuya —contestó aún más irónica—. La verdad es que he estado a punto de llamar a los bomberos al ver la cantidad de humo negro que salía por la ventana de la cocina. En fin, ¿me vas a dejar entrar o nos quedamos todo el día aquí fuera?

—Perdona, yo... no quería... —tartamudeó indeciso.

Ana soltó una carcajada repleta de complicidad. Extendió sus manos hacia Pablo y le acarició las mejillas salpicadas de harina, mientras sus labios, pintados de un rojo intenso, empezaron a

besarlo apasionadamente. Cerró la puerta de la casa con un ligero golpe de pie, y sin despegarse de él avanzaron con desenfreno por la habitación.

Una estantería a la altura de sus cabezas impactó contra la de Ana, que emitió un quejido apenas perceptible y que no pasó inadvertido para él. Un poco más adelante, aguardaba un pequeño escalón que delimitaba la entrada al salón. Un crujido en la madera del parqué alertó a Pablo. Sin tiempo a reaccionar, los dos perdieron el equilibrio y se precipitaron sobre el sofá que se encontraba justo delante de ellos. Ambos rieron un buen rato, la situación había sido de lo más cómica. Poco a poco, las risas se convirtieron en miradas de complicidad. Volvieron a besarse, pero esta vez de una forma mucho más delicada, dando espacio a la pasión convertida en devoción. Pablo extendió sus manos a lo largo del cuerpo de Ana y con una suavidad extraordinaria escudriñó cada centímetro inexplorado. Sus respiraciones se volvieron cada vez más intensas. Los botones de la camisa fueron cediendo a los movimientos de Pablo. Uno a uno, un mundo por descubrir se revelaba ante sus ojos, cautivado hasta el extremo. Ana susurró al oído de Pablo que le diera la mano y, de manera pausada, los dos se incorporaron. De pie, frente a frente, dejaron caer sus ropas al suelo. Sin tocarse, solo con sus miradas clavadas el uno en el otro, pudieron sentir cómo sus cuerpos se transformaban en pura electricidad. Después, un ciclón de pasión los desbordó por completo.

Capítulo 27

Ana, Claudia y Javi. El vagón

03 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 19:15H

La vida es un viaje impredecible y nosotros somos sus navegantes. Déjate sorprender por todo lo que tiene por ofrecernos.

Ana disfrutaba de la compañía de aquel chico mientras él le explicaba todas las calamidades sufridas durante el día. Unos asientos más atrás, Claudia, indignada por el robo que había presenciado en la estación, recriminaba y le pedía explicaciones al muchacho misterioso.

El vagón formaba su propio ecosistema de gente de lo más variopinta. Al fondo, una mujer de unos treinta años amamantaba con la ternura propia de quien ha sido madre a un bebé de piel rosada y ojos enormes. Un mechón de pelo rubio sobresalía de la pequeña capucha del retoño, mientras sus diminutas manos describían pequeños círculos en el aire. Enfrente, el padre primerizo observaba la escena rebotante de amor y felicidad. Su mirada era un cúmulo de emociones contenidas, aunque si uno se fijaba bien, en lo más profundo de sus ojos acechaba una fina y húmeda sensación de orgullo.

En la hilera de al lado, un hombre de unos cincuenta años hablaba a voces por teléfono. Parecía sumido en una conversación tan apasionada como molesta para los oídos de quienes le rodeaban, lo que provocaba todo tipo de comentarios y miradas de reprobación. A simple vista, su atuendo denotaba elegancia y sofisticación, pero al observar con detenimiento al sujeto, unos calcetines blancos y agujereados daban la voz de alarma, que seguida por unas manchas resacas de café en el borde de la americana, revelaban una historia completamente diferente a la que trataba de aparentar.

Dos asientos más allá, una pareja de ancianos compartía un momento de profunda intimidad. Con sus manos entrelazadas, transmitían una conexión que había resistido el paso del tiempo. Ella, aunque sometida al paso de los años, sorprendía por la dulzura que escondían sus facciones. Viéndola, era fácil imaginar lo atractiva que habría sido de joven. Inclínaba la cabeza sobre los hombros de su marido con tanta sutileza que parecía levitar. La expresión de serenidad que emanaba de ella envolvía ese momento tan íntimo en algo realmente extraordinario.

Su esposo extendía el brazo por la espalda de ella, protegiéndola del constante vaivén del tren. Unas gafas oscuras escondían parte de su cara, aunque la comisura de sus labios arqueados hacia arriba reflejaba una expresión rebotante de dicha. Mostraba al amante, al hombre que, después de cincuenta años junto a esa mujer, la seguía amando como el primer día.

En el asiento que se encontraba delante de ellos, el sonido incesante de las teclas de un ordenador resonaba como el tamborileo de un pájaro carpintero. Aquella mujer incansable no dejaba de escribir. Ajena al tiempo y al espacio, se hallaba inmersa en lo que quizá fuera una novela. De vez en cuando se detenía, levantaba la vista del teclado y perdía su mirada en el amplio ventanal que se extendía a su lado. Parecía como si las montañas y los árboles que veía al pasar le susurraran secretos en silencio. Ese instante resultaba sublime. Todos los gestos de su cuerpo, todo cuanto veía o sentía era mágico. Cada parpadeo se convertía en una idea, en un

pequeño sorbo de talento y, con cada destello, una explosión de palabras fluía a través de sus manos hasta la pantalla del ordenador.

A su izquierda, dos hombres uniformados con distintivos de una compañía aérea. El mayor, de unos cuarenta años, hablaba sin parar, como el que da un discurso ante la parroquia. Rebosaba seguridad en sí mismo. Con el tronco erguido y la cabeza bien alta, se ayudaba de sus manos, demasiado pequeñas en comparación al cuerpo, para enfatizar aquellas palabras que salían de su boca. Parecía un modelo sacado de un anuncio de perfumes. Su ropa dejaba entrever una figura atlética, su sonrisa era cautivadora hasta el extremo y sus ojos de un gris claro hipnotizaban a cualquiera que los miraba.

A su lado, el otro hombre prestaba mucho más que atención a las palabras de su compañero. Al observarlo, se adivinaba algo más que admiración hacia él. Unos quince años más joven, encarnaba la viva imagen del alumno encandilado por su profesor. Una barba incipiente le daba cierto aire despreocupado y tremendamente interesante. Su mirada, perdida en su amigo, revelaba una historia de amor por llegar, como si el futuro aguardara sentado a su lado con unos preciosos ojos grises.

El sol, en su crepúsculo, se filtraba juguetón entre las vastas cristaleras del tren, acariciando con sutileza los rostros de los pasajeros. De repente, un sonido estridente los sorprendió. El tren, se adentraba en las entrañas de una montaña y mudaba la calidez del astro en la luz fría y sombría de unos fluorescentes. El estruendo iba en aumento, llenando el aire de un inquietante zumbido. Todos los sentidos de Ana se pusieron en alerta. Un escalofrío recorrió su cuerpo, cuando, de sopetón, las luces del vagón se apagaron por completo. Solo unos pequeños puntos de luz situados sobre las puertas permitían entrever algo. Instantes después, un movimiento brusco la lanzó hacia el lado derecho del coche, desequilibrándola por completo. Sin tiempo para reaccionar, se sintió girar y rodar sobre sí misma, golpeándose contra los asientos y la ventana.

Los escasos segundos en los que quedó a merced del destino le parecieron una eternidad. Solo era un títere sin control dentro de una coctelera siniestra agitada por la mano invisible de un perturbado.

El llanto de un bebé la devolvió al presente. Estaba aturdida y desorientada. Cuando abrió los ojos, sintió como una fina capa de un líquido caliente y viscoso le cubría parte de la cara. Un goteo incesante se deslizaba hasta precipitarse sobre la palma de su mano, tiñendo de rojo todo cuanto salpicaba. Había quedado sentada sobre lo que hasta hacía un momento era un precioso ventanal, ahora agrietado y hecho añicos por todas partes. Los gritos de un hombre la hicieron reaccionar.

—¿Está bien, señorita? ¿Me escucha? ¿Se encuentra bien? —repetía incansable una voz.

—Sí, creo que sí. Solo estoy un poco mareada. —dijo mientras se tocaba la frente empapada en sangre—. Me he debido de dar un buen porrazo en la cabeza.

—Tranquila, no se mueva, parece que tiene una conmoción y sería peligroso levantarse de golpe.

El desconocido la agarró con delicadeza por el cuello y la cintura, alzándola con cuidado hasta quedar suspendida entre sus brazos. Se movió con firmeza entre los escombros hasta la puerta que comunicaba un vagón con otro. Lo que vieron sus ojos en ese corto trayecto fue desolador. La única luz que funcionaba lo hacía de manera intermitente, guiando su mirada como fotogramas aislados al azar y revelando ante ella una realidad desgarradora. El caos y la tragedia se habían apoderado del lugar. La gente gritaba llevada por el pánico y el dolor. Había cuerpos atrapados entre hierros que momentos antes no estaban allí. Otros lloraban desconsolados junto a

sus seres queridos inertes.

Tras cuatro o cinco patadas, la puerta del vagón cedió lo suficiente como para pasar por ella. Con sumo esmero la atravesó y dio un pequeño salto hasta el suelo. La dejó apoyada en un pequeño muro de hormigón y volvió al tren en busca de más pasajeros. Todavía aturrida, levantó la cabeza expectante. Sentía cómo de un momento a otro iba a perder la consciencia. Miró a su alrededor. Buscaba algún tipo de indicio que le revelara dónde se encontraba. Giró a su izquierda y luego a su derecha, pero solo encontró oscuridad. Estaba confundida, pero sus ojos no la engañaban; ante ella un único vagón volcado sobre la vía. No podía comprender qué había sucedido con el resto del tren y con los otros pasajeros. Poco a poco, sintió como cada fibra de su ser parecía ceder ante la abrumadora sensación de agotamiento y confusión. La fatiga se apoderaba de ella, y una fuerza que no podía controlar la arrastró sin remedio hacia un letargo profundo.

Capítulo 28

Fran. Los ideales

Año 2010

Acertar y equivocarte forman parte del mismo juego. En esa dualidad reside el verdadero equilibrio y la auténtica manera de afrontar los desafíos que se nos presentan.

La existencia de Fran estaba plagada de luces y sombras. Dotado de una inteligencia prodigiosa, cursó la carrera de Administración y Dirección de Empresas. Después de graduarse, llevó a cabo un Posgrado en Auditoría de Cuentas tanto a nivel nacional como internacional. En poco más de cuatro años había finalizado sus estudios y las empresas más prestigiosas se lo rifaban.

La escogida fue RICE-DTM-STAGE CORP, una empresa china especializada en la producción y exportación de arroz a nivel mundial. Sin embargo, pronto se percató de que el entramado de empresas y filiales era inusualmente complejo. Sin darse cuenta, se vio involucrado en un ingente fraude fiscal que abarcaba los cinco continentes.

Aquella situación era moralmente inadmisible. Bajo ninguna circunstancia podía aceptar trabajar para una empresa que hacía del engaño su forma de vida. Se dirigió a sus superiores en busca de explicaciones, pero en lugar de respuestas, lo único que recibió fue una carta de despido y la advertencia de que, si contaba algo a las autoridades, tendría graves consecuencias para él. Con las amenazas, lo único que consiguieron fue espolear aún más a un joven repleto de ideales e íntegro hasta la médula.

Decidió hacer lo correcto y acudió a la justicia con innumerables pruebas que incriminaban de manera aplastante a la empresa. Sin embargo, para su sorpresa y posterior decepción, todo cayó en saco roto. A pesar de todos los indicios que aportó, no hubo una sola investigación.

No podía dejarlo pasar y, desafortunadamente, esto fue lo que acabó por destrozar su vida.

Después de agotar las vías legales, pensó en acudir a un periódico y ofrecerles la exclusividad de la noticia. Su único deseo era que se hiciera justicia, sin buscar ningún lucro a cambio. Sin embargo, las cosas se torcieron mucho antes de que pudiera airear nada.

Fue una semana antes de la entrevista con la reportera cuando al salir del portal de su casa, cuatro hombres con pasamontañas y ataviados con vestimenta militar lo abordaron sin miramientos. Lo golpearon en el estómago con una porra extensible, mientras otro le colocó una capucha para cegarle la visión. Se revolvió instintivamente y trató de zafarse, aunque no le sirvió de nada. Aquellos individuos eran profesionales y una vez lograda su presa era imposible que la dejaran escapar. Lo arrastraron hasta el interior de una furgoneta y el vehículo se puso en marcha.

La sensación de terror era abrumadora. No podía dejar de temblar, sus dientes rechinaban de manera involuntaria y, preso del pánico, no pudo evitar orinarse.

Después de un trayecto en furgoneta interminable, por fin se detuvo la marcha y apagaron el motor. Pudo oír cómo se abría la puerta corredera. Uno a uno, los hombres bajaron del vehículo hasta que alguien lo agarró por los brazos con tanta fuerza, que sintió cómo se le detenía la circulación. Le propinaron empujones constantes y le vociferaron palabras en algún idioma de la

Europa del Este que en ese momento no supo identificar. Caminó por lo que parecían unos largos pasillos recubiertos de moqueta, tropezando una y otra vez con pedazos arrancados y quebrados que, junto a toda clase de objetos esparcidos por el suelo, hacían que mantener el equilibrio pareciera tarea de funambulistas. Luego, subió por unas escaleras que giraban sobre sí mismas en forma de espiral y que se estiraban como un chicle interminable y agotador. Por fin, se detuvieron. Una puerta, que se abrió justo enfrente de él, causó un desagradable chirrido que reverberó descocado y perduró en el ambiente más tiempo de la cuenta. Acto seguido, su cuerpo impactó con violencia contra el pavimento, arrojado sin miramientos por parte de sus captores.

Perdió la cuenta del tiempo que permaneció en aquel sitio, aunque lo más probable es que al menos hubieran pasado un par de días. Sin comida ni bebida, con aquella capucha cosida con cinta americana y las manos atadas por una brida con tanta dureza que no paraban de sangrar. Por fin, alguien entró en la habitación. Escuchó varios pasos caminar sobre lo que parecían cristales rotos. Unos se alejaron, arrastrando algún objeto por el suelo. Los otros se detuvieron justo enfrente de él. Durante unos segundos pudo sentir la respiración de alguien sobre su cabeza. Acto seguido, lo agarró por la nuca y con un movimiento certero cortó la cinta que mantenía la capucha sujeta a su cuello.

La habitación no era muy grande. Solo una lámpara destantalada, instalada sobre una mesita iluminaba la estancia. Una ventana con porticones permanecía cerrada herméticamente, con sus cristales hechos añicos esparcidos por todas partes. Las paredes estaban repletas de grafitis y del techo colgaba una soga que parecía aguardar el pescuezo de algún desafortunado. En el rincón opuesto, sumido en la penumbra, había una silla y, en ella, la figura inmóvil de un hombre. La expresión de su rostro era indescifrable, señalada únicamente por un exiguo rayo de sol que se filtraba a través de un agujero minúsculo en la ventana y que revelaba una mirada turnia y penetrante.

—Dios mío, haré lo que me pidan, lo que sea. No puedo más... —suplicó Fran, mientras un reguero de lágrimas cubría su rostro.

La sola idea de permanecer un minuto más dentro de esa habitación provocaba que se le revolviera el estómago, comprimido por los nervios y la falta de comida.

—Tal y como lo veo, solo tienes dos opciones —le dijo el hombre de la silla—. O bien te subes a la mesa y te cuelgas por el cuello o bien matamos a tus padres y vives con ello el resto de tu vida.

—Pero... ¿por qué? Yo no he hecho nada malo.

Fran, perplejo, no podía entender nada de lo que le pasaba. Las palabras de aquel individuo rebotaban en su cabeza, comprimida como si una prensa la estuviera aplastando hasta dejarlo en un estado casi catatónico.

—¡Cállate y decide de una vez! —voceó con suma frialdad.

Desbordado y con la mirada ida, se acercó a la mesa y se encaramó lentamente sobre ella. Solo quería retrasar el máximo tiempo posible lo inevitable. Con las manos temblorosas agarró la soga y se la puso alrededor de su cuello.

—¡Hazlo ya! —le gritaron.

Tenía que hacerlo, no podía permitir que aquella gente hiciera daño a sus padres. «Toda la culpa es mía», se martilleaba desconsolado. Cerró los ojos y en su mente se proyectaron los rostros ensangrentados de sus familiares, agonizando de dolor y preguntándole «¿por qué?». Estaba dispuesto a protegerlos con su vida. No le dio más vueltas, apretó los puños con fuerza y se impulsó al vacío.

Un estallido de risas y carcajadas descontroladas llenó el lugar. La cuerda no estaba atada al techo, por lo que Fran, al saltar, cayó de bruces sobre los cristales esparcidos en el suelo, provocándose multitud de cortes y un enorme reguero de sangre.

El corazón le iba a estallar. Había intentado ahorcarse, pero aún seguía vivo. Todo aquello le parecía de lo más sádico.

—Muy valiente, chico, realmente tienes lo que hay que tener y eso dice mucho de ti. Estoy seguro que alguien como tú encajará perfectamente aquí. —Asintió con la cabeza en señal de reconocimiento y agregó—: Ahora escucha con atención. Has metido las narices donde no debías y has causado demasiadas molestias al jefe y a sus socios. Te dejaremos vivir a ti y a tu familia, pero a cambio, trabajarás para nosotros. Harás lo que se te pida y mantendrás la boca cerrada. La alternativa ya sabes cuál es, y recuerda: ahora perteneces a Ieltxu.

Capítulo 29

Pablo y Ana. El desayuno

11 de marzo de 2018. Zoroita

Apreciar el presente y la belleza de lo cotidiano se convierte en la única moneda de cambio capaz de hacernos entender nuestra razón de ser.

Un primer rayo de luz se coló a través de la ventana y acarició juguetón el cuerpo desnudo de Ana. Pablo llevaba despierto un buen rato mientras palpaba con la mirada a aquella mujer extraordinaria.

—Buenos días, cariño —musitó Ana, medio dormida y con los ojos aún cerrados.

—Buenos días, cielo —respondió Pablo, besándola con ternura y delicadeza alrededor del cuello.

—¿Por qué hay tanta luz en esta habitación? Quiero dormir un poco más —masculló perezosa, a la vez que agarraba la sábana y se cubría hasta la cabeza.

—Voy a darme una ducha y te preparo algo para desayunar. ¿Algún deseo en particular?

—A ver, déjame pensar —dijo camuflada entre las sábanas—. Ayer no me diste de cenar, es más, estuvimos realizando ejercicios aeróbicos toda la noche y, aunque estoy encantada, necesito beber algo que no sea vino. A estas alturas soy un verdadero peligro; podría volverme caníbal si te acercas demasiado sin algo de comida.

—Tus deseos son órdenes para mí —añadió expeditivo, incluyendo un saludo militar.

Mientras él se duchaba, Ana se levantó de la cama y se cubrió con la camisa que llevaba puesta Pablo el día anterior. Toda la casa se había convertido en un precioso juego de sombras, gracias a un sol que se paseaba curioso por todos sus rincones. Cruzó el dormitorio hasta la puerta que daba a la sala. El suelo estaba cubierto por la ropa de los dos, formando un improvisado rastro de pistas que conducía hasta la cama de Pablo. Lo sorteó dando pequeños saltitos de aquí allá, hasta llegar a la puerta de entrada de la casa. La abrió y salió al exterior.

Diez minutos más tarde, apareció Pablo con dos tazas de café humeantes.

—Lo que tienes aquí es un auténtico tesoro. Parece un lienzo que ha cobrado vida propia —comentó Ana sin salir de su asombro.

—La verdad es que esta casa y todo lo que la rodea es como un tercer pulmón para mí. Cuando vuelvo del trabajo, después de horas de gritos, tensiones... me siento aquí mismo y noto cómo toda la suciedad que he acumulado durante el día desaparece y da paso a una sensación de increíble bienestar. Me gusta pensar que es como la pastilla que toma mucha gente para desconectar; solo que la mía sabe a brisa marina por la mañana y a tierra mojada cuando llueve.

—Desde luego, eres muy afortunado por tener algo así. Quizá debería comprarme una casita por aquí cerca.

—Me encantaría tenerte como vecina, incluso podríamos... nada, nada, seguro que sería genial.

Ana se quedó pensativa durante un momento e intuyó a la perfección lo que quería decir, pero no hizo ningún comentario. Solo giró la cabeza hacia él y le dedicó una sonrisa enternecedora.

—Tengo que contarte algo que he descubierto relativo al día de la muerte de Amador y que quizá tenga alguna relación.

El semblante de Pablo cambió por completo.

—Dime, Ana, ¿qué has averiguado? —Su voz adquirió una profundidad y seriedad que no había conocido hasta ese momento.

—Estoy investigando las muertes por sobredosis que asolan Donostia y alrededores. Ha sido muy difícil encontrar a alguien que quisiera hablar, pero al final una mujer llamada Blanca contactó conmigo y... aquí viene la bomba. Me habló de una nueva droga llamada ZeZengorri y de sus terribles efectos secundarios. En esencia, es un alucinógeno potentísimo que se lleva por delante a todo aquel que la consume. Lo más curioso es que el día de la muerte de Amador recibí un fax que repetía constantemente la palabra «Zezengorri».

—¿Y te dijo algo más? ¿Te dio nombres? ¿Alguna dirección? ¿Lugares de distribución?...

—No mucho más. La mujer estaba muy asustada. Habló de gente muy poderosa y sin escrúpulos, capaces de lo peor con tal de continuar con su negocio. ¡Ah, una cosa más! Anoté la matrícula de su moto. —Una mueca poderosa se instaló de repente en su cara.

—Ana, ¿te das cuenta? Si consigo hablar con esa mujer estaré mucho más cerca de resolver la muerte de Amador.

—No te preocupes, te daré esa matrícula, pero necesito formar parte de todo esto. Si contactas directamente con ella, se asustará y perderás cualquier posibilidad de llegar hasta su asesino. ¡Tengo que ser yo!

Pablo se llevó la mano a la boca y empezó a pellizcarse los labios, mientras miraba fijamente a Ana. Sabía que era una equivocación, solo era una periodista y... la mujer que amaba, aunque tenía razón. Si intentaba contactar con Blanca, desaparecería para siempre.

—De acuerdo, pero tienes que prometerme que no harás ninguna tontería. Ante el menor indicio de peligro, abandonas el caso.

Ana se incorporó y de un salto se encaramó sobre Pablo, aferrándose a su cuerpo de pies y manos mientras lo besaba apasionadamente. Estaba emocionada ante la posibilidad de volver a ver a aquella mujer y averiguar el resto de la historia.

Capítulo 30

Ana, Javi y Claudia. El Túnel

03 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 19:45H

Los ángeles existen, solo que no siempre somos capaces de reconocerlos.

—No te muevas, Ana —pidió Javi, mientras fijaba con esparadrapo una venda alrededor de su frente.

—Creo que me he desmayado... Me duele mucho la cabeza. ¿Tú estás bien?

—Sí, he tenido mucha suerte. Estoy lleno de magulladuras, pero no tengo ningún hueso roto. Hay otros que no han tenido tanta suerte como nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cuatro muertos y algunos heridos están bastante mal. ¡Esto es un desastre! Mientras estabas inconsciente, hemos probado todos los teléfonos móviles, pero ninguno tiene cobertura.

—Dios mío, Javi, ¿dónde está la ayuda? Ya deberían estar aquí los servicios de emergencia y, sin embargo... ¡Tenemos que hacer algo!

Ana se incorporó y miró a su alrededor. Se encontraban en lo que parecía una vía muerta dentro de un túnel, seguramente en una paralela a la principal, pensó ella. Era un lugar claustrofóbico, de techos bajos y paredes estrechas, aunque por suerte aún funcionaban algunos fluorescentes que colgaban del techo agrietado, arrojando una luz tenue y sombría sobre el lugar. La silueta de una pequeña caseta a unos cincuenta metros de donde se encontraba despertó de inmediato su interés.

Cuando se dispuso a caminar hacia ella, un profuso dolor en el tobillo la detuvo de golpe. Se había olvidado de su pie maltrecho. Apretó los dientes y, con la ayuda de Javi, comenzó a avanzar tortuosamente hacia la caseta.

Al llegar, descubrieron que estaba prácticamente vacía. Tan solo una silla cochambrosa y unos archivadores corroídos por las ratas decoraban aquel recinto lleno de polvo y mugre. Todo en ese lugar desprendía un olor amargo, solo eran vestigios de un pasado lejano.

Decidieron continuar avanzando hacia la entrada del túnel, ayudados por la linterna del móvil, aunque no tuvieron que esperar demasiado para percatarse del desastre que se había desencadenado. Al descarrilar, el vagón había arremetido contra los pilares que se hallaban en la entrada de la vía de servicio y había provocado el derrumbe de la ya frágil y anticuada estructura. Junto a algunos pasajeros, escudriñaron, todos y cada uno de los huecos que dejaron los escombros, pero no encontraron ninguno que les permitiera salir de aquel agujero. Estaban atrapados y sin posibilidad de pedir auxilio, si bien confiaban en que la ayuda ya estuviera en camino. El resto del tren debía de estar accidentado a escasos metros de ellos, justo al otro lado, dentro del túnel. Alguien contaría los vagones y detectaría que faltaba uno. Tenían que darse cuenta, estaba segura.

Claudia seguía dentro del vagón, hecha un ovillo, atrapada entre varios asientos que habían salido despedidos. Lloraba desconsolada, mientras su cuerpo no dejaba de temblar. Marcaba obsesivamente el teléfono de su madre, aunque una voz fría y metálica le recordaba incansable

que no había cobertura. «Por favor, funciona, quiero volver a casa...», repetía una y otra vez, entre lágrimas y sollozos.

Estaba aterrorizada y exhausta. Intentó levantarse, pero sus fuerzas cada vez eran más exiguas. Su pierna derecha permanecía doblada en una posición poco natural, junto a una herida abierta hasta el hueso.

—No te preocupes, pequeña, todo saldrá bien, pero primero tengo que sacarte de aquí —le musitó una voz.

—¿Quién eres? —contestó Claudia con voz frágil.

—¡El ladrón de bolsos! —respondió tiernamente, casi susurrándole.

Aunque estaba herido en la cabeza e intuía por el dolor que tenía algunas costillas rotas, la sujetó con fuerza por los hombros, tiró de ella hacia arriba y la dejó caer sobre sus brazos, donde quedó tendida como una niña pequeña. El pronóstico de la pierna no era demasiado halagüeño; cualquier gesto brusco podría empeorar su estado, por lo que la llevó con cautela fuera del vagón.

Unos metros delante de ellos, habían organizado un lugar donde atender a los heridos más graves, formado por asientos que habían quedado esparcidos tras el accidente y trozos de ropa que hacían la función de vendas improvisadas. Al llegar, la dejó con cuidado en el suelo y apoyó su cabeza sobre un trozo de espuma. Sin perder un solo segundo, se desabrochó el cinturón que llevaba puesto y rodeó con él la parte anterior a donde estaba la herida en la pierna de Claudia, apretando con fuerza hasta detener la hemorragia.

—¿Eres un ángel? —preguntó a través de un fino hilo de voz, mientras extendía su mano hacia él.

—Descansa, niña. Los ángeles no existen, solo el terror que provocan los hombres con sus actos —le susurró al oído.

Capítulo 31

*Pablo y Ana. El Plan
20 de marzo de 2018.*

Las cicatrices de una persona quedan impresas de por vida en su mirada.

Los días que siguieron a las revelaciones de Ana fueron de lo más intensos en cuanto al trabajo policial. El departamento de tráfico reveló que la titularidad de la moto pertenecía a una empresa denominada Pharmed Ltd, dedicada a la investigación y producción de fármacos. En cuanto a la confidente, hasta ese momento seguía siendo un misterio; un auténtico fantasma. Revisaron las fichas policiales de las sospechosas habituales de tráfico de drogas de la zona y se investigó a todas las empleadas de la empresa, pero nada de eso sirvió para dar con ella.

Ana se había convertido en la única persona capaz de identificarla. El miedo en los ojos de aquella mujer asustada permanecía grabado a cincel en lo más profundo de su retina. Cuando la volviera a ver, estaba segura de que los reconocería al instante.

Se optó por controlar la entrada y salida de empleados mediante un dispositivo de vigilancia de lo más sofisticado. Cámaras espía en furgonetas aparcadas en la acera con aplicaciones de reconocimiento facial, drones de vigilancia aérea que controlaban el amplio perímetro de la empresa, y además, se obtuvo la aprobación del juez para intervenir las líneas telefónicas. A pesar de todos los recursos empleados, era como buscar una aguja en un pajar. Ana tenía que entrar en ese lugar si la querían encontrar.

Finalmente, se ideó un plan para acceder a las instalaciones sin despertar sospechas. Ana y Pablo se hicieron pasar por inspectores de trabajo y, bajo el pretexto de realizar una auditoría para verificar la legalidad de los contratos laborales, llevaron a cabo entrevistas a las empleadas que encajaban con el perfil de Blanca.

Al tercer día, cuando ya no quedaba a quien entrevistar, el desánimo se apoderó de ellos. Parecía que todo el plan había naufragado y, con él, la posibilidad de averiguar quién estaba detrás de todas las muertes, incluida la de Amador. Estaban al borde de abandonar cuando Ana, desesperada, tuvo una idea: solicitó permiso para realizar una inspección completa de las instalaciones como parte del proceso de auditoría, a lo que accedieron de inmediato. Su plan consistía en llegar hasta el último rincón de aquel complejo farmacéutico repleto de salas, despachos, laboratorios, almacenes... Blanca estaba allí y estaba decidida a encontrarla.

Comprobaron todas las áreas del lugar, hablaron con cada empleado, e incluso almorzaron en el comedor de la empresa, pero la mujer fantasma seguía sin aparecer. Por último, accedieron a la planta de dirección, donde una secretaria los recibió nada más abrirse las puertas del ascensor.

—Buenos días, inspectores. Desde seguridad me han notificado que están llevando a cabo una revisión de nuestras instalaciones y de su cumplimiento normativo —saludó la asistente.

—Así es —respondió Pablo.

—Pues, si quieren seguirme, les enseñaré la planta, aunque ya verán que no guarda demasiados misterios.

—Muchas gracias por su amabilidad y su tiempo —repuso Ana, con tono un tanto hosco.

—No hay de qué. Por favor, síganme.

Como si de un *tour* se tratara, los condujo a través de las escasas estancias que conformaban la sexta planta. Mientras caminaban, los pensamientos de Ana se revelaron juguetones y traviesos al observar tanta opulencia. Al pasar por la enorme sala de reuniones, presidida por una mesa central de proporciones descomunales y de un blanco immaculado, se imaginó bebiendo sobre ella una taza de café con leche. En su fantasía, se le resbalaba de manera *fortuita* y se desintegraba, arañando la superficie impoluta, mientras un goteo imparable se precipitaba sobre la lujosa moqueta de lana merina. Entretanto, la secretaria y Pablo permanecían enfrascados en una conversación sobre el abuso de los fármacos y sus nefastas consecuencias para la salud. Ana los seguía sin ningún ánimo de intervenir, observando el despilfarro en mármoles traídos desde los Alpes Apuanos o las dos mesitas de secuoya que adornaban la sala de espera.

Cuando llegaron a la puerta que conducía al despacho de la directora general, se detuvieron de manera instintiva. Era el único lugar que les faltaba por inspeccionar de todo el edificio.

—Están de suerte, la Sra. Bianca Gámez se encuentra en Múnich esta semana por negocios. No habrá ningún problema para visitar su despacho.

—Perdone, ¿ha dicho Bianca? —preguntó Ana.

—Sí, Bianca Gámez, directora general de Pharmiten.

Ana tenía una sospecha, pero necesitaba entrar sola en ese despacho para salir de dudas. Hizo un gesto a Pablo con la mirada para que entretuviese a la secretaria. Cuando tuvo la oportunidad, se escurrió de ellos dos para colarse discretamente y poder moverse con mucha más libertad.

El espacio que ocupaba la sala representaba dos veces su casa. Una monumental cristalera bordeaba el perímetro, brindándole una formidable sensación de amplitud y vastas vistas de todo Donostia. Una mesa de cristal conformaba su escritorio, junto a un sillón de cuero blanco, perfectamente alineado. En el otro extremo, una mesa de reuniones también de cristal, rodeada de unas cuantas sillas de metacrilato, permanecía desprovista de vida. En la pared adyacente, un armario de acero inoxidable dibujaba un lienzo ingrato, de una frialdad desgarradora. Junto a él, dos cuadros a juego en blanco y negro certificaban el particular sello personal que se había imprimido al entorno. Era un lugar impersonal, carente de vida y... sin una sola foto.

—¿Todo bien? —La sorprendió la voz de la secretaria.

—¡No hay fotos! —exclamó Ana, frunciendo el ceño y dejando ir una mueca de desaprobación.

—Bueno, supongo que la directora Gámez no lo habrá considerado oportuno —contestó un tanto desconcertada por la pregunta.

—Discúlpeme, es que me ha sorprendido no ver ningún retrato. No se imagina la cantidad de fotos que tengo en la mesa de mi oficina.

—La entiendo perfectamente, a mí me ocurre lo mismo. Me encanta poder levantar la vista y encontrarme con la imagen de mi marido y mis hijos.

Se despidieron de la mujer y se encaminaron hacia la salida. Al atravesar el vestíbulo principal, un tablón colocado justo enfrente de la entrada captó su atención. No podía entender cómo hasta ese momento no se había percatado. Era enorme, casi gigantesco, y contenía un organigrama completo de los cargos directivos junto con sus fotos.

Alzó la vista despacio, de manera casi imperceptible, hasta llegar al punto más alto del tablón. Allí, ocupando el espacio reservado a la directora general, estaba la foto de Bianca Gámez. Se puso de puntillas para acercarse todo lo posible y examinar la imagen de la mujer, aunque por un momento perdió el equilibrio. Instintivamente se agarró al tablón, pero no fue lo suficientemente

robusto para sostenerla, y terminó por ceder junto a ella de manera estrepitosa.

Se produjo un estruendo ensordecedor, seguido de varios gritos solicitando ayuda y corriendo hacia donde estaba ella.

Ana, ajena a todo, yacía en el suelo, a escasos centímetros de la foto de Bianca Gámez. Su mirada permanecía clavada en los ojos de la mujer.

Pasaron unos segundos eternos hasta que, por fin, un escalofrío recorrió todo su cuerpo, despertándola del trance hipnótico al que se veía sometida. La adrenalina fluía a toda velocidad por sus venas y ya no albergaba ninguna duda. Se había dado de bruces literalmente con ella y ahora, igual que la noche en la que se conocieron, una extraña sensación de cercanía se apoderó de ella. Bianca Gámez era Blanca.

No pudo evitar cerrar los puños y realizar un gesto victorioso. Con una sonrisa triunfante, se acercó al oído de Pablo y le susurró:

—¡La tenemos!

Capítulo 32

Amador y Fran. El soborno

01 de diciembre de 2017

Aprender a vivir nuestra propia vida y mantenernos fieles a nosotros mismos es la clave para sentirnos libres.

Llevaba meses engañando a Ieltxu en sus propias narices. Había conseguido desviar más de doscientos cincuenta mil euros desde el inicio de la estafa y, aunque el riesgo era tremendo, se preciaba con orgullo de robar al ladrón. Sin embargo, olvidaba que era mucho más que un simple estafador: asesino, traficante de armas y droga, trata de personas... un delincuente sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa. Resultaba casi imposible que alguien pudiera rastrear el dinero que con tanto celo había ido acopiando en un depósito bancario en las islas Caimán. Solo había un cabo suelto: Fran. Era el único que podía dejar al descubierto su elaborado plan. En las escasas ocasiones que coincidieron, le hizo preguntas un tanto capciosas, y la huella electrónica que había dejado tras husmear en el programa de transacciones y movimientos de capitales era significativa. Tenía que actuar con precaución, aunque estaba convencido de poder sobornarle.

Durante el siguiente viaje que realizaron juntos, Amador elaboró toda una estrategia para acercase a Fran. Después de revisar los números generados durante las tres últimas semanas y de realizar varias comprobaciones sobre las entradas y salidas de capitales, lo convenció para pasar el resto de la mañana haciendo submarinismo. A bordo de una embarcación de recreo, los dos hombres se dirigieron hasta Little Cayman, un lugar plagado de barreras de coral, mantarrayas, tortugas marinas y, lo que fue más emocionante, durante la inmersión nadaron junto a varios especímenes de tiburón nodriza, llegando a rozarlos en algún momento. Más tarde, después de comer en el lujoso The Lobster Pot, se dirigieron hasta West Bay, al norte de George Town, para tomarse unas copas; un lugar paradisíaco, alejado de los turistas y plagado de bellísimas mujeres.

El plan salió a la perfección. Todo cuanto aconteció aquel día fue revelador para Amador, quien albergaba ciertas dudas sobre su compañero. Conoció a un Fran relajado, capaz de disfrutar de un entorno espectacular, que se mostraba cordial y receptivo a los placeres de la isla en su compañía. Era el momento de hablar con él, de convencerlo de manera sutil.

—¿No te parece impresionante este lugar? ¿Te imaginas pasarte el resto de tu vida comiendo langosta, disfrutando de la playa y sus mujeres, bebiendo cócteles afrodisíacos...? —confesó Amador mientras saboreaba un Ron Punch Caribeño.

—Debo admitir que suena tentador, aunque al final estoy seguro de que me aburriría. Además, para lograr eso, tendría que ser muy rico, así que de momento me conformaré con langostinos congelados y algún que otro cóctel de oferta. —Soltó una carcajada que inmediatamente contagió a su amigo.

—Tienes razón, pero ¿y si hubiera una manera?

—¿Una manera de qué?

—¡De hacerte rico! De ganar tanto dinero que no tuvieras que volver a trabajar en tu vida.

—¡Cuéntame! —dijo Fran, escudriñando en la mirada de Amador.

—Es solo una suposición... pero imagínate que una pequeña parte, algo realmente imperceptible, de todas las transacciones que realizan los sujetos timados, se desviase hacia una sociedad creada y controlada por nosotros dos.

—¿Me estás hablando de robar a Ieltxu?

—Te estoy hablando de cobrarnos una pequeña comisión por cada transacción y de sacar algo de tajada de todo este tinglado.

—Pero el riesgo es enorme; si nos pillan, nos rebanan el pescuezo.

—Confía en mí, lo tengo todo previsto. Si, por alguna razón, descubrieran algún apunte contradictorio o incoherencia en los números, podríamos atribuirlo al cambio de divisa. Se trata de hacer unos pequeños ajustes en el programa y listo.

Al acabar de hablar, Amador contuvo el aliento. De la respuesta de Fran dependía poder seguir adelante con sus planes de jubilación. Solo cabían dos alternativas: asociarse con él o desaparecer junto a su familia con lo que ya había sustraído. De lo contrario, tarde o temprano Fran acabaría por descubrir lo que había estado haciendo y entonces no habría marcha atrás. Si no se apuntaba, le diría que solo era algo que se le había ocurrido llevado por el exceso de alcohol y pasaría a otro tema.

Finalmente, Fran giró la cabeza hacia Amador y entornó los ojos para dejarlos en blanco durante unos instantes. Su apariencia cambió completamente, adoptando una actitud seria y fría. Pasaron unos segundos interminables. Cuando por fin pareció que se disponía a contestar, un carraspeo inoportuno alargó la agonía, a la vez que el semblante de Amador se tornó en una amalgama de blancos grisáceos debido a la ansiedad. Su voz, por fin, fluyó de su garganta para entonar con cierto descaro y una enorme mueca traviesa, la respuesta:

—¡Me apunto!

Capítulo 33

Pablo. La estación

03 de julio de 2019. Zoroita

Un simple gesto de cariño puede ser suficiente para sanar un alma herida.

La estación de Zoroita, al igual que el pueblo, cautivaba a cuantos viajeros pasaban por ella. Se distinguía por una arquitectura neovasca y ecléctica de principios del siglo ^{XX} que combinaba en su fachada distintos materiales en piedra y pared lisa pintada en tonos azules y blancos. Al entrar por la estrecha puerta que conducía al interior, se abría ante los ojos errabundos un espacio envuelto en detalles y formas de otra época.

Pablo jadeaba de manera enérgica después de la carrera que lo llevó desde una taberna, donde había estado repartiendo saludos y conversación a todos sus parroquianos, hasta la estación centenaria. Aunque el recorrido fue breve, las empinadas cuestas y escaleras de las calles del pueblo le jugaron una mala pasada. Tan pronto se detuvo, flexionó las rodillas e inclinó su cuerpo hacia adelante, mientras ponía los brazos en jarra y recuperaba el aliento de forma pausada. «Necesito empezar a hacer algo de deporte», se repetía a sí mismo, sin demasiado entusiasmo.

Una melodía lo puso en alerta, era la megafonía de la estación que avisaba de la próxima llegada del tren procedente de Donostia con destino a Bilbao. Al oírla, se irguió todo lo que pudo mientras buscaba en la distancia algún indicio de su presencia. La emoción lo embargaba ante la llegada de Ana, sabía que este sería el gran día y no podía esperar más para reunirse con su gran amor. Un diminuto punto de luz en el horizonte provocó que se le encogiera el corazón. En la distancia, se asemejaba a una pequeña luciérnaga; serpenteaba y se elevaba con sigilo sobre unas vías ajadas y frías. A medida que se acercaba, sintió arder su alma; un incendio de pasión y locura lo había atrapado en las redes de esa mujer. Por fin, el tren llegó. Cuando se detuvo, las puertas se abrieron de inmediato y un tumulto de pasajeros descendió el convoy. Gente corriendo de aquí allá; unos lloraban de alegría por los que regresaban, otros entristecidos por la marcha de un ser querido. Algunos deambulaban absortos perdidos en sus propios pensamientos, pero todos compartían una sensación errante en su interior.

Una sonrisa nerviosa se había instalado en el rostro de Pablo. En cuanto la viera, correría hacia ella, la levantaría en brazos y la besaría como solo él sabía hacerlo. Permaneció expectante durante apenas un par de minutos, en los cuales el andén quedó prácticamente vacío. Solo una pareja de enamorados y una familia con una maleta abierta de par en par subsistían al ciclón de personas que segundos antes abarrotaban el lugar. Aun estando un tanto apesadumbrado, comprendió que había perdido el tren. Tal vez una noticia de última hora o algún imprevisto asociado con la redacción la habían entretenido más de la cuenta y, con el frenesí del momento, se había olvidado de enviarle un mensaje. De manera intuitiva, agarró el móvil y marcó el número de Ana. Solo recibió el mensaje automático de voz que avisaba de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Se estaba empezando a preocupar; no era nada normal que no le hubiera avisado y, menos aún, que estuviera sin cobertura. Realizó otra llamada, pero esta vez a

la redacción del periódico; allí le pasarían con ella y aclararían lo sucedido. La operadora encargada de la centralita no la localizó en su despacho y lo pasó con la persona que estaba en la recepción, quien le confirmó que hacía más de una hora que había abandonado las instalaciones. No quería entrar en pánico sin razón; estaba seguro de que tenía que haber una explicación lógica para que Ana no hubiera subido a ese tren. Cabían mil posibilidades distintas: desde que hubiera extraviado el móvil hasta haber perdido el tren; podría incluso haberse quedado sin batería, y en la era de los teléfonos inteligentes, nadie se sabía los números de memoria. Se sentó en un banco del andén, apostado justo enfrente de las vías, y decidió esperar con resignación el siguiente tren; aunque a cada segundo que pasaba sin noticias de ella, un hilo de angustia se apoderaba de él.

Empezaba a anochecer, y el cielo, cubierto de nubes salpicadas por los últimos rayos de sol se extendía por todo el pueblo de Zoroita. Una brisa tan leve como sutil se deslizaba juguetona entre unas tuberías oxidadas, abandonadas al otro extremo de la estación, creando un improvisado concierto de luces y sonidos. Un viejo chucho, huesudo hasta la médula, recorría famélico cada una de las papeleras y se movía *al trantrán*, ajeno a todo cuanto le rodeaba. Después de acabar la ronda por cada una de sus despensas improvisadas, se encaminó hacia donde estaba sentado Pablo. Con toda la calma del mundo, llegó a su altura y, dando un pequeño brinco, se acomodó en su regazo. Al ver la mirada del perro, reconoció al instante todo el dolor y el sufrimiento por el que había pasado; solo y desahuciado. Sintió la necesidad de acariciarlo, de darle un poco de calor y afecto.

El audio de la megafonía volvió a retumbar por todas partes; el último tren se aproximaba a Zoroita. Pablo se levantó de un salto, mientras su improvisado compañero le observaba sin alterar un solo músculo de su cuerpo. Ya podía verlo, estaba tan cerca... El chirrido de las ruedas frenando contra los raíles, a pocos metros de él, avivó todos sus temores. Ana tenía que estar en ese tren, estaba seguro. En unos instantes, se bajaría de uno de sus vagones y, al verse, se abrazarían. Entre beso y beso, ella le contaría cómo se le había caído el móvil en un charco o como un autobús había pasado por encima de él, haciéndolo añicos. Cualquier explicación le valía, pero solo pedía una cosa: que Ana bajase de ese tren.

Finalmente, el convoy se detuvo. Pablo se encaramó sobre el banco para divisar con más claridad cada una de las puertas por las que se apeaban los pasajeros. Uno tras otro desfilaron por delante de él y abandonaron el recinto, ajenos a su angustia. Sentía cómo su corazón se quebraba y se encogía más y más a medida que el último pasajero abandonaba la estación.

En un instante, el pánico se apoderó de él. Sentado en el mismo banco donde había pasado todo el tiempo, se tapaba la cara con las dos manos, bloqueado y superado ante aquella situación. Solo fueron unos segundos, hasta que sintió algo húmedo acariciándole los brazos. Moviéndose ligeramente una de sus manos para ver qué estaba pasando y descubrió que aquel chucho famélico estaba consolándolo de la manera más tierna y linda que jamás habría imaginado.

Decidió dejar de lado todas las dudas y ponerse en marcha. No sabía qué le había ocurrido a Ana, pero lo averiguaría. Todo su mundo giraba alrededor de aquella extraordinaria mujer, y estaba dispuesto a remover cielo y tierra para encontrarla. Se encaminó hacia la salida del andén cuando, de repente, un quejido desgarrador lo hizo parar de golpe. Giró la cabeza y vio como el animal permanecía sobre el banco, mirándolo con los ojos vidriosos y sumido en una tristeza angustiante. No podía dejarlo allí, huérfano y abandonado. Ese perro le había demostrado ser mejor que muchas de las personas que conocía.

Sin pensárselo dos veces, le silbó, mientras le hacía gestos para que se acercara. Toda la parsimonia y lasitud que había demostrado hasta el momento se convirtió en entusiasmo y pura

energía, incorporándose con una agilidad pasmosa. En un par de zancadas, llegó hasta donde estaba Pablo; brincó sobre él de manera efusiva y lo enjuagó a lametazos.

Capítulo 34

El Túnel I. El cielo

03 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 23:00H

La esperanza es un motor poderoso, capaz de impulsar y desafiar cualquier obstáculo infranqueable.

Un pequeño grupo de pasajeros se organizó para retirar los cuerpos inertes que se encontraban esparcidos a lo largo del túnel y en el interior del vagón. Con delicadeza, los apartaron de la vista de los demás supervivientes y los alojaron dentro de la caseta abandonada. A medida que llevaban a cabo el traslado, las reacciones de rabia y dolor del resto del pasaje se fueron sucediendo. La expresión de horror en sus rostros era devastadora y se extendía entre ellos como una mancha de aceite. Impotentes y desconsolados se abrazaban en busca de consuelo, unidos por el vínculo inquebrantable del miedo. La magnitud del desastre comenzaba a asentarse en sus mentes, dejando un rastro de conmoción y pesar en cada uno de los presentes.

Claudia, que había recobrado la consciencia, notó que su pierna, aunque grave, ya no sangraba gracias al torniquete improvisado que había practicado el chico misterioso. Junto a ella estaba Javi, quien un rato antes, mientras ayudaba a los heridos, descubrió al amor de su vida acurrucada entre unos asientos destripados. No se podía creer aquella coincidencia fatal. El día anterior, los dos estaban en la cafetería de su madre, preparando unos cafés para las chicas de la peluquería, y ahora... la sola idea de perderla se le hacía insoportable. Aunque tuviera que escarbar entre las piedras con sus propias manos, estaba decidido a sacarla de aquel lugar funesto.

—¿Javi, eres tú? —musitó Claudia de manera casi imperceptible.

—¡Hola, bonita! Estoy aquí, a tu lado, y no pienso moverme.

—Pero cómo...

—Yo también viajaba en el tren.

—Había un hombre...

—Sí, ha estado cuidando de ti todo este tiempo hasta que llegué. Ahora está con otros pasajeros heridos que también necesitan ayuda, pero no te preocupes, está bien, algo magullado, pero nada importante.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el resto del tren?

—¡No lo sé! Algo debió pasar dentro del túnel. Cuando descarriló el vagón embistió varias columnas, provocó que se hundiera el techo y nos dejó aislados en una vía paralela a la principal. De momento, no sabemos nada del exterior.

—¡Dios mío, estamos atrapados aquí dentro! —Claudia empezó a respirar con dificultad. Se sentía prisionera dentro de aquel ataúd oscuro; ensangrentada y dolorida, envuelta de una atmósfera rancia y viciada. Quería salir de allí como fuera—. ¡No quiero morir aquí!

—¡Saldremos de esta! Te doy mi palabra —exclamó con fuerza y decisión, mientras la abrazaba y acariciaba su pelo.

Poco a poco, fue recobrando el ánimo. Su respiración se fue pausando, envuelta en gestos y

palabras cargadas de ternura. Sus caras, pegadas la una contra la otra, ejercían de toboganes improvisados dejando deslizar las lágrimas de Claudia entre las dos mejillas.

De repente, un estruendo ensordecedor hizo que todos los supervivientes se sobresaltaran. Una sección del techo, cercana a la montaña de escombros y piedras que bloqueaba la entrada del túnel, se desplomó con estrépito. Tras ella, una espesa e irrespirable nube polvo y escombros se elevó y envolvió al pasaje en la penumbra de aquella ratonera. De forma gradual, una extensa masa de restos volátiles se fue asentando sobre los cuerpos de todos ellos, otorgándoles una apariencia fantasmal y sombría. El desánimo crecía a marchas forzadas y, como una losa, aplastaba implacable cualquier atisbo de esperanza.

Ana se acercó con cautela hasta el lugar del desprendimiento. La densa polvareda dificultaba la visibilidad más allá de unos pocos metros, sin embargo un ruido constante y persistente, que hasta ese momento no había percibido, captó poderosamente su atención. Guardaba una extraña similitud con el goteo incesante de la cisterna del lavabo en la casa de Pablo. Un *plinc, plinc, plinc...* interminable y altamente perturbador, capaz de sacarla de quicio y convertir las noches de insomnio en una auténtica pesadilla.

Rodeó la caseta que había quedado destrozada y esquivó varias vigas carcomidas por alguna especie de insecto. La visión de los cadáveres esparcidos y enmarañados entre los escombros, como si fueran unos simples despojos, la dejó aturdida y le provocó un enorme vacío interior. Desvió la mirada hacia otro lado, tratando de recuperarse y seguir adelante. Respiró hondo, y justo cuando dio el primer paso, su pie se hundió en un charco de agua. De manera instintiva, alzó la mirada hacia el techo fragmentado, y como si fuera una nube de hormigón, diminutas gotas de lluvia cayeron de aquel cielo quebrado. «Por fin, algo bueno», pensó Ana. Necesitaban agua con urgencia y aquel hallazgo les podía insuflar una buena dosis de esperanza.

Capítulo 35

Bianca. El interrogatorio

25 de marzo de 2018. Donostia

Todos nos merecemos una oportunidad, pero el primer paso debe partir de nosotros mismos.

Todo estaba listo y dispuesto. Tan pronto como el chárter privado de Bianca aterrizara, un operativo especial liderado por la subinspectora Muñoz, la abordaría de manera discreta en el punto de recogida de equipajes bajo el pretexto de realizar un control rutinario. La clave era evitar levantar cualquier tipo de sospecha, ya que nadie sabía con certeza hasta qué punto los hombres de Ieltxu la vigilaban, ni su grado de implicación en la elaboración y distribución de drogas.

A las nueve y treinta y cinco de la mañana, el vuelo procedente de Múnich tomó pista, envuelto en una fina lluvia, dejando tras de sí dos enormes torbellinos de agua. El operativo se ponía en marcha. Aunque se trataba de una operación sencilla; sabía por experiencia que las cosas rara vez salían como una planeaba.

Tal y como tenían previsto, Bianca se dirigió hacia la cinta asignada a su vuelo para recoger sus pertenencias. Esperaron con paciencia a que las recuperara y, acto seguido, un agente vestido de paisano se acercó con absoluta discreción hasta ella.

—Buenos días, señora —dijo el agente—. Soy oficial de policía del aeropuerto. No se alarme, pero estamos llevando a cabo un control rutinario de equipajes y necesitaría que me acompañara a una sala adyacente para examinar su contenido.

—Sí, claro, no hay problema, pero tengo una reunión muy importante dentro de una hora. Les rogaría que se dieran toda la prisa que puedan.

—No se preocupe, no nos llevará mucho tiempo —respondió el agente con una sonrisa un tanto forzada, mientras agarraba la maleta y le indicaba que lo siguiera.

Recorrieron unos pocos metros hasta llegar a una puerta con un letrero que decía «Solo personal autorizado». Sin mediar palabra, el policía la abrió y se apartó a un lado sosteniéndola e invitándola con la mirada a que la atravesara. Una vez la cruzaron, se dirigieron a través de un laberinto de pasillos y despachos hasta las dependencias policiales del aeropuerto, donde la subinspectora esperaba en una sala anexa utilizada para registros e interrogatorios.

—Buenos días, ¿es usted la señora Bianca Gámez, directora general de Pharmiten? —preguntó Ainhoa.

—Sí, pero... —respondió Bianca, con cierta incertidumbre.

—No se alarme. En primer lugar, le pido disculpas por haberla traído hasta aquí con una pequeña mentira, pero toda cautela en este asunto es poca.

—¿De qué se trata entonces? —manifestó Bianca, aparentemente serena y sin mostrar ningún indicio de nerviosismo.

—Su nombre ha salido a relucir en el marco de una investigación policial y, dada la relevancia de su cargo, nos pareció oportuno hablar con usted antes de que abandonara el aeropuerto, con el fin de no levantar ninguna sospecha.

—¡Entiendo!

—Por favor, tome asiento. Enseguida estaré con usted. —Abrió la puerta y salió de la sala.

Bianca se acomodó en lo que parecía ser la silla de un bar de playa, a juego con una mesa provista de un agujero justo en el centro, sin lugar a duda preparada para instalar una sombrilla. En ningún caso, aquella habitación se parecía a una dependencia policial; más bien, tenía la apariencia de un lugar abandonado y acondicionado para la ocasión. Colgado en la pared, un reloj de agujas con la esfera de protección hundida hacia dentro le evocaba una copia barata y cutre de un famoso cuadro. No había nada más, salvo unos tabiques grisáceos repletos de pisadas y arañazos en su parte inferior, lo que le confería un aspecto descuidado y sucio. En la esquina superior derecha, una cámara con un piloto rojo intermitente enfocaba hacia su posición recordándole constantemente que estaba siendo observada.

Durante dos largas horas, Bianca permaneció sentada sin pestañear una sola vez de más. Su expresión facial no mostraba angustia ni preocupación; de hecho, no denotaba ninguna emoción. Ainhoa observaba sin perder detalle todas las reacciones a través del monitor. La estrategia consistía en dejarla madurar durante un buen rato, para crear en la detenida una creciente sensación de incertidumbre, avivada por un subconsciente que desempeñaba, en este caso, un papel de vital importancia, asumiendo simultáneamente la función de juez, fiscal y policía.

Cuanto más tiempo pasaba frente a aquel monitor en blanco y negro, más opaca e impenetrable se volvía Bianca. La escala de grises no hacía más que darle cierto aire retro y la dotaba de un aura de elegancia y sofisticación. Sin embargo, esos píxeles descafeinados no lograban ocultar la belleza cromática de unos ojos verde turquesa, escoltados por una enorme melena pelirroja que serpenteaba juguetona entre el candor de sus hombros desnudos. Vestía un traje azul oscuro ajustado por encima de la rodilla, con una abertura que le llegaba hasta medio muslo. Un pequeño cinturón de hebilla alargada en color dorado se ceñía por encima de sus caderas, estilizando aún más cada forma que adoptaba su figura.

El plan no estaba funcionando. Ainhoa tenía la sensación de que estaba perdiendo la partida, y si continuaba así, no iba a conseguir nada, por lo que decidió intervenir y proceder al interrogatorio.

—Perdone por la espera, pero un asunto policial requería de mi atención y no he podido solucionarlo hasta hace cinco minutos —dijo de manera autoritaria, sin darle la menor importancia.

—Subinspectora... Muñoz, estoy a su entera disposición. Soy una acérrima devota de los cuerpos y fuerzas de seguridad, por lo que no tiene que pedirme disculpas. Todo lo contrario, si puedo ayudarla en lo que sea, estaré encantada.

—¡Bien, pues empecemos! —contestó, sin saber muy bien si le tomaba el pelo o realmente hablaba en serio—. Señora Gámez, durante las últimas semanas se han producido una serie de muertes por sobredosis debido a una sustancia que todavía no hemos identificado. Ciertas fuentes de información relacionan a Pharmiten con esta nueva droga de diseño. ¿Qué puede decirme al respecto?

—Mi querida subinspectora, entenderá que cualquier asunto que haga referencia a Pharmiten o a sus empleados tendrá que ser tratado por nuestros abogados.

—Solo queremos su opinión profesional acerca de esta nueva droga. Nadie está incriminando a su empresa o trabajadores.

—En Pharmiten investigamos, desarrollamos y elaboramos todo tipo de medicamentos, incluso los mencionados estupefacientes, pero siempre en el marco de la más absoluta legalidad.

En referencia a su droga de diseño, es la primera vez que oigo hablar de su existencia, pero no le quepa duda de que les ayudaré en todo lo que esté en mi mano. Solo necesito una muestra de sangre de algún sujeto que se haya drogado y el equipo del laboratorio les dará respuestas.

—Creo que no entiende la gravedad del asunto. En la calle está muriendo gente por culpa de una sustancia que asesina de manera despiadada a los más frágiles. Chicos y chicas que podrían ser nuestros hijos se dejan engañar por la falsa promesa de experimentar sensaciones extrasensoriales. Les venden palabras envenenadas por gente sin escrúpulos, salpicadas por el dolor que causan a sus familias —respondió Ainhoa, tratando de hacerle entender la urgencia del problema.

—Lo que me cuenta es absolutamente demoledor, pero se lo repito por segunda vez, y le aseguro que no acostumbro a hacerlo: lamento no poder arrojar algo de luz a su investigación, pero si quiere mi ayuda, estaré encantada de ofrecerle todos los recursos técnicos y profesionales disponibles en Pharmiten. Ahora discúlpeme, pero llego tarde a una reunión —estableció Bianca mientras se levantaba.

—De acuerdo, agradezco su paciencia y el tiempo que nos ha dedicado. Le agradecería que nos contactara con cualquier información que pudiera llegar a sus oídos, por pequeña y absurda que le parezca, puede ser de vital importancia —concluyó Ainhoa.

Las dos se levantaron y, justo al estrechar sus manos, Ainhoa tuvo una sensación extraña. Toda la seguridad y firmeza que derrochaba Bianca Gámez desapareció en ese instante. Un sudor frío instalado en la palma de su mano revelaba mucho más de lo que contaban sus palabras. Cada poro de su piel estaba impregnado de una sutil fragilidad y la apariencia de fortaleza inexpugnable estaba a punto de venirse abajo. Bianca mentía.

Capítulo 36

Amador. La víspera I

20 de enero de 2018

Aunque no podemos evitar sentir miedo, tenemos la libertad de decidir cómo enfrentarlo.

Aquel sábado de enero se avecinaba de lo más especial. La multitud avanzaba expectante por las calles donostiaras, y se amontonaba sin ningún tipo de orden a lo largo de todo el casco viejo. El ambiente anunciaba fiesta, y se podía palpar en cada uno de sus rostros. La afluencia de turistas destacaba, en comparación con cualquier otro día; parapetados con una ingente cantidad de cámaras dispuestas a inmortalizar el día grande de la ciudad. Junto a ellos, los lugareños, ansiosos y expectantes por disfrutar de su fiesta, sumida en un mar de redobles de tambores. A medida que transcurría el día, una procesión de casacas de diferentes formas y colores teñía la ciudad, y ajena al paso del tiempo, evocaba sus marchas al patrón de la ciudad.

Amador se encontraba junto a su familia en el piso que tenían en Donostia. La noche había resultado larga y agotadora después de experimentar en sus propias carnes el estruendo y la algarabía de las primeras horas de la Tamborrada. El pequeño Dari se despertó asustado por las voces y no hubo manera de que conciliara el sueño hasta las cuatro de la madrugada. Como era de esperar, a las ocho tocó diana y ya nadie más pudo dormir. Mientras preparaba el desayuno, pudo escuchar el sonido de un mensaje entrante en su teléfono, aunque este tenía un tono muy particular. Le gustaba asignar diferentes sonidos y melodías para así poder identificar al remitente de los mensajes sin necesidad de mirarlos en ese mismo instante. Sin embargo, esta vez era especial. No cabía duda de que era Fran. Abandonó lo que estaba haciendo y leyó el contenido del mensaje:

[Fran]

¡¡¡Nos han descubierto!!! Tienes que desaparecer. 09:30

Durante unos segundos, escrudiñó la pantalla del teléfono e intentó asimilar el contenido de esas palabras. Repasó meticulosamente qué errores podía haber cometido, y siempre llegaba a la misma conclusión: ¡Fran!

Era evidente. Hasta que no involucró a Fran en la estafa a Ieltxu, todo funcionaba a la perfección... y ahora recibía un mensaje de él advirtiéndole que los habían desenmascarado. No tenía sentido. ¿Cómo podía estar al tanto de que los habían descubierto y seguir con vida? ¿Lo había traicionado? Fuera como fuese, la prioridad era ponerse en marcha y esfumarse. Corrió hacia el dormitorio principal y alertó a Aida para que prepara una maleta con lo esencial. Se marchaban del país y no regresarían. Aida, desconcertada, era incapaz de entender qué estaba pasando. Para ella, Amador era un empresario brillante, apreciado y respetado por todos. La única explicación que logró arrancarle fue tan breve como aterradora: si no desaparecían, ese mismo día morirían los tres.

El pánico invadió a Amador. Sus palabras se entrecortaban, arrastradas por la incertidumbre y

el miedo. Sintió como si la luz del día se desvaneciera y dejara a su paso una sombra vacía de vida y esperanza. En una hora volvería a por ellos dos y se marcharían al lugar más remoto y alejado de Donostia. Sin embargo, antes de eso, necesitaba pasar por su despacho. En la caja fuerte escondía las claves de acceso a las cuentas con todo el dinero desviado durante los últimos meses. En una fracción de segundo, toda su vida se había desmoronado. La seguridad de su familia estaba en riesgo; era todo lo que tenía y la razón por la que había luchado, y ahora podía perderlos si no se movía con rapidez.

Alrededor de las diez de la mañana, salió del piso, decidido a recuperar las contraseñas; eran su pasaporte para iniciar una nueva vida. Al pisar la calle, una Donostia vestida de fiesta impactó sobremanera en Amador, sumido en un mundo plagado de temores. Los cánticos y la música no podían apagar aquel fuego interno con forma de fantasma escondido en cada esquina que tomaba. La sombra de Ieltxu era muy alargada, y las calles le pertenecían. Si andaban tras él, era solo una cuestión de tiempo que cualquiera de sus soplones lo delatara. Decidió bajar la marcha y mezclarse con la multitud, caminando al mismo ritmo para evitar levantar sospechas. Aunque el despacho estaba a unos escasos quinientos metros de su casa, sintió cómo le faltaba el aliento. Todo el bullicio que lo rodeaba no hacía más que agravar su sensación de ahogo y estremecimiento, lo que lo llevó a detenerse en un portal alejado de la gente para coger aire y tranquilizarse.

Apoyado con las dos manos en la pared y la cabeza gacha, fue recobrando lentamente el ánimo, hasta que el sonido estridente de unos gritos lo pusieron en alerta. Fue en ese momento cuando se percató del peligro que había asumido al apartarse de las calles principales y adentrarse en un callejón de aceras estrechas, apenas iluminado por una luz endeble. Estaba a escasos treinta metros de aquella marea ingente de personas; tan solo necesitaba dar unos pasos y volvería a estar a salvo. Cuando decidió seguir adelante, un sonido sordo percutió en su cabeza, retumbando dentro de ella como un enjambre de abejas. Paralizado por el miedo, contuvo la respiración y agudizó los sentidos en un intento de averiguar de qué se trataba. El murmullo proveniente de las calles colindantes le dificultaba escuchar con claridad. Advirtió como poco a poco iba acercándose a él. Algún tipo de pieza metálica chirriaba contra el suelo de manera grotesca, mientras amedrentaba su ya frágil mente atestada por un sin fin de dudas. Solo fueron unos segundos, pero le parecieron siglos. Agachado en cuclillas, esperó lo inevitable. Mantenía la espalda apoyada contra la entrada del portal, a la vez que ocultaba los ojos tras sus manos, esperando que se produjera un milagro y se desvaneciera lo que fuera que se estaba aproximando. El sonido se detuvo justo enfrente de Amador. Podía distinguir dos tipos de respiraciones: una entrecortada y extenuada por el esfuerzo, y otra agitada y muy ruidosa, tan cercana a él que podía sentir su aliento rancio humedeciendo su cara.

—¡Oye, tú! —le vociferó alguien desde la calle—. ¿Tienes alguna moneda suelta?

Amador alzó la cabeza y gradualmente apartó las manos de su rostro. A través de los espacios que dejaban sus dedos, vislumbró una figura peculiar situada justo enfrente del portal. Aunque sus proporciones rozaban la obesidad, una mujer de edad indeterminada no paraba de gesticular y mover sin freno los brazos de un lugar a otro mientras insistía repetidamente en una limosna. Arrastraba un carro viejo y oxidado, desprovisto de una de sus ruedas, lo que provocaba aquel chirrido tan desagradable y estremecedor.

Lentamente, recobró la serenidad y la cordura hasta que, de manera repentina, algo se abalanzó sobre él y lo dejó tendido en el suelo. Su rostro se había convertido en una especie de helado de sabores, empapado por las babas de un chucho tan famélico que se podían contar sus

costillas a simple vista.

—¡Que te den! —renegó con amargura la mujer, a la vez que retomaba el paso y volvía a tirar del carro repleto de chatarra y unas bolsas de donde sobresalían un par de botas viejas y algo de ropa.

Nada de lo que había pasado tenía sentido. Arrastrado por la paranoia y el miedo, se había dejado llevar y, lo que era más preocupante, había perdido un tiempo valioso de la manera más estúpida. Ahora, tenía que volver a ponerse en marcha y dejar atrás aquellas absurdas fantasías orquestadas desde los rincones más oscuros de su mente. Apoyó las dos manos en el suelo, se impulsó con determinación y se incorporó de un salto. En un instante, volvió a la calle principal, rodeado de gritos, música y tambores.

Recorrió el resto del trayecto, ajeno a todo cuanto ocurría a su alrededor, concentrado en recuperar el tiempo perdido. Justo antes de doblar la última esquina, aminoró la marcha. Con sumo cuidado, escudriñó todos los recovecos susceptibles de esconder a alguien y se cercioró de que ninguna persona lo esperaba agazapado detrás de un coche o entre los contenedores de la basura. Una vez estuvo seguro de que nadie lo acechaba, cruzó la calle directamente hasta el portal, abrió la puerta con extrema agilidad y se escabulló dentro de él lo más veloz que pudo. A pesar del susto de muerte que había experimentado unos minutos antes en el tétrico callejón, todo había transcurrido sin problemas hasta ese momento. No obstante, todavía quedaba un largo camino por recorrer hasta poder sentirse a salvo. Donostia era un hervidero de sombras ocultas tras la magia de su día grande.

Capítulo 37

Pablo. Intuición

03-04 de julio de 2019. Zoroita

Me gusta creer que los sueños tienen algo de real, que en esas visiones existe una conexión que va más allá de la razón.

Alrededor de las diez de la noche, Pablo, ahogado en sus propios pensamientos, abrió la puerta principal de la comisaría. Cada paso que daba parecía pesarle como una losa. Sumido en sus pensamientos, era incapaz de reconocer ninguna cara, de devolver ningún saludo; atrincherado en algún rincón inhóspito de su mente. Tras él, su nuevo compañero, ávido de comida y huesudo como una bandera pirata, rezumaba en sus andares una elegancia de tiempos pasados. Delataba una vida pretérita plagada de parabienes. Continuaron hasta llegar al despacho de la subinspectora Muñoz. Al verlos entrar, Ainhoa alzó la mirada, y al instante, una ola de calor quebró su cuerpo al descubrir la expresión de desesperación en el rostro de Pablo.

—¿Estás bien, Pablo?

—¡Ana ha desaparecido! —contestó sin más preámbulo.

—¿A qué te refieres con *desaparecido*?

—Esta tarde abandonó la redacción sobre las seis y desde entonces no he vuelto a saber nada de ella. Su teléfono no da señales de vida y nadie más la ha visto. Debería haber tomado el tren a las siete y llegar a Zoroita alrededor de las siete y media, pero no se apeó de ese tren ni del siguiente.

—Tranquilízate, seguro que hay una explicación y Ana se encuentra bien. Pueden haber pasado mil cosas diferentes...

—¡No, Ainhoa! No me voy a tranquilizar. Estoy seguro de que le ha ocurrido algo. Tenemos que empezar a buscarla de inmediato.

—Está bien. ¿Por dónde quieres empezar?

—Reúne a toda la unidad y pídeles que busquen en los hospitales de la ciudad, y si no encuentran nada, que amplíen la búsqueda a la provincia. Mientras tanto, elaboraré un perfil completo de Ana para distribuirlo entre los chicos, incluyendo lo que recuerdo que llevaba puesto y una foto actualizada del pasado domingo. También quiero la geolocalización de su teléfono móvil de inmediato.

—¡Enseguida, inspector! Pero quiero que sepas que si necesitas conversar con alguien, aquí me tienes.

—¡Gracias, Ainhoa!

Después de hablar con la subinspectora, se dirigió a su despacho. Sabía, por experiencia, que las primeras veinticuatro horas tras la desaparición de una persona eran cruciales. Pasado ese lapso, las posibilidades de encontrarla disminuían de manera drástica. Estaba asustado. El miedo a perder al amor de su vida atenazaba el centro de su existencia.

Durante toda la noche, un equipo formado por veinte agentes trabajó sin parar, movido por el respeto y la amistad forjada durante todos aquellos años con el inspector, una relación que iba

más allá del mero compañerismo. Hacia las ocho de la mañana, un par de agentes que se habían desplazado hasta la estación de Donostia para solicitar las grabaciones del día anterior creyeron reconocer en una imagen el bolso de Ana. A todas luces, parecía ella, pero necesitaban la confirmación de Pablo. Ainhoa, que estaba junto a ellos, lo llamó de inmediato, pero tras varios intentos infructuosos, decidió ir hasta su despacho. Al llegar, se encontró a un Pablo vencido por el cansancio. Exhausto, después de una noche intensa y agotadora, se quedó dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa. El cigarrillo aún humeante atestiguaba el breve tiempo transcurrido.

—¿Pablo, estás dormido? —susurró lo más suave que pudo.

—Creo que me he quedado traspuesto unos instantes —respondió medio dormitando y aún con los ojos cerrados—. He tenido un sueño, Ainhoa, un sueño en el que aparecía Ana. Me rogaba que la salvara.

—Sabes que, si se confirma la desaparición, lo más sensato y lo que manada el reglamento es que abandones el caso. No puedes permitir que lo personal influya en lo profesional, y por lo que veo...

—¡Tonterías! Se trata de mi pareja y haré lo que haga falta para encontrarla. Lo del sueño solo era un comentario, nada más.

La subinspectora no le dio más importancia y decidió centrarse en pistas algo más tangibles que los ruegos oníricos que lanzaba el subconsciente de Pablo, y que estaba segura de que él le agradecería.

—Te traigo una buena noticia. Creo que tenemos un hilo del que tirar. Acompáñame hasta la mesa de Gorka, ha encontrado unas imágenes donde aparece una mujer que se ajusta en complexión y ropa a la descripción de Ana.

Lo que acababa de oír era música celestial para sus oídos. Sin perder un solo segundo, se incorporó y salió a toda velocidad por la puerta. Necesitaba ver con sus propios ojos esas imágenes. Una vez allí, revisaron meticulosamente fotograma a fotograma. Sin lugar a dudas, la figura femenina en blanco y negro que se podía apreciar era la de Ana. La buena noticia residía en que el entramado de cámaras instaladas estratégicamente le permitiría rastrear todos sus pasos a lo largo de la estación. Poco a poco, fueron desentrañando cada uno de los movimientos que realizó. Desde la entrada a la estación, donde se podía ver cómo cojeaba ostensiblemente, hasta que subió a bordo del tren, asegurándose concienzudamente de que en ningún momento se apeó del convoy hasta su partida.

Por fin, tenían algo sobre qué trabajar, aunque lo que acababan de ver generaba nuevos interrogantes. «Si Ana se había subido al tren... ¿por qué no había llegado a Zoroita? ¿Se habría bajado en alguna estación intermedia? ¿Quizá se habría saltado su parada y habría continuado?». Las posibilidades se multiplicaban, pero ahora al menos sabían dónde buscar. Rápidamente, puso a trabajar a todo su equipo y solicitó imágenes de las doce paradas que había en la ruta. En cuestión de pocas horas, estaba seguro de que obtendría resultados del visionado de las cintas, aunque algo le decía que no serían de gran ayuda.

A pesar de que delante de Ainhoa le había restado importancia, no conseguía sacarse de la cabeza algo tan absurdo como el sueño que había tenido poco antes. Le había parecido tan real... Llamó a Ainhoa y acordaron encontrarse en la cafetería que había justo enfrente de la comisaría. Lejos de teléfonos, ordenadores y compañeros. Necesitaba distanciarse por un rato de todo aquel dispendio agotador de indicios abocados al fracaso, problemas enmascarados en mil correos electrónicos recibidos... quería sentarse con su compañera y disfrutar de una taza de café con

tranquilidad.

Cinco minutos más tarde, Ainhoa entró en la cafetería. Su semblante era una mezcla de preocupación y sorpresa. En los años que llevaba trabajando junto a Pablo, nunca habían quedado para hablar sobre cuestiones personales. Su relación, aunque cercana y sincera, nunca había traspasado lo meramente profesional.

—¿Cómo te encuentras, Pablo? —preguntó Ainhoa, de manera que su voz quedó embalsamada en una mezcla de ternura y compasión.

—¡Estoy destrozado! Hace unas horas era el hombre más feliz del mundo y ahora... ¡Esa mujer lo es todo para mí! No puedo soportar la idea de que le haya podido pasar algo... —Las palabras se entrecortaron entre sollozos de angustia.

—¡Escúchame! ¡La vamos a encontrar! Ahora sabemos dónde buscarla. Solo tenemos que esperar a que los chicos del departamento den con ella. Es solo una cuestión de tiempo.

—Lo sé, pero la espera me está consumiendo por dentro de una manera que llega a doler. Es como si me hubieran arrancado las entrañas y, en su lugar, un fuego ardiera con todas sus fuerzas.

Ainhoa, abrumada ante sus palabras, no pudo contener las lágrimas. Como si una enfermedad contagiosa se hubiera apoderado de ella, sintió en carne propia ese dolor feroz y desgarrador. Aturdida, se levantó y se sentó junto a Pablo, acariciando lentamente su rostro mientras secaba sus lágrimas llenas de impotencia. Ambos se fundieron en un largo abrazo.

—Hay algo más que necesito contarte. —Su voz, aunque temblorosa, anunciaba una revelación—. ¿Crees que a través de los sueños, de alguna manera, nos podamos comunicar con otras personas?

—¿Qué quieres decir con eso, Pablo? —respondió un tanto confundida.

—Que, quizá, es posible que exista una especie de conexión invisible entre dos personas que se aman profundamente, hasta tal punto que, aun estando lejos el uno del otro, puedan comunicarse y experimentar lo que el otro siente.

—Pues... la verdad, no sé qué decirte. Nunca he querido tanto a nadie como para que me pasara algo así. Pero algo me dice que a ti sí que te está sucediendo.

—Antes, cuando viniste a mi despacho y me encontraste durmiendo, estaba teniendo un sueño tan real... Me encontraba en el andén de una estación de tren. Al principio, con la única compañía del típico reloj colgado en una columna. Luego, apareció una mujer con su bebé, que lloraba sin parar, seguida por un grupo de personas que gritaban algo que no lograba entender. De repente, todos se desvanecieron hasta quedar convertidos en un puñado de polvo sobre el suelo formando la palabra «sálvala». La imagen es un tanto borrosa, pero recuerdo a un joven pintando un grafiti en una puerta con la misma palabra. Después, la crucé y aparecí en un túnel abandonado, con vías carcomidas y podridas por la humedad. Escuché la voz de Ana pidiendo ayuda y corrí tras ella. Aquí las cosas se vuelven un poco confusas, aunque recuerdo hundirme en una especie de pozo, y a pesar de mis esfuerzos por nadar hacia la superficie, me ahogaba irremediabilmente. Hasta que algo estiró de mí hacia arriba. Cuando recobré el conocimiento, oí unos pasos alejándose por el túnel y vi un mensaje escrito en la pared que decía: «sálvala».

—¡Madre mía, Pablo! No sé qué decir, todo esto es realmente sorprendente. Quizá Ana y tú estáis conectados por algo parecido a la telepatía extrasensorial, o simplemente se trata de un sueño muy intenso.

—¿No te das cuenta, Ainhoa? No puede ser una simple coincidencia. Justo antes de que vinieras a informarme que habíais localizado a Ana en la estación de Donostia, tuve este sueño.

Entiendo lo extraño que suena todo esto. Nunca he creído en fenómenos paranormales ni espirituales de ningún tipo. Como inspector de policía, me baso en pruebas y fundamentos científicos para analizar los hechos. Pero hoy... algo ha cambiado. Llámame loco o lo que tú quieras, pero algo en mi interior me dice que tengo que seguir mi intuición, por más extraño que parezca. Estoy convencido de que Ana no se bajó en ninguna de las paradas del recorrido de ese tren.

—Entonces... ¿dónde crees que está?

—¡Atrapada!

En aquel momento, vibró el teléfono de Pablo:

—Inspector Artuña, dígame —contestó con celeridad.

—Señor, le llamo desde la unidad de informática y audiovisuales. Hemos procedido a revisar las imágenes de todas las estaciones en una franja horaria de dos horas, y podemos confirmar que la señora Ana Torres no se apeó en ningún momento del tren.

—¿Están completamente seguros?

—Sí, inspector, las imágenes han sido revisadas por dos técnicos de manera independiente. La posibilidad de que ambos pasen por alto el mismo detalle es prácticamente imposible.

—De acuerdo, buen trabajo.

—¡A sus órdenes!

Aunque en un primer momento se quedó un tanto azorado por la noticia, enseguida reaccionó. Se habían quedado sin indicios racionales que seguir, por lo que su sueño, por absurdo y raro que pareciera, se convertía en la única vía que les quedaba para continuar con la investigación.

Capítulo 38

El Túnel II. Arroró

04 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 08:00H

La esperanza es ese rayo de luz que nos recuerda que nunca debemos perder la fe, incluso en los momentos más desafiantes y oscuros de nuestra existencia.

Ana seguía algo aturdida y desubicada. Durante la noche, una mezcla de pánico acompañada de un insistente dolor de cabeza, gentileza del golpe que se llevó en la frente, no le permitieron conciliar más que pequeños episodios de sueño. El llanto insistente de un bebé captó su atención. Su madre, recostada contra un muro, sostenía al pequeño en brazos, ajena a cuanto le rodeaba. Su mirada estaba velada por una oscuridad profunda, sin rastro de vida mientras mecía instintivamente su cuerpo de un lado a otro. Parecía privada de sus sentidos, incapaz de ver ni escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor. Ana se sentó junto a ella y con mucho cuidado extendió su mano sobre la cabeza del bebé.

—Tu hijo tiene unos ojos azules preciosos —le susurró al oído.

La mujer la ignoró por completo y se cantoneó hacia un lado, como si su cuerpo se hubiera convertido en un vinilo y la aguja permaneciera atrapada en uno de sus surcos. Le pareció ver que movía los labios muy levemente. Ana se inclinó y se acercó hasta casi acariciar su cara. Su voz se entrecortaba como un faro durante la noche, aunque enseguida supo reconocer en sus palabras la ternura propia de una madre hacia su hijo. Cerró los ojos y pronto esa melodía desempolvó una tormenta de sentimientos pretéritos, invadidos por la nostalgia.

*Arroró, mi niño.
Arroró, mi sol.
Arroró, pedazo
de mi corazón.
Este niño mío
se quiere dormir
y el pícaro sueño
no quiere venir.
Este niño lindo
se quiere dormir,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.
Arroró, mi niño.
Arroró, mi sol.
Arroró, pedazo
de mi corazón.*

Este niño mío

*se quiere dormir
y el pícaro sueño
no quiere venir.
Este niño lindo
se quiere dormir,
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.*

Durante un breve lapso, cientos de imágenes revestidas con toneladas de amor inundaron de lágrimas los ojos de Ana: el recuerdo de su madre cantándole la nana a lo largo de su infancia. Incluso cuando ya era una adolescente, en momentos de tristeza o deprimida por algún desamor, siempre estaba allí para consolarla y endulzar su pena con aquella canción. Los últimos instantes de su vida fueron un espejo de todo lo que ella significó para Ana. En el hospital, postrada en la cama con un dolor insufrible, jamás perdió aquella sonrisa de felicidad que emanaba del más grande de los corazones. Su voz, como un remolino que arrastra las hojas secas en otoño, se desvaneció lentamente mientras le cantaba por última vez *Arrorró*.

Unos suaves golpes en la espalda la arrancaron abruptamente de aquel rincón escondido en lo más profundo de su ser y diluyeron en minúsculas motas de polvo los trazos de aquellas últimas imágenes acompañadas.

—¿¡Hola?! —La voz de una mujer la sacó de su ensimismamiento—. Creo que no te escucha, lleva así desde el accidente. Si no me equivoco, su marido es uno de los fallecidos.

—¿Dios mío! Todo esto es un desastre. Pero tenemos que hacer algo con esta criatura, la pobre no para de llorar. Me imagino que debe de estar hambrienta.

—¿Tienes razón! Ha estado así toda la noche. —Durante unos instantes permaneció pensativa, mientras fijaba su mirada en la madre desconsolada—. Se me ha ocurrido una idea tan simple que es posible que funcione.

Mientras la otra mujer se apresuraba a desabrocharle los botones superiores de la blusa, Ana la sujetó con firmeza por los hombros, impidiéndole continuar su movimiento pendular. Con un movimiento ágil, consiguió liberar uno de los clips que sujetaba los tirantes del sujetador, exponiendo uno de sus pechos. La criatura, impulsada por un hambre voraz, se enganchó al momento y sació su apetito durante al menos media hora. Finalmente, los chupetones se fueron espaciando en el tiempo, acompañados de furtivos sollozos enjuagados en un estado de tranquilidad fugaz.

—¡Buen trabajo! —laureó Ana—. En un rato tendremos que volver a echar un vistazo, pero de momento aguantará. ¡Por cierto! Mi nombre es Ana.

—El mío es Ingrid y, ¿sabes...? ¡Lo hemos hecho genial!

—Estoy de acuerdo contigo, aunque la verdad es que hay mucho que hacer. Demasiada gente lo está pasando mal. Tenemos que ocuparnos de todos ellos mientras no llegue la ayuda. ¿Tú te encuentras bien?

—En realidad, soy una afortunada; solo tengo algunas contusiones, pero poco importantes. Mi pérdida es más bien de carácter intelectual.

—¿A qué te refieres? —Se sorprendió Ana.

—En algún momento del accidente, mi portátil salió despedido por la ventana y con él, el arduo trabajo de un año escribiendo mi última novela. Cuando todo se calmó un poco, lo busqué por todas partes hasta que lo encontré esparcido a lo largo de la vía. Su estado era lamentable:

quebrado, roto y aplastado como una lata de sardinas. Entiéndeme, no quiero parecer insensible. Sé que, para cualquiera, solo son letras amontonadas una detrás de otra. Nada por lo que llorar ni preocuparse. Pero para mí significaba un camino hacia la liberación de mis sentimientos, el reflejo tortuoso de un corazón herido de muerte. Nada es comparable con la tragedia de perder un ser querido, y menos en estas circunstancias. Pero la sangre que brota de mis heridas hace tiempo que dejó de ser roja, para convertirse en una tinta oscura y decadente que impregna todo mi ser.

—Entiendo que estás pasando por un momento difícil, y no voy a juzgarte, pero lo que ha pasado aquí es horroroso. ¡Ha muerto gente! Ahora tenemos que centrar nuestros esfuerzos en los que han sobrevivido.

—¡Tienes razón! ¡Pongámonos manos a la obra!

Las dos se separaron con el fin de atender al máximo número de personas.

Ana se aproximó a dos hombres que estaban recostados en lo que alguna vez fue un cómodo asiento de vagón. Al acercarse, se percató de la gravedad de las heridas de uno de ellos. El fragmento perdido de un engranaje había impactado brutalmente contra su abdomen y lo había dejado en un estado muy preocupante. Se le veía desorientado y confuso, balbucía palabras sin sentido. Su piel tenía un tono amarillento, una señal nada prometedora. Se inclinó hacia él y le tomó la temperatura con la mano durante unos segundos, los suficientes como para darse cuenta del descomunal estado febril que sufría. A su lado, un hombre bastante más joven permanecía expectante. Su rostro reflejaba la angustia acumulada que estaba viviendo mientras luchaba por agotar hasta la última esperanza ante el inminente final de su compañero.

—¡Estoy bien! —se anticipó el joven. Su voz sonaba metálica y rota.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Ana, tratando de brindar todo el apoyo posible. Se le veía agotado y pensó que le vendría bien alguien con quien hablar. Ampliar su mundo a algo más que ese funesto metro cuadrado.

—Sí, de hecho, somos muy buenos amigos y compañeros de trabajo.

—Y... ¿en qué empresa trabajáis?

—Somos pilotos de *Air Trans-Spain*, pero... —Su voz se quebró como un cristal, ahogada entre sollozos desconsolados.

Sin dudarle, Ana se sentó junto a él y lo abrazó con todas sus fuerzas. Trató de consolarlo, a pesar de saber que era una tarea imposible. El dolor, el miedo y la angustia se habían propagado como un virus, y un simple abrazo no desharía aquel calvario tortuoso. Sin embargo, era el único antídoto que tenía para aliviarlo, y estaba dispuesta a administrarle las dosis que fueran necesarias.

—Tranquilízate... sé que es difícil, pero debes mantenerte entero. Si te derrumbas, se dará cuenta y será peor. Dime, ¿cómo os llamáis?

—Mi nombre es Christian y él es Jorge.

—Yo me llamo Ana y trabajo en el maravilloso y mal pagado mundo del periodismo. —Christian esbozó una sutil sonrisa.

—Sabes, Ana... me pareces una mujer extraordinaria. Trasmites muchísima energía positiva. Gracias por sentarte a nuestro lado.

—¡Venga, va, eso se lo dirás a todas!

Durante un buen rato, Ana logró que Christian dejara a un lado el drama que estaba viviendo. Su espíritu periodístico afloró como un manantial. Como si de una entrevista se tratase, no dejó de hacer preguntas, por banales que pudieran parecer. Lo único que pretendía era que tuviera su mente ocupada. Después de más de media hora de conversación, un ruido gutural, seguido de un

ataque de tos titánico sacudió a Jorge. Algo no iba bien. De su boca, con cada esputo, brotaba cada vez más y más sangre. Su cara había adquirido un tono pastel, solo alterado por dos intensos semicírculos grises bajo sus ojos. Christian reaccionó con rapidez levantándole la cabeza. Se estaba empezando a ahogar y el ataque parecía no tener fin. Todos aquellos movimientos involuntarios provocaban que la herida del abdomen se abriera y sangrara con más intensidad. Ana lo agarró firmemente por los hombros e intentó controlar los espasmos. De repente, dejó de toser y de moverse. Su cuerpo cayó hacia atrás, desplomándose como un peso muerto. Con sumo cuidado, apoyaron su cabeza sobre un jersey que hacía de almohada improvisada. Ana extrajo un pañuelo de papel de su bolso y lo pasó con delicadeza por la cara de Jorge. Observó cómo su respiración se entrecortaba de manera alarmante hasta que finalmente se detuvo por completo. Sin saber exactamente qué hacer y llevados por el pánico, intentaron reanimarle practicándole el boca a boca, pero todos sus intentos fueron inútiles. Jorge ya no sufriría más.

Capítulo 39

Bianca y Antonio. La familia

25 de marzo de 2018. Donostia

La vida es un camino que serpentea caprichoso y, de la misma manera en que puede arrebatarte lo que más quieres, también es capaz de otorgarte aquello que más deseas.

Bianca mentía. Era la única conclusión que Ainhoa había sacado de su conato de interrogatorio. A todas luces, parecía un resultado un tanto exiguo. Sin ninguna confesión autoinculpatoria o algún arrebatado de sinceridad llevada por el nerviosismo. Sin embargo, y aunque no había sido su intención inicial, el plan había salido a la perfección. Solo necesitaban sembrar la duda en Bianca, hacer que se sintiera vigilada en todo momento y, como una simple semilla, dejar que germinara en ella un mar de inseguridad. Estaban seguros de que, tarde o temprano cometería algún error.

Al salir de la zona de recogida de equipajes, Antonio, el chofer personal de Bianca, por fin respiró con tranquilidad; llevaba horas esperándola junto a la puerta. Su cara de preocupación delataba una relación que transcendía lo meramente profesional. Tras cuarenta y cinco años de servicio en la empresa, se había convertido en un miembro más de la familia. Su amor y lealtad por la que para él siempre sería la pequeña Bianca, estaba por encima de cualquier otra cosa.

Antonio

Cuando apenas tenía quince años, ocurrió un hecho que cambió su vida por completo. Antonio Castillo era de esa clase de chicos que siempre se metía en líos. Al principio no eran más que travesuras sin demasiada importancia, pero a medida que crecía, los problemas lo hacían en igual proporción. Pronto encontró un filón en el mundo del trapicheo. Comenzó a vender *mercancía* entre los colegas y la gente del barrio, seguido de pequeños hurtos en los mercadillos semanales. Sin embargo, no se quedó ahí; la tentación de ganar dinero fácil y rápido lo superó. El día de su decimoquinto cumpleaños, un chico que vivía en su mismo bloque le propuso dar un *palo* en una joyería del centro. Suponía dinero fácil y rápido. A pesar de que al principio dudó, algo en su interior creció hasta desatar una oleada de adrenalina. Una hora más tarde, robaron un ciclomotor y se dirigieron hacia la avenida Libertad. Aparcaron justo enfrente de la tienda y, sin más plan que el de llamar a la puerta y esgrimir unas viejas pistolas oxidadas, entraron a la voz de «¡esto es un atraco, que nadie se mueva!».

El joyero, lejos de amedrentarse, les reprochó enfurecido su cobardía al esconderse detrás de un arma y se negó en rotundo a entregarles el dinero y las joyas de más valor que guardaba bajo llave en la caja fuerte. En ese instante, la puerta de la joyería se abrió. Ernesto Gámez, el padre de Bianca, estaba radiante de felicidad. Su mujer acababa de dar a luz a su primera hija y, para celebrarlo, se había acercado hasta la joyería de su buen amigo Aitor en busca de un regalo muy especial. Se dirigió directamente hacia el propietario, ajeno al atraco y embelesado en su propia

euforia. Fue en ese momento cuando todo se precipitó.

Antonio, nervioso y con las manos empapadas en sudor, accionó el gatillo, llevado por un impulso ciego e imposible de controlar. El estruendo de la detonación retumbó en la joyería, amplificando su efecto sonoro entre todos los presentes debido a las reducidas dimensiones que ofrecía el espacio. Antes de que el eco de aquel horrendo sonido se desvaneciera, el joyero chocó, llevado por la inercia, contra la estantería situada detrás de él y se desplomó sin control sobre el piso. El compañero de Antonio reculó hacia la salida; su cara no salía del asombro, desencajada, pálida y con la mirada perdida.

—¿Qué has hecho?! —gritó aterrado—. ¡Lo has matado!

Aterrorizado, abrió la puerta y huyó despavorido por la avenida. Mientras tanto, Antonio se quedó inmóvil frente al mostrador, con los ojos en blanco. Su cuerpo inerte, desprovisto de vida, arrastraba su alma hacia un abismo tenebroso, imposible de redimir. Un profundo velo de oscuridad envolvió todos sus sentidos, y se desplomó al suelo, perdiendo el conocimiento. El olor a pólvora impregnaba con intensidad el pequeño establecimiento. El humo de la detonación casi se había disipado, para dejar a su paso pequeñas partículas amarillentas que flotaban en el ambiente. Aitor se reincorporó despacio, tenía una enorme brecha en el cogote, fruto del golpe con el mueble expositor. Asustado, se palpó todo el cuerpo, en busca de algún orificio de entrada, aunque, por fortuna, todo parecía estar en su lugar.

—¡Pero... qué hijo de puta! —gritó enfurecido—. Ha estado a punto de matarme. Voy a llamar a la policía antes de que recupere la consciencia.

—Espera, ¿te has fijado? Es solo un chaval. —trató de calmarlo Ernesto—. Como mucho, debe tener catorce o quince años.

—¡Me da igual! ¡Que se pudra en la cárcel!

—¡No, Aitor! Le arruinarás la vida y será peor el remedio que la enfermedad. Acabará en un reformatorio o algo peor, y allí ya sabes... no se aprende nada bueno. Deja que yo me encargue de él, creo que podría ayudarle, y si no... siempre puedes denunciarlo.

—No sé, Ernesto... a estos chavales, ya no hay quien los enderece.

—¡De verdad, déjame intentarlo! —suplicó esperanzado.

—¡Está bien, tú ganas! Pero si le vuelvo a ver el pelo por aquí, lo empapelo.

Poco a poco, el joven recobró la consciencia. Yacía en el suelo, resignado a ser detenido en breve. Estaba dispuesto a asumir su culpabilidad y el vacío enorme que la maldita bala le había dejado —¿Estás bien, chico? —se interesó Ernesto.

—Se... señor, yo... he matado a un hombre —musitó mientras rompía a llorar desconsolado.

—Tranquilízate, no ha pasado nada. Aitor está bien. Lo único... es el susto que nos habéis dado.

—Pero entonces... ¿no he matado a nadie? —preguntó expectante.

Ernesto lo miró sonriente; solo era un niño jugando a ser mayor.

—¡Levántate! Te invito a un refresco en la cafetería de aquí al lado. Quiero proponerte un trabajo. Serás muchas cosas, pero estoy seguro de que como asesino no te ganarías la vida. ¡Vamos, sígueme!

Después de ese día, las vidas de Ernesto y Antonio quedaron unidas para siempre. Como un padre e hijo, se ayudaron, se quisieron y se respetaron hasta el día de la muerte de Ernesto. Pharmiten se convirtió en su hogar, y sus empleados, en la familia que nunca tuvo.

—¿Va todo bien, Sra. Gámez? —inquirió temeroso Antonio.

—¡Aquí no! —profirió con un disgusto evidente.

Los dos se dirigieron en silencio hasta la salida de la terminal. Desde allí se encaminaron directamente hasta su despacho. Necesitaba tiempo para pensar. Algo le hacía sospechar que el encuentro que acaba de tener con la policía no había sido casual, y que detrás de él solo podía esconderse una persona. En ese preciso instanteató cabos. Sabía de sobra que los periodistas eran curiosos por naturaleza y que la conversación de aquella noche le pasaría factura.

Capítulo 40

Amador. La víspera II

20 de enero de 2018

Hasta el último suspiro siempre hay esperanza.

Nada más salir del ascensor, sintió cómo una ligera corriente de aire acariciaba su rostro de forma leve. Era la primera vez que sentía algo así en aquel lugar. El olor a rancio y cerrado impregnaba la escalera, un espacio sin ventanas ni respiración, completamente hermético. Sin embargo, algo había cambiado; de inmediato, dirigió la mirada hacia la puerta de su despacho. Un vaivén ínfimo dejaba un pequeño hueco por el que se colaba una brisa casi imperceptible. El corazón empezó a golpear con fuerza su pecho. Durante un momento, todo fueron dudas: «Igual, hay alguien dentro... ¿Y si me están esperando? Lo mejor será que desaparezca, pero... ¿Dari y Aida? ¡Tengo que entrar y recuperar las claves! ¡No tengo alternativa!». Con cautela y sin hacer el menor ruido, se acercó hasta la puerta intentando percibir cualquier indicio de movimiento sospechoso. Cuando estuvo medianamente seguro, la empujó con tiento. Sus manos temblorosas parecían tener vida propia, provocando una vibración descontrolada que culminó en un crujido desproporcionado de alguna de las bisagras. Cerró los ojos, como si ese gesto pudiera hacer desaparecer el sonido. Permaneció alerta durante unos segundos, pero no se oyó ningún grito, pisada o el percutor de un arma que se accionara... Dio un primer paso y se adentró en la oficina.

La escena se presentaba desoladora: sillas y mesas yacían volcadas en el suelo, junto a expedientes, carpetas y papeles esparcidos como si fueran confeti y serpentinas en una celebración. Mientras avanzaba, la magnitud del desastre se hacía evidente. Incluso las lámparas que colgaban del techo las habían arrancado y destrozado. El pánico se apoderó de él. «¡La caja fuerte!», se alarmó. Si los intrusos la habían encontrado, con toda seguridad se habrían apoderado de las claves y todo su plan se iría al traste. Recorrió el resto del piso a toda prisa e irrumpió en su despacho con una angustia creciente, atravesándolo ajeno al ingente desorden que rodeaba el lugar. Al llegar a su aseo privado, empujó con demasiado ahínco la puerta, y esta rebotó contra el tope, provocando que se diera de bruces con ella.

—¡Joder! —berreó incrédulo—. ¿También me atacan las puertas?

Un hilo de sangre se deslizó desde su nariz, otorgándole un aspecto siniestro. Giró a la izquierda y abrió el botiquín que colgaba de una de las paredes laterales. Por sorpresa, lanzó todo el contenido al suelo y alargó la mano hasta un pequeño resorte situado bajo una de las baldas. Automáticamente se activó un engranaje que desplazó el pequeño armario hacia arriba, revelando la ubicación de la caja fuerte. Al verla intacta, sintió una enorme sensación de alivio; aunque no podía relajarse, consciente de que cada segundo de más allí dentro aumentaba el riesgo de ser descubierto. Se apresuró en ingresar la combinación que daba acceso a su interior y, por fin, el diminuto piloto de apertura se puso de color verde. Acto seguido, accionó el mecanismo de la puerta dejando al descubierto todo su contenido. Rápidamente, vació el interior en una mochila, incluidas las claves de acceso de las cuentas guardadas en una memoria USB y veinte mil euros en efectivo; absolutamente esenciales para lograr las nuevas identidades para él

y su familia. Regresó sobre sus pasos y salió del piso.

Las voces de varios hombres gritando consignas para que se detuviera, distorsionadas por el eco del hueco de la escalera y el ruido de sus pasos al acercarse desde el rellano, lo pusieron en alerta. Sin tiempo para pensar en qué estaba sucediendo o identificar a las personas detrás de esas voces, salió huyendo de nuevo hacia el interior de su despacho. Intentó cerrar la puerta maltrecha, pero la madera estaba astillada y el bombín destrozado. Por suerte, el inquilino anterior se había hecho instalar tres robustos cerrojos, colocados de manera estratégica a lo largo de la puerta. Con determinación, ajustó la puerta contra el marco y deslizó un primer cerrojo. Justo cuando alguien la aporreó con tanta fuerza que hizo saltar por los aires trozos de yeso y pintura de la pared adyacente, cubriendo el suelo de pequeños fragmentos de material y polvo. Sin perder un segundo, se apresuró a asegurar los otros dos cerrojos restantes, alejándose unos pasos mientras observaba con terror cómo los pasadores temblaban bajo los embates continuos.

Desde el exterior, una voz atronadora gritó:

—¡Policía! Abra la puerta inmediatamente.

Un mar de dudas lo sacudió con vehemencia en un primer momento de indecisión. Era la policía. Ellos le ayudarían y protegerían a su familia de Ieltxu y... de todas formas... no tenía escapatoria. Se acercó a la puerta y aflojó uno de los cerrojos.

—Muy bien, no te resistas y todo será más fácil. Abre la puerta y tumbate en el suelo — ordenó una voz ronca y autoritaria, seguida de un sutil chasqueo de satisfacción.

La puerta seguía bloqueada; convencido de que hacía lo correcto, retiró el siguiente cierre. Un sonido metálico resonó al impactar contra el anclaje que lo sostenía. El policía insistió:

—¡Venga, dese prisa! —Su voz sonaba impaciente y la envolvía cierto aire de nerviosismo.

Un rumor entrecortado se colaba, camuflado por los gritos del agente; se podían distinguir varias voces a cierta distancia. Hablaban entre ellas con un tono distendido y se vanagloriaban de manera ostensible por algún logro, aunque a aquella distancia no podía determinar con suficiente claridad lo que decían. Pegó la oreja a la puerta, aguzando el oído al máximo. Contuvo la respiración en un intento de captar todos y cada uno de los fonemas diluidos entre la madera agrietada de la puerta y él. Poco a poco, como el que levanta la vista de golpe y trata de enfocar la mirada, reunió sílaba a sílaba, reconstruyendo cada palabra hasta encajar el confuso rompecabezas en una sola frase. Instantáneamente, las quince palabras que acababa de escuchar empezaron a reverberar de manera sangrante en su cabeza. El desapego por la vida y el enorme derroche de crueldad que expresaban habían colapsado con estupor, dejándolo en un estado de *shock*.

«... seguro que lleva las claves encima... Recuerda que lo quiere de una sola pieza, aunque si se resiste... puedes dispararle».

Sintió como si un rayo lo hubiera partido en dos. Los hombres que golpeaban la puerta eran sicarios de Ieltxu, y venían por él. Tras recuperar el aliento durante unos instantes, volvió a correr los cerrojos con rapidez y dio media vuelta. Examinó cada habitación y las posibles vías de escape. El despacho, en su día concebido como apartamento, había sido modificado para funcionar como oficina. A lo largo de los años, había experimentado varias transformaciones en su diseño y distribución, con constantes lavados de cara y adaptaciones a las nuevas tecnologías y comodidades, en línea con el lema de la consultoría: «Adaptarse y Transformarse». De la cocina no quedaba ningún vestigio, solo la distribución de sus tabiques originales, ahora compartimentados por unas grandes cristalerías. Al fondo, casi inadvertida, confundándose entre varios cuadros, se encontraba una ventana, lo suficientemente amplia para poder pasar por ella.

Se trataba de la única posibilidad que tenía para salir vivo de aquella ratonera.

Los gritos y las embestidas contra la puerta resonaban por todo el edificio, impulsados por una furia descontrolada. Un impacto descomunal hizo saltar uno de los cerrojos, que rebotó con violencia contra el suelo emitiendo un ruido metálico sobrecogedor. De inmediato, reaccionó y se movió apresuradamente hacia la ventana. A medida que se aproximaba a ella, percibió que algo no encajaba en su aspecto. A pesar de todos los años que llevaba trabajando allí, jamás se había detenido a observar los pormenores de aquel lugar. Había delegado en su secretaria y un conocidísimo interiorista todo lo que hacía referencia al diseño del despacho. Al acercarse un poco más, sus temores se hicieron realidad. Cayó en la cuenta de que alguien, por algún motivo que desconocía, decidió que una maneta o un tirador no serían necesarios. Intentó empujarla hacia fuera, después la golpeó con la mano sin mucha convicción e incluso probó a hacer palanca con unas tijeras, pero fue en vano.

Una vez más, el sonido metálico y recio de un cerrojo que aterrizaba con fuerza contra el piso lo dejó sin aliento. Se le agotaba el tiempo y tenía que improvisar una solución. Miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que le pudiera servir para quebrar la dureza inaudita del cristal. En una estantería, cerca del techo, reposaba una réplica en bronce del Toro de Wall Street. La agarró con una mano, pero casi sin tiempo a reaccionar y antes de que se le cayera al suelo, alargó la otra, sorprendido por el peso desproporcionado de la figura. Cogió impulso y la lanzó con todas sus fuerzas contra la ventana. Una ráfaga de aire fresco penetró en la habitación, mientras que el estallido sonoro de los cristales despedidos hacia el exterior renovó sus exiguos ánimos. Un mosaico improvisado de vidrios rotos rodeaba el marco y se mostraba, al contrario de hacía tan solo un momento, frágil y quebradizo. Se acercó con cautela para descantillar todos los márgenes con las tijeras y dejar el contorno libre de restos afilados. Luego, colocó una silla bajo la ventana y se encaramó sobre ella.

Ante él se extendió un patio interior, compuesto por una hilera de edificios alineados en forma de rectángulo perfecto. Sorprendido, observó como aquel recinto escondido a los ojos de la ciudad poseía su propio ecosistema. A pesar de ser pleno invierno, un flujo constante de vida llenaba el espacio con niños que revoloteaban por todas partes. Unos ancianos, apelotonados en un par de bancos, luchaban denodadamente por conseguir su pequeña porción de sol, y un jardín convertido en un improvisado bosque concedía al entorno cierto aire rural y cercano. Todo a su alrededor quedaba inundado de sonidos y colores que componían un mural variopinto.

A su derecha, a escasos centímetros de él, emergían de la fachada los desagües de las cocinas, unidas por una larga tubería que recorría las cinco plantas del edificio hasta llegar al suelo.

El último cerrojo saltó por los aires, seguido de un ruido atronador al golpear la puerta de la entrada contra el suelo. Se había quedado sin tiempo. Sin pensárselo dos veces, se aferró a la tubería y, de un pequeño salto, quedó colgado de ella. Solo debía dejarse caer unos escasos diez metros para recuperar a su familia y escapar de los matones. Se imaginó de niño, cuando bajaba cientos de veces por los columpios y toboganes instalados en un parque cercano a la casa de sus padres, lanzándose sin miedo y a toda velocidad, ajeno al peligro y a las interminables rozaduras de rodillas y codos. Apretó los dientes y, como aquel niño, se deslizó por el conducto hasta que oyó un *crac* justo por encima de su cabeza. El tubo se quebró por el peso y cedió, inclinándose peligrosamente hacia adelante. Sus pies quedaron colgando del vacío. Aterrorizado, cerró involuntariamente los ojos, mientras sus manos, debilitadas y sudorosas por el esfuerzo, apuraban cada centímetro de la tubería. Una voz gritó desde la ventana. Lo habían descubierto y, si no hacía algo, era hombre muerto. Sin tiempo para tomar una decisión, la instalación de

desagües colapsó y lo arrastró al vacío.

Capítulo 41

Pablo. La pista

04 de julio de 2019. Mungia 11:00H

En cada arruga se acumulan esos pensamientos, emociones, recuerdos y experiencias que nos han marcado y definido como personas.

Después de contactar con la compañía de ferrocarriles y averiguar el número de convoy, la unidad de investigación pudo identificar el nombre y la dirección del maquinista. Al recibir la noticia, Pablo se puso en camino. Estaba seguro de que encontraría las respuestas que buscaba en ese hombre. En tan solo una hora, recorrió la distancia entre Donostia y Mungia, un pueblo cercano a Bilbao. Justo cuando estaba a punto de divisar el letrero que anunciaba la entrada a la localidad, recibió la llamada de Ainhoa.

—¡Sí, dime! —respondió Pablo, activando el manos libres del coche, aunque algo contrariado por la interrupción. Estaba a escasos metros de la casa de Marcos García, la única persona que podía arrojar algo de luz sobre el paradero de Ana. Solo deseaba llegar cuanto antes, sin distracciones. Cada segundo contaba.

—Pablo, necesitas saber esto... —anunció Ainhoa con evidente entusiasmo en su voz—. Desde la central de emergencias se han recibido, a lo largo de la noche y la mañana de hoy, más de veinte avisos por desaparición de personas. ¿Adivinas qué tienen en común todas ellas?

—¿El tren?!

—¡Exacto! Todas las denuncias ubican a los desaparecidos en el mismo lugar y a la misma hora. He puesto a trabajar a todo el mundo disponible en el visionado de las imágenes de la estación para cotejar las fotos que nos han entregado los familiares con todas las personas que abordaron ese tren. De momento, ya llevamos tres identificaciones positivas. Parece que tenías razón, Pablo. Tu sueño... No sé qué significa, pero algo pasó durante el trayecto.

—¡Buen trabajo, Ainhoa! Continúa con las identificaciones. Quiero conocer el nombre y apellidos de todo el que se subió a ese tren. De momento, no podemos descartar ninguna línea de investigación.

—¿Qué tienes en mente?

—Todavía no estoy seguro, pero todo esto es demasiado rocambolesco. ¿Más de veinte desapariciones...? No tiene pies ni cabeza. Si fuera un acto terrorista, ya lo sabríamos. Y si se tratara de un secuestro con rehenes, alguien habría visto algo. Además, la gente no desaparece de repente de un vagón, es imposible.

—De acuerdo, Pablo, ya me dirás cómo va con el maquinista.

—Te llamo luego.

Cinco minutos más tarde, estacionó su coche enfrente de una casa adosada solo por uno de sus laterales y, cercada a lo largo del perímetro restante, por lo que parecía un pequeño jardín botánico. Jacintos, narcisos, petunias, margaritas... se mezclaban en una paleta de colores vibrantes, mientras la madreselva trepaba desafiante por las paredes de la casa. El ambiente estaba impregnado de un intenso aroma a lavanda y romero, que perseveraba en forma de un

picor arrollador dentro de sus fosas nasales. La sensación que le provocaba el dispendio de olores le resultaba ingrata y sacudía sus sentidos de manera desagradable. Más que un jardín, parecía un gigantesco ambientador casero. Siguió un estrecho camino delimitado por unas piedrecitas de colores variopintos y ornamentado con figuras en forma de setas, duendes, hadas... Al llegar a la entrada y antes de que pudiera presionar el timbre, la puerta se abrió.

—¡Buenos días, joven!

Una anciana de unos ochenta y muchos, bajita en extremo y ataviada con un delantal blanco impecable, sonreía de manera apacible desde el umbral de la puerta.

—¡Buenos días, señora! Mi nombre es Pablo Aruña, inspector de policía. ¿El señor Marcos García se encuentra en casa?

—¡Sí hijo, sí! ¿Eres un amigo de la escuela? —La mujer esbozaba una sonrisa eterna y hacía gala de todo el sosiego y la tranquilidad que le faltaban a él—. Pasa adentro. Marquitos está en el jardín de atrás. Mientras tanto, os prepararé un vaso de leche con unas galletitas.

La mujer se desvió hacia la cocina. Caminaba con una agilidad sorprendente para su edad, mientras le hacía señas con la mano y le indicaba en qué dirección estaba el jardín. Pablo atravesó un pasillo plagado de cuadros, firmados todos con las iniciales L.A., y un curioso árbol de plata del que colgaban varias fotos, muchas de ellas en blanco y negro, que supuso que pertenecerían a familiares de la anciana. Al llegar al final del corredor, abrió la puerta, tal y como le había indicado la señora. Ante él se encontraba un salón de dimensiones generosas, anclado en el pasado y repleto de objetos antiguos y muebles carcomidos por el paso de los años. Cruzó la estancia y deslizó la puerta corredera que daba acceso al jardín:

—¿Señor Marcos García?

—¡Sí, yo mismo...! ¿Y usted?

—Disculpeme, soy el inspector Pablo Artuña. Su madre...

—No se preocupe, ella... Bueno, se ha hecho mayor y ya sabe cómo son estas cosas.

—Me hago cargo.

—Pero dígame, ¿qué le trae por aquí?

—Iré al grano, señor García. Estamos investigando la desaparición de varias personas y tenemos la certeza de que todas ellas coincidieron durante el trayecto que realizó ayer a los mandos del E155 entre Donostia y Bilbao. Solo es una intuición, pero creemos que sucedió algo a bordo. No sabemos que pudo ser, pero necesito que haga memoria y recuerde si hubo algún hecho, por insignificante que le parezca, que se saliera de lo normal.

—¿A qué se refiere exactamente con «saliera de lo normal»?

—Cualquier evento inusual. Un pasajero problemático, la activación del freno de emergencia, una posible avería, o incluso algo tan simple como una puerta que no se cerrara correctamente... ¡Lo que sea!

—Entiendo... En realidad, sí hubo algo. Fueron apenas un par de minutos, pero me llevé un susto de muerte. Durante ese lapso de tiempo se cayó por completo el sistema informático y dejó totalmente a oscuras la red de navegación: las pantallas, las comunicaciones, las medidas de seguridad... todo dejó de funcionar.

—Entonces, ¿¿durante ese periodo de tiempo pudo suceder cualquier cosa!?

—Existe un sistema de seguridad que supervisa la conducción del tren, aplica el freno de emergencia e impide otras operaciones de riesgo en este tipo de situaciones. Se convierte en una especie de piloto automático para contingencias, aunque en realidad, el noventa por ciento del tren queda sin control alguno, por lo que pudo suceder cualquier cosa sin que saltara ninguna

alarma.

—¡Necesito que intente recordar! Algo tuvo que pasar durante esos dos minutos que le llamara la atención. Cualquier detalle... Créame, están en juego las vidas de muchas personas.

—A ver, déjeme pensar... —Durante unos instantes, pareció sumirse en una especie de trance. Cerraba los ojos y hacía todo tipo de ruidos con la boca, mientras evocaba aquellos momentos de angustia.

—¡Sí! —afirmó con determinación—. Recuerdo que justo antes de que los sistemas se restablecieran, hubo una sacudida que casi me tira de mi asiento, seguida de un estruendo intenso. Creo que en ese momento atravesábamos uno de los túneles que se encuentran al sur de Pagoeta. Me quedé sin aliento y con el susto en el cuerpo durante un buen rato, pero enseguida volvió la normalidad y no le di más importancia.

La expresión de Pablo se transformó hasta adoptar un semblante serio y de preocupación. Lo que acababa de escuchar no esclarecía lo sucedido, pero sí proporcionaba una causa y un lugar. El túnel... igual que en su sueño. Coincidencia o no, tenía claro cuál sería su siguiente paso.

Capítulo 42

El Túnel III. La amistad

04 de julio de 2019. Donostia-Bilbao 11:00H

Son los momentos fugaces los que dan forma a nuestra historia, como las notas de una melodía que se entrelazan para crear una sinfonía única.

Claudia miraba con asombro el amasijo de hierros en el que se había convertido, aquel que hasta hacía unas horas había sido un reluciente y moderno vagón de pasajeros. Permanecía embelesada mientras observaba la luz de emergencia que, después de todo, aún funcionaba, sobresaltándose cada vez que se producía algún pequeño chispeo. La voz que horas antes la había rescatado y mecido entre sus brazos hasta dejarla en un lugar seguro, volvió a reverberar e inundar todos sus sentidos:

—Hola, pequeña, ¿cómo te encuentras?

—¡El ladrón de bolsos! —exclamó con afecto, alzando la mirada hacia él—. Me duele la pierna, pero puedo soportarlo. Hay gente que está mucho peor que yo.

—Eres una chica muy valiente, ya verás cómo en nada estás en casa con tus padres. A estas alturas, vuestros familiares deben de estar removiendo cielo y tierra para encontraros. —El tono de su voz expresaba cierto aire melancólico.

—¿A ti no te espera nadie?

—Mis padres fallecieron hace mucho tiempo y en cuanto a mis amigos... —Una sonrisa irónica se descolgó de su cara—. No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido.

—Lo siento mucho... Debes sentirte muy solo. Yo... no sé qué haría sin mis padres. Sin sus enfados de cinco minutos, convertidos en largos y sentidos abrazos cuando me ven derramar una lágrima. Incluso mi hermano pequeño. Por muy cabezota y por muchas peleas que tengamos, reconozco que lo quiero muchísimo. Y mis amigas, que nos queremos y nos odiamos en la misma proporción dependiendo de cuánto nos guste el mismo chico. En realidad, no me puedo imaginar un solo día sin todos ellos.

—La vida no siempre nos trae lo que habíamos soñado de niños, querida Claudia. Como se suele decir: «la realidad supera la ficción», y en mi caso, esa realidad me pasó por encima como una apisonadora y me arrancó el alma de cuajo. La verdad es que llevo tanto tiempo solo que no sabría cómo acercarme a nadie. Me he encerrado en mi propio mundo y así estoy bien. Sin besos de buenos días, sin cenas románticas, sin hijos gritando «papá»... solo yo y mi soledad.

Los ojos de Claudia se fueron empañando a medida que escuchaba a su salvador.

—Te prometo, que a partir de este instante, no habrá apisonadora ni fuego ni tren descarrilado que pueda romper nuestra amistad —vaticinó, mientras las lágrimas discurrían aviesas por sus mejillas.

Los dos se fundieron en un abrazo repleto de ternura, enjugando el reguero de gotas saladas con los enormes pulgares de él.

—¿Sabes qué, hombre misterioso? Aún no me has dicho tu nombre.

—¡Me llamo Fran!

—¡Encantada, yo soy Claudia! —Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro mientras extendía su mano hacia la de Fran.

Como si se acabaran de conocer, estrecharon sus manos con solemnidad y sellaron con aquel acto, la firme promesa de Claudia.

Capítulo 43

Bianca. La fiesta

05 de agosto de 2014. Donostia

La desesperación es igual que un animal salvaje, capaz de lo que sea por sobrevivir y arrastrarnos hasta la autodestrucción.

A sus treinta y nueve años, Bianca seguía deslumbrando igual que una joven de veinte. Vestidos elegantes y ceñidos a un cuerpo poderoso que resaltaban las vertiginosas curvas de su figura, y capturaban tanto las miradas de ellos como las de ellas, aunque casi siempre por diferentes motivos. La Donostia de la alta sociedad era un círculo impenetrable reservado a unos pocos privilegiados. Las grandes fortunas y sus ostentosas posesiones no garantizaban automáticamente la admisión en este exclusivo club. Sus arraigadas raíces clasistas seguían en pleno auge. Otorgaban más importancia al pedigrí ancestral que a la cantidad de ceros en la cuenta bancaria. El estatus, cultivado a lo largo de una extensísima tradición familiar, daba forma a apellidos ilustres y cerraba sus puertas a los nuevos ricos, oportunistas del mundo de las finanzas o de las burbujas inmobiliarias, ávidos por figurar en las listas de invitados.

Su lugar de encuentro preferido eran las fiestas, sumergidas en mares de lujo y opulencia, donde el arte de aparentar alcanzaba su máxima expresión, seguido siempre por los cuchicheos y las envidias que afloraban de manera natural en cada corrillo.

Esa noche, Bianca estaba eufórica. Durante toda la semana había estado negociando un acuerdo con una importante farmacéutica para la elaboración y distribución en exclusiva de un nuevo medicamento. Después de perder varios contratos debido a ciertos cambios en las regulaciones gubernamentales de terceros países, finalmente había logrado cerrar esa misma mañana el trato más importante de los últimos años y, con ello, recuperar la estabilidad financiera que tanto necesitaba su empresa. Estaba desbocada: bailaba, cantaba, bebía... era un auténtico vendaval, el alma de una de tantas fiestas, ubicada en una majestuosa mansión del siglo XVIII, con varias carpas instaladas en sus inmensos jardines y con salida directa a una playa privada. Una legión de camareros hacía las delicias de los invitados, ofreciéndoles todo tipo de exquisiteces elaboradas por el mejor cáterin de Guipúzcoa. Varios *DJ* amenizaban con su música diferentes zonas, mientras que los invitados más juerguistas se apropiaban de la arena. Una barra atendida por dos hábiles bármanes realizaba todo tipo de acrobacias y tentaban a los asistentes con sus cócteles, convertidos en peligrosas trampas mortales para la más que garantizada resaca.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, Bianca ya había consumido el triple de lo que solía beber; y aunque ganas de seguir bailando y bebiendo no le faltaban, al día siguiente tenía que coger un vuelo a Ámsterdam. A regañadientes, se despidió de todos y dejó a la fiesta huérfana de su estrella más brillante. El aparcacoches, un joven que debía rondar los dieciocho años, dejó estacionado el flamante Porsche justo enfrente de la entrada principal. Como propina, Bianca le dio un beso en la mejilla, tan sorprendentemente húmedo y apasionado que dejó al chico completamente aturdido, manteniéndolo en un estado de atontamiento durante el resto de la noche. Luego, se subió al coche, se deshizo de los enormes tacones que llevaba puestos y se

calzó unas zapatillas deportivas que escondía bajo el asiento del conductor. En ese momento, sonaba en la radio la canción *Sugar* de Maroon 5. Giró el botón del volumen hasta alcanzar el máximo de decibelios y pisó el acelerador, dejando atrás una densa nube de polvo y olor a neumáticos quemados.

- ¡Cariño, despierta! Ya está aquí.
- ¿Qué...? ¿Quién está aquí, amor?
- Tú hija, Álvaro, tú hija ya está aquí. Acabo de romper aguas.
- ¿Que mi hija quiere un vaso de agua?
- ¡Despiértate ya! ¡Vamos a ser padres!

Antes de acabar la frase, Álvaro dio un brinco y saltó de la cama sin saber muy bien qué hacer. Era su primer hijo y todo era demasiado nuevo y emocionante. Se movía de aquí para allá por la habitación sin saber muy bien qué hacer. Desubicado y alterado por la noticia, buscaba qué ropa ponerse mientras ayudaba a su mujer a incorporarse.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? Solo he roto aguas. Tranquilo, aún queda un buen rato para que veas asomar la cabecita de Ainara.

—Sí, claro, yo... —No pudo contener las lágrimas, abrumado por la emoción.

Marta y Álvaro eran una joven pareja de veinticinco y veinticuatro años. Llevaban un año viviendo juntos en un caserío en las inmediaciones de Zoroita, que habían rehabilitado y acondicionado en tiempo récord para poder convertirlo en una casa rural. Su gran anhelo era vivir en el campo, cultivar y criar sus propios animales y, ayudados por la creciente oferta en el sector del agroturismo, planeaban alquilar las seis habitaciones sobrantes a los visitantes.

En menos de veinte minutos, ya estaban montados en su vieja furgoneta, rumbo al Hospital Universitario de Donostia. La noche estaba despejada y la carretera apenas tenía tráfico. El corazón de Álvaro latía desbocado, mezclando la ansiedad con la emoción de convertirse en padre. Marta, por su parte, trataba de mantener la calma aferrándose al asiento del copiloto con cada una de las contracciones.

Bianca seguía cantando y moviendo su cuerpo al ritmo de la música mientras conducía por las sinuosas curvas que llevaban a Donostia. Se reía al recordar una de las situaciones más hilarantes de la noche, en la que varios hombres alardearon delante de ella como si fueran bailarines profesionales, cayendo en el más grande de los ridículos. Sin embargo, a cierta distancia del espectáculo, la mirada de una mujer de unos treinta años se cruzó con la suya, desencadenando una oleada de ardor y fuego interno que difícilmente pudo controlar. Ese recuerdo logró estremecerla y provocó que una descarga eléctrica recorriera su cuerpo.

La canción que sonaba en la radio en ese momento le parecía poco animada. Incluyó ligeramente la cabeza para cambiar de emisora y desvió la vista de la carretera por un segundo. Al volver la mirada, una luz cegadora apuntó directamente en su dirección. Su coche circulaba sin control, invadiendo el carril contrario. El pánico, agravado por su estado de embriaguez, la paralizó y le impidió reaccionar a tiempo. Sus manos se vieron atenazadas, incapaces de girar el volante. En un abrir y cerrar de ojos, los faros incautos del otro vehículo dejaron de brillar. Una

perturbadora secuencia de luces, sombras, sonidos y golpes, estallaron sin orden en el interior de su cabeza. Sintió cómo todo se desvanecía, mientras una sensación de ingravidez se apoderaba de ella y la arrancaba de aquel mundo de la manera más cruel. Se oyó gritar, pero solo era el eco de su consciencia que la maldecía y despreciaba por haber sido tan irresponsable.

Al abrir los ojos, desorientada y dolorida, no pudo evitar esbozar una sonrisa. Después de un accidente como el que había sufrido, la maldita radio seguía funcionando y, paradójicamente, sonaba *My Way* de Frank Sinatra. «Qué irónico», pensó. «Yo también he vivido a mi manera y casi no lo cuento... Soy una estúpida». Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche, destrozado por completo. A su alrededor, solo había bosque sumido en la oscuridad más profunda. Entonces, cayó en la cuenta. «¡El otro coche!». Todo había sucedido tan rápido... Comenzó a caminar confundida buscando algún indicio del otro vehículo. «Tal vez me esquivó y siguió adelante... Seguro que están bien... solo se habrán dado un buen susto».

Después de avanzar durante un par de minutos, una luz intermitente alojada a un centenar de metros le causó una intensa punzada en el estómago. Corrió como pudo hacia ella, arrastrando su pierna derecha, ensangrentada y dolorida por el accidente. A medida que se acercaba, una sensación lúgubre y sombría se apoderó de ella. Un sendero de cristales rotos y piezas desperdigadas marcaba el camino. Al final, vio una vieja furgoneta deformada, recubierta por una extensa nube de vapor que apenas permitía vislumbrar algo. Solo la luz roja de uno de los intermitentes desgranaba en diabólicos fotogramas la escena macabra.

—¿¡Hola?! —gritó acongojada.

Se había quedado paralizada a pocos pasos del coche. Inmóvil, intentaba percibir con cada uno de sus sentidos cualquier indicio de movimiento, sonido o señal en medio del amasijo de hierros retorcidos. Lo que fuera con tal de que las personas que iban en ese vehículo estuvieran a salvo.

—¿Están bien? —gritó de nuevo, esta vez con un dejo de desesperación.

No hubo respuesta, solo el silbido continuo del vapor del radiador que creaba una nube cada vez más densa. Finalmente, se armó de valor y se acercó hasta la puerta delantera del acompañante. Al mirar a través de lo que quedaba de ventanilla, comprendió que su vida a partir de ese momento jamás volvería a ser la misma. Los cuerpos inertes de una joven pareja yacían sin vida. El tiempo se detuvo de golpe cuando vio que la chica estaba embarazada. Cayó de rodillas sobre el suelo y vomitó hasta quedarse vacía. Sola y abrumada, en medio de aquel infierno, rompió a llorar desconsolada. El pánico se apoderó de ella. No podía pensar. Había causado la muerte de dos personas y una de ellas iba a tener un bebé. El dolor que sentía era demoledor. En ese momento de confusión pensó en que ella también merecía morir. Que no era justo seguir viviendo, pero era una cobarde, no tenía el valor suficiente... Cogió el móvil y llamó a la única persona que podía ayudarla a escapar de esa pesadilla:

—¿Bianca...? ¿Está bien, señora? —respondió Antonio, extrañado—. Son las cinco de la mañana.

—Tienes que ayudarme... he hecho una estupidez y... han muerto. —Su voz se entrecortaba, agrietada por los sollozos y las lágrimas.

—¿Quiénes han muerto? —Se puso en alerta.

—Unos jóvenes. Ha sido un accidente. Me distraje un momento y... fue muy rápido. El coche, la luz, la música, el bosque... ¡Están muertos!

—Envíeme su ubicación y voy para allá ahora mismo, y sobre todo, no llame a nadie más, yo me encargo.

Media hora más tarde, Antonio revisaba la documentación de la pareja.

—¿Todo esto es necesario? ¡Qué más da sus nombres! ¡Están muertos! —gritó Bianca en plena crisis nerviosa.

—Necesito asegurarme de quiénes son. Es crucial tener la máxima información para cubrirnos ante futuras eventualidades.

—¿A qué te refieres?

—Conozco a alguien que puede hacer desaparecer todo rastro, eliminar cualquier evidencia y hacer que parezca que nunca ocurrió.

—Pero, Antonio... yo... no sé.

—Señora, ya están muertos. No podemos cambiar eso, pero usted debe seguir adelante y... con dos muertes a sus espaldas, arruinaría su vida y la de su empresa.

Su conciencia le decía que debía dar la cara, que por su negligencia habían muerto personas y que se merecía todo lo que le pudiera pasar. Sin embargo, las palabras de Antonio le dieron un baño de realidad. No podía permitir que un accidente involuntario arruinara su carrera. En juego estaban los puestos de trabajo del personal de su empresa, familias enteras que se verían en la ruina si ella perdía el control de la situación.

—Está bien, ocúpate de todo. —Al oír sus propias palabras, se estremeció y volvió a llorar.

—Hay una cosa más que debe saber. Quien se encargará de limpiar el lugar tiene un precio muy alto.

—Págale lo que te pida —ordenó con semblante serio.

—La deuda es de por vida. Cobra cuando lo considera oportuno y no siempre se trata de dinero. Puede que recurra a usted en busca de un favor o ayuda en algún momento, o tal vez jamás vuelva a saber de él.

—¿Y quién es esta persona?

—Se hace llamar Ieltxu.

Capítulo 44

Amador. La víspera III

20 de enero de 2018

El sexto sentido siempre está presente, observando y alerta.

Amador estaba convencido de que los había despistado. Tras caer junto a un grupo de jardineros que estaban apilando varias bolsas con residuos del jardín, emprendió la huida. Atravesó el extenso patio, dejando a sus espaldas los gritos y las amenazas que le lanzaban desde la ventana de su despacho. Corrió tanto como pudo, consciente de que sus perseguidores no se quedarían de brazos cruzados, y se escabulló entre los edificios circundantes.

Las calles, rebosantes de gente, parecían una buena forma de permanecer en el anonimato mientras Amador consideraba su próximo movimiento. A esas alturas, lo más probable era que su hogar estuviera bajo vigilancia. Si se acercaba a él, pondría en peligro a su familia y todo por lo que había luchado. Pensó en la posibilidad de huir y reunirse con ellos más adelante, pero no era seguro; Ieltxu podría utilizarlos en su contra y sus vidas estarían igualmente en riesgo. Finalmente, recurrió a su socio, Fran; tal vez él pudiera ayudarle.

Marcó su número de teléfono y esperó.

—¿Eres tú, Amador? —contestó directamente, sorprendido por la llamada.

—Necesito tu ayuda, amigo mío —suplicó.

—¿Dónde estás? ¿Sigues en Donostia? Sabes que si nos pillan, nos matarán.

—¡Me están persiguiendo! De momento, he logrado despistarlos, pero se me acaba el tiempo. Aida y Dari están en peligro. He quedado en pasar a recogerlos por casa, pero si me acerco por allí, soy hombre muerto. —La voz de Amador se desvaneció poco a poco en un silencio lleno de angustia.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Ve a buscarlos y tráemelos!

—Joder, Amador... También es peligroso para mí. Si me acerco a tu casa, es posible que Ieltxu esté enterado de mi implicación en todo el asunto y me atrapen. Si te parece bien, enviaré a una amiga que trabaja en la policía. Estoy seguro de que si ven un coche patrulla aparcado en la puerta, no se atreverán a mover un dedo.

—¡No quiero que impliques a la policía en esto!

—No te preocupes, me debe un par de favores. Solo los recogerá y me los entregará donde le indique.

—¡Vale! Pero hay una cosa que aún no entiendo ¿Cómo narices nos han descubierto?

—Es una historia un poco larga... cuando nos veamos con tu familia te la explicaré.

—¡No, Fran, quiero saberlo ahora! ¡¿Cómo te enteraste?!

—De acuerdo, te explicaré la versión abreviada, pero sabes que no es la forma ni el momento adecuado. En cualquier instante se puede venir abajo todo por lo que hemos luchado, así que espabila y ponte las pilas o nos darán caza. —Hizo una breve pausa y añadió—: Cuando nos asociamos, tomé una serie de precauciones. Una de ellas fue poner en nómina a uno de los

contables de Ieltxu. Solo tenía que contarme cualquier cosa que observara fuera de lo común. Le pagaba bien por la información, así que estaba dispuesto a compartir hasta el más mínimo detalle. Esta mañana me llamó muy nervioso. Quería poner fin a nuestra relación. Me contó que Ieltxu había descubierto que le robaban desde dentro de la organización y todos nos habíamos vuelto sospechosos.

—Deberías haberme contado lo del trato mucho antes. Ha sido una imprudencia por tu parte.

—Es posible, pero gracias a ello seguimos vivos.

—Está bien... ahora debemos concentrarnos en sobrevivir a todo esto. Más adelante ya me explicarás si hay alguna sorpresita más que deba saber.

—Me parece bien, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí. Yo me encargo de que recojan a tu familia y de ponerlos a salvo. Nos vemos en una hora en el Cementerio de los Ingleses.

—¡Perfecto, nos vemos allí!

Después de colgar, una sensación extraña se apoderó de Amador. Algo le decía que Fran no había sido del todo sincero con él. Sus palabras sonaban demasiado convincentes... demasiado estudiadas. Su explicación sobre cómo obtuvo la información y la historia del contable... resultaba algo disparatada. De todas formas, no tenía nada más. O confiaba en él o estaba perdido.

Siguió caminando entre la multitud, dejándose arrastrar por la ingente marea de personas. El siguiente paso consistía en llegar hasta su vehículo, estacionado en un aparcamiento subterráneo cerca de donde se encontraba. Habían quedado en reunirse en el antiguo Cementerio de los Ingleses, ubicado en el monte Urgull, en la misma Donostia. Un rincón apartado y discreto donde podría recoger a su familia sin peligro y desaparecer para siempre.

Al cabo de poco más de diez minutos, llegó a una amplia plaza donde se encontraba el aparcamiento. La cruzó hasta alcanzar una estrecha escalera que daba acceso a las instalaciones subterráneas. Cuando se disponía a bajar por ellas, una bandada de palomas que se encontraba justo en el lado opuesto de la plaza salió volando en estampida, asustadas por algún tipo de movimiento inesperado. Amador se detuvo y giró sobre sí mismo alertado por el revuelo. Miró hacia arriba primero, y luego, descendió lentamente hasta el lugar donde se encontraban las aves unos momentos antes. Dos hombres se acercaban a toda velocidad, arremetiendo contra todo a su paso: sillas, mesas de terrazas, transeúntes... Todos acababan por los suelos o tambaleándose por las embestidas indiscriminadas. Lo habían encontrado de nuevo. Dio media vuelta y se precipitó escaleras abajo, hasta llegar a uno de los sótanos. La situación era desesperada. Él solo se había metido en una ratonera, y salir de allí con vida se le antojaba bastante complicado. Justo en el momento en el que se disponía a abrir la puerta que daba acceso a la última planta, apareció Maia, una vecina del edificio donde vivía Amador.

—¡Hola, Amador! ¿Cómo estás?

Se trataba de una mujer de unos sesenta y tantos, viuda desde hacía más de dos décadas y enamoradiza como una adolescente. Siempre que se encontraba con Amador cambiaba por completo la expresión de su cara; achinaba los ojos y sonreía de manera sensual mientras jugueteaba con los mechones de su pelo, enredándolos entre sus dedos. Al verla, Amador tuvo una idea:

—Hola, Maia, necesito que me hagas un favor.

—Claro ¿qué necesitas?

—Debes guardar esto para mí. —Se desabrochó la mochila y sacó de dentro la memoria USB

—. Es de vital importancia que no le digas a nadie lo que te he entregado. En unos días, te contactaré para que me lo envíes por correo. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, pero me mudé a casa de mi hermana. Me subieron el alquiler y, con la pensión que cobro, no alcanzaba para todo. Decidimos acompañarnos y cuidarnos la una a la otra ahora que nos hemos hecho mayores.

—Está bien, Maia, lo único que tienes que hacer es conectarlo de vez en cuando a tu ordenador. Eso será suficiente. Ahora tengo que irme, pero... quiero que sepas que me tienes el corazón robado. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

Amador abrió la puerta y desapareció entre las columnas y recovecos del aparcamiento, moviéndose sigilosamente hasta alcanzar su coche.

Capítulo 45

Pablo. La esperanza

04 de julio de 2019

Cuando todo parece desmoronarse, la esperanza nos recuerda que siempre hay algo por lo que vale la pena luchar.

Gracias a las indicaciones proporcionadas por el maquinista, apenas media hora más tarde se encontraba en las inmediaciones del parque natural de Pagoeta, cerca de una zona de difícil acceso, angosta y rebosante de vegetación, lo que hacía que el tránsito por ella fuera especialmente complicado. Estacionó el vehículo en un pequeño claro después de recorrer varios kilómetros por una pista forestal. A su lado seguía su escuálido compañero, que lo acompañaba obedientemente a través de los intrincados senderos que llevaban hasta el túnel. Mientras caminaban, se le ocurrió que todavía no le había puesto ningún nombre. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza; estaba tan angustiado con la desaparición de Ana que no había caído en la cuenta. Estuvo pensando un buen rato, lo que le ayudó a mantener la mente distraída. Algo tan simple como ponerle nombre a un perro se le hizo una montaña. Ninguno le parecía lo bastante bueno. «¿Rex?, como el perro policía. No, no, tiene que ser algo más original», se replicaba a sí mismo. Continuó dándole vueltas al asunto mientras observaba la silueta que proyectaba la sombra del can sobre el camino. Con su cuerpo extremadamente delgado, parecía un saco de huesos envuelto en una fina capa de pellejo. Al ver lo flaco que estaba, por fin dio con el nombre perfecto: Skinny.

En torno a la una del mediodía, llegaron a la entrada del túnel. Marcos García le había advertido sobre el peligro que corría si se adentraba sin el debido consentimiento de las autoridades. Los trenes circulaban a altas velocidades por el interior y el margen para pasar un hombre a pie era ínfimo. Lo más sensato habría sido detener la circulación y adentrarse con todas las garantías, pero Pablo carecía de tiempo y paciencia para esperar un papeleo que se hubiera hecho eterno y que a la larga se podía demorar horas o días. Pacientemente, aguardó a que pasara un primer tren. Sabía que le daría el suficiente margen de tiempo para avanzar con cierta seguridad durante unos minutos. Empezó a internarse en el túnel, al principio iluminado por el resplandor del sol, hasta que, de sopetón, quedó sumido en la más absoluta oscuridad. Encendió la linterna de su teléfono móvil, que apenas parecía una pequeña luciérnaga revoloteando descontrolada en la negrura de la noche.

Después de avanzar unos doscientos metros, un temblor, parecido al de un terremoto, seguido de un enorme estruendo justo detrás de él, le cortó la respiración de golpe. Skinny huyó despavorido, cruzando las vías de aquí a allá a toda velocidad, desvaneciéndose como una sombra en la penumbra. Antes de que pudiera volverse, una descomunal ráfaga de viento lo golpeó con violencia y lo arrojó contra la pared. Unos segundos más tarde, aún aturdido por el golpe y el ruido ensordecedor, se reincorporó y siguió adelante. Tenía que apresurarse; esta vez había tenido suerte, pero la siguiente quizá no fuera tan afortunado.

Llamó varias veces a Skinny, pero no obtuvo ninguna respuesta. El túnel permanecía en el

más absoluto silencio, alterado únicamente por el sonido de sus propios pasos vacilantes. Cinco minutos más tarde, avistó casi por casualidad lo que quedaba de una antigua señalización de vía de servicio colgando a un costado. Indicaba lo que parecía ser una distancia en kilómetros, pero el cartel estaba en tan mal estado que apenas se distinguían los números. En ese momento, captó un ladrido fugaz a lo lejos. Algo en él se despertó de golpe. Su perro seguía vivo y esa señal...

Corrió como pudo entre las piedras y traviesas que recorrían el trazado. Guiado por el exiguo halo que emitía su linterna, trataba de no tropezarse y mantener la verticalidad. Los ladridos se oían cada vez más cerca. La luz oscilaba como un tobogán moviéndose al ritmo de la carrera. Otra vez, sobrevino el temblor. En poco menos que un suspiro, se apartó a un lado y salió despedido hacia un lateral. Perdió el equilibrio y se sintió volar sin control hasta estrellarse contra el suelo. Rodó varios metros sobre el balastro y se clavó decenas de puntas afiladas. Las dos luces traseras de color rojo se alejaron hasta desaparecer en un horizonte enmarcado por estrechas paredes de hormigón. Al ponerse en pie, se dio cuenta de los arañazos y quemaduras producidas al golpearse contra el suelo. Decidió continuar avanzando. Los ladridos eran cada vez más fuertes e insistentes. Su corazón parecía a punto de estallar, pero no podía detenerse ahora. Estaba seguro de que el perro había encontrado un rastro o alguna prueba de lo que podía haber pasado.

Al fin, alcanzó a Skinny. Alumbró esperanzado toda la zona, pero lo único que descubrió fue el cadáver de un murciélago en descomposición. Todas las esperanzas que había puesto en los sonoros ladridos de su amigo se desvanecieron de golpe. Empezó de nuevo la marcha hasta llegar al otro extremo del túnel. Había recorrido un kilómetro y medio y ni el más mínimo indicio.

Al salir de ese espacio oscuro y claustrofóbico, la sensación de bienestar se contrapuso a la de abatimiento por no haber encontrado ningún indicio que lo llevase hasta Ana. El sol cegó sus ojos y le llevó un rato acostumbrar su vista al resplandor. A medida que recobraba la visión, se percató del enorme entramado de túneles que conformaban el terreno. A escasos quinientos metros se alzaba otro, pero al dirigir la vista montaña abajo, pudo observar como el trazado describía una forma circular que serpenteaba entre sus laderas y se escondía y brotaba de sus profundidades una y otra vez.

«Yo solo no lo lograré», se dijo desesperado. Cogió el teléfono y dio la orden de detener el tráfico en toda la zona. Quería la presencia de equipos de protección civil, bomberos, policías y médicos preparados para cualquier eventualidad. También requirió la presencia del maquinista y la revisión del ordenador de a bordo, junto al registro de incidencias y percances que hubiera podido padecer. El número de denuncias por desapariciones, contrastadas por los equipos de policía que revisaban las imágenes de la estación, se elevaba en ese momento a veintidós. Veintidós almas que habían subido a ese tren fatídico y luego se habían esfumado como por arte de magia.

Capítulo 46

Bianca. El tormento

10 de agosto 2017

¿Si pudieras mirar atrás y alterar el pasado, cuántas cosas cambiarías?

Habían transcurrido tres años desde aquel fatídico accidente. Durante los días siguientes, Bianca estuvo atenta a todas las noticias que aparecían en los periódicos, pero no encontró ni la más mínima referencia al trágico suceso ni a la desaparición de la pareja. Fue como si sus vidas nunca se hubieran cruzado en aquella maldita carretera, aunque sabía que no era así. Mientras ella seguía respirando y disfrutando de cada instante, en algún lugar recóndito y oscuro, dos cuerpos sin vida se pudrían por su culpa. Con el tiempo, dejó de consultar la prensa y llegó a olvidar casi por completo aquella noche que permaneció en su memoria solo de manera efímera, igual que un sueño se desvanecía a medida que avanzaba el día.

Como de costumbre, a las siete de la mañana ya se encontraba en la oficina, revisando la agenda programada para toda la jornada. Su secretaria se incorporaba una hora más tarde, por lo que podía disfrutar de un poco de calma antes de iniciar la primera reunión del día. Mientras hojeaba informes de posicionamiento de uno de sus productos en los mercados asiáticos, un aviso de correo entrante apareció en la pantalla de su portátil. Decidió esperar a terminar de leer el informe y, entonces, lo abrió. En el remitente se leía «Desconocido» e incorporaba un archivo adjunto que abrió rápidamente, movida por la curiosidad.

Al pulsar sobre la carpeta, la pantalla se llenó con una serie interminable de fotos. Se sucedían a tal velocidad que en ese momento no fue capaz de reconocer ninguna de las imágenes. Convencida de que se trataba de un virus, llamó al departamento de informática, que siempre tenía un técnico de guardia debido a los frecuentes ataques a los cuales se veían sometidos. Antes de poder articular una sola palabra, horrorizada por lo que estaban viendo sus ojos, colgó rápidamente el teléfono.

Sintió como su alma se despegaba de su cuerpo y levitaba sobre la habitación. Las fotos mostraban con todo tipo de detalle la trágica escena del accidente: los cadáveres de la pareja, el embarazo de la mujer, la furgoneta destrozada... y la matrícula del coche. Su corazón empezó a latir desbocado, mientras un temblor incontrolable se apoderaba de sus manos, paralizándola por completo. Superada por la situación, bajó la pantalla del portátil. «¿Por qué ahora? ¿Qué quieren de mí?», se repetía horrorizada. Cerró los ojos y, lentamente, volvió a levantar la pantalla, como si aquellas fotos tuvieran vida propia y, por un momento, se pudieran cristalizar en seres diabólicos, resentidos por el dolor que había causado.

Cuando se sintió lista para mirar de nuevo las imágenes, abrió los ojos, pero ya no quedaba ningún rastro del mensaje. Regresó a su bandeja de entrada, pero el correo ya no estaba. Por un instante, creyó que todo formaba parte de su imaginación, un momento de locura transitoria impulsada por la paranoia y el estrés. Sin tiempo para nada más, su teléfono personal comenzó a sonar.

—¡Bianca Gámez, dígame!

—¿Ha visto las fotos? —La voz sonaba extremadamente metálica, distorsionada por algún tipo de dispositivo electrónico.

—¿Con quién hablo? —contestó Bianca, revelando un fino hilo de duda.

—Ha llegado el momento de que pague. Dentro de una hora, la espero en el Café de la Rosa, en la plaza Mayor.

—Oiga, pero...

El silencio se hizo al otro lado de la línea.

Casi de inmediato, sin soltar el móvil, buscó el número de Antonio en su agenda y lo llamó.

—¿Sí? ¡Dígame, señora! —contestó Antonio expeditivo.

—¿Has llegado ya a Pharmiten?

—Sí, estoy en la cafetería. Si me necesita, puedo venir enseguida.

—Apresúrate, por favor —suplicó con un tono que Antonio hacía tiempo no escuchaba.

Poco después, su viejo amigo cruzaba la puerta con cara de preocupación.

—¿Va todo bien, señora Gámez?

—¡No! Hace apenas unos minutos, abrí un correo electrónico con cientos de imágenes del accidente. Alguien, de manera remota, ha conseguido manipular mi ordenador y, en cuestión de segundos, las fotos y el correo desaparecieron sin dejar rastro.

—No se preocupe, haré que los del departamento de informática revisen los protocolos de seguridad y... —No pudo acabar la frase.

—No solo eso. A continuación, recibí una llamada. Fueron muy claros. Quieren cobrarse el favor que me hicieron y, por lo visto, lo quieren ya. En cuarenta y cinco minutos me han citado en el Café de la Rosa.

—¡Está bien! ¡No se alarme! Ya le dije que esto funcionaba así. Aunque sean delincuentes, esta gente tiene su propio código de honor, y si hace lo que le piden, la deuda quedará saldada.

—Sí, Antonio, pero podría ser peligroso. No estoy acostumbrada a lidiar con este tipo de individuos. La verdad es que estoy muerta de miedo.

—De acuerdo. La acompañaré a la cita y me quedaré a su lado en todo momento. Me sentaré en la barra y vigilaré cada uno de sus movimientos.

El Café de la Rosa era uno de los establecimientos más antiguos de la ciudad, situado en uno de los enclaves más emblemáticos de la villa, en plena plaza Mayor, justo enfrente del antiguo Ayuntamiento. Especialistas en todo tipo de infusiones, helados y, cómo no, el famoso chocolate elaborado con una receta ancestral que databa de varios siglos atrás. El local mantenía la misma distribución desde su inauguración, allá en el año 1830. Su planta dibujaba una «L» perfectamente alineada y, en su extremo más alejado, se encontraba un pequeño reservado destinado a salvaguardar la intimidad de los clientes más exclusivos.

Justo una hora después de recibir la llamada, Bianca y Antonio entraron en el café. Uno de los camareros la reconoció en el acto. Le hizo un gesto para que lo siguiera a un rincón más tranquilo, alejado de miradas curiosas, y amablemente pidió a Antonio que se mantuviera a cierta distancia. Él no estaba invitado. Bianca se dio cuenta enseguida de que aquel local, lejos de ser un lugar de encuentro y tertulias, representaba algo más; un sitio turbio y oscuro que servía de tapadera para los negocios de aquella banda de indeseables.

Durante los siguientes quince minutos, esperó nerviosa en la sala cerrada al público, aguardando la aparición de Ieltxu y sus matones. Cuando ya estaba a punto de alzarse, cansada de permanecer en aquella estancia, dos hombres irrumpieron por una puerta diferente a por la que había entrado. Al verlos, no pudo evitar estremecerse y sentir una sensación de pánico.

Estaba sola e indefensa a merced de aquellos dos matones. Uno de ellos era alto y rubio, de ojos azules y la cara parecía estar cincelada en grandes ángulos rectos, otorgándole un aspecto rudo; más parecido a un androide que a una persona. El segundo tenía unas facciones más mediterráneas: cabello negro y ondulado, ojos castaños y tez más morena. Sin embargo, su mirada hablaba por sí sola, cargada de odio y desapego por la vida. Era evidente que debía ser el cerebro de ese binomio, encarnado por la inteligencia de uno y la fuerza bruta del otro.

Una vez acomodados, el matón de pelo oscuro tomó la palabra:

—Señora Gámez, hace un tiempo acudí a Ieltxu porque tenía un problema y se lo solucionamos sin hacer preguntas —introdujo el hombre, con un acento marcado de algún país de Europa del Este—. Ahora acudimos a usted para cobrarnos esa deuda.

—Está bien —contestó Bianca—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—No estamos interesados en su dinero.

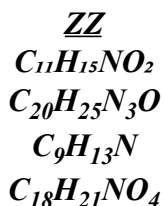
—Entonces, ¿qué quieren? —preguntó desconcertada.

—Sabemos de su pericia como directora en una de las empresas con más recorrido, solvencia y capacidad de adaptación en estos tiempos de crisis. Usted es una persona de recursos y capaz de solucionar cualquier problema que se le presente...

—Vaya al grano, por favor —instó, molesta por tanto rodeo.

El hombre más bajo chasqueó los dedos, y de inmediato su compañero sacó un sobre que guardaba en el interior de la chaqueta. Lo dejó caer sobre la mesa y con un gesto ágil de su mano lo lanzó hacia Bianca. El sobre se deslizó sobre la superficie hasta topar con sus manos trémulas.

—¡Ábralo! —solicitó, señalando el sobre con el dedo. Recelosa de lo que pudiera contener, sintió que, si lo abría, cometería un error. Qué podrían querer de ella esos hombres... No tenía nada que pudiera serles de utilidad, solo dinero, y eso ya estaba descartado. La mirada inquisitiva de los dos secuaces reflejaba una furia contenida a punto de estallar en cualquier momento. El hombre alto hizo un gesto de desaprobación mientras introducía su mano derecha dentro de la chaqueta. Atenazada por el miedo y las consecuencias nefastas de una negativa, no tuvo más remedio que abrir el sobre y ver su contenido:



Inmediatamente comprendió lo que querían.

—¿Se han vuelto locos? ¿Me están pidiendo que produzca éxtasis, LSD, anfetaminas y oxicodona en mis laboratorios?

—Lo que queremos que haga es que a partir de estas cuatro fórmulas usted elabore, mezcle y compacte una nueva droga que contenga las características de cada una de ellas, pero en un solo comprimido. Se convertirá en la droga más potente del mercado, capaz de combinar lo mejor de todas ellas. Se trata de alcanzar y superar los límites conocidos hasta el momento para adentrarnos en una nueva etapa en la que ZeZengorri se convertirá en la auténtica mano de Dios, capaz de elevar a quien lo consuma del plano terrenal hacia un lugar místico y celestial.

—Pero ¿usted se está oyendo? Lo que dice no son más que sandeces. Si elaboro el ZZ, se

quedarán sin clientes antes de que se den cuenta. El cuerpo humano no está preparado para asimilar tal cantidad de componentes nocivos. Un simple gramo de esta sustancia y morirán de un ataque de corazón o quedarán enganchados de por vida sin ninguna posibilidad de salir adelante. Por favor, no me obliguen a fabricar esta sustancia. Están condenando mi alma al infierno.

—Señora Gámez, usted decide: puede hacer lo que le pedimos y pagar la deuda que asumí con Ieltxu, o negarse. En ese caso... haremos públicas las fotos del accidente. Ya se puede imaginar las graves consecuencias que conllevaría para usted y su empresa afrontar un juicio por conducir ebria, causar un accidente de tráfico, omisión de socorro, encubrir pruebas, homicidio... y, lo que aún es peor, el descubrimiento por parte de las autoridades del lugar donde se hallan enterrados los cuerpos, con multitud de evidencias que la incriminan directamente.

Bianca sostenía el trozo de papel con las fórmulas como si fuera el último billete de un avión; solo que el destino era incierto, y el combustible que llevaba en sus depósitos podía hacer arder la poca humanidad que le quedaba.

—Y, si acepto... ¿qué garantías tengo de que no volverán a chantajearme en el futuro?

—¡Ninguna! Sin embargo, Ieltxu es un hombre de palabra. Si acepta el trato, la deuda quedará saldada.

—¡Está bien, lo haré! —contestó en voz baja, acompañando sus palabras con un profundo suspiro de pesar.

La mirada de Bianca parecía haberse quedado sin vida, errática, perdida en algún lugar desértico. Aquellas palabras resonaron en su cabeza de manera machacona, no solo el tiempo que permaneció en el reservado del café, sino el resto de su vida, atormentándola y consumiéndola por adentro.

Capítulo 47

Amador. La víspera IV

20 de enero de 2018

La luz al final del túnel no siempre significa llegar a la meta.

Sin saber muy bien cómo, logró despistar a sus perseguidores, confundiéndolos en el enmarañado laberinto de plazas de aparcamiento y rincones ocultos de cada nivel, flanqueados por una cantidad ingente de túneles de acceso. Finalmente, a bordo de su coche y libre del asedio continuo que había padecido desde que entró en su despacho, se dirigió hacia el Cementerio de los Ingleses. Sin embargo, para mayor seguridad, decidió dejar el vehículo aparcado a pie del monte Urgull. Al llegar, comenzó a caminar por el Paseo Nuevo, donde pudo contemplar con detalle la magnificencia de la playa de la Concha y dejarse envolver por el fascinante juego de colores y matices que cada ola desataba. Un poco más a lo lejos, aunque no por ello menos espectacular, se alzaba el Monte Igueldo, del que despuntaba entre los pinares de una de sus laderas la serenidad que evocaba su veterano faro. La mayor parte del recorrido transcurrió sorprendentemente tranquila, sin encontrarse con turistas ni deportistas de ninguna clase. Se notaba la festividad de la mítica tamborrada de Donostia, que concentraba a sus gentes en el epicentro de la ciudad. Tras andar unos diez minutos, llegó a una bifurcación que indicaba la dirección al monumento. Al tomarlo, el paisaje marítimo y todo el aroma a mar se esfumaron, dando paso a un sendero enigmático y rebosante de vegetación que empapaba cada uno de sus sentidos con la fragancia de los distintos aromas.

Cuando quedaban pocos metros para llegar al punto de encuentro, decidió actuar con cautela. Ya no sabía en quién podía confiar y Fran... siempre le había parecido demasiado introvertido, reservado en todos los aspectos que rodeaban su vida; incluso a la hora de repartirse los beneficios, no cuestionó lo más mínimo la tajada que se llevaba del pastel. «Demasiado sospechoso», se decía, mientras buscaba un punto desde donde observar el lugar del intercambio. Agazapado detrás de unos arbustos, vio un vehículo de policía aparcado junto al llamativo coche de Fran, de un amarillo cantón inconfundible. Buscó con la mirada a su familia, pero no estaba a la vista, tampoco su amigo ni la agente. Decidió acercarse un poco más, ya que su posición no le permitía tener una vista completa del lugar. Se desplazó de cuclillas varios metros, procurando pasar desapercibido, pero el sonido nítido de una rama rompiéndose detrás de él lo dejó helado. Cerró los ojos con fuerza y encogió los hombros, deseando que se tratara solo del ruido generado por algún animal asustadizo.

Sin embargo, una voz extrañamente familiar interrumpió sus pensamientos:

—¡Levántese poco a poco y ponga las manos sobre la cabeza!

—Tranquilo, amigo. Voy desarmado. —respondió Amador, en un intento por aliviar la tensión.

—Está bien, dese la vuelta y camine hacia la explanada... por favor.

Al girarse y ver el rostro del individuo, sintió cómo su mundo se venía abajo. Era el mismo hombre que unos meses atrás, en aquel bar roñoso, le había advertido que, si traicionaba a Ieltxu,

lo encontraría y le obligaría a contemplar la muerte de su familia antes de acabar con la suya. Pensó en huir y esconderse entre la maleza y la multitud de recovecos que conformaban el paisaje, pero la pistola que lo apuntaba al pecho y la escalofriante mirada del hombre bastaron para que entendiera que no tenía la más mínima posibilidad. Antes de llegar donde estaban estacionados los coches, apareció un segundo hombre con una mochila. Sin mediar palabra, le ató las manos por la espalda con unas bridas, con tanta fuerza que sintió cómo se le cortaba la circulación. Después sacó una capucha e intentó colocársela en la cabeza. Amador no pensaba ponerle las cosas fáciles y se resistió. Esquivó todos los intentos de aquel individuo por negarle la visión. Su ridícula rebelión cesó cuando un puñetazo en el estómago le dejó sin aliento ni ánimos para seguir bregando con aquel estúpido juego. Lo condujeron hasta uno de los coches y lo arrojaron en el maletero. Su último recuerdo fue el de un pinchazo en el brazo, similar al de la picadura de una abeja cuando deja escapar su veneno. Después de eso, le sobrevino una enorme sensación de bienestar que lo dejó semiconsciente el resto del camino.

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que la capucha aún le cubría la cabeza, ligada a su cuello por algún tipo de cinta adhesiva, lo que le provocaba una terrible sensación de claustrofobia. Sus manos y pies estaban atados a los barrotes de una silla en la que estaba sentado, incapaz de moverse. Un olor intenso a humedad impregnaba el espacio donde se encontraba, mezclado con el desagradable hedor de lo que parecía ser un montón de desechos. El frío, que le calaba hasta los huesos, iba acompañado de una brisa ligera que parecía colarse por alguna abertura, convirtiendo el lugar en un congelador. Creyó oír un ruido cerca de él, algo parecido al murmullo de una respiración. Afinó el oído cuanto pudo y, aunque muy débil, percibió las exhalaciones rítmicas de alguien más. Por un momento, pensó que podría ser Aida, atrapada como él en aquella habitación, pero enseguida comprendió que no podía ser. Se apreciaba un volumen alto y bronco en cada inspiración, al contrario del de ella, mucho más sutil y calmado. Gritó:

—¿Quién hay ahí?

Escuchó con atención por si percibía algún cambio. No recibió ninguna respuesta; sin embargo, la respiración se entrecortó. Ahora ya no era acompasada... quien fuera se había despertado y estaba consciente.

—¿Puedes oírme? —esta vez susurró en voz baja, sin hacer demasiado escándalo.

Una mezcla de sonidos guturales, más propios de un animal malherido que de los de una persona, resonó en el ambiente.

—¡Gr...! ¡Uf...!

—¡Escúchame! ¿Estás bien? ¿Quién eres?

—Yo... ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¡¿Tu voz...?! ¡Joder...! ¿Eres Amador? —contestó aún aturdido.

—¡Sí! Pero tú... ¿De verdad eres Fran?

—Eso creo, o lo que queda de él —soltó, casi sin fuerzas para hablar—. Esos hijos de puta me han golpeado y drogado.

—¡Dios mío, Fran! ¿Dónde están mi mujer y mi hijo? ¿Los pusiste a salvo?

—No sé nada de ellos. Cuando llamé a mi contacto en la policía, me aseguró que no habría ningún problema en pasar a recogerlos y entregármelos en la calle adyacente a la tuya. Pero... me vendió. Lo único que apareció por allí fueron los hombres de Ieltxu. Lo siento, Amador, todo es culpa mía.

—Está bien, Fran, lo que tenemos que hacer es concentrarnos en salir vivos de aquí. Estoy seguro de que no les han hecho nada todavía; son su moneda de cambio para conseguir las claves

de acceso.

—Entonces... ¿no las llevabas encima cuando te pillaron?

—¡No! Me deshice de ellas mientras huía.

—Eso es bueno... Nos da tiempo y algo con lo que negociar. Ahora entiendo por qué aún seguimos vivos —aplaudió, aunque enseguida la duda le asaltó—. Pero ¿dónde demonios las escondiste? ¿Te das cuenta de que si las perdemos somos hombres muertos?

—No te preocupes, sé dónde están y te aseguro que no las van a encontrar nunca —sentenció.

Las siguientes dos horas las pasaron resignados en aquella pocilga. Compartieron los pormenores de su huida por toda la ciudad y las posibilidades que tenían de salir de allí; Amador estaba dispuesto a negociar. Lo único que le importaba era salvar a su familia.

La puerta se abrió bruscamente y golpeó con fuerza contra la pared. Varios hombres se dirigieron hacia donde se encontraba Fran y lo arrastraron con violencia fuera de la habitación. Alguien se quedó justo detrás de Amador; su respiración era tan profunda que su aliento repugnante se impregnaba entre las fibras de la capucha y le causaba una insufrible sensación de asco. El extraño, hizo un ágil movimiento con la mano y pudo sentir cómo la tela que le cubría se agitaba levemente. A continuación, el frío gélido de un cuchillo afilado acarició la piel de su nuca, convirtiéndose de inmediato en un dolor punzante acompañado de una quemazón insoportable. La capucha salió despedida varios metros, despedazada por la brutal embestida. Aún sin poder ver la cara de su carcelero, su cuerpo se estremeció, aterrorizado por las palabras que le susurró al oído:

—Voy a provocarte tanto dolor que me suplicarás que te mate.

Capítulo 48

Pablo. El hallazgo

05 de julio de 2019. De madrugada

La perseverancia es un poderoso motor capaz de impulsarnos hasta límites insospechados.

La circulación de trenes se había detenido por completo en ambos sentidos de la marcha. Un equipo formado por veinte agentes de la comisaría de Donostia, junto a doce bomberos del parque de Kostaldea y completados por el grupo de intervención rápida del SPEIS con dieciséis unidades más, formaba el amplio dispositivo de rescate que movilizó Pablo en apenas unas horas. Debido al fallo en el funcionamiento del ordenador del E155, fue imposible detectar el lugar exacto donde Marcos García experimentó la fuerte sacudida. Como resultado, la zona a cubrir se tornaba realmente extensa, con más de veinticinco túneles que atravesaban diversas áreas de difícil acceso.

Los turnos de trabajo se organizaron de tal forma que siempre había equipos buscando a los desaparecidos, mientras otros descansaban y aprovechaban para comer y beber algo, asediados no solo por el paso de las horas, sino también por las inclemencias del tiempo, diluviando de manera torrencial desde hacía varias horas en toda la zona de Pagoeta.

Una carpa enorme, situada junto a la entrada de uno de los túneles y con una zona de fácil acceso para los vehículos, ejercía de centro de mando. Desde allí, Pablo y Ainhoa coordinaban a los distintos equipos de búsqueda, así como toda la información entrante. Dos policías de la unidad de investigación se dirigieron hasta la estación de Bilbao con la esperanza de encontrar alguna pista que pudiera arrojar luz sobre lo sucedido. Acompañados por varios técnicos del ferrocarril, llevaron a cabo una minuciosa inspección del tren, sin embargo, no lograron encontrar ningún indicio nuevo además del conocido fallo en el *software*. Justo cuando estaban a punto de partir y ante la atenta mirada de todo el personal de la estación y los medios de comunicación, que aguardaban a escasos metros del convoy, uno de los guardias de seguridad más veteranos, que habitualmente vigilaba el trasiego constante de viajeros por la estación, se acercó hasta ellos:

—Buenas noches, discúlpenme que los inoportuné. ¿Han hecho algún hallazgo? —indagó el guardia de seguridad.

—Lo siento, pero por el momento no podemos dar ninguna información al respecto —contestó uno de los agentes, un tanto molesto por tener que dar explicaciones.

—Entiendo, y no quisiera hacerles perder el tiempo, pero...

—¿Tiene alguna información que pueda sernos de utilidad? —Se detuvo de inmediato y le prestó toda su atención.

—Pues verás, no sé si será una tontería lo que voy a decir, pero normalmente el convoy que viene de Donostia consta de doce vagones, y este solo tiene once.

El policía se volvió hacia los tres técnicos que lo acompañaban esperando alguna explicación. Sus caras de incredulidad contrastaban con la de los policías, perplejos ante lo que parecía algo más que un simple despiste. El ingeniero de mayor rango asintió con la cabeza, dejando escapar

un gesto de exasperación. No hizo falta ninguna palabra para darse cuenta del enorme error que habían cometido. De inmediato, el agente marcó el número de la carpa y emitió una alerta urgente.

Todos los indicios apuntaban en la misma dirección. Los pasajeros que habían desaparecido junto a Ana iban montados en ese vagón número doce. Pablo desconocía qué había podido suceder para que se desenganchara en plena marcha sin que nada ni nadie lo notara, pero ya no tenía ninguna duda de que se encontraba escondido en un punto a lo largo del recorrido. Solo era cuestión de tiempo que algún equipo diera con él.

La lluvia torrencial no amainaba y varias unidades habían dado la voz de alarma. Se estaban produciendo corrimientos de tierra cerca de las vías e incluso ya había afectaciones sobre una zona del trazado, con un volumen importante de árboles arrancados y tierra amontonada. Las condiciones empeoraban con cada segundo que pasaba, y aunque los túneles brindaban cierta protección, las filtraciones de agua comenzaban a ser preocupantes. Los desplazamientos en vehículos de salvamento se habían vuelto imposibles. La única opción era moverse a pie entre los túneles, aunque siempre a discreción del oficial al cargo, cuya prioridad era mantener en todo momento la seguridad de sus integrantes.

A la una y diez de la madrugada, se recibió una alerta de uno de los equipos que informó sobre una gran cantidad de escombros acumulados en lo que parecía ser un túnel paralelo al principal. Pablo, llevado por el entusiasmo, salió de la carpa y corrió hacia el lugar señalado. No estaba a más de un kilómetro y medio, pero dado que su coche estaba inmovilizado y el terraplén que llevaba hasta la vía era intransitable, decidió tomar un atajo a través del monte que cubría el laberinto de túneles.

Capítulo 49

Bianca. Redención

05 de marzo de 2018

La culpa es como un animal salvaje: no deja de perseguirte hasta que te atrapa y te devora, consumiendo tus pensamientos y emociones en un ciclo destructivo.

Tras la noche más oscura, siempre tuvo la certeza de que tendría que rendir cuentas de alguna manera. El destino tenía una memoria extraordinaria y, tarde o temprano, llamaría a su puerta y golpearía con inusitada indolencia. Acorralada por los hombres de Ieltxu, no le quedó más opción que ceder ante ellos y sucumbir a su grotesca idea de producir ZZ. En juego había demasiado y, llegado a este punto, ya no había vuelta atrás. Durante las semanas siguientes, recibió instrucciones precisas sobre el proceso de elaboración, producción, aprovisionamiento de materias primas y la ubicación del laboratorio. Nada se dejó al azar.

El grupo criminal planeó utilizar las propias instalaciones de Pharmiten. No era necesario ocupar ningún gran espacio; una pequeña sala en una zona apartada sería suficiente. Sabían que las autoridades jamás buscarían un laboratorio clandestino dentro de unas instalaciones legales y de renombre. Se dispuso la contratación de cuatro investigadores para un nuevo proyecto secreto, por lo que no habría fisgones y disiparía cualquier sospecha. Además, los empleados estaban acostumbrados a trabajar en un entorno de extrema confidencialidad debido a la férrea competencia en la elaboración de nuevos medicamentos y sus lucrativas patentes.

Las materias primas se obtuvieron mediante la utilización de pequeñas partidas, clasificadas como mermas que, a efectos legales, eran destruidas e incineradas; por lo que en ningún caso se les podría seguir el rastro. Una vez que se elaboraba el producto final, este se distribuía mediante diversas empresas de mensajería. Nunca se repetía más de una vez por semana con ninguna de ellas, y la dirección de entrega siempre era la misma: un conjunto de almacenes situados en la zona portuaria que pertenecían a Pharmiten. En ellos, bajo la fachada de un aprovisionamiento legal de materias primas, instrumental de laboratorio y otros suministros necesarios para llevar a cabo su actividad, se ocultaba discretamente la droga. Esta era recepcionada y almacenada en una sala protegida con sistemas de seguridad y varios vigilantes, ya que se indicaba que era material sensible y peligroso. Solo restaba recogerla de madrugada y distribuirla entre los camellos.

Durante los siguientes siete meses, Antonio se ocupó de todos los detalles; después de todo, su pasado le proporcionaba una experiencia innegable para lidiar con este tipo de asuntos. Mientras tanto, Bianca continuó con su vida de la forma más corriente y normal. Aparentaba una falsa seguridad que la devoraba por dentro como un ácido corrosivo, erosionando la poca integridad que le quedaba. Se encontraba tan profundamente implicada en esa sórdida trama que era incapaz de vislumbrar el final del túnel en ninguna parte. Con el paso del tiempo, sus dudas sobre su capacidad para liberarse de Ieltxu crecían. Se había convertido en el negocio perfecto para la organización criminal, respaldado por una tapadera formidable y con todos los recursos de Pharmiten a su servicio.

Ese día, como cualquier otro, Bianca llegó temprano a la oficina y encendió su ordenador personal. Después de revisar la bandeja de entrada de su correo, echó un vistazo a la prensa. Un artículo en particular llamó poderosamente su atención:

FALLECEN DOS JÓVENES POR SOBREDOSIS DE UNA DROGA DESCONOCIDA

Una joven de veinticuatro años y su pareja de veintitrés fueron encontrados sin vida el pasado sábado en el interior de un coche, aparentemente, como resultado del consumo de una sustancia aún no identificada por los forenses. Los equipos de urgencias desplazados al lugar practicaron las maniobras de reanimación sin éxito, y finalmente solo pudieron certificar la muerte de los dos jóvenes.

Según informó la policía, un vigilante de la zona de aparcamiento controlado, al revisar el recibo de estacionamiento del vehículo y comprobar que había expirado, se aproximó a los ocupantes; al percatarse que no reaccionaban, contactó inmediatamente con el servicio de emergencias.

Estas trágicas muertes se suman a la ola de fallecimientos que asola la ciudad de Donostia, sumida en una espiral de sucesos trágicos y mortíferos, todos con el mismo denominador común: una nueva droga que arrasa entre los jóvenes. Estos hechos sin precedentes y devastadores están siendo investigados por la policía, y se ha impuesto el secreto de sumario.

El artículo, aunque breve, actuó como una chispa detonante en su interior, despertando en ella una terrible sensación de culpabilidad. Tenía que hacer algo para detener todo aquello. Desde el principio, había actuado llevada por el pánico; pero ahora había llegado el momento de afrontar la realidad. No solo tenía las manos manchadas con la sangre de la pareja que murió en el accidente de coche; sino que estaba implicada en la elaboración de la sustancia más letal que se había hecho nunca. Cada una de las muertes que la droga provocaba la acercaba sin remedio a un abismo cada vez más y más profundo.

El artículo venía firmado por Ana Torres, la misma periodista a la que le envió unos meses antes un fax absurdo con la palabra «Zezengorri». En un primer arrebato de conciencia, se le ocurrió poner sobre la pista a la periodista, pero el mensaje resultó demasiado simple. Decidió que ahora sería diferente: se reuniría con ella y le hablaría sobre la droga y sus peligros, manteniéndose en el anonimato.

Capítulo 50

El Túnel IV. La tempestad

05 de julio de 2019. De madrugada

No siempre hace falta que te mojes para sentir la lluvia sobre tu piel.

Todo el mundo permanecía callado. Mientras algunos intentaban conciliar el sueño, otros se encontraban ensimismados en sus propios pensamientos, teñidos por el miedo y una angustia creciente. Solo rompía la solemnidad del momento el continuo goteo de agua que caía de una de las secciones que se habían desprendido del techo. Ana deambulaba inquieta, con la mirada perdida entre los horrores que había dejado a su paso el vagón. Sin embargo, algo en ese cuadro pintado con el sufrimiento de todos ellos no le cuadraba.

Avanzó despacio, asegurándose de hacer el menor ruido posible, hasta llegar justo debajo del pequeño surtidor de agua. Allí se habían improvisado recipientes de todo tipo, dispuestos para recoger la mayor cantidad posible del preciado líquido, pero todos estaban rebosando y derramando su contenido sobre el suelo. En ese espacio cerrado y atemporal, su primera impresión fue pensar que se habían despistado, dejando más tiempo del necesario los cacharros sin vigilancia. Al dar un par de pasos hacia adelante se percató de que sus pies quedaron completamente sumergidos en el extenso charco que se había formado en el suelo. Alzó la mirada hacia el techo y, con la luz de su teléfono móvil, examinó el estado de la sección colapsada.

Ya no quedaba rastro del hormigón, y la tierra, lejos de estar compactada, se estaba deshaciendo sobre sus cabezas debido al flujo constante de agua. Las grietas en el techo eran de un tamaño considerable y el riesgo de derrumbe era inminente.

Absorta en la evaluación de la magnitud del problema, no se percató de que Javi pasaba justo por detrás de ella. Este avanzaba, atraído por el ritmo irregular y caprichoso de algún tipo de objeto metálico percutiendo contra las rocas en el exterior del túnel.

—¿Has oído eso? —advirtió Javi, visiblemente inquieto.

Ana, quien creía estar sola en ese rincón, se sobresaltó. No sabía a qué se refería; sin embargo, Javi se llevó el dedo al oído, invitándola a detenerse a escuchar. Al principio, se percibieron unos lejanos *clinc, clinc* seguidos por un sonoro *clonc*. A partir de ahí, los ruidos se sucedieron sin ningún tipo de patrón.

—¡Creo que nos han encontrado! —musitó, como si no quisiera amortiguar con su voz ese maravilloso sonido lleno de esperanza.

Emocionados, empezaron a abrazarse, llevados por el entusiasmo. Poco a poco, el resto del pasaje comenzó a incorporarse y se acercó hacia donde estaban Ana y Javi, alertados por el escándalo y los gritos que propinaban aquella extraña pareja.

—¡Los equipos de rescate ya están trabajando para sacarnos de aquí! ¡Venga, que todo el mundo coja algo con lo que hacer ruido y golpee con todas sus fuerzas donde sea! Necesitamos hacerles saber que estamos vivos —vociferó Ana, contagiada por el fervor del momento.

Todos los que aún podían moverse se acercaron hasta la barrera infranqueable que suponían

los bloques de hormigón y roca, trepando sobre ellos con enorme dificultad. La pequeña abertura por la que se filtraba el agua se había convertido en una especie de catarata, sumergiendo a todos los presentes en una pelea por hacerse oír. Comenzaba a caer con tanta violencia que los golpes que propinaban quedaban ahogados por el ensordecedor ruido al precipitarse sobre ellos.

Tras la euforia inicial, y después de varios minutos dejándose el alma para llamar la atención, el agotamiento hizo mella en ellos. Ana jadeaba exhausta después del esfuerzo. Era consciente de que los equipos de rescate tardarían un buen rato en llegar hasta ellos, incluso días, si resultaba que había algún daño estructural que pusiera en peligro el salvamento. Calada hasta los huesos y exhausta, decidió tomarse un respiro. Se alejó del chorro de agua, que ahora se asemejaba cada vez más a un torrente. Cuando llevaba recorridos apenas unos metros, un sonido tosco y desgarrador resonó en toda la cavidad, parecido al de un trueno, pero muchísimo más estremecedor. Por instinto, Ana volvió la cabeza hacia el techo en busca de su procedencia y se percató inmediatamente de las enormes brechas que estaban apareciendo sobre ellos. Pequeños fragmentos de hormigón se desprendían y golpeaban como una fina lluvia todo cuanto había bajo ellos, transformándose repentinamente en una tormenta salvaje de gravilla y trozos de forjado. Todo el sector más cercano a la entrada del túnel estaba a punto de colapsar y resquebrajarse como un cristal roto. En un abrir y cerrar de ojos, se desencadenó una tromba de escombros que cayó sobre los que aún permanecían cerca de la entrada, provocándoles innumerables golpes y magulladuras. El cielo se derrumbaba y Ana solo pudo gritar:

—¡Corred!

Capítulo 51

Amador. La tamborrada

21 d enero de 2018

El dolor es como una mota de polvo que, por mucho que la limpies, siempre vuelve a aparecer.

Amador no podía dejar de pensar en su familia. Un sentimiento abrumador de culpabilidad le oprimía el pecho y le impedía respirar con facilidad. Solo podía suplicar para que estuvieran bien.

—Ellos son inocentes —gritó desesperado ante la impotencia que sentía y añadió desconsolado—: Aida no sabía nada sobre mis planes.

Era consciente de que nunca debió involucrarse con ese tipo de gente, y mucho menos robarles. Pero ahora todo se había complicado hasta tal punto que... ni siquiera contándoles todo lo que le pedían tenía ninguna garantía de poder salir vivo de allí.

—Muy bien, amigo, ¿te acuerdas de mí? Soy Dimitri. —Sonrió con una expresión de autosuficiencia abrumadora—. Tú decides, por las buenas o las malas.

—Está bien. Colaboraré con vosotros, pero por favor, dime dónde está mi familia —suplicó, desesperado.

—Yo no sé nada de tu familia —respondió de mala gana.

—Entonces... ¿no están aquí?

—Ya te he dicho que tu familia nos da igual... de momento. Tú lo que tienes que hacer es contestar a mis preguntas y ya está. Olvídate de todo lo demás.

—Y Fran, ¿qué vais a hacerle?

Dimitri se giró hacia él y, sin previo aviso, le propinó un puñetazo en el estómago que lo dejó sin respiración durante un buen rato.

—¡Aquí las preguntas las hago yo! ¡¿Entendido?!

Amador solo pudo mover la cabeza y asentir con cara de espanto ante la agresividad de aquel individuo.

Sin mediar palabra, Dimitri extrajo varios artilugios de una bolsa deportiva y los colocó sin ninguna prisa sobre una mesa mugrienta, cuyas patas carcomidas apenas sostenían su peso. El polvo y restos de sangre seca se acumulaban por todas partes, lo que incrementaba, si cabía, la terrible sensación de miedo.

—Hablaré contigo. Te contaré lo que quieras, pero por favor... no me hagas daño —imploró Amador. La visión de las funestas herramientas junto a la cara de odio de aquel hombre le provocaba un profundo pavor.

Dimitri sonrió, de hecho, siempre que podía sonreía, dejando entrever una dentadura maltrecha y putrefacta, invadida por una tonalidad amarillenta y desgastada, capaz de revolver cualquier estómago que tuviese delante. Se acercó con aires de suficiencia, sabedor de que, en aquella habitación, él decretaba las normas. Agarró el pulgar de la mano derecha de Amador y, con absoluta frialdad, lo dobló por la mitad tirando hacia arriba de él. El dolor que experimentó fue horroroso, aunque lo peor no fue eso, sino el eco persistente que retumbó en su cabeza al

revivir una y otra vez el crujido agudo e intenso que sintió al quebrarse sus huesos.

—¡Hijo de puta! ¡Te he dicho que hablaría! ¿Por qué lo has hecho?

—¡Sé que hablarás! De eso no tengo ninguna duda. Lo que te voy a hacer solo es un castigo por haber traicionado a Ieltxu y... ¿por qué negarlo? Me encanta machacar huesos.

Durante la siguiente media hora, lo torturó sin miramientos, triturándole encarnizadamente cinco dedos más. No se dio ninguna prisa, permitiéndole saborear el tremendo dolor que experimentaba cada vez.

—Ha llegado el momento, amigo mío. Ahora me dirás dónde están las claves. Recuerda que aún te quedan todos los dedos de los pies —advirtió con voz amenazante.

Aturdido y angustiado por el sufrimiento, no solo físico, sino también mental, habría confesado cualquier cosa con tal de que el tormento se acabara ya:

—Durante la huida me encontré con una vecina y se las entregué —balbuceó un tanto indeciso, como si el propio acto de recordar también le causara dolor.

—¿Cómo se llama y en qué piso vive? —replicó imperativo.

—Se llama Maia... El apellido... no lo sé, pero vive en el quinto.

No había olvidado la conversación que mantuvo con ella en el aparcamiento sobre el cambio de vivienda, pero tenía que darles una dirección o volverían a torturarlo. Más adelante ya se encargaría de solucionarlo.

—¿Qué puerta?

—Tampoco me acuerdo, pero seguro que es en el quinto. —Sus ojos se abrieron de tal forma que parecía que iban a salirse de sus cuencas.

—¿Te crees que soy imbécil? —rugió Dimitri, mientras descargaba su cólera en la cara de Amador como si fuera un saco de boxeo, salpicando la mesa de gotas de sangre—. ¿En qué tipo de dispositivo las guardaste y qué sistemas de seguridad contiene? ¡Lo quiero saber todo!

—¡Está bien, joder! Intenta tener un poco de paciencia. Las claves están guardadas en una memoria externa que incluye un dispositivo de rastreo. En cuanto se conecte a un ordenador, emitirá sus coordenadas GPS. A través de un programa que tengo instalado en el teléfono se podrá localizar sin problema y ubicará el dispositivo en el lugar exacto donde se encuentre. —terminó de hablar escupiendo la sangre que se había acumulado en su boca.

—¡Enséñamelo!

Después de guiarlo a través del móvil e indicarle cómo debía saltarse las diferentes barreras de seguridad que tenía instaladas, Dimitri dio por buena la historia de Amador.

—¡Muy bien, amigo! Ahora dejarás de sufrir. —Metió una mano en el bolsillo y sacó una bolsa de pequeñas dimensiones con pastillas de color rojizo—. Tómate una de estas, y el dolor desaparecerá. Pronto estarás de nuevo con tu familia.

Donostia vivía el acto cumbre de sus fiestas invernales. En torno a las doce de la noche, toda la ciudad se congregaba en la plaza de la Constitución. En el centro, la Unión Artesana, la Sociedad más antigua de la ciudad, se disponía a tocar la Marcha de San Sebastián, a la vez que el alcalde arriaba la bandera de la ciudad. Mientras tanto, Amador no paraba de golpearse la cabeza contra el maletero del coche. El camino estaba plagado de curvas, y en algunos tramos parecía que el asfalto se hundía en la carretera para luego volver a resurgir de repente. A pesar de recordar todo lo sucedido, el miedo y el dolor habían desaparecido. No comprendía por qué, pero se hallaba en un estado de euforia desmesurada.

De pronto, el coche se detuvo de manera abrupta. Pudo oír las pisadas amplificadas de varias

personas alrededor del vehículo. Cuchicheaban palabras ininteligibles en otro idioma que llenaban el aire de una cantinela insufrible. El maletero se abrió y dos hombres lo arrastraron fuera de él, lo lanzaron contra el suelo y lo hicieron rodar varios metros hasta impactar contra unos arbustos. Lentamente se fue incorporando. A su alrededor, solo podía distinguir las sombras de los árboles y la vegetación proyectadas por los faros humeantes del coche. Estaba desnudo, y a pesar del ambiente gélido que lo rodeaba, lo único que podía percibir eran las burbujas de sangre hirviendo en su interior.

—¡Dale otra, Dimitri! —ordenó una voz desde el interior del coche, con la cara y el cuello cubiertos por la capucha de una sudadera.

—Pero, jefe... otra pastilla más y...

—¡Obedece!

Inmediatamente después, le suministró una nueva dosis de ZZ.

—¡Sujetarlo! —les mandó Ieltxu, mientras se acercaba a ellos—. Dame tu navaja, Dimitri.

Amador, en pleno colocón, era incapaz de sentir nada de lo que pasaba a su alrededor, inmerso en una especie de trance místico. El desconocido, lo agarró por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le susurró al oído el nombre de Ieltxu varias veces. Después, le entregó la navaja, que Amador apretó contra su mano, mientras le ordenaba redimirse de sus pecados en un acto de fe, para infringirse él mismo una purga bautismal. Amador levantó su mano hasta la altura del pecho, giró el cuchillo hacia sí mismo y empezó a provocarse multitud de cortes, dejando a su paso un cuantioso reguero de sangre. Extasiado por las drogas, repetía una y otra vez «Ieltxu, yo te pertenezco...». Antes de caer inconsciente, experimentó un breve momento de lucidez. Levantó la mirada en busca del fantasma, pero en su lugar, solo encontró a un viejo conocido: el diablo.

Capítulo 52

Pablo y Ana. El milagro

05 de julio de 2019

Creer es la clave.

Fuera del túnel

La luz que emitía la linterna de Pablo apenas permitía vislumbrar poco más que sombras difuminadas a lo largo del caos en el que se había convertido el monte. La lluvia caía con tal intensidad que por todas partes afloraban ríos de agua que arrastraban todo tipo de materiales. Skinny, que en toda la jornada no se había apartado un solo momento de Pablo, corría de aquí a allá, como si la descomunal tormenta que azotaba Pagoeta no fuera más que parte de un animado juego para él. Todo lo que Pablo tenía que hacer era no perder de vista el trazado del tren, iluminado por los atronadores rayos que asolaban la zona.

Dentro del túnel

—¡Corred! —gritó Ana.

La tremenda tromba de agua que asolaba la superficie acabó por filtrarse entre los materiales que conformaban el escaso sustrato que había entre las secciones del túnel agrietadas y debilitadas por el paso del tiempo y posteriormente despedazadas por el brutal impacto del vagón. La voz de Ana, instando a todos a ponerse a salvo, resultó providencial y les dio el tiempo necesario para que se apelotonasen al final del túnel. El colapso no se hizo esperar y, después de varios intentos en los que parecía que la estructura se derrumbaría, por fin un sonido seco y estremecedor inundó de toneladas de escombros gran parte del túnel, que cedió de manera gradual desde el extremo más cercano a la entrada y avanzando hacia ellos, hasta quedar a escasos diez metros de distancia.

Fuera del túnel

El móvil de Pablo sonó:

—Dime, Ainhoa. ¿Alguna novedad?

—Sí, algo ha pasado en el interior del túnel.

—¿Qué quieres decir con algo? —indagó, sin saber muy bien qué esperar.

—Los equipos de salvamento han informado de un fuerte temblor en el paso subterráneo acompañado de un ruido parecido a un corrimiento de tierras. No tenemos más detalles en este momento, pero es posible que haya habido algún tipo de desprendimiento en el interior.

Pablo se detuvo en seco y se dejó caer al suelo, completamente paralizado y devastado. Era la peor noticia que podía haber recibido. ¿Qué probabilidades tenían de sobrevivir a un derrumbe? No podía venirse abajo; estaba dispuesto a sacarla de ese lugar mientras le quedara un ápice de aliento, aunque eso significara arriesgar su propia vida.

Dentro del túnel

—¿Todo el mundo se encuentra bien? —preguntó Ana.

La gente, presa del pánico y el miedo, apenas tenía fuerzas para articular un simple *sí*. Sus músculos estaban paralizados por la angustia y la tensión de lo que acababan de vivir. Todas las luces que colgaban del techo habían quedado enterradas bajo la montaña de escombros. Ana y varios pasajeros más encendieron las linternas de sus teléfonos móviles, tratando de calmar a quienes estaban más afectados y sufrían crisis de ansiedad.

Los restos del derrumbe parecían moverse como si estuvieran vivos, retorciéndose como un animal malherido que emitía sus propios gemidos. Al principio, nadie reparó en la extensa capa de lodo que se extendía a lo largo de todo lo que quedaba de túnel. Actuaba como una cinta transportadora, provocando un flujo constante de escombros hacia donde se encontraban atrapados. Claudia, que yacía estirada en el suelo, junto a Javi y Fran, observó el sutil movimiento de la masa de fango que se acercaba con disimulo, acechándolos como un depredador hambriento de sangre en la oscuridad.

Fuera del túnel

Pablo se puso de pie con enormes dificultades. El viento y la lluvia arreciaban, provocando que se tambalease de un lado a otro; por mucho que se esforzara, perdía el equilibrio cada vez que intentaba ponerse en pie. Dejó atrás varios tejos que asoció de inmediato al escudo de su amada Guipúzcoa, lo que le insufló un extra de energía y motivación. Aunque hacía tiempo que había perdido de vista la vía del tren, según sus cálculos, debía estar sobre el túnel que la ocultaba. El siguiente acceso transitable a las vías se encontraba a escasos metros, por lo que intuyó que la mejor opción sería descender gradualmente la montaña hasta llegar a un pequeño vial.

Sin embargo, cuando llevaba recorridos unos pocos metros, Skinny, que llevaba un rato calmado y avanzaba a ritmo acompasado junto a Pablo, salió corriendo en dirección opuesta, ladrando como si persiguiera una presa. A pesar de los gritos sordos de Pablo, ahogados por la lluvia implacable, el perro no hizo caso y se alejó velozmente. Por un momento, la duda se apoderó de él, pero no podía permitirse dejarlo solo en ese infierno de agua perdido en medio de la nada. Decidió correr en la misma dirección que había huido el animal, esperando que no se hubiera alejado demasiado.

Estaba cansado, la visibilidad era nula y Ana lo estaba esperando. Solo podía cruzar los dedos y confiar en que se produjera un milagro. El tiempo apremiaba y la urgencia por encontrar al perro se mezclaba con la ansiedad por la situación de Ana y los demás supervivientes. Cada momento contaba en esa carrera por sobrevivir al infierno de Pagoeta y sus túneles.

Dentro del túnel

—¿Habéis visto eso? —advirtió Claudia, señalando el avance del lodo—. Cada vez se acerca más a nosotros.

Fran y Javi giraron a la vez la vista hacia el lugar que señalaba Claudia, sorprendidos por lo que acababa de decir. Después de un rápido vistazo, los dos asintieron al unísono con la cabeza.

—¡Tienes razón! —confirmó Javi—. Tenemos que hacer algo, o esa masa acabará por engullirnos.

Fran se puso en pie y con la linterna intentó establecer la magnitud del problema. Buscaba una posible salida en medio de aquel caos. Tras reflexionar unos instantes, se volvió a agachar y cogió de la mano a su amiga.

—No te preocupes, querida Claudia, estoy seguro de que hay una salida, y yo la voy a encontrar por ti. —Se despidió con un beso en la mejilla y se adentró en la oscuridad de la montaña de escombros.

La gente le gritó que no hiciera tonterías y que esperase a los equipos de rescate, pero en realidad, y todos lo sabían, Fran era su única esperanza para salir vivos de allí. La entrada al túnel había quedado tapiada por toneladas de rocas y tierra. Escapar por allí resultaba imposible; antes morirían sepultados.

Fuera del Túnel

Cada vez podía oír con mayor claridad los ladridos de su perro. La tormenta comenzaba a amainar y, aunque aún lloviznaba ligeramente, esas gotas diminutas le parecían lluvia celestial en comparación con lo que había tenido que enfrentar momentos antes. Siguió el curso de un torrente que se había formado de manera improvisada y que zigzagueaba entre el entramado paisaje. Dibujaba toda clase de formas, aunque, debido a la cantidad de agua y la fuerza con que transitaba, más bien parecía un enorme río provisto de sus propias cascadas y afluentes.

Skinny estaba muy cerca. Sus ladridos eran insistentes, pero había algo en ellos que... Aceleró el paso, preocupado por lo que pudiera haberle ocurrido. Tal vez había caído en alguna trampa o descubierto algún animal muerto. Cuando ya estaban a pocos metros el uno del otro, Skinny se acercó a toda velocidad, sin parar de dar brincos, ni dejar de ladrar a su alrededor, hostigándole como si intentara comunicarle algo.

Decidió seguirlo y comprobar por qué estaba tan alterado. Tras superar un pequeño terraplén, se abrió ante él un agujero de dimensiones colosales. Al aproximarse, pudo distinguir elementos arquitectónicos que sobresalían de su interior. En ese momento, comprendió que había dado con el túnel. Hacía tan solo un momento, Ainhoa le había avisado por radio del posible derrumbe. No podía ser casualidad. Sin dudarle un solo segundo, buscó un lugar por donde acceder y se lanzó a su interior sin vacilar. No había fuerza en la naturaleza más poderosa y visceral que el amor que sentía por Ana. Nada podría detenerlo ni separarlo de su alma gemela. «Ya voy, amor mío, ya estoy aquí».

Dentro del túnel

Fran persistía en la idea de encontrar una vía de escape a pesar de las enormes dificultades que le planteaba moverse por ese vertedero de barro y escombros. El calor resultaba sofocante, y la total ausencia de iluminación era desesperante, limitándole la visión a unos pocos metros. La mayoría de las veces que conseguía avanzar algunos pasos por esa torre enfangada, se veía obligado a retroceder por algún motivo. Tubos, agujeros, bloques de hormigón... un sinfín de obstáculos imposibles de franquear. Debilitado, producto del largo encierro y agotado por la inacabable escalada, empezó a dudar de sus posibilidades. Todo jugaba en su contra, pero se lo debía a Claudia. Tras tomar un breve respiro para recuperar algo de energía, siguió adelante.

Cada paso le suponía un esfuerzo titánico, pero ya no había marcha atrás. Al dar ese primer paso, unos cables se enredaron en su pie, tirando de ellos con la propia inercia de la pierna y arrastrando tras de sí un amasijo de hierros. La caída fue brutal: golpes, rasguños y, lo peor de todo, una fractura terrible en su pierna que le impidió poder seguir adelante.

Pablo, que seguía acompañado de Skinny, se movía con mucha más facilidad por el enrevesado laberinto, esquivando todos los obstáculos con una habilidad pasmosa. Después de quince minutos de avance constante, Skinny alzó el hocico y estiró la cola. Su cuerpo señalaba de manera clara y precisa un punto exacto justo detrás de una placa enorme de acero, inaccesible desde esa posición. Ante la incertidumbre de lo que se podía encontrar al otro lado, Pablo evitó realizar movimientos bruscos y retrocedió en busca de otro camino que lo llevara hasta aquel lugar. Encontró un posible candidato a varios metros de distancia, pero plagado de cables, piedras y varillas de hierro que despuntaban como lanzas afiladas. Se adentró con muchísimo cuidado, afianzando todos sus movimientos antes de dar el siguiente paso. Con paciencia y determinación, sorteó todas las trampas que encontró en su camino. Cuando por fin alcanzó el lado opuesto de la placa de acero, creyó estar soñando. Ante él, el cuerpo de un hombre atrapado entre un amasijo de hierros. El desconocido, lloraba y reía a la vez, tremendamente emocionado al contemplar la imagen de Pablo.

—Soy Pablo Artuña, inspector de policía. ¿Se encuentra bien? —preguntó, mientras examinaba la gravedad de las heridas en la pierna de Fran.

—¡Ahora sí! —Sonrió satisfecho.

—Dígame, ¿hay más supervivientes? —urgió Pablo.

—Sí, unos quince, si incluimos a los heridos críticos. Pero debe darse prisa. La montaña de escombros es muy inestable y el lodo actúa como capa lubricante, empujando hacia ellos todo lo que encuentra. Si no actúan pronto, morirán aplastados.

—Está bien, usted espere aquí. Voy a retroceder hasta donde tenga cobertura para avisar a los equipos de emergencia. Solo tardo cinco minutos.

Pablo contactó con Ainhoa y le envió la localización exacta de la entrada al techo del túnel. Las unidades de rescate ya estaban en camino, pero no podía esperar. Si Ana se encontraba allá abajo, su vida corría peligro y no pensaba quedarse de brazos cruzados esperando a sus compañeros. Volvió sobre sus pasos hasta Fran, le informó sobre la ayuda que estaba en camino y luego continuó descendiendo a toda prisa. Diez minutos más tarde, vislumbró como un par de luces diminutas se movían en la distancia. «Son linternas», pensó emocionado. Inmediatamente después, intentó gritar:

—¡Ana! ¡Ana! —Pero su voz apenas se escuchaba. Un nudo en la garganta le impedía emitir ningún sonido, atrapado por la emoción que sentía.

Aceleró el paso y corrió hacia las luces. Su corazón latía desbocado, aunque una extraña sensación de incertidumbre lo mantenía en alerta y desconfiado. Al llegar, descubrió un pequeño grupo de personas apelotonadas, prácticamente una encima de otra y enfundadas en kilos de polvo y suciedad. Estaban tan asustados y debilitados por la angustia que ni si quiera se dieron cuenta de su presencia. Avanzó entre ellos con cautela, observando cada cuerpo, cada mirada, mientras rebuscaba algún indicio de Ana. Finalmente, llegó a una mujer que yacía en el suelo sin mostrar signos de vida. Con tan poca luz no era capaz de identificarla. Se agachó, le tomó el pulso y apartó el cabello de su rostro temeroso de lo que podía descubrir. Solo era una niña y su corazón apenas latía.

—No te preocupes, pequeña, te pondrás bien —le susurró.

Algunos de los pasajeros escucharon esas palabras repletas de esperanza y, como si hubieran recibido un primer rayo de luz después de un largo invierno, empezaron a salir de su estado de letargo. La mayoría se frotaba los ojos, incrédulos ante la figura casi fantasmal del agente. Parecía un sueño imposible hasta que una voz lo convirtió en realidad.

—¿Pablo? —La voz de Ana sacudió todos los sentidos del policía y lo dejó aturdido durante unos segundos—. ¡Sabía que nos encontrarías!

—Amor mío, pensaba que te había perdido... —Una fina lágrima recorrió la mejilla de Pablo, perfilando lo que parecía una estela de felicidad entre la suciedad que cubría su rostro.

—Estoy aquí, cariño. Siempre he estado aquí. —Alargó su mano hasta el cabello de Pablo, la deslizó hasta su nuca, lo atrajo hacia ella y lo besó apasionadamente.

Media hora más tarde, la zona estaba iluminada por potentes focos, y los equipos de emergencia trasladaban los pasajeros más graves hacia el exterior. Claudia, que apenas se mantenía consciente, no podía dejar de pensar en Fran. El riesgo que había tomado para salvarlos parecía haber quedado en el olvido. Agarró con todas sus fuerzas la mochila de su amigo, como si en ese gesto pudiera transmitirle la poca energía que le quedaba. Después, una sensación de mareo y cansancio se apoderó de ella, diluyendo lentamente la figura de Fran en su mente hasta desaparecer.

Capítulo 53

El Balín. La soberbia
03 de octubre de 2018

La verdad está ahí, esperándote bajo una fina capa de mentiras, aguardando a ser descubierta.

La prensa, la opinión pública, los partidos políticos... todos, sin excepción, arremetían contra la policía dejándolos como una pandilla de incompetentes, incapaces de mantener las calles limpias de aquel virus llamado ZeZengorri. Mientras tanto, los tanatorios se llenaban de familias desconsoladas que lloraban a sus hijos muertos. El jefe de Pablo, hartado de las críticas y la falta de resultados, le dio un ultimátum:

—Inspector, estoy hasta las narices de recibir llamaditas de todo el mundo. ¿En qué estado se encuentra la investigación de esa nueva droga? —demandó el comisario, en un tono poco amigable.

—Pues verá, tenemos dos vías de investigación. Una, en la que llevamos trabajando más tiempo, está un tanto atascada, necesita madurar, pero estoy seguro de que dará sus frutos con un poco de paciencia. La otra...

—Me da exactamente igual la otra y la de más allá. A partir de hoy, dispone de un mes para resolver el caso, de lo contrario, lo pondré a regular el tráfico. Lleva en este asunto una eternidad sin mostrar ningún resultado positivo. Espabile de una vez, Artuña.

El comisario se alejó en dirección a su despacho; despotricaba y daba voces por toda la comisaría, enfurecido y malhumorado.

La segunda vía de investigación y que, debido a la poca paciencia del comisario no llegó a detallar, tan solo tenía unas pocas horas de vida. Durante la noche anterior, un operativo planificado contra la prostitución en locales de alterne de la ciudad acabó con varias detenciones de proxenetas y, de rebote, de algunos camellos, entre ellos, un viejo conocido de la policía: el Balín. Su arresto estuvo cargado de tensión y ofreció una resistencia enorme, algo inaudito para alguien que llevaba metido en el mundo de los trapicheos tantos años. Al registrar sus pertenencias, descubrieron un doble fondo en la mochila que albergaba trescientas pastillas de ZZ, con un valor en el mercado de unos doce mil euros. Un asunto realmente complicado para él, ya que no se trataba del típico tejemaneje de poca monta. Se jugaba una posible condena que oscilaba entre nueve y doce años de prisión, no solo por la posesión de estupefacientes, sino también por el agravante de pertenencia a organización criminal.

Después de la conversación con el comisario, Pablo se encaminó hacia el despacho de Ainhoa. Sabía que a ella se le daba mejor el Balín y tenían que aprovechar aquella circunstancia:

—¿Adivina a quién tienes esperando en el sótano a que le hagas una visita? —le previno Pablo, mientras se sentaba en una silla frente a su escritorio.

—¡Sorpréndeme! —contestó expectante Ainhoa, aunque sin mostrar demasiado entusiasmo.

—¡Tu amigo, el Balín! —Sonrió, consciente de lo incómodo que le resultaba a Ainhoa tener que tratar con aquel sujeto. Siempre la miraba de una manera repulsiva y babeaba cada vez que ella se giraba y le veía el trasero, lo que provocaba en ella un profundo sentimiento de asco y

aversión.

—¡Inspector, eres un...! —Se contuvo antes de completar la frase.

—El comisario nos ha dado un ultimátum. Disponemos de un mes para cerrar el caso y atrapar a Ieltxu. —Pablo hizo una pausa y continuó—. Anoche, arrestaron al Balín con trescientas pastillas de ZZ en una mochila. Lo que me llama poderosamente la atención, aparte de la cantidad de material que transportaba, es que no llevaba un solo euro encima.

—Puede ser que acabara de hacer una entrega o que lo guardara en algún otro lugar —apuntó Ainhoa.

—¿Sabes lo que creo? —respondió, levantándose de la silla y apoyando las manos sobre la mesa, acercándose casi hasta rozar el rostro de Ainhoa—. El Balín ha escalado posiciones dentro del organigrama de Ieltxu. Ya no es un simple camello de tres al cuarto encargado de vender la mercancía. Ahora controla el menudeo de la venta. Por eso llevaba las pastillas, pero no el dinero. Probablemente solo estaba reabasteciendo a su red de distribuidores.

—Si eso es así y conseguimos estirar del hilo, los tendremos. No te preocupes, si hace falta, me estoy una semana con él en la sala de interrogatorios.

—Ainhoa, ya sabes lo importante que es para mí pillar al maldito fantasma de Ieltxu. Amador llevaba grabado su nombre en el pecho cuando lo encontraron. ¡Fue él! No sé en qué líos andaba metido, pero cometió un error y lo utilizaron para mandar un mensaje a todo el mundo. ¡Se lo debo!

Ainhoa asintió y acarició el rostro de su compañero con la mano, sellando con su mirada el compromiso firme de arrancar una confesión del Balín. Los dos salieron por la puerta hacia la sala de interrogatorios. Pablo se quedaría, como otras veces, tras el cristal, mientras Ainhoa llevaría el peso de todo el interrogatorio.

—¿Otra vez por aquí?! —La cara de circunstancias de Ainhoa lo decía todo—. Espero que esta vez te portes mejor que la última y no me hagas perder el tiempo.

El Balín ni siquiera contestó; algo había cambiado en él. Su mirada parecía la de otro hombre, más firme y segura de sí misma.

—¡Está bien, te lo voy a resumir para que te quede clarito! Si no hablas y no nos cuentas todo lo que sabes acerca de esas pastillas, te van a caer doce largos años, y eso solo por este delito. Si no me equivoco, tienes abiertas siete causas más, por lo que suma y sigue... así que dime, ¿qué hacías con trescientas pastillas de ZZ?

—Me las encontré por la calle, alguien las debió perder. —No pudo evitar sonreír al final de la frase y añadió—. Aunque, si me encontrara contigo, te aseguro que no te olvidarías en la vida del buen rato que te haría pasar.

El tono que adoptaba en sus respuestas, su actitud... se sentía protegido por algo o por alguien. Ese no era el Balín que los tenía acostumbrados a mendigar medio *chute* a cambio de información.

—Ese comentario ha sido muy irrespetuoso por tu parte. Creo que tendré que enseñarte buenos modales. —Ainhoa rodeó la mesa y se acercó por detrás hasta la altura del Balín. Levantó la mano y cerró el puño con firmeza. Pasaron unos segundos eternos, hasta que gritó—. ¡Eres un hijo de puta!

Antes de que pudiera golpearlo, la puerta se abrió.

—¿Qué estás haciendo, Ainhoa? ¿Te has vuelto loca? —le reprochó Pablo.

—Es un baboso asqueroso. Lo único que se merece es que le dé una buena hostia. —Sus ojos parecían estar a punto de salir de las órbitas, encolerizados y llenos de resentimiento.

—¡Acompáñame afuera! —exigió Pablo, apuntando con el dedo hacia la entrada.

Ambos se dirigieron lentamente hacia la salida y cerraron la puerta tras ellos. Se miraron a los ojos impertérritos, sin mostrar ningún tipo de grieta en sus expresiones. Sin embargo, finalmente, Ainhoa no pudo contenerse más. Sus labios empezaron a temblar, acompañados por unos ruiditos graciosos que escapaban de su boca. Inclínó el cuerpo hacia adelante y estalló en un mar de risas irreverentes.

Capítulo 54

El Balín. La decisión

03 de octubre de 2018

Aprovechar las oportunidades que nos presenta la vida implica estar dispuestos a tomar riesgos.

La clave del interrogatorio radicaba en hacer creer al sujeto que en ningún momento tenía el control de la situación. Ante escenarios como este, donde el individuo presentaba una actitud claramente desafiante, siempre adoptaban la misma estrategia: el método del *poli bueno* y el *poli malo*. Aunque resultaba muy peliculero, a la hora de la verdad demostraba ser enormemente eficaz.

Bajo cualquier pretexto, el agente que estaba dentro de la sala se ponía agresivo y simulaba un intento de agresión, lo que provocaba una reacción de absoluta desaprobación en su compañero. A continuación, el poli bueno tomaba el relevo y continuaba con el interrogatorio:

—¿Te has vuelto loco, Balín? —El tono de Pablo expresaba cierta complicidad y cercanía—. Ainhoa no está para aguantar tus tonterías; si la vuelves a vacilar, es posible que no llegue a tiempo la próxima vez. Menuda manera de empezar...

—Pero si solo le he dicho que está buenísima —contestó indignado.

—A ver si te entra en la mollera. La subinspectora, cuando entra en esta habitación no es una mujer. No viene a ligar contigo ni a pavonearse. Es una oficial de policía y, si no la respetas, te romperá la cara y lo hará de tal forma que no te quedarán marcas ni secuelas visibles, solo sentirás dolor. ¿Entendido?

—¡Entendido!

Pablo dio media vuelta y salió de la habitación en busca de Ainhoa, quien había seguido la conversación a través del cristal.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó, tratando de adjudicarse su parte de mérito en la interpretación.

—¡Genial! Tendremos que considerar presentarnos en el próximo festival de cine de Donostia, aunque, por supuesto, yo como estrella protagonista y tú como mejor actor de reparto.

—Las risas inundaron el pasillo de la comisaría.

—¿Nos vamos a tomar un cafetillo? —preguntó Pablo, que aún le caían las lágrimas de la risa.

—¡Claro que sí! No hay ninguna prisa.

La siguiente parte del plan consistía en dejarlo solo con sus pensamientos un buen rato. El interrogatorio ni siquiera había comenzado, y él ya estaría agotado antes de empezar. Cuando volvieran, su actitud hacia ella habría cambiado drásticamente. Sin embargo, el estado de ánimo del Balín pasaría por varias estaciones hasta comprender que estaba solo, que ni su arrogancia ni quien fuera que estuviera protegiéndole en la distancia estaban en esa habitación para ayudarlo. Solo así conseguirían que hablase. El desgaste emocional era crucial, pero el agotamiento físico también jugaba su papel en el caso de adictos como él. Una hora más tarde, la puerta volvió a abrirse.

La mirada de Ainhoa irradiaba un odio desmedido. Cada uno de sus gestos, su manera de moverse, todo en ella proyectaba desprecio e indiferencia hacia él. El Balín no dejaba de tragar saliva, mientras observaba de reojo cada movimiento de la subinspectora.

—Volvamos a empezar —estableció con tono sereno y pausado—. ¿Quién es tu proveedor y a quién distribuyes la mercancía?

—No me acuerdo de nada, se me ha estropeado el disco duro, jefa.

—¡Está bien! ¿Sabes cómo arreglo yo las cosas que no funcionan?

—Pues... no.

—¡A golpes! Les arreo una buena hostia y... magia, vuelven a funcionar.

—Usted no puede ponerme un dedo encima, es una agente de la ley. —Sonrió, creyéndose a salvo.

Ainhoa cruzó la breve distancia que los separaba, y sin más preámbulos que su mano elevándose en el aire, le soltó un solemne manotazo en el cogote.

—¿Te parece ahora que no te puedo tocar?

—¡Se ha vuelto loca! ¡Alguien debería detenerla! ¡Déjeme en paz!

Las siguientes dos horas transcurrieron repitiendo una y otra vez las mismas preguntas. El Balín, que comenzaba a evidenciar clarísimos síntomas de ansiedad por el mono, seguía sin dar el brazo a torcer. Aunque en ocasiones parecía que estaba a punto de hablar, al final siempre se echaba atrás y se encerraba en sí mismo con tanto hermetismo que incluso Pablo llegó a dudar de que pudieran sacarle ninguna información. La situación se volvía cada vez más desesperante, por lo que decidió intervenir y utilizar la única carta que les quedaba. Entró en la sala con el semblante serio y con una carpeta bajo el brazo. Ainhoa se giró expectante; esa aparición no estaba planeada, pero era evidente que el interrogatorio estaba naufragando y había que hacer algo. Pablo acercó una silla y se sentó junto a ella en silencio, meditando cómo iniciar la conversación:

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —La voz de Pablo era afectuosa, parecida a la de una madre acunando a un niño.

—Mucho, jefe. Como mínimo, más de quince años.

—¿Y en todo este tiempo, alguna vez hemos incumplido alguno de nuestros acuerdos contigo? Siempre que has colaborado con nosotros, a cambio, te hemos ayudado en lo que hemos podido: reducción de penas, ayuda cuando tenías el mono, algunos billetes para salir adelante por tu información... Mira, te lo voy a explicar de la forma más clara que pueda: sé que trabajas para Ieltxu. Te ha dado trabajo y confía en ti, y eso está muy bien, pero lo que quizá no sepas es que Ieltxu tiene las horas contadas. Un miembro muy cercano de su organización lo ha delatado y tarde o temprano lo detendremos. Conocemos su identidad, su residencia, qué come, incluso las veces que respira por minuto; solo es cuestión de tiempo que cometa un error y se deje ver, y entonces, ya será demasiado tarde para ti. Tu oportunidad pasa por el ahora. Solo tienes que decirme quién es tu contacto y cómo te pasa la droga, y saldrás por esa puerta libre ahora mismo. Sin jueces ni condenas. Solo tú y la libertad.

—Necesito tiempo para pensarlo. —Su voz ya no rezumaba seguridad, invadida ahora por el virus de la duda que le carcomía de manera voraz por dentro.

—Escúchame, Juan. No solo te arriesgas a doce años de prisión, sino también a lo que te perderás durante ese tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—A tu hijo, Felipe, de siete años. Cuando salgas, tendrá diecinueve y... ¿qué clase de futuro

crees que le espera? Crecerá sin haber conocido a su padre y sin haber tenido una sola oportunidad. Sin dinero y rodeado del peor ambiente. Lo que hoy te ofrezco no es la libertad. Lo que te ofrezco es una nueva vida, la posibilidad de volver a comenzar junto a tu mujer y tu hijo, lejos de este entorno, en otro lugar donde solo seas Juan Machín.

—¿Solo Juan Machín...?! —Parecía como si hubiera olvidado su verdadero nombre, perdido en algún momento de su pasado. Era la oportunidad que tanto había anhelado y, por fin, la tenía delante de él; solo tenía que decir...—: ¡Acepto!

Capítulo 55

Bianca. La impotencia

10 de agosto 2018

La amistad no deja de ser un vínculo misterioso que ha unido dos almas en un compromiso silencioso.

Cuando Bianca apenas contaba con nueve años, su padre solía llevarla durante las vacaciones de verano a pasar el día a su empresa. Le encantaba corretear entre los despachos e inundar con toda clase de preguntas a los sufridos empleados. Veía a todas aquellas almas como auténticos superhéroes, con sus batas blancas y sus probetas en mano, moviéndose de aquí para allá mientras trabajaban en fórmulas complejas que salvarían multitud de vidas. A medida que crecía, todo su empeño e ilusiones se centraron en hacer realidad sus sueños. Finalmente, logró obtener la licenciatura en biología molecular y farmacología. Su vida estaba destinada a seguir el camino que su padre había emprendido junto a ese grupo de personas que trabajaban a su lado.

«¿En qué momento me desvié del camino?», se sorprendió preguntándose a sí misma. Ahora, su vida era un auténtico calvario. El sentimiento de culpabilidad lastraba su día a día como un yugo insufrible, y rememoraba tortuosamente el terrible trato que había acordado con Ieltxu. Desde su encuentro con la policía en el aeropuerto, se sentía vigilada a todas horas, ya fuera en el trabajo, en eventos, en su hogar... Teléfonos con interferencias sospechosas, vecinos que nunca antes había visto paseando perros frente a su casa, extrañas averías de gas, electricidad... Todo en su cabeza irradiaba una sensación delirante de pánico que se acrecentaba con el paso de los días de manera exasperante. A punto de enloquecer, carcomida por el remordimiento y el cúmulo de errores que la habían llevado hasta esa situación, tomó la decisión más difícil de todas. Se entregaría a las autoridades y lo confesaría todo. De inmediato y absolutamente decidida a redimirse, cogió el teléfono y llamó a Antonio:

Nada más descolgar y sin tiempo a decir nada, Bianca soltó la noticia.

—Me voy a entregar, Antonio. No puedo soportar más esta situación —reveló de manera abrupta.

—¡Pero, señora! ¡No puede hacer eso! Las consecuencias para usted y Pharmiten serían devastadoras —replicó Antonio, un tanto alterado por la confidencia.

—No me queda otra alternativa. Los periódicos informan cada día de más muertes a causa de esa nueva droga y... —hizo una pausa y añadió—: La familia de aquellos dos jóvenes que murieron en la carretera merece saber la verdad.

En ese momento, se oyó un ruido extraño en el dispositivo, como si estuviera sufriendo interferencias. Antonio se puso en alerta al instante.

—¡Cuelgue ahora mismo! —ordenó—. No es seguro hablar por teléfono. Dentro de un par de horas pasaré por su casa, pero de momento no haga nada, ¿me entiende? ¡Nada!

Bianca comprendió enseguida lo que sucedía y cortó la comunicación. Sus sospechas no eran infundadas. Ya no había marcha atrás, la decisión estaba tomada.

Sin embargo, la realidad que se escondía detrás de ese ruido misterioso superaba con creces la

paranoia de Bianca. En una habitación atemporal, sin cuadros ni ventanas, un desconocido sentado frente a un ordenador había escuchado toda la conversación. Aunque parecía cansado y preocupado, también estaba notoriamente satisfecho. Las predicciones de su jefe se habían cumplido y ahora tendrían que hacer algo contundente de verdad para enseñarle a Bianca que un trato con Ieltxu no se podía quebrantar.

Ieltxu sabía muy bien que el miedo era un arma poderosa, mucho más eficaz que un simple asesinato o el uso directo de la violencia. Su principal método de persuasión resultaba tan simple como eficaz: infundir el máximo temor en sus víctimas a través de la incertidumbre a las consecuencias inimaginables ante una traición, y casi siempre era efectivo. En el caso de Bianca, ella parecía estar dispuesta a testificar, lo cual suponía un ligero contratiempo, pero nada que no se pudiera arreglar con los incentivos adecuados.

Un par de horas más tarde, Antonio se presentó en casa de Bianca.

—Por fin has llegado. Estaba muy nerviosa. —Su mano no dejaba de temblar mientras cerraba la puerta de la entrada.

—Bianca, yo... —No pudo acabar la frase.

—¿Crees que en casa también habrá escuchas? He bajado todas las persianas y cerrado las ventanas. Si quieres, puedo poner música con el volumen alto, lo vi en una película...

—¡Bianca! —gritó—. No lo puede hacer, olvídese de declarar. Se lo suplico.

Bianca se quedó muda, intentando asimilar las palabras y el tono de voz que acababa de utilizar su viejo amigo.

—Tengo que hacerlo. Todas esas muertes me están volviendo loca.

—No lo entiende, jefa. Si habla, se llevarán a mi nieto. Lo venderán como si fuera mercancía en cualquier rincón del mundo y no lo volveremos a ver jamás. A usted no le espera nada mejor. Mañana las fotos más escabrosas e insensibles del accidente serán portada en todos los periódicos de Donostia y el paquete entero con toda la información se enviará a la policía. Después de hundirla y perder todo lo que tiene, irá a parar a la cárcel y allí vivirá un infierno... me lo han garantizado.

—Entonces... las escuchas... ¿no eran de la policía? —respondió sorprendida.

—¡No, siempre fue Ieltxu!

—Hace media hora, cuando me dirigía hacia aquí, un coche me ha golpeado por detrás. Me he detenido para examinar los daños del vehículo y, al bajar, dos hombres me han amenazado discretamente con una pistola. Me han obligado a subir a su coche y me han llevado a dar una vuelta hasta ahora.

—¡Dios mío, Antonio! ¿Te han hecho daño? —El estado de Bianca se percibía volátil, a punto de sufrir una crisis nerviosa.

—Estoy bien, pero... no puede hablar. Si lo hace...

Toda la fortaleza de la que siempre había alardeado Bianca se vino abajo en un instante. Rompió a llorar y se fundió en un largo abrazo con Antonio, aunque aquellas lágrimas no eran de miedo, sino de impotencia. No podía soportar la idea de que Ieltxu se saliera con la suya, pero la vida de un niño estaba en juego y destrozar el corazón a su mejor amigo no entraba en sus planes. No sabía cómo, pero tenía que encontrar otra manera de poner fin a su peor pesadilla.

Capítulo 56

Pablo. La resolución

05 de enero de 2019

La vida no es más que el juego caprichoso de una mente perversa que nos desafía con cada nuevo día.

El trato fue el siguiente: durante las semanas posteriores, el Balín continuaría con su rutina habitual. Acudiría regularmente a sus citas con el proveedor de la droga y la seguiría distribuyendo de la misma manera. Nada en su vida podía cambiar en lo más mínimo. Él proporcionaría toda la información relevante sobre los intercambios: lugar, hora, nombres... y a cambio, obtendría una nueva vida para él y su familia. Podría elegir la ciudad en la que establecerse y le ayudarían a encontrar un nuevo trabajo. En cuanto a los gastos iniciales, echarían mano de una partida especial destinada a cubrir contingencias de este tipo.

El Balín cumplió con su parte del acuerdo, mientras que la unidad de Pablo elaboró un sofisticado plan de seguimiento, escuchas y vigilancia de todo el perímetro donde se realizaba el intercambio. El lugar escogido para el canje siempre era el mismo: un rincón oscuro y poco transitado dentro de la zona portuaria. Un motorista acudía al punto de encuentro con una mochila que lanzaba a su paso cuando se cruzaba con el Balín. No se paraba ni se quitaba el casco; solo la lanzaba y aceleraba. Las investigaciones revelaron que, aunque la moto siempre parecía ser la misma, la matrícula nunca coincidía. Todas las placas eran falsas o robadas. Aunque el área de los muelles no era demasiado extensa, les llevó varios días determinar que la moto nunca salía del recinto portuario. Solo la utilizaban para el intercambio y después la escondían dentro de uno de los almacenes de la zona.

La estrategia estaba clara: identificar al hombre de la moto y seguirlo hasta localizar al siguiente eslabón en la cadena. El plan no se limitaba a dar con un simple alijo de pastillas, era mucho más ambicioso y arriesgado. Su verdadero objetivo consistía en poner fin al reinado de Ieltxu.

En cuanto al almacén, contaba únicamente con imágenes de vigilancia provenientes de circuitos cerrados; acceder a esas grabaciones desde el exterior resultaba imposible. Además, debido al constante flujo de personas y los rigurosos controles de seguridad durante el día, resultaba inviable acceder al recinto sin comprometer la misión. No obstante, las circunstancias cambiaban durante la noche, ya que solo un reducido número de trabajadores se encargaba de llevar a cabo labores de mantenimiento en zonas muy específicas.

El sospechoso, después de aparcar la moto, nunca se dejaba ver. Intuyeron que esperaba hasta la mañana siguiente y se escabullía durante el alboroto que se formaba a primera hora. Aunque no fue fácil, lograron infiltrar un equipo de vigilancia formado por un trabajador del puerto y un agente encubierto. Era la única manera de no llamar la atención; varias caras nuevas en un lugar como ese hubieran sido vistas con desconfianza. En cambio, una sola, acompañada de otra conocida, no levantaría sospechas, e interpretarían fácilmente que se trataba de una sustitución temporal.

Conseguir alguna imagen del individuo no fue fácil, pero finalmente, en un golpe de suerte, se obtuvieron varias instantáneas: al volver de la máquina de café, el agente infiltrado, que llevaba un dispositivo oculto en uno de los botones de la camisa, se topó de frente con él y lograron recoger las suficientes imágenes del sospechoso para su identificación. Su aspecto era rudo y hosco. No levantó la mirada en ningún momento y siguió caminado indiferente ante la presencia del oficial, hasta desaparecer por una de las puertas que daba acceso a varios almacenes privados, entre ellos, los de la compañía Pharmiten.

Solo hicieron falta unas pocas horas para identificarlo y organizar un operativo de vigilancia. Al descubrir el nombre de Pharmiten en uno de los informes elaborados por la unidad de investigación, indicando que se trataba de uno de los ocupantes de la nave, Pablo y Ainhoa establecieron en el acto un más que probable vínculo entre ambos. De repente, no solo habían puesto nombre y apellidos al misterioso motorista, conocido tan solo por el nombre de Dimitri, sino que, con toda probabilidad, si entraban en ese almacén, descubrirían ZZ escondido en alguna parte. Sin embargo, por el momento no querían llamar la atención con ninguna operación policial y dejar al descubierto todo el trabajo conseguido hasta el momento. La intervención en el almacén la dejarían para un momento más adecuado.

Durante las siguientes semanas, lograron trazar las diversas conexiones entre los integrantes de la organización, así como identificar las cinco casas francas que utilizaban para todos sus negocios. Paralelamente, recibieron alertas de las fuerzas de seguridad en Bolivia, Colombia y Venezuela, advirtiéndoles sobre una nueva droga que se propagaba desde hacía unos meses en las calles. Esta droga, presentada en pastillas de color rojizo con el perfil de la cabeza de un toro grabado en ambos lados, estaba causando estragos entre la población de adictos. Su precio era el más bajo del mercado y sus efectos estaban asegurados; una combinación perfecta para ese tipo de personas, que habían encontrado en esa sustancia lo que siempre habían estado buscando.

Después de identificar a todos los miembros de la organización criminal, fue relativamente sencillo establecer las conexiones entre ellos y sus respectivas funciones dentro del intrincado entramado de negocios. Las ansias expansionistas de Ieltxu destaparon un conjunto de empresas ficticias que emitían facturas falsas de compraventas internacionales, con el fin de justificar el enorme montante de pagos que necesitaban para blanquear la ingente marea de droga que se estaba exportando. El flujo de dinero era constante y todo estaba medido al detalle; sin embargo, el grupo delictivo se estaba adentrando en una espiral cada vez más grande y peligrosa, donde un simple error podía tirar por tierra todo el entramado.

La decisión estaba tomada. Esa noche, llevarían a cabo una operación conjunta con las distintas fuerzas de seguridad. Se realizarían registros en las cinco casas que aglutinaban gran parte de sus negocios y en varios domicilios particulares, donde se procedería a la detención de los integrantes de la banda y se inspeccionarían todos los recovecos en busca de información, armas y drogas. Además, se intervendrían un par de almacenes, tres locales de alterne y un carguero amarrado en el puerto con destino a Venezuela.

Aunque había tardado más tiempo del que había planeado, la organización criminal estaba a punto de caer. No obstante, había un asunto que seguía llevando de cabeza a Pablo: no había sido capaz de identificar con certeza a Ieltxu, quien continuaba siendo un enigma, extendiendo y fortaleciendo su leyenda con cada día que transcurría.

Capítulo 57

Ana, Bianca, Pablo, Antonio. Operación Fumarel

05 de enero de 2019

El amor, en su forma más pura, representa el acto incondicional más hermoso que existe.

21:16

Ana

A pesar de que el reloj marcaba más allá de las nueve de la noche, Ana seguía en su despacho. Esperaba impaciente alguna noticia de Pablo. Una de las ventajas de ser la pareja de un inspector de policía residía en que, tarde o temprano, siempre lograba obtener algún detalle de sus investigaciones. Su habilidad para persuadirlo era insuperable y con una destreza propia de la mismísima Mata Hari, encontraba la manera de sonsacarle y descubrir los detalles de cualquier caso. En esa ocasión no había sido diferente y, en un desliz, se le escapó el nombre de Ieltxu. Solo bastó una palabra para poner en alerta a Ana y, como solo ella sabía hacer, maniobrar para sonsacarle el resto de la información a su querido Pablo. Incluso llegó a detallarle varios aspectos de la operación que se llevaría a cabo esa misma noche.

Pablo

El operativo no comenzaría hasta las once de la noche, pero las catorce unidades de información y vigilancia permanecían atentas a cualquier movimiento que se saliera de lo normal. No querían correr ningún tipo de riesgo, y la perfecta coordinación entre todos los equipos era crucial para garantizar el éxito del plan. Si un solo hombre de Ieltxu intuía que se les estaba vigilando y daba la voz de alarma, perderían el efecto sorpresa y, con ello, la mitad de las pruebas y evidencias de los delitos que se estaban cometiendo en el interior de los locales.

Bianca

Siempre le habían fascinado el sabor y los aromas del primer sorbo de una copa de vino. En ocasiones, incluso llegaba a despreciar seguir bebiendo del mismo caldo. Sola, en la intimidad de su casa, se paseaba descalza, sumida en su propio mundo. Escuchaba absorta en una especie de trance a su cantante preferido, Michael Bublé, cantando *Love You Anymore*. Era en esos momentos cuando dejaba volar su mente, alejada de los despachos, las reuniones y los aviones, amparada por la seguridad que le proporcionaban las paredes de su hogar. Cerraba los ojos y dejaba que sus brazos se movieran al ritmo de la melodía. Abstraída de todo cuanto la envolvía, rozaba por un momento la tan anhelada paz interior. El teléfono sonó, más estridente y perturbador de lo habitual, rompiendo aquel momento sublime con rudeza.

—¿Quién es? —refunfuñó Bianca, molesta por la interrupción.

—¡Está muy mal, mi hijo está muy mal! —La voz de Antonio, desgarrada y llena de dolor, resonó al otro lado, dejándola sin aliento por un momento.

—Pero, Antonio... ¿a quién te refieres? —indagó, preocupada.

—Mi hijo, Julián. Lo han encontrado inconsciente y medio muerto en un parque del centro. Ha sido el maldito Ieltxu. ¡Lo sé!

—Tranquilízate y explícame qué ha pasado —intentó calmarlo, utilizando un tono de voz lo más suave que pudo.

—Alrededor de las siete de la tarde, alguien que paseaba por el parque llamó a los servicios de emergencia. Mi hijo estaba tendido en el suelo y no se movía. Los sanitarios al llegar pudieron estabilizarlo. Tenía problemas respiratorios y el corazón apenas le latía. Durante el traslado al hospital, sufrió un paro cardíaco, pero por suerte lograron reanimarlo. Ahora se encuentra estabilizado en la UCI, sin embargo sigue en peligro. La verdad es que temen seriamente por su vida.

—¡Dios mío, Antonio! ¿Puedo hacer algo por vosotros? Dime dónde estás y voy enseguida. Hablaré con los doctores y, si hace falta, haré que venga el mejor especialista del mundo para tratarlo.

—Se lo agradezco, pero no se preocupe, el chico está bien atendido y ahora mismo debo encargarme de otro asunto.

—Espera, antes mencionaste a Ieltxu. ¿Tu hijo tiene alguna relación con ese hombre?

—No, no se trata de eso. Mi hijo es adicto. Lleva años entrando y saliendo de centros de rehabilitación, pero nunca ha logrado mantenerse limpio por mucho tiempo. Hoy, cuando lo encontraron, tenía en su posesión varias pastillas de ZZ. —Su voz sonaba vacía, como la de alguien que lo ha perdido todo—. No aguanto más... alguien tiene que tomar medidas en este asunto.

—No te precipites... ¿Qué vas a hacer? Piensa en tu nieto. Esa gente no se anda con tonterías —le suplicó, alertada por el estado de enajenación que sufría su amigo.

—No hay marcha atrás. Hoy pagarán por todo el daño que han provocado. Adiós, Bianca.

—¿Antonio? ¡¿Antonio?! —Al otro lado del teléfono ya no había nadie, solo el sonido intermitente que avisaba de que el otro interlocutor había colgado.

21:42

Ana

La emisora de la policía llevaba un buen rato sin avisos de relevancia. Nada hacía sospechar que la operación *Fumarel*, así la habían denominado desde la central de información, sufriera ningún tipo de contratiempo; todo iba viento en popa. La redacción permanecía prácticamente vacía, solo cuatro rezagados en busca de algún tipo de mérito asomaban la cabeza desde su rincón de trabajo. Ana llevaba batallando catorce horas seguidas. Preparaba lo que sería la gran noticia del día siguiente y con la que se despertarían todos los ciudadanos de Donostia. De repente, un rugido proveniente de su estómago le recordó que no había probado bocado en todo ese tiempo. Había subsistido únicamente a base de cafés americanos. Salió de su despacho y se dirigió hasta una sala que hacía las funciones de área de descanso, donde la gente aprovechaba para comer, beber algo de la máquina expendedora, y más de uno para fumarse un cigarrillo. Al regresar a su despacho, mientras se relamía con unos simples palitos, no pudo evitar pensar en el

desastre en que se había convertido. Tenía que hacer algo con el tema de las comidas. «Si mi madre me viera», pensaba resignada. Su teléfono móvil sonó:

—Dígame —contestó Ana.

—¡Necesito hablar contigo con urgencia! —instó una voz al otro lado del teléfono.

—¿Quién eres? Tu voz... me resulta muy familiar —indagó extrañada.

El silencio se adueñó de la conversación por unos instantes. Fueron apenas unos segundos, pero se convirtieron en una eternidad para la periodista. Intuía que esa manera de hablar, tan pulcra y refinada, ya la había oído antes, pero no lograba ubicarla. Por fin, oyó las palabras que tanto había esperado.

—Soy Blanca... bueno... seguro que ya te lo imaginas... en realidad, soy Bianca Gámez.

—¡Sabía que eras tú, siempre fuiste tú! Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué hoy? —preguntó, con la certeza de que esa llamada no podía ser una coincidencia minutos antes de la operación policial.

—Necesito ayuda y solo me puedo fiar de ti. Eres la única persona que intenta sacar a la luz todo el mal que está haciendo el maldito ZZ.

—¿Cuándo quieres que nos veamos? —aceptó de inmediato. No podía rechazar la oportunidad de hablar con la dueña de Pharmiten, especialmente después de escuchar la palabra clave: ZZ.

—¡Ahora mismo! —contestó tajante—. Escúchame, la vida de un hombre corre peligro y si no hacemos algo, temo que le pueda suceder cualquier cosa y... eso es algo que no podría perdonarme jamás.

—De acuerdo, estoy en el periódico preparando un artículo. Si vienes ahora, hablaremos, pero esta vez sin medias verdades. Quiero que seas sincera conmigo. ¿Estamos de acuerdo?

—En veinte minutos estaré allí. —Bianca finalizó la llamada sin despedirse.

22:06

Antonio

Después de colgar, Antonio condujo su coche directamente hasta la zona portuaria de Donostia. Sin siquiera darse cuenta, había llegado hasta allí, justo enfrente de una diminuta garita donde un guardia de seguridad le hacía señas para que avanzara hacia él. No recordaba nada de las últimas dos horas. Algo en su cabeza había dicho basta y, superado por la presión y el dolor, había entrado en un estado de evasión mental. Su único objetivo era dar cuenta del hombre que había estado a punto de matar a su hijo, y la mejor forma de hacerlo era destruir lo que más amaba: ZeZengorri. El vigilante, un viejo amigo de la adolescencia, lo reconoció enseguida, le dio paso y levantó la barrera.

—¿Qué tal, Antonio? ¿Qué haces por aquí a estas horas? —preguntó el guarda, a la vez que dejaba ir un largo bostezo.

—La alarma de movimiento del almacén ha saltado varias veces. Desde la empresa de seguridad me dicen que está todo bien, pero no me acabo de fiar y, como andaba cerca de aquí, preferí asegurarme de que todo está en su sitio. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

—¡Claro, claro...! —Hizo un gesto con la mano, indicándole que siguiera adelante—. Cuídate mucho y alegra esa cara, amigo.

Antonio levantó levemente la mano en señal de agradecimiento y continuó adelante,

adentrándose en el entramado de arterias que conformaban el conglomerado de almacenes, tinglados y casetas del puerto.

Pablo

—Atención a todas las unidades del puerto. Tenemos un motorista no identificado acercándose rápidamente a la posición del Balín. No se dejen ver y actúen con extrema cautela. No nos interesa que suceda nada fuera de lo común.

Todas las posiciones de vigilancia confirmaron que habían recibido el mensaje y se mantuvieron alerta.

El motorista habitual era Dimitri, pero de vez en cuando y sin causa aparente la entrega la hacía otro lugarteniente de la organización. Esta vez todo discurrió igual que en ocasiones anteriores. El Balín recogió la que sería su última entrega de mercancía y se escabulló sin dejar rastro. A partir de ese día, su vida tomaría un nuevo rumbo. Se trasladó con su familia para vivir bajo una nueva identidad, en un apartado pueblo de Asturias. Allí se entregó a la carpintería, un oficio que parecía llevar impreso en su ADN y en el que demostró tener un gran talento, a pesar de que nunca antes había empuñado un martillo.

Ana y Bianca

Bianca atravesó como una exhalación el vestíbulo del periódico. No tenía tiempo que perder y Ana era la única en quien podía confiar. Había demostrado repetidamente su firme compromiso con las causas imposibles y una profesionalidad fuera de toda duda. Subió las escaleras hasta la tercera planta y se abrió paso a través de la redacción hasta el despacho de Ana.

—¡Hola, Ana!

—Qué tal, Blanca, o mejor dicho... Bianca —contestó irónicamente mientras se levantaba de la silla y se acercaba a ella.

—Lo siento, pero todo aquel paripé fue por una razón. Estaba amenazada y tenía que ocultar mi identidad, aunque, por otro lado, necesitaba hacer algo. No soportaba seguir viendo cómo ZeZengorri destrozaba una vida tras otra.

—Está bien, no voy a juzgarte. Tenías tus razones y con eso me vale.

—He venido hasta aquí porque necesito tu ayuda otra vez.

—¿De qué se trata? —indagó. El instinto periodístico siempre estaba al acecho, y más aún cuando la fuente era Bianca Gámez.

—Alguien muy especial para mí ha estado a punto de perder a su hijo hoy por culpa de esa maldita droga. Cuando me ha llamado parecía estar ido y temo que vaya a realizar alguna locura. Sé que tu pareja es el inspector Pablo Artuña y tal vez él pueda ayudarme a encontrar a mi amigo Antonio e impedir que lo maten.

—Si ha estado a punto de perder a su hijo, es comprensible que esté alterado, pero de ahí a que lo maten...

—Escúchame con atención. Antonio ha trabajado más de cuarenta y cinco años para mí, y te aseguro que sé de lo que es capaz. Ha tratado con muchos indeseables, y no me extrañaría que

fuera armado.

—De acuerdo, lo llamaré. Pero ¿se te ocurre a dónde puede haber ido?

—¡Sí! A un almacén que tiene Pharmiten en el puerto.

—¿Y qué tiene que ver Pharmiten con todo esto?

—Es una historia muy larga y prometo explicártela, pero ahora tenemos que centrarnos en Antonio. Lo que necesitas saber es que Ieltxu está usando uno de mis almacenes como centro distribuidor de ZZ. Estoy segura de que él se dirige hacia allí para interrogar a uno de sus matones y averiguar dónde se encuentra escondida esa rata.

En ese momento, Ana comprendió lo compleja que se había vuelto la situación. Si Antonio aparecía en pleno operativo, lo más probable es que desbaratara todos los planes de la policía. Si se presentaba en el almacén, no se andaría con medias tintas y montaría un buen espectáculo. Esto no solo alertaría a los hombres de Ieltxu, sino que también pondría en aviso a todo el puerto.

—¡Hay que llamar a Pablo ahora mismo! —exclamó Ana, visiblemente nerviosa—. Tu amigo no tiene ni idea de en lo que se está metiendo.

22:26

Pablo

Después de recibir la llamada de Ana, se valoraron diferentes opciones. En ningún caso abortarían el plan trazado; tan solo y en el caso del puerto, esperarían a que las circunstancias avalasen la intervención. El vehículo de Antonio ya había sido identificado y circulaba sin prisas por la zona portuaria sin levantar ningún tipo de sospecha. Parecía un empleado más que se dirigía perezosamente hasta su trabajo. Dio varios rodeos hasta llegar a la nave que albergaba el almacén. Una vez allí, estacionó su coche a varios metros de la entrada, apagó el motor y se atrincheró en su interior. Pablo permanecía a la expectativa, sin acabar de entender cuáles eran las verdaderas intenciones de Antonio. Optó por aguardar, sabiendo que quedaban algunos minutos. No podían delatarse todavía.

Bianca y Ana

Bianca insistía repetidamente en llamar al teléfono de Antonio. «Apagado o fuera de cobertura» contestaba cada vez el aparato. Su móvil no daba señales de vida. La incertidumbre y la desesperación iban haciendo mella en su estado de ánimo. No podía permitir que le pasara nada. Después de todo, gran parte de lo que estaba ocurriendo era culpa suya. Por fin, se armó de valor y reveló a Ana los detalles de su relación con Ieltxu: el fatídico accidente de coche durante aquella noche de verano, los cuerpos sin vida de la joven pareja y cómo el miedo nubló por completo sus sentidos, llevándola a pactar con el mismísimo diablo, lo que había desencadenado una interminable pesadilla desde ese día.

—Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí a esperar noticias. —Se incorporó y agarró su bolso—. ¿Te vienes conmigo?

Ana no podía contarle nada acerca de la operación *Fumarel*, por lo que decidió acompañarla y mantenerla así bajo control. Sabía que mientras estuviera a su lado, podría vigilarla y evitar que cometiera alguna estupidez.

—¡Sí, claro!

«Seguro que Pablo está encantado cuando nos vea», pensó con ironía.

22:55

Antonio

Llevaba media hora en el interior del coche, observando las idas y venidas de los escasos trabajadores que aún pululaban a esas horas por el puerto. Esperaba el momento adecuado para llevar a cabo su plan, consciente de que no habría marcha atrás una vez cruzara esa puerta. Sentía cómo el corazón le latía acelerado, mientras un sudor frío recorría su cuerpo concentrando todo el odio acumulado en la pistola que sostenía con firmeza en su mano derecha.

«Te quiero, hijo mío, siempre te he querido muchísimo», fue su último pensamiento antes de salir del vehículo y dirigirse resuelto hacia la entrada de la nave.

Pablo

—Pero... ¿qué está haciendo? ¡Lo va a echar todo a perder! Solo quedan cinco minutos... — La reacción airada de Pablo dejó a Ainhoa paralizada. No quedaba prácticamente tiempo para el inicio de la operación y esa intervención no prevista amenazaba con arruinar los meticulosos planes que habían trazado. Un nuevo aviso por la frecuencia policial acabó por sacar de sus casillas al inspector:

—¡Atención! Dos mujeres acaban de aparcar su coche frente a la nave. Solicito instrucciones.

—¿Qué está pasando aquí?! —gritó Pablo—. Pero... ¿quién controla los malditos accesos? ¿Acaso están organizando una fiesta sorpresa en medio de nuestra operación y yo no me he enterado?

—Solicito instrucciones... —repetía la voz de la radio, aguardando una respuesta.

—Por favor, que alguien le diga a ese agente que se calle de una vez y, Ainhoa, verifica el estado de todos los puestos de vigilancia y los equipos de intervención. Solo quedan cinco minutos y necesito que estén listos ya.

—Enseguida —respondió Ainhoa con determinación.

—¡Atención, atención! Identificación positiva de una de las mujeres que han salido del coche. Se trata de Ana Torres... la pareja del inspector —anunció la voz.

La expresión de Pablo se transformó en un témpano de hielo, rígida e impertérrita, como si aquella afirmación lo hubiera arrojado a un anfiteatro rodeado de leones y su vida pendiera de un hilo. Su reacción no se hizo esperar:

—Todos los equipos dispuestos, intervenimos... ¡ahora!

23:00

Antonio avanzó con sigilo hasta llegar a una pequeña sala acristalada ubicada dentro del almacén de Pharmiten. En su interior, se encontraba Dimitri junto a otro hombre de la banda. Veían tranquilamente un partido de fútbol en la televisión, confiados en que nadie en su sano

juicio se atrevería a irrumpir en las instalaciones. Movido por un deseo incontrolable de venganza y sin estudiar en lo más mínimo las condiciones del entorno, abordó con su arma a los dos individuos.

—Muy bien, se acabó el recreo —irrumpió en el recinto a viva voz y luego agregó—: Las manos en alto y contra la pared.

Ambos hombres se levantaron de sus asientos, sorprendidos y atemorizados. La expresión en el rostro de Antonio estaba cargada de odio. Dimitri rompió el silencio:

—¿Sabes dónde te estás metiendo, Antonio? —inquirió con aires de autosuficiencia.

—¡Vaya!, ¡¿así que te acuerdas de mí?! —Esbozó una sutil sonrisa nerviosa.

—No solo me acuerdo de ti, sino que también me acuerdo de lo que le prometió Ieltxu a tu jefa si metíais las narices donde no debíais.

Sobre una mesa apostada al final de la sala se encontraban multitud de pequeñas bolsas con ZZ en su interior. A su lado, varias latas de gasolina, apiladas una encima de la otra y, un poco más a la derecha, varias decenas de cajas de cartón sin desplegar. Tras un rápido vistazo, intuyó que ese era el centro neurálgico de distribución de toda la droga.

—¿Todavía no lo has entendido? Me da igual Ieltxu y todas sus amenazas. Lo único que quiero es causarle todo el daño que sea posible y deleitarme con su sufrimiento. Que experimente el dolor de la misma forma que ha hecho él con cientos de jóvenes: muertos como si fueran desecho en cualquier rincón de un parque, abandonados a su suerte o convertidos en delincuentes para conseguir algo de droga.

—Estás acabado... Te aseguro que te arrepentirás de lo que estás haciendo —replicó Dimitri.

—Cállate o te meto una bala en la cabeza ahora mismo. Muévete y empieza por coger esas latas de gasolina y acercarlas hasta la mesa. Hoy ZeZengorri arderá en el infierno.

Mientras tanto, en el otro extremo del almacén, separados por unos sesenta metros, otro miembro de la banda acababa de hacer la ronda por las inmediaciones y se dirigía hacia la sala donde Antonio mantenía retenidos a los otros dos hombres.

Bianca y Ana se aventuraron en el almacén sin saber muy bien qué encontrarían allí dentro, movidas por la convicción de que Antonio habría acudido hasta ese lugar. Nada más cruzar la puerta, se percataron de que algo sucedía en la sala adyacente, compuesta por varias paredes acristaladas que se elevaban tan solo un par de metros del suelo y que otorgaban al espacio una peculiar sensación de estar dentro de una pecera. Antonio empuñaba una pistola y apuntaba a dos hombres que manipulaban unas latas. A aquella distancia no distinguían con nitidez los detalles de su rostro ni lo que decía, pero los movimientos pausados y el tono de voz calmado delataban un estado tranquilo y la situación bajo control. De espaldas a él y justo detrás de la puerta, el tercer hombre se acercó con sigilo, con la intención de sorprender a Antonio, centrado en vigilar los movimientos de los dos matones de Ieltxu. El desconocido sacó un revolver de la parte interior de su chaqueta y avanzó hacia la entrada.

Bianca, atónita, observaba cómo su amigo estaba a punto de perder el control de la situación o, peor aún, de recibir una bala de aquel individuo. Como una mecha que llega a su fin, sintió la adrenalina invadir cada músculo de su cuerpo y, sin tiempo para recapacitar ni madurar un plan con garantías, se lanzó hacia la sala gritando:

—¡Antonio, detrás de ti...!

En ese mismo instante, agentes de policía emergieron de todas partes. Ana se quedó petrificada, tan asustada que era incapaz de articular una sola palabra. El tercer hombre se giró de golpe al oír las voces de Bianca y disparó. Bianca cayó al suelo, fulminada, como si el estruendo

de un relámpago hubiera impactado contra ella y la hubiera precipitado por un abismo insondable. Inmediatamente después, los policías abatieron al hombre armado y arrestaron al resto de la banda. Antonio, horrorizado, cayó de rodillas, aplastado por el peso de su propia conciencia mientras observaba el cuerpo inerte de su amiga, incapaz de asimilar lo que acababa de suceder. Ana seguía sin aliento, ahogada en sus propios pensamientos, atrapada en un bucle de angustia que la hacía revivir una y otra vez lo sucedido.

Bianca, siempre inconformista hasta la médula, fue en busca de su amigo hasta la mismísima boca del lobo y en un acto inconsciente y sumamente altruista, entregó su vida a cambio de la de él.

Los días siguientes:

La operación *Fumarel* resultó un éxito rotundo. Quince hombres y cuatro mujeres de la banda fueron capturados y enfrentaron acusaciones que incluían pertenencia a organización criminal, falsificación de documentos públicos, tráfico de drogas, blanqueo de capitales y tenencia ilícita de armas. Además, se llevó a cabo una acusación colectiva por parte de los afectados que sufrieron las consecuencias del consumo de ZeZengorri, como sobredosis, trastornos psicológicos y adicción a las drogas, entre otros. El único interrogante fue la supuesta huida de Ieltxu. Muchos de los detenidos no se conocían entre ellos y fueron incapaces de reconocer un rostro al que identificar. La organización estaba estructurada como si fuera una célula terrorista. Actuaban preferentemente en grupos individuales o máximo de dos personas, evitaban los contactos presenciales con víctimas, proveedores y clientes, y mantenían siempre la máxima discreción en todos sus negocios.

Pablo recibió elogios por parte de todos los entes políticos y civiles de la ciudad, incluido el comisario Fuentes, que se vanagloriaba del excelente trabajo policial realizado desde el primer momento. Su actuación al frente del operativo había sido rigurosa y eficaz; aunque ajeno a todas las felicitaciones, en su cabeza seguía escuchando un ronroneo insistente e inconformista una y otra vez. El mismo que le había ayudado a resolver casos imposibles cientos de veces y a perseverar, cuando todo el mundo daba por cerrado un expediente. A pesar del éxito, aún faltaba una pieza crucial en el rompecabezas, y Pablo estaba decidido a dar con ella.

Capítulo 58

Zoroita. El reencuentro

10 de agosto de 2019

Da igual dónde te escondas, los fantasmas siempre regresan para cobrarse las deudas del pasado.

—Cariño... ¿vienes a ayudarme? —Ana se había empeñado en montar una mesa nueva en el jardín a las ocho de la mañana.

—Pero ¿tienes idea de qué hora es? —refunfuñó Pablo, que aún seguía en la cama, tratando de exprimir los últimos minutos de sueño.

—Venga, no me seas vago. Hace un día maravilloso y, si queremos aprovecharlo, será mejor que me echas una mano con este mueble. Además, te recuerdo que hoy hemos quedado con Javi y Claudia en el pueblo.

—Está bien, mi amor, ya me levanto. Qué haría yo sin ti... —ironizó resignado.

Los días siguientes al accidente de tren fueron especialmente arduos. Se produjo un gran revuelo en los medios de comunicación. Todo el mundo buscaba su exclusiva en alguno de los supervivientes y, por supuesto, al gran filón: Ana, una de las heroínas y protagonista involuntaria de todos los acontecimientos. Se sucedieron entrevistas, recreaciones en 3D, reportajes e incluso un documental en proceso de producción. Javi se recuperó de sus lesiones rápidamente, aunque la peor parada fue Claudia, que pasó varios días en cuidados intensivos. Sus heridas eran graves e incluso durante las primeras horas después de su rescate se temió seriamente por su vida. Durante varias semanas permaneció ingresada y tras someterse a varias cirugías, su condición mejoró considerablemente, aunque las secuelas eran evidentes en su pierna derecha, enfundada en una especie de tela elástica. Por fin, hoy, iba a ser el gran día. Volvía a casa y lo primero que se le ocurrió para celebrarlo fue reunirse con sus amigos de cautiverio.

Después de una ducha rápida y de hacer la parada obligada por la cocina para aprovisionarse de un café americano, Pablo no se pudo escabullir más y se acercó hasta la puerta que daba acceso al jardín, pero sin llegar a cruzarla por completo. Allí encontró a Ana, agachada, sosteniendo una llave Allen en la mano y con la mirada perdida en el horizonte de olas que bañaban los acantilados de Zoroita. A lo largo de los últimos días, la había descubierto varias veces en ese estado de ausencia, sumergida en las profundidades de su mente y navegando entre los recuerdos más amargos vividos durante aquellas horas que permaneció atrapada en el túnel. Revivía una y otra vez cada grito de dolor y cada llanto de desesperación.

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó con ternura, a la vez que se acercaba a ella y la abrazaba con mimo.

—Sí, solo que a veces, sin quererlo, viajo de nuevo al interior de aquel agujero oscuro y frío. —Se ciñó con fuerza al cuerpo de Pablo, rodeándolo con sus manos y cerrando los ojos con fuerza, como si ese acto pudiera alejarla del infierno que vivió.

—Ahora estás a salvo. —Al decir «a salvo», sintió cómo se estremecía su cuerpo y rememoraba la que fue, a la postre, la prueba definitiva para dar con ella—. Quizá te parezca una

locura lo que te diré, pero siento que entre tú y yo hay algún tipo de fuerza que nos conecta y nos acerca por muy lejos que estemos el uno del otro. Fue esa conexión la que me llevó hasta ti en el túnel, y es esa misma fuerza la que hace que cada día te ame más.

Ana abrió los ojos. Miraba con devoción al hombre de su vida. Apretó los labios, luchando por contener las lágrimas que asomaban al oír aquellas palabras.

—Amor mío, no me preguntes cómo, pero desde lo más profundo de mi ser, siempre supe que me encontrarías, incluso antes de conocerte. Te amo... —Su voz, quebrada por la emoción, le impidió seguir hablando. Bajó la cabeza y se acurrucó entre los hombros de Pablo.

El hospital estaba revolucionado con la marcha de Claudia. Enfermeras, médicos, celadores... todos se habían congregado en el pasillo para despedirla. A lo largo del último mes, algo tan sencillo y efímero como una sonrisa había logrado transformar las caras largas y la condición de frenesí con la que se trabajaba. La energía y la vitalidad que irradiaba eran de tal calibre que era imposible no dejarse arrastrar por el torbellino que suponía su presencia en la planta. Ostensiblemente emocionada, se abrazó y se despidió de todo el personal y les prometió que volvería pronto; aunque en esa ocasión solo sería como visitante.

Al regresar a su casa, una confortable sensación de calidez se apoderó de ella. Llevaba demasiadas semanas fuera y todo ese tiempo robado por el accidente había supuesto una funesta pausa en su vida. Su actitud alegre contrastaba con la mirada triste que se alojaba en lo más profundo de su ser. La visión atroz de los cadáveres en el vagón, el dolor insufrible en la pierna, el sentimiento de desapego ante la muerte... todo ese mejunje de emociones lo llevaba tatuado en el iris de sus ojos; grabado con las lágrimas que derramaba cada noche antes de conseguir dormirse.

Al entrar en su habitación, la invadió una inexplicable sensación de estar en el dormitorio de otra persona, usurpando una vida que ya no le pertenecía y que no tenía derecho a reclamar. La visión de la mochila de Fran sobre una silla, hallada por los equipos de rescate aferrada a sus manos, incluso después de haber perdido la conciencia, conectó aquel espacio idílico de su niñez con la larga noche que aún acechaba en su interior, levantando la espesa niebla que la mantenía acorralada. Se sentó en la cama y abrazó la mochila contra su pecho. Al sentir su tacto, cerró los ojos y, como un frasco de aromas, revivió cada momento de aquel infierno, atenuado por las dulces palabras de consuelo y las caricias que le proporcionó Fran durante el lapso que permanecieron atrapados.

Después de perder durante un buen rato el sentido del tiempo y el espacio, regresó del frío túnel a la calidez de su cuarto, aferrada con todas sus fuerzas a la mochila. Al ir a dejarla sobre la silla, cayó en la cuenta de que no sabía cómo devolvérsela. Se le ocurrió mirar en su interior. «Quizá tenga una cartera con su documentación o una dirección escrita en alguna parte». Sin embargo, al abrirla, no pudo evitar sorprenderse. «¡Nada!». Estaba vacía. Rebuscó entre los bolsillos interiores, convencida de que Fran tenía que haber escondido algo en algún lugar. Finalmente, notó algo sólido justo por debajo de una de las costuras laterales. Introdujo el dedo índice en su interior hasta dar con el objeto y lo arrastró hacia la apertura. «¿Un USB?!».

Movida por la curiosidad y la posibilidad de que el contenido del dispositivo pudiera albergar información sobre el nombre, apellidos u otros datos identificativos de Fran, decidió encender el ordenador que tenía en su escritorio y comprobar qué había en la memoria del USB.

En ese mismo momento, a tan solo unos kilómetros de distancia en la ciudad de Donostia, Fran malvivía escondido en una habitación cochambrosa de una casa ocupada desde hacía años por toda clase de individuos. Había pasado una noche terrible por culpa del dolor en su pierna, que un mes después del accidente, seguía maltrecha por la inconsciencia de sus propios actos, sumidos en una serie de malas decisiones; incluido el momento en que decidió abandonar la ambulancia que lo trasladaba al hospital. Temeroso por las posibles repercusiones legales al comprobar su identidad durante el proceso de ingreso, tomó la determinación de saltar de ella justo cuando se detuvo en la puerta de urgencias y huyó calle abajo.

No se escuchaba ningún ruido en la casa, por lo que supuso que se encontraba solo, o bien, el resto de *inquilinos* dormían la mona. Salió de la habitación y fue hasta la cocina renqueante para tomarse el primer café del día, el cual venía saboreando incluso antes de probarlo.

Al llegar a ella, su expresión cambió de la satisfacción anticipada a la perplejidad. La escena que se presentó ante sus ojos era un auténtico caos de porquería y suciedad. Asqueado e indignado con sus compañeros de piso, decidió no amargarse el día y salir de casa. Se tomaría el café en el bar que había justo enfrente de su portal. Mientras esperaba que le atendieran, cogió el periódico que estaba sobre el mostrador y leyó uno de los titulares:

Claudia, una superviviente

La última superviviente ingresada del accidente de tren de Pagoeta saldrá hoy mismo del hospital. Su evolución ha sido muy favorable, y ya se encuentra en condiciones de regresar a Zoroita...

Las lágrimas empañaban por completo la visión de sus ojos y le obligaban constantemente a detener la lectura; el rostro apagado y gris que llevaba persiguiendo a Fran las últimas semanas revivió de golpe. De repente, adquirió una tonalidad viva y plagada de matices; sus labios, antes pálidos, se tiñeron de un rojo intenso y esbozaron una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡Por fin! Pensaba que no se acabaría nunca —sentenció Pablo después de invertir casi toda la mañana en armar la dichosa mesa.

Ana hacía más de media hora que lo había abandonado en el jardín. Con el pretexto de un problema de proporciones bíblicas en la redacción, había desaparecido en el interior de la casa y no había vuelto a asomar la cabeza.

—¡¿Cariño?! —gritó, pero Ana seguía desaparecida.

Finalmente, decidió entrar en la casa en su busca. A medida que se aproximaba al cuarto de baño de su habitación, empezó a comprender la razón por la cual no recibía respuesta. Una mezcla de gritos, aullidos y palabras ininteligibles surgían de aquel lugar. Era Ana y estaba cantando otra vez... Solo pudo sonreír. Cantaba fatal, pero ese conjunto de notas desafinadas conformaba el amor de su vida.

Al pasar junto a su teléfono móvil, observó la luz parpadeante que le indicaba que tenía un

mensaje nuevo. Se detuvo y revisó su contenido. El remitente era: «Amador». Intrigado y sorprendido a la vez, abrió el mensaje para ver qué decía. Al desbloquearlo, automáticamente se quedó con la pantalla en negro y, en el centro, una barra de instalación especificaba el tiempo restante hasta la conclusión. Sin saber muy bien qué hacer, intentó apagarlo, pero fue en vano; el móvil no respondía y lo que fuera que se estaba instalado impedía cualquier acceso. Un minuto después, apareció un mensaje en pantalla:

Querido Pablo,

Si estás leyendo este mensaje, significa que algo malo me ha ocurrido. Se acaba de instalar un programa de rastreo en tu móvil. Con él, podrás localizar una memoria USB que contiene las claves para acceder a varias cuentas fantasma de dinero que robé a Ieltxu, así como la contabilidad completa de su organización. El dispositivo tiene una autonomía de doce horas, por lo que deberás apresurarte. Te estarás preguntando por qué tú. La respuesta es muy sencilla: eres mi mejor amigo y un policía excepcional y, aunque las cosas no hayan salido como yo me imaginaba, sé que puedo contar contigo. Necesito que acabes con Ieltxu por mí, de lo contrario, mi familia correrá un grave peligro.

Ten cuidado, seguramente no eres el único que dispone de esta información. Lo más probable es que Ieltxu sepa de su existencia y me haya presionado para revelársela. Al activar la memoria desde algún terminal, se ha enviado un mensaje a mi teléfono móvil que yo tendría que haber contestado, y que, por razones obvias, no lo he hecho. Cinco minutos más tarde, y tras no recibir esa respuesta, se ha generado un segundo aviso con destino a tu teléfono. Espero seguir vivo cuando leas esto, pero si no es así... Hasta siempre, Pablo. Ha sido un placer ser tu amigo y haber compartido tanto contigo.

Volver a tener noticias de Amador, aunque fuera de esta manera tan sorprendente, había desarmado por completo a Pablo. Las palabras premonitorias de Amador otorgaban un profundo significado a su despedida y evocaban en su memoria un aluvión de momentos compartidos. Luego, una sensación de vacío llenó su cuerpo, seguida por una creciente oleada de rabia y odio dirigidos hacia el fantasma de Ieltxu. Tenía ante él la prueba definitiva que lo vinculaba con la muerte de Amador. Solo necesitaba activar el rastreador para localizar la memoria y esperar a que apareciera su verdugo.

El teléfono de Claudia recibió un mensaje entrante:

[Javi]

Hemos quedado a las 13:00 en el café de mi madre. ¿Necesitas ayuda para venir hasta aquí? 12:05

[Claudia]

No, gracias, no te preocupes. Saldré con tiempo y ya llegaré, solo hay unos doscientos metros de distancia.

12:06

¡Por cierto! Tengo muchas ganas de verte. 12:07

[Javi]

Eran poco más de las doce y aún tenía que darse una ducha y cambiarse. Echó un último vistazo al contenido ininteligible de la memoria USB y la arrancó literalmente del ordenador. «Lo más seguro es que se haya estropeado con tanto ir y venir», pensó. Sin darle más importancia, la lanzó al interior de su bolso, pensando que sería un buen lugar para guardarla.

Mientras Ana acababa su breve pero intenso concierto en el baño, Pablo tuvo tiempo de poner en marcha el programa de localización. Solo unos segundos después de pulsar la tecla de búsqueda, apareció una nueva ventana en la pantalla, señalando la ubicación exacta en un mapa. El día avanzaba de sorpresa en sorpresa. El lugar que indicaba era Zoroita, en el Paseo Viejo, situado justo al final de la calle Mayor y al otro extremo de la plaza del Ayuntamiento. El nivel de precisión era tan elevado que pudo obtener hasta el número de portal, que reconoció al instante. «¿La casa de Claudia?». Era inverosímil. ¿Qué relación guardaba esa niña con todo aquello? De inmediato, llamó a su compañera Ainhoa para que organizase un operativo de vigilancia alrededor de la vivienda y controles, de momento discretos, en las calles colindantes. Si Ieltxu seguía cerca, olería el dinero y aparecería con toda seguridad. Mientras tanto, él continuaría con sus planes y acudiría a la cita con Ana. Informaría de cualquier cambio de ubicación de la memoria y controlaría cualquier movimiento sospechoso en torno a Claudia.

A las doce en punto, Ana y Pablo llegaron al café de Mari. Javi ya estaba en la terraza esperándoles, saboreando un refrescante granizado de limón. Al ver a Ana y al hombre que lo había rescatado, se levantó como un resorte y se dirigió hacia ellos. No pudo evitar soltar alguna lagrimilla al recordar la emoción que sintió cuando vio a Pablo por primera vez en el interior del túnel. Justo a sus espaldas, a pocos pasos, un grito los dejó paralizados. Al girarse, descubrieron que era Claudia, tan emocionada como ellos. Movía las muletas de un lado a otro, sin reparar en las filigranas que tenían que hacer los transeúntes para no recibir ningún muletazo. Los cuatro se besaron y abrazaron durante un buen rato. Mari, la madre de Javi, salió a recibirlos y anotar sus pedidos, lo que permitió a Pablo alejarse unos metros y verificar la ubicación del dispositivo. «Calle Mayor, número uno. ¡El café de Mari!». Estaba justo allí, Claudia lo debía de llevar en su bolso. Sin salir de su asombro, cerró la aplicación y llamó a la subinspectora:

—Ainhoa, quiero a todas las unidades en alerta. La memoria está aquí. Lo más probable es que la lleve Claudia en su bolso —estableció de manera escueta y rápida.

—Perdona, Pablo. ¿Has dicho, Claudia? —respondió sorprendida.

—¡Sí, Ainhoa! Sé que no tiene ningún sentido, pero actuaremos bajo esa premisa. Sobre todo, no quiero que nadie ponga en peligro la vida de los chicos ni la de Ana.

—¡Entendido, jefe!

Colgó y se dirigió hacia la mesa con aparente naturalidad, aunque Ana, con un ojo puesto en los chicos y otro en Pablo, reconoció enseguida en su semblante que algo no andaba bien. Al sentarse junto a ella, le extendió la mano y le preguntó:

—¿Todo en orden, cariño?

—Eh..., sí, claro —contestó, mientras realizaba juegos malabares para no cruzarse con su mirada.

—Te conozco demasiado como para saber cuándo estás ocultando algo, y este es uno de esos momentos.

—Tienes razón, pero son solo asuntos del trabajo. Luego te lo explico. —Intentó sonar convincente.

—Está bien, cielo. Relájate en tu día libre y disfruta. —Le apretó la mano, mientras deslizaba el pulgar con suavidad por su palma.

Siguieron hablando del accidente de Pagoeta y las posibles causas, que aún seguían siendo un misterio. Claudia les explicó el calvario por el que había pasado en el hospital tras tres operaciones en su pierna y cómo cada día un apuesto joven de Zoroita se presentaba en el hospital de Donostia con una rosa. Javi, que estaba sentado a su lado, se puso rojo como un tomate y le suplicó que dejara de avergonzarlo. Todos rieron a carcajadas, retorciéndose encima de las sillas, hasta que Claudia, de sopetón, quedó en silencio.

—¿Estás bien, Claudia, te pasa algo? —le preguntó Ana, preocupada por su reacción.

Claudia se alzó y empezó a caminar sin pronunciar una sola palabra. Todos quedaron perplejos, sin entender lo que estaba pasando. Tras alejarse unos diez metros, se detuvo enfrente de un desconocido ataviado con sudadera, y unos pantalones vaqueros desgajados y sucios. Mantenía la cabeza agachada, y entre sus manos sostenía un teléfono móvil que emitía un pitido, cada vez más intenso. Claudia extendió los brazos y le apartó la capucha, dejando al descubierto su rostro.

—¿Por qué te escondes, Fran? —La mirada de Claudia estaba llena de compasión.

El muchacho seguía en silencio, sin alzar la vista un solo momento.

—¿Por qué no me hablas...? ¡Mírame! —le recriminó.

—No soy quien tú crees, Fran solo fue una ilusión.

—Deja de decir tonterías y vente a tomar algo con nosotros. ¡Estamos celebrando que seguimos con vida! Y ahora, contigo aquí, ya no me falta nada.

—¿No te das cuenta...? Una vez te dije que las cosas no son lo que parecen. Así que déjame en paz y sigue con tu vida maravillosa.

—¡Tú eres el que no lo entiende! Te prometí mi amistad y, te guste o no, pienso cumplir esa promesa hasta el día que me muera.

—¡Claudia! —protestó—. No tengo tiempo para seguir discutiendo contigo. Estar aquí es peligroso para mí, así que escúchame: cuando te rescataron los equipos de salvamento, sé que te quedaste con mi mochila. Dentro de ella solo había un pequeño dispositivo de memoria escondido, y por lo que parece has debido encontrarlo. Necesito recuperarlo cuanto antes.

—Tienes razón. Lo tengo en el bolso, pero si es tan importante para ti, tendrás que venir a buscarlo y saludar a Javi, Ana y Pablo.

—Está bien, solo un saludo y ya está —contestó resignado, mientras se encaminaban hacia la terraza.

Al llegar y ver el estado deplorable en el que se encontraba Fran, Ana sintió un profundo sentimiento de tristeza. Después de todo, él fue el único hombre que luchó por encontrar una salida cuando todos los demás habían renunciado.

—¿Quieres quedarte con nosotros unos días? Podrás ducharte y cambiarte de ropa. Estaríamos encantados de tenerte por aquí —le sugirió Ana.

—Gracias, pero tengo cosas que hacer. Esto solo es una mala racha. Estoy seguro de que mi

suerte cambiará muy pronto... Ahora, lo siento, pero tengo que irme.

Claudia, que se había sentado en la silla, rebuscó en su bolso la memoria hasta que por fin la encontró camuflada en un diminuto bolsillo lateral. Extendió el brazo para entregársela, pero, al alargar Fran el suyo, el móvil se le resbaló de las manos y acabó por el suelo. Pablo, que desde la aparición de Fran tenía la intuición de que algo no encajaba, se inclinó hacia adelante y lo recogió. En la pantalla, aparecía un enorme punto parpadeante sobre un mapa que emitía un sonoro pitido. Era igual al que se le había instalado a él unas horas antes. Finalmente, todo comenzó a tener sentido. El dispositivo que Claudia le estaba entregando contenía las claves y el móvil... tenía que ser el de Amador. El mapa, el punto parpadeante, el USB... demasiadas coincidencias... pero tenía que asegurarse. Cogió su propio teléfono móvil, buscó en la agenda el número de Amador y lo marcó. Al cabo de unos instantes, el móvil que Fran ya había vuelto a recuperar sonó.

—¡Ieltxu! —soltó Pablo, haciendo un gesto con la mano para indicar a Ainhoa que se acercara con el resto de las unidades desplegadas en la zona.

Fran reaccionó instintivamente y agarró del brazo a Claudia, que aún seguía tendido hacia él. La asió de manera violenta hacia su cuerpo, al mismo tiempo que dejaba caer el móvil al suelo para empuñar, en un rápido movimiento, la pistola que llevaba escondida debajo de la sudadera. Todo pasó en décimas de segundos. Ana, que no entendía nada, soltó un grito de horror, paralizada ante aquel cambio repentino de los acontecimientos. Javi, al ver a Claudia en peligro, no dudó en lanzarse sobre Fran, pero antes de darse cuenta, recibió un fuerte puñetazo en la cara que lo dejó inconsciente en el suelo. Después de eso, Pablo y diez agentes de policía rodearon a Fran, apuntándole con sus armas.

—Escúchame, Fran, no tienes escapatoria. Estás rodeado por la policía y las dos únicas salidas de la calle están bloqueadas. Deja marchar a Claudia antes de cometer una estupidez mayor.

—¡Yo solo quería la maldita memoria y lo habéis tenido que estropear todo! —gritó. Sus ojos parecían el doble de grandes, saturados por la rabia y la desesperación.

Caminó de espaldas utilizando a Claudia como escudo y accedió por la puerta del café a su interior.

—¡Por favor, detente! No me obligues a disparar —le imploró Pablo.

La clientela que aún estaba en el local huyó despavorida, dejando el lugar vacío, a excepción de Fran, Claudia y, siguiéndolos con su arma desde la puerta de entrada, Pablo.

Claudia, después de haber permanecido en silencio durante todo el tiempo, finalmente habló:

—Una vez me dijiste que no se podía echar de menos lo que nunca se había tenido —le recordó a Fran, evocando una frase que le quedó marcada a fuego aquel día en el túnel—. He visto cómo arriesgabas tu vida por los demás. Allí dentro me salvaste, Fran. Ahora, toca que yo te salve a ti.

Sin dejar de sentir el arma amenazante sobre la piel de su rostro, Claudia se giró lentamente y se situó frente a Fran. Sus ojos, cubiertos de lágrimas, dejaban ir con cada pestañeo un reguero de diminutas gotas. Una de ellas se coló por el extremo de la pistola, que gravitaba amenazante sobre sus mejillas humedecidas. Poco a poco se deslizó por el cañón avanzando como un veneno, hasta desvanecerse entre los poros de la mano de él.

Fran contuvo el aliento al sentir aquel roce de almas, tan profundo y desconcertante, que solo pudo sonreír.

Solo bastó una gota para salvarlo.

Epílogo

Ieltxu. La carta

Unos meses más tarde.

Querida Claudia:

Estos últimos meses, he recibido tus cartas de manera regular, semana tras semana. Para mí, han significado muchísimo más de lo que te puedas imaginar. Hoy me he armado de valor y he decidido contestarte por fin.

Supongo que no me he atrevido por vergüenza. Siento como si te hubiera estado engañando y que cualquier cosa que te pudiera contar te fuera a parecer una simple excusa. Sin embargo, te mereces conocer la verdadera historia de Fran y el camino que me llevó a convertirme en Ieltxu:

Para ti, siempre he sido Fran, pero para la inmensa mayoría, siempre fui y seguiré siendo Ieltxu. Mi gran logro fue hacer creer a la gente en la leyenda del fantasma, una figura diabólica que emergía de entre las sombras para apoderarse de las almas de aquellos que me traicionaban o me debían algo. Instauré el miedo como arma y este se propagó como un virus entre hombres y mujeres. Se convirtió en la mejor estrategia para controlar las mentes de los más débiles.

No siempre fue así. Al principio, detestaba todo lo que tuviera que ver con este mundo; sin embargo, con el tiempo, el dinero fácil y las enormes dosis de poder que me otorgaba este modo de vida, algo fue creciendo en mi interior hasta conquistarme y sumirme en un abismo de oscuridad. Sin percatarme, terminé por convertirme en uno de ellos. Conforme crecía mi codicia, aumentaba mi grado de crueldad, escalando de manera meteórica dentro de la organización. Finalmente, me convertí en la mano derecha del Ieltxu original.

Un buen día, todo cambió. Las cosas no andaban demasiado bien: la policía nos tenía en el punto de mira y habían arruinado varias entregas importantes. La sospecha de un topo en la organización sembraba la desconfianza entre los propios miembros de la banda, hasta el punto que nadie se fiaba de nadie.

Ieltxu me hizo llamar a su refugio privado, una finca enorme en las islas Caimán. Quería atajar de cuajo el problema y solo confiaba en mí para solucionarlo.

Después de debatir intensamente las medidas a tomar empezó a sentirse mal. Se llevó la mano al pecho y comenzó a sudar profusamente. Al principio parecía ser solo una mala digestión, pero un minuto más tarde, colapsó repentinamente y falleció.

He de reconocer que no hice gran cosa por salvarlo, pero el mundo de los negocios es así. Se trataba de una persona muy celosa por mantener su identidad en el anonimato; de hecho, únicamente conocíamos su aspecto dos personas. Así que, sin buscarlo, se presentó ante mí una oportunidad única en la vida, y no la pude dejar pasar. Solo me bastó con comprar el silencio del otro sujeto y el problema quedó resuelto. A partir de ese día, me convertí en el nuevo Ieltxu. Mucho más listo, mucho más hábil en los negocios, y con una organización criminal rendida a mis pies, esperando recibir mis órdenes.

Estoy seguro de que me verás como un monstruo despiadado, pero te aseguro que jamás he matado a nadie de manera intencionada. Es cierto que he torturado, acosado, amenazado..., pero matar jamás ha entrado en mis planes. La muerte de Amador no fue más que un accidente

lamentable. Ante mis hombres no podía permitirme mostrar ninguna debilidad, lo que me obligó a tomar medidas drásticas. Tuve que torturarlo para dar ejemplo a cualquiera que quisiera engañarme, pero lo que no sabes es que lo drogué para asegurarme de que no sintiera dolor.

Me arrepiento de muchísimas cosas, pero ZeZengorri fue sin lugar a duda el más grande de mis errores. Quise jugar a ser dios y me convertí en el diablo.

No espero que me creas, ni quiero que sientas lástima por mí. He sido una mala persona y pagaré por en ello en la cárcel. Aquel día, en Zoroita, no te equivoques, no me salvaste, sino que condenaste a un monstruo a quererte para siempre. Un error que te perseguirá el resto de tu vida. Así que hazme caso, aléjate de mí todo lo que puedas. No me escribas, no me llames, ni siquiera te permitas pensar en mí, porque el fantasma de Ieltxu está en todas partes.

Espero que hayas disfrutado de esta novela, y de ser así, agradecería que dejases tu comentario en Amazon, para que de ese modo otros lectores puedan conocer tú opinión. Me ayudará a seguir creciendo como escritor y mejorar en futuras obras.

Si quieres contactar conmigo:

Correo:

milosbruck@gmail.com

Instagram:

<https://www.instagram.com/milosbruck>

Facebook:

<https://www.facebook.com/milosbruck>

El devorador de almas

Milos Bruck

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 2170 y siguientes del Código Penal).

© Milos Bruck 2024

Primera edición en libro electrónico: Abril, 2024

Sinopsis

«Los muertos también hablan, solo hay que saber escucharlos».

Un misterioso asesinato que combina lo real con lo fantástico marca el inicio de esta enigmática y absorbente novela, en la que el inspector Pablo Artuña, acompañado de la periodista Ana Torres, se verán envueltos en una inesperada y sorprendente trama. El accidente imposible de un tren de pasajeros pondrá a prueba a nuestros protagonistas y provocará que aflore en ellos toda clase de emociones, llevándolos al límite, para iniciar así una carrera contrarreloj por salvar sus vidas.

Estos dos eventos, sin aparente relación entre sí, se convertirán en el hilo conductor de una historia repleta de **suspense, misterio, redención y toques románticos**. Nos encontramos ante un *thriller* que ahonda en los sentimientos de cada personaje, sacando lo mejor y lo peor de cada uno de ellos, abocados a encontrarse en algún lugar del camino y dejar atrás sus diferencias para lograr salvarse mutuamente.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Epílogo

Sinopsis

Índice